

LOBODON GARRA



A SANGRE Y LANZA


Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

LOBODON GARRA

A SANGRE Y LANZA

O

EL ULTIMO COMBATE DEL CAPITANEJO NEHUEN

*Tragedia e infortunio
de la
Epopéya del Desierto*

Segunda parte.



EDICIONES
FLORIDA 323

ANACONDA
BUENOS AIRES - 1969

10. La muralla de sangre

(Campamento de Pillahuinco Grande - 1870)

“Y A NADIE VIAJARÁ COMO una vez lo hice del Tandil a Sauce Grande, hallando sólo casas quemadas, saqueadas, salvo alguna estancia protegida por las zanjas y llena de mujeres y heridos. ¡Vaya un viaje! Lo comenzamos en medio de la alarma en el Azul. Caían de todas partes, a galope tendido, campesinos en caballos jadeantes y cubiertos de espuma con el grito aterrador: ¡los indios!... Luego en mi memoria vienen las noches pasadas en el arroyo de los Huesos, en Quequén Salado y en Las Tres Horquetas, y al fin, después de una semana atravesando campos barridos de yeguas y de ganados, encontrando al paso caballos muertos y cuerpos de hombres mutilados, la llegada a Sauce Grande en tiempo para tomar parte en una escaramuza y ver a los indios huir arreando los pocos caballos que quedaban en el lugar.”



R. CUNNINGHAME GRAHAM: *Relatos del tiempo viejo*

“LOS INDIOS APARECIERON COMO A LAS TRES DE LA TARDE CON UN INMENSÓ arreo de vacas, yeguas y caballos. Desde enorme distancia se oían los alaridos con que azuzaban a los animales que traían casi a la carrera, haciendo retremblar el campo con el tropel de tanta hacienda, al par que los mugidos, junto con el grito de la indiada, imponían por su pavorosa grandiosidad. Para descansar la hacienda y saquear la población que tenían a la vista, rodearon los animales sobre la costa del arroyo, y nos trajeron un furioso ataque.

Dejando la chusma al cargo de la hacienda, los indios de pelea en formación de media luna, con el capitanejo en el centro, blandiendo las enormes lanzas y sacudiendo sus cerdosas melenas, lanzaron imponente grito de guerra: ¡ya, ya, ya!, que hace temblar a los mismos animales, y, echados sobre el pescuezo de sus caballos, se lanzaron al ataque como una tromba, que parecía iba a arrollar cuanto encontraba por delante. ¡Fueron dos atropelladas espectaculares, al par que terroríficas, por el ímpetu con que acometían, por los alaridos ensordecedores y salvajes, por el sordo retremblar del suelo y la nube de tierra que los envolvía, en

medio de la cual, más que bárbaros del desierto, sus figuras parecían demonios sanguinarios!"

J. M. SUÁREZ GARCÍA: *Historia del Partido de Lobería*

"BOMBEROS AQUÍ, BOMBEROS ALLÁ, CHASQUES POR TODAS PARTES. QUE los indios son cien, que los indios son mil. Que han entrado por aquí, que van saliendo por allá. Que la rastrillada va a la izquierda. No señor, que va a la derecha. Que en tal punto hay una quemazón y que en tal otro hay otra quemazón.

¡Malditos chinos empelotados! Que cuando ejecutaban sus malones no había un momento de descanso; tan pronto aquí, tan pronto allá, zas tras; de repente el cañonazo de la alarma tronaba en la línea de fortines de la izquierda: ¡A ensillar! dele trote toda la noche a ese rumbo; amanecía, a husmear las sombras de los indios; cañonazo por la derecha, llega un chasque a todo escape: los indios van por la loma del diablo, por el lado opuesto a la dirección de la marcha. ¡Imposible alcanzarlos! Renegada era aquella vida de frontera, que nunca fue recompensada ni con ascensos, ni con medallas, ni con nada en esa época en la que los indios echaban pie a tierra y se venían sobre los fusiles fulminantes a lanza limpia y a bola perdida."

F. DE VERA (J. I. Garmendia): *Cuentos de tropa*



¡Campamento de Pillahuincó Grande, también llamado Fuerte General Belgrano, en la Frontera de la Costa Sud de la provincia de Buenos Aires, cubriendo un frente de 32 leguas entre Bahía Blanca y la Frontera Sud!

Consistía en una fortificación cuyos cuatro costados formaban ángulos obtusos al Norte y al Sur y agudos al Este y al Oeste. Los costados tenían 160 varas, alcanzando a 280 en la mayor longitud. En sus lados Este y Oeste existía un torreón saliente de 45 varas de circunferencia, rodeado lo mismo que al frente de un foso de cuatro varas de boca por tres de profundidad. Los corrales para la caballada estaban entre el campamento y el arroyo Pillahuincó, defendidos por los fuegos de los torreones y por fosos de dos varas y media de boca por otras dos de profundidad, con pared de césped de una vara de altura, cerrando en total un área de 22.500 varas cuadradas, cada uno.

Otro corral para la hacienda de abasto estaba situado del lado Sur del arroyo, así como las correspondientes cementeras de alfalfa y cebada.

En el centro del campamento se había levantado un edificio de ladrillo para la Comandancia y cinco cuadras de adobe, de 25 varas por 6 cada una, un calabozo, un depósito, un hospital y una cuadra para maestranza. También dos cuerpos de guardia, dos cuartos de banderas, uno para botica, otro para el médico y seis para sargentos. Constaba, además, de veinte ranchos para alojamiento provisorio de oficiales y Detall.

Las maderas empleadas habían sido traídas, en su mayor parte, del arroyo Sauce Grande, donde las habían cortado los soldados, siendo transportadas por las carretas de la División. Aún faltaban construir los alojamientos para los jefes y oficiales, así como un depósito de granos. El Campamento correspondía al avance de las fronteras que antes estaban en el Quequén Salado.

La guarnición se componía de una brigada de Artillería, del regimiento General Lavalle y de dos escuadrones de la Guardia Nacional, con un total de más de 300 hombres. Buena parte de ellos provenían de los contingentes enviados recientemente desde Buenos Aires.

La línea de defensa que acompañaba al Campamento de Pillahuincó Grande, se componía del fortín "Pavón", sobre el Sauce Grande a la altura de la Sierra de la Ventana, guamecido por diez hombres y un oficial; el fortín "General Lamadrid", sobre el arroyo Pillahuincó Chico, en la tapera conocida por de Iraola, con quince hombres y un oficial; el fortín "Coronel García", a seis leguas del anterior, situado en la falda de una loma de piedra bastante alta, sobre la cual, durante el día, quedaba un centinela de vigilancia permanente; el fortín "Coronel Suárez", a tres leguas y media al Norte, próximo a una laguna; el fortín "Libertad", a cinco leguas y media del anterior, y, finalmente, el fortín "Necochea", extrema derecha de la línea, a cinco leguas y media del "Libertad" y seis del "General Lavalle Sur" o "Sanquicó", que dependía del comando de la Frontera Sud, con asiento en la Blanca Grande.

Fuera de la línea y muy adentro de ésta, también había dos fortines: "Machado" y "De las Horquetas", existiendo asimismo otro con una guarnición de veinticinco hombres, próximo a unos buenos campos de pastoreo para la invernada de la caballada, compuesta de 250 animales.

Al Norte de los fortines del sector Costa Sud, seguían los fuertes y fortines del Sud, Oeste y Norte de la Provincia de Buenos Aires, y, al Sur los correspondientes al sector de Bahía Blanca, después de los cuales seguían el fortín "Romero", el "Mercedes", sobre el río Colorado, y más lejos, sobre el río Negro, el fuerte de Carmen de Patagones, a su vez completado con el fortín "Invencible" y la "Guardia Mitre".

Después de recorrer el sector correspondiente a la Frontera Sud, Costa Sud y Bahía Blanca, su jefe, el general Ignacio Rivas, habiendo salido del Campamento de Pillahuincó Grande, el 1º de abril de 1870, y después de haber pasado por los campos del Sauce Grande, Napostá Chico y Napostá Grande, hacía notar la necesidad de establecer un reducto fortificado cerca del Cerrito del Napostá Grande, porque por allí quedaba abierta una entrada por la que podían pasar los indios, y también se refería a Bahía Blanca como el punto más estratégico e indicado para contener a los araucanos que se encontraban situados desde Pigüé hasta Salinas Grandes, por tratarse de un puerto seguro, que se comunicaba ahora con Buenos Aires en dos días en los modernos vapores, facilitando así todos los elementos necesarios para cualquier operación militar sobre aquellas fronteras.

Porque la situación se presentaba siempre intranquila y, precisamente, por entonces, desde Bahía Blanca, se recibieron informes de que los indios habían "avanzado una estancia en pleno día", por el arroyo

Sauce Chico, considerándose culpable del hecho al cacique Cañunil, que residía a catorce leguas, sobre el arroyo Chileno, quien recibía raciones, por lo que sus toldos, en represalia, fueron saqueados, "habiendo muerto como 40 de ellos... sin que nuestra fuerza tuviera pérdida ninguna".

En los informes del Comandante del Campamento de Pillahuincó Grande, coronel Julio Campos, el último de los cuales era de fecha 27 de mayo de 1870, se daba cuenta del estado de las tropas de la guarnición, manifestando que a la brigada de Artillería se la consideraba muy reducida en su número, estando, además, compuesta en su mayor parte por extranjeros que apenas sabían montar a caballo y muchos de ellos, por su edad y los achaques, resultaban inútiles para el servicio de campaña. En cuanto al regimiento General Lavalle era aún muy bisoño, integrado, casi en su totalidad, por un contingente de entrerrianos recién llegados. Además, se carecía de un buen cuadro de oficiales y de las clases correspondientes, lo que no ayudaba a que el regimiento tuviera la instrucción y disciplina necesarias, por lo cual no era posible emplearlo en las tareas de descubierta, ni permitirle separarse a grandes distancias "sin exponerlo al peligro de desbande o de una gran deserción".

De manera que, de 287 hombres que tenía, sólo la tercera parte era apta para el servicio, "porque el resto permanece todavía arrestado en sus cuadrillas una parte, y, la otra, en el calabozo", debido a su resistencia a incorporarse a las filas. Sólo quedaban como capaces de una acción efectiva los miembros de la reducida Guardia Nacional, que eran los que hacían las descubiertas.

Por eso el coronel Campos, al comunicar tales circunstancias, informaba que "era imposible cerrar nuestra inmensa Pampa completamente y de tal manera que no pueda entrar y salir alguna vez un enemigo tan astuto, osado y conocedor del terreno como el indio".

No habían alcanzado a transcurrir cuatro semanas desde que el Comandante de la Frontera Costa Sud, con asiento en el Campamento de Pillahuincó Grande, pasara tal informe, y luego de soportar un temporal de viento y lluvia que duró trece días, matando 97 caballos gordos empalizados y haciendo disparar 42 reses del abasto, cuando en la mañana del 15 de junio de 1870, la descubierta que había salido del fortín "Libertad" no encontró en el lugar convenido a la que debía haber partido del "Coronel Suárez", por lo que prosiguió su camino hacia éste, distante de allí algo menos de dos leguas.

Desde lejos, los dos hombres de la descubierta pudieron divisar el fortín, junto a la laguna en que se hallaba, rodeado de la soledad más

absoluta. El baluarte aparecía intacto, aunque a nadie se veía apostado en el mangrullo. Tampoco se divisaba la caballada.

Cuando estuvieron cerca, notaron que el puente levadizo estaba bajo. Ni un ruido rompía el silencio sepulcral, sólo alterado por el sonido del viento.

—¿No hay nadie en este fortín?, gritó el cabo que mandaba la descubierta, desde el puente, y ya alarmado.

Como respuesta sólo recibió el toreo de un perro, que salió a enfrentarlos, y cuyo ladrido resonó siniestramente.

Y, en seguida, avanzando sobre la zanja, uno tras otro, fue hallando los cadáveres de los hombres de la guarnición. ¡Quince soldados y un oficial yacían ultimados, esparcidos por todo el perímetro y por las zanjás del fortín, y aun dentro del rancho, que mostraba huellas de lucha, pero que no había sido incendiado!

De regreso al fortín "Libertad", pronto se supo en éste que también el "Coronel García" había sido asaltado, quedando allí un herido y habiendo desaparecido el resto de la guarnición, cuya suerte se ignoraba.

Serían alrededor de las 12 del día cuando el Campamento de Pilla-huincó Grande fue conmovido por un toque de generala, presagio siempre de graves acontecimientos. Se levantó el arresto de los que se encontraban en las cuadras y se abrió el calabozo; muy poco después, toda la División se puso en marcha, al galope, en dirección a los fortines atacados, a donde habrían de llegar varias horas más tarde. Se decía que los indios que habían avanzado sobre el fortín "Coronel García" eran como 300, habiendo seguido luego en dirección a los Tres Arroyos, aunque otros sostenían que los atacantes llegaban a mil. Era el golpe temido que siempre podía esperarse de un enemigo "tan astuto, osado y conocedor del terreno", como el araucano.

Ya en el trayecto, el coronel Campos recibió el parte de un oficial que había destacado hasta el "Coronel García", en el que comunicaba encontrarse ocupando el fortín, después de haber tomado todas las precauciones necesarias antes de entrar con las tropas a sus órdenes, y que, al hacerlo, había hallado todo en el mayor desorden. De la guarnición, sólo quedaba un individuo herido, quien pudo expresar que en la mañana anterior se habían presentado al fortín como 300 indios con lanzas, por lo que los tomaron por malones, pero que, al acercarse, manifestaron que venían como amigos y no a pelear, por lo que el teniente a cargo del fortín les franqueó la entrada, permitiéndoles, también, vincularse con la tropa. Pero que, de repente, se alzaron, acometiéndolo cuatro de ellos a lanzazos, y cuando el teniente y los soldados trataron de defenderse, los sacaron del fortín, ignorando la suerte que habían corrido.

Era avanzada ya la tarde cuando la División del coronel Julio Campos llegó al fortín "Coronel García", recogiendo al herido y prosiguiendo

luego, al "Coronel Suárez", donde los soldados fueron puestos en la triste tarea de sepultar los 16 muertos.

Desde allí, el coronel Campos despachó a su superioridad una parte en el que decía: "Pongo en conocimiento de V. S. para que se sirva elevarlo a S. E. el Sr. Ministro de la Guerra, que en la tarde del 14 según la nota original que acompaño, fueron sorprendidos los fortines de esta frontera 'Coronel García' y 'Coronel Suárez', hiriendo en el primero a un soldado y llevándose cautivos al oficial, teniente 2º Benjamín Rivero y catorce individuos de tropa, y en el segundo asesinando bárbaramente al oficial y quince individuos de tropa.

"Hoy se les ha dado sepultura y ha sido guarnecido este fortín por un oficial y veinte soldados.

"Yo permaneceré aquí con la División porque yendo para adentro las rastrilladas y en dirección de los Tres Arroyos, éste es el punto más a propósito para salirles al encuentro a su regreso.

"Por el mal estado de la caballada y su poco número, no he podido montar más de 300 hombres: 25 del Regimiento General Lavallé y 85 de la Brigada de Artillería. Con este número tengo de sobra si los invasores no son más que 300 indios como se dice.

"He destacado la partida de baqueanos en observación, para que no puedan salir sin ser sentidos. Al Juez de Paz de los Tres Arroyos me he dirigido avisándole de la invasión; al mismo tiempo que le hago presente que la División está casi a pie, por si él quisiera hacer algo de su parte, a fin de subsanar la falta de un elemento tan esencial."

Y ese mismo día, 15 de junio de 1870, por todo el partido de Tres Arroyos, comenzó a circular la terrible noticia: ¡los indios habían rebalsado la línea de fortines y avanzaban a sangre y lanza por las estancias!

La nueva se extendió como reguero de pólvora, dando a la invasión proporciones inusitadas. También llegaban chasques a la carrera informando sobre la entrada de los atacantes en los lugares más alejados y comprometidos. Se sabía que habían alcanzado desde la esquina de "Santa Isabel", por campos conocidos como de Naveyra, sobre el Claromecó, hasta el fortín "Machado", por Tres Lagunas y el Hueso. Y aun parecían haber llegado al mismo arroyo Cristiano Muerto, en una extensión aproximada de veinte leguas, saqueando las estancias, asesinando los pobladores, cautivando las mujeres y arreando todos los animales. Los datos que corrían de boca en boca, entre los que ocasionalmente se encontraban o se reunían para la defensa de las estancias, eran gravísimos.

Ante la temible novedad, cada estancia trató de transformarse en un fortín. En "La Juanita", rodeada de zanjás, se juntaron muchos vecinos y, según el código establecido en estos casos, todos los que solicitaban hospitalidad, eran bien recibidos. "¡Cómo no mi amigo! —decía el encargador—. Aquí tiene un buen refugio, y me alegro que haya llegado

tan a tiempo así aumenta el número de los defensores". La única condición era que, el último que arribaba, cubría la entrada en el portalón de acceso. Más de una carreta también servía allí de defensa, ya que, por no haber podido salvar el puente levadizo, quedaba como "castillo avanzado" para la defensa.

También la diligencia de "La Protegida", la empresa de Goñi y Cervera, que precisamente llegaba ese día desde Dolores, entonces punta de rieles del Ferrocarril del Sud, después de pasar por Pila, Rauch y Tandil, y hacer 22 leguas desde Necochea, había tenido que buscar refugio en el fortín "Machado", conducida por la carrera por el mayoral Antonio Astuburuaga, llegando allí justo a tiempo para lograrlo.

Reducidos en sus posibilidades de defensa, frente a una invasión que llegaba a 700 ó 1.000 lanzas, conducida por los caciques Antemil, Liefcurá y Marihual, y ante la inmovilidad del Jefe de la Frontera Costa Sud, que se había quedado en su línea a esperar la salida del malón, así como la impotencia de las fuerzas de los fortines "Machado" y "Las Horquetas", desde donde al principio se trató de enfrentar infructuosamente a los indios, los pobladores iban pasando de una a otra de las más terribles alternativas.

En tales circunstancias, el Juez de Paz sustituto, resolvió despachar un comunicado urgente a las autoridades provinciales: "Santa Isabel, junio 16 de 1870. Al Sr. Ministro de Gobierno, Dn. Antonio Malaver: Habiendo tenido en la mañana de hoy un aviso del Alcalde de que habían invadido ayer los indios esta parte del Partido, procedí a reunir los hombres que fuera posible y en seguida marché al paraje en que me indicaba la entrada. . . He seguido por la costa del arroyo cuyo nombre lleva este partido hasta el fortín de 'Las Horquetas', encontrando en el trayecto de seis leguas que hay de aquí a allí las casas completamente solas y saqueadas y los campos despoblados de haciendas.

"Según los informes que me han suministrado hasta este momento la cantidad de indios invasores ha sido bastante considerable, pues la invasión ha sido desde aquí hasta 'Fortín Machado', que dista doce leguas, internándose hasta muy cerca del arroyo Cristiano Muerto. Con esta misma fecha el que firma ha despachado chasques dando la noticia de la invasión a los Jefes de las Fronteras Sud y Costa Sud e igualmente ordena a los alcaldes tomen en sus cuarteles los más exactos informes de las desgracias ocurridas y de lo que daré cuenta a V. S. a la mayor brevedad."

A medida que el tiempo transcurría, las noticias que llegaban sobre las desgracias, sobrepasaban todo cálculo y llenaban a los pobladores de honda consternación.

Los indios habían saqueado totalmente las cuatro casas de negocio de los vecinos Pedro Trota, Blas Durán, Hilario Ondarra y Vázquez Hermanos; habían muerto considerable número de vecinos y estancieros

de la zona como Jacinto Rodríguez, Raymundo Morales, Tomás Irusta, Hipólito Rivero, Román Carabajal, Timoteo Cisneros, Carlos Juárez, Tomás Coronel, Basilio Carrizo, Damián Tolosa, etc. Se habían llevado cautivas a Secundina Morales y sus dos hijas, Plácida Molina y una hija, Petrona Neyra de Morales y tres hijas, Eloisa López, Rosario Pinto, y muchas más.

El poblador Segundo Morales había sido acerbado a lanzazos mientras defendía su vivienda, tratando de evitar que los indios se llevaran a su mujer y sus tres hijas, como aconteció. Otro poblador, Cosme Peralta, había salido precisamente esa mañana conduciendo un arreo para Juárez con dos peones, dejando en su campo a su hijo de 23 años con otros tres hombres, donde tuvo que defenderse de los indios, perdiendo uno de aquellos. Despojado de su arreo por la invasión, el vecino Peralta regresó tan pronto como pudo para enterarse de la suerte corrida por su hijo y tratar de auxiliarlo, en tanto que éste, inquieto por la suerte de su padre, también partía en su busca. Al hallarse luego, en el trayecto, se abrazaron con tanta efusión, que ambos cayeron de sus caballos. Por su parte, en "La Juanita" habían agotado todas las municiones y afortunadamente, después de ocurrir esto, no volvieron a atacar los invasores.

Se calculaba que los animales arreados por los indios llegaban a más de 50.000 cabezas: 44.598 vacas, 1.447 caballos y 7.500 ovejas.

Mientras tanto, el parte del Jefe de la Frontera Costa Sud recién alcanzaba al Juez de Paz sustituto el día 18 en el arroyo Cristiano Muerto, a donde se había trasladado tratando de organizar la defensa. Desde allí contestaba: "Cristiano, 18 de junio de 1870 (5 de la tarde). El que firma recibe en este momento la nota de V. S. del 16 del presente no haciendo aún tres horas que había llegado de los 'Tres Arroyos' donde he estado por la invasión desde el día cuya fecha trae su referida nota, y en el que dí aviso a V. S. de haber entrado los indios en este Partido en el día anterior, que fue el mismo de la retirada de ellos. He permanecido aquí todo el tiempo que dejo dicho y, habiendo sabido por las últimas descubiertas que los indios no se avistaban más allá de Quequén Salado desde el día de la invasión, he regresado a este punto.

"En cuanto a las caballadas con que V. S. pide se auxilie a esa División para perseguir a los indios, el que firma y el vecindario, animados del mejor deseo no la podrán enviar por cuanto la mayor parte de los establecimientos han quedado completamente a pie por haber sido llevados por los indios en esta invasión casi todas las caballadas, juntamente con las haciendas vacunas y yeguarizas. Dios guarde a V. S. - Ezequiel Olivera."

Dos días más tarde los indios trataban de forzar la salida con el arreo y el botín a través de la línea de la frontera, donde el coronel Campos los esperaba. Primeramente, desde el fortín "Libertad", se re-

cibieron partes comunicando la probable presencia de los invasores, por los balidos y mujidos que se sentían a la distancia. Al mismo tiempo pedían auxilio para el caso de ser atacados. La oportuna llegada de las fuerzas del coronel Campos sacó al fortín de una situación comprometida, que ya había hecho temer un trágico desenlace. Pero la casi totalidad del arreo desapareció hacia las siniestras profundidades de Tierra Adentro.

La repercusión del malón, en Buenos Aires, fue extrema, y la opinión pública se vio profundamente sacudida. "Los puntazos de la lanza de Antemil —decía el órgano de la Sociedad Rural Argentina— y los estragos producidos por sus hordas en la costa Sud de la Provincia, adonde aún humean los hogares incendiados y se oyen los ayes y gemidos de la débil mujer y el inocente niño, arrastrados en horrible algazara al aduar salvaje, han producido un movimiento de indignación tal, en todas las clases de esta provincia, que creemos no engañarnos al decir que esta vez será una de las últimas en que veamos la vida y la propiedad del argentino sujeta a la voluntad caprichosa del bárbaro pampa.

"Hemos visto al gobernador de la Provincia ofrecer al gobierno nacional todos los recursos de que ella dispone para expedicionar y asegurar las fronteras sobre los ríos Negro y Colorado, ir más lejos, no esquivar nada y poner su persona a la disposición de ese mismo gobierno para llevar a cabo un tan grande bien.

"Los hacendados, como una sola persona, han apoyado esa empresa y se les ha visto reunirse en nuestros mismos salones y, en un acta a donde se ven las firmas de cerca de trescientos de los principales ganaderos y propietarios del país, ofrecer toda su cooperación para concluir una vez por todas con el tributo vergonzoso que, hace siglos, pagamos al pampa."

Con motivo de este hecho, el coronel Campos pasó un comunicado a su superioridad en el que decía: "Fuerte Belgrano, junio 21 de 1870:

"El diez y ocho a las ocho de la mañana tuve aviso del comandante del fortín 'Libertad' que en la noche del día anterior se habían oído balidos de haciendas y suponiendo que fuesen indios, mandé ensillar y me puse en marcha inmediatamente. Como a legua y media antes de llegar al fortín, recibí un parte del comandante del mismo que los indios se preparaban para atacarlo, y considerando el mal estado de mis caballos ante el peligro que corrían los hombres que en aquel había, forzando la marcha conseguí llegar cuando los indios, después de haber sido rechazados una vez, se preparaban para volver al ataque; pero apenas avistaron la División que iba a gran galope sobre ellos, huyeron precipitadamente.

"Sin embargo de que los caballos llegaron en malísimo estado, seguí de galope siempre tras los indios, llevando de vanguardia la fuerza del fortín que inmediatamente montó a caballo y se reunió a la partida de baqueanos con dos escuadrones del Lavalle, sobre la izquierda del mayor Méndez con el 3º escuadrón y veinte Guardias Nacionales; y el centro al mayor Viejobueno con 50 infantes, que fueron los únicos que consiguieron llegar, pues, el resto había quedado en el camino con los caballos cansados.

"En este orden les llevamos persiguiendo hasta dos leguas y media del fortín, donde, abandonado el arreo que tenían, se reunieron en número de ochocientos o novecientos y se prepararon como para pelear.

"Pero no haciendo caso de estos amagos, me limité a reunir los arreos de ganado vacuno que habían abandonado. Comprendiendo, por otra parte, que siendo superiores en número y estando mucho mejor montados que el Lavalle, que había llegado con sus caballos completamente aplastados, era prudente retirarse con el arreo que comprometer un combate en condiciones tan desventajosas para mí, emprendí la marcha hacia el fortín 'Libertad', después de haber reunido en un solo trozo todas las haciendas.

"La hacienda que se ha tomado es de ocho a nueve mil cabezas vacunas y más de dos tropillas de caballos que dejaron los indios mañeados.

"La invasión es la más grande que han hecho del 55 a la fecha.

"La División ha quedado a pie, pues los caballos que han llegado están en tal mal estado, que no podrán andar una legua sin cansarse. Esta circunstancia es más que probable que los indios no la ignoren, porque deben estar bien al corriente del estado de la División y de la falta de caballos, tanto por los desertores que con ellos andan, cuanto por las noticias que es de suponer les hayan dado los mismos indios."

Pero lo que no decía el parte, era lo ocurrido al día siguiente. Durante la acción, muchos soldados del contingente de entrerrianos, recién incorporados, lograron desertar. Se hablaba de que lo habían hecho entre 25 a 30, por lo que salieron varias partidas a buscarlos.

A la noche, una de ellas regresó trayendo a tres. Se habían extraviado y perdido los caballos, siendo hallados mientras dormían en los pajonales, entregándose sin resistir.

Apenas llegados al fuerte, fueron llevados a la Guardia de Prevención, quedando presos, incommunicados y sometidos a sumario por "deserción frente al enemigo". Un Consejo de Guerra los juzgó dentro de las veinticuatro horas.

De inmediato se dictó la sentencia que condenaba a dos de ellos a servir durante seis años en el regimiento General Lavalle, y al tercero, Bautista Ramírez, del Rosario de Tala, a ser pasado por las armas. En consecuencia, el desertor Ramírez, engrillado, fue puesto en capilla, debiendo la sentencia cumplirse a la mañana siguiente.

Poco después del alba, toda la guarnición del Campamento de Pillahuincó Grande formó en cuadro, el regimiento General Lavalle con su banda de música, así como el destacamento de Guardias Nacionales, con el propósito de asistir a la ejecución, que se esperaba que sirviera de escarmiento. En cada esquina del cuadro el fiscal leyó la sentencia, agregando al final de la lectura: "Por la patria y por la ley, pena la vida el que pida perdón por el reo".

A un toque de clarín, el condenado entró al cuadro marchando con sus grillos, que sonaban lúgubrememente, entre el silencio sombrío de los soldados alineados inmóviles. Avanzaba con altivez, como culpando de todo únicamente a su mala suerte. En un momento pidió autorización para dirigirse a la tropa, lo que no le fue concedido y, como de todos modos intentara hacerlo, se ordenó tocar a la banda con el propósito de ahogar su voz.

Sentado en el banquillo, Ramírez se negó a que le vendaran los ojos y poco después se escuchó la orden de ¡fuego! y la descarga. En seguida el cabo a cargo del piquete le disparó el tiro de gracia en la cabeza y, luego, la tropa desfilaron frente al cadáver. La sentencia se había cumplido.

Mientras tanto, en lo alto, una hermosa bandada de flamencos rosados, avanzando de frente en una extensa hilera, y dejando oír el ruido de su sincrónico aleteo, pasaba volando hacia Tierra Adentro.



21. La muralla de sangre

(Fuerte General Lavalle, o Ancaló -1871)

“EL EJÉRCITO TODO DE LA NACIÓN era poco para cuidar la extensa línea de fronteras de los malones de los indios a las poblaciones de Cuyo, Córdoba, Santa Fé y Buenos Aires.”

H. ORLANDINI: *Vida militar*



“TRESCIENTOS RUDOS JINETES / flor de gauchos de frontera
boleadores de los pagos / de Junín y Cruz de Guerra,
mandados por Pablo Vargas / que por las propias campea,
van cruzando por los campos / en la alta noche serena,
acalladas las coscojas, / maneadas las espuelas
y trabados los cencerros / de las yeguas madrineras.

Miran la pampa dormida / impasibles las estrellas
y el viento en los pajonales / canta su canción eterna.
Y siguen tras Pablo Vargas / que por instinto rumbea.
Sin un rozar que los marque... / Sin un rumor que los venda...
al tranco de los caballos / y al fulgor de las estrellas
¡trescientos rudos jinetes / flor de gauchos de frontera!

Cuando surge el sol, que tras / su indecisa luz primera
se derrama rutilante / por las llanuras desiertas,
Pablo Vargas y sus hombres / al galope se dispersan
buscando del enemigo / rastros, señales y huellas...
En deshilada se extienden / o se abren en amplia rueda
o se agrupan o desbandan / se aproximan o se alejan;
inquieren polvos y vientos / y hasta las aves que vuelan
¡enloquecida perrada / husmeando la pista fresca!
Y al dar con la rastrillada / —que tierra adentro se interna
marcando los pastizales / y los vientos y la tierra—
arrollan con sus silbidos / a las tropillas dispersas,
ansiosos por ensillar / sus caballos de pelea.
¡Ya las manos afanosas / los paran y los enfrenan!
Y ya ciñen los colmillos / el correón de la encimera,
y ya las lanzas empuñan / y ya el corazón aprestan.

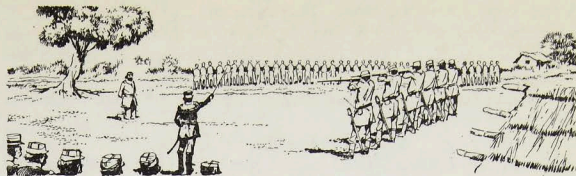
(¡Los caballos alerteando / hacia el Desierto orejean!)
 Y después de persignarse / como cristianos de veras
 —embravecida perrada / oliendo la pista fresca—
 trescientos rudos jinetes / a tierra de infieles entran
 al galope redoblante / de sus potros de pelea.
 (En la punta Pablo Vargas / pelo a pelo y rienda suelta
 lanza de seis pasadores / y pistola de dos cebas).
 Van cantando los cencerros / de las yeguas madrineras
 entre rodar de coscojas / y vaivén de pontezuelas.
 Requentados los chambergos / por la brisa mañanera
 que alarga con sus caricias / crines, ponchos y melenas.
 Joyantes de platería / crujientes las estriberas
 brillantes al sol las lanzas / resonantes las espuelas...

Así por la rastrillada / —bajo el cielo azul turquesa
 donde nubes blancas ponen / sus candores de azucena—
 allá van con Pablo Vargas / que por las propias campea,
 ¡trescientos rudos jinetes / flor de gauchos de frontera!

B. GALÍNDEZ

"LA TRIBU DE PENCÉN TENDRÁ MIL ALMAS; PERO HA SIDO MÁS NUMEROSA y formaba 300 lanzas, que han disminuido a cien a causa de la bravura con que estos indígenas pelean y mueren en el campo de batalla... Este cacique, tan valiente como sanguinario, hace alarde de no haber hecho nunca tratados con el gobierno, y es el indio que de diez años a esta parte ha causado mayor número de bajas en el ejército fronterizo, contándose entre sus víctimas dos tenientes coroneles y dos sargentos mayores, aparte de innumerables vecinos y soldados."

E. S. ZEBALLOS: *La conquista de quince mil leguas*



¡Fuerte General Lavalle, o Ancaló! Había sido levantado apenas un año antes como cabecera de la Frontera Norte, de la provincia de Buenos Aires, en el lugar llamado Ancaló Grande, y correspondía al avance general de las fronteras proyectado y dirigido por el coronel húngaro Juan Czetz. Constaba de 63 ranchos de material crudo de 5 varas de largo por 4 de ancho, enmaderados de cañas, con cumbres de tirantillos, techos de totora y sobre mojinetes. En estos ranchos se alojaban el regimiento 3 de Caballería de Línea y un piquete de Artillería, estando guarnecido por 213 hombres, entre oficiales y soldados, con 2 piezas de artillería de montaña de 3 y tres cuartos, bajo el mando del coronel Martiniano Charras. Además, allí residían las familias de los hombres de la guarnición, que también, como ellos, recibían racionamiento.

A cada lado del fuerte, a 4 leguas hacia el Norte y hacia el Sur, estaban destacados 20 hombres por mitades en los fortines "3 de Línea" y "Rivadavia". Cada uno de esos fortines tenía una pieza de cañón calibre de 16, con su correspondiente dotación de tiros de alarma.

El fuerte estaba rodeado de un foso y disponía, aparte de diez y seis cuadras alfalfadas, también rodeadas de zanjas, así como de dos potreros para las caballadas y ganado vacuno, uno de los potreros de cuatro cuadras y otro de una, con dos jagüeles para la hacienda caballar y vacuna que existía en el mismo.

Además, se estaba construyendo cinco piezas más, fuera del cuadro con destino al servicio de la Comandancia de la Frontera, Detall, Comisaría, Hospital y granero. Estos tres últimos edificios eran de quince varas de largo por cinco y media de ancho, con separación al centro, siendo las otras piezas de seis por cinco.

"La división de la frontera Norte de Buenos Aires —decía el coronel Czetz en su informe— saliendo del Chañar y de la cabeza de la

Vaca, ocupó Ancaló Grande el 23 de octubre, después de haber rechazado con completo éxito una invasión durante su marcha, y el que firma trazó el mismo día el nuevo fuerte al costado Norte del Médano Sillón o Ancaló o Luenquerló Grande. Al día siguiente se abrió la marcha por el que firma y el coronel Charras con su escolta para indicar la derecha de esta frontera."

Así fue como, desde el fuerte General Lavalle, a doce leguas, se establecieron los fuertes "Las Medias Lunas", o "Medía Luna", derivado del nombre de dos lagunas que se perdían en el cañadón de la Verde, al Norte, y al Sur, el "Triunfo", ambos con sus correspondientes fortines de apoyo. Adentro de la nueva línea, quedaban los viejos fortines "Chañar", "Chiquilof", en dirección a Junín y Melincué.

Luego, la frontera continuaba al Noroeste con los fuertes y los fortines de la provincia de Santa Fe, cuyo cuartel general se encontraba en Curupotro, ahora llamado fuerte "Coronel Gainza". El conjunto dependía de la Comandancia General de la Frontera de Santa Fe y Norte de Buenos Aires, con asiento en Junín. Más adelante, seguían los fuertes y los fortines de la provincia de Córdoba, avanzados hasta La Amarga y el río Quinto: "La Ramada" o "Irrazábal", "Achichero", "Árbol", "Necochea", "Nº 7", "Sarmiento", que era el principal, "12 de Línea" y "Tres de Febrero".

Al Sur del fuerte "General Lavalle", la frontera continuaba con los fuertes y fortines de la Frontera Oeste de Buenos Aires, con cuartel general en el fuerte "General Paz", prosiguiendo hacia el Sur con los fuertes y fortines de la Frontera Sud, cuyo centro se encontraba en el fuerte "Blanca Grande". Luego seguía la Frontera Costa Sud, con la Comandancia en Pillahuincó Grande; más adelante Bahía Blanca, etc., hasta Carmen de Patagones.

La línea total de las fronteras, que pasaba de las 300 leguas, es decir, más de mil quinientos kilómetros, estaba guarnecida por 12 cuerpos de línea y los contingentes de la Guardia Nacional.

Aquel día de noviembre de 1871, al fuerte "General Lavalle" (Ancaló) había llegado el correo que traía correspondencia y las comunicaciones oficiales de la Capital. También ese día, directamente desde Junín, pasando por el fortín "Chañar" y acompañado por un destacamento de caballería, había arribado a pie un contingente de reclutas con destino a prestar servicios en los fuertes y fortines de esa frontera y la del Sur de Santa Fe, integrado por hombres procedentes de San Nicolás, el Rosario y las provincias del interior, que "en su mayor parte no sabían aún tomar la carabina, pero ni tampoco formar en una línea recta", como decía el jefe al recibirlos.

Sin embargo, la llegada de esos hombres al fuerte "General Lavalle" había sido oportunísima por cuanto, precisamente en esos días, se recibían noticias de dos nuevas invasiones de indios, una de ellas del famoso capitanejo Pincén, que vivía cerca de Guazulauquén, a seis o siete días de marcha hacia Tierra Adentro, en el lugar que los indios llamaban Malal, por la existencia de un gran corral donde mantenía sus animales, el que se encontraba en el corazón mismo de Nahuel Mapú (País del tigre).

Pincén jamás había tenido tratos ni recibido raciones del cristiano. El número de lanzas de que pudo disponer nunca pasó de 300, y ese número estaba en constante disminución, a consecuencia de las serias bajas que producían en sus filas sus hechos audaces y fabulosos, cuyo relato corría de boca en boca en los comentarios de la frontera, junto con el profundo temor que ellos provocaban.

Ese día, mientras ardían los fogones para los soldados de la guarnición del fuerte, así como para los reclutas llegados en la mañana, un soldado hacía guardia, como de costumbre, en lo alto del mangrullo, en tanto que, al tope de un mástil de álamo, colocado cerca al efecto, flameaba la bandera nacional. En los fogones se asaba la carne de algunas reses flacas que se habían sacrificado esa mañana. Mezclados con los reclutas, los hombres de la guarnición hablaban y sus conversaciones giraban todas alrededor de los asuntos del servicio que interesaban y podrían ser útiles a los bisoños recién llegados. Pero sus comentarios favoritos se referían a las hazañas de Pincén, que todos admiraban.

Una vez, en Rojas, había penetrado de noche hasta el corral en que estaba encerrada la caballada de la guarnición del punto, abriendo un portillo en el cerco de palo a pique, por la que sigilosamente alcanzó a retirar todos los animales sin que lo sintiera la guardia, con lo que dejó así a los soldados sin posibilidades de perseguirlo cuando, al otro día, se llevó, en un enorme arreo, todo el ganado de la zona. Otra vez se relataba que, regresando a Tierra Adentro con varios miles de yeguarizos arrebatados en las estancias de la frontera Oeste con solo ciento y tantos hombres, se encontró de improviso con un cuerpo de línea que le cerraba el paso en un cañadón. De un solo golpe de vista, Pincén halló la salida improvisando con sus indios una manga por la que lanzó a los yeguarizos a la carrera, los que pasaron enloquecidos sobre los soldados cristianos, que lo esperaban cuerpo a tierra. Y aún otra vez había cruzado trayendo atada a la cola de cada uno de sus caballos una rama de chañar, con el fin de levantar mayor polvareda y engañar, así, a los cristianos sobre sus verdaderas fuerzas.

En la última invasión, los ciento cincuenta hombres que traía Pincén, pasaron la frontera, aprovechando una noche de luna de intensa neblina, divididos en pequeñas partidas, para disimularse mejor. Imposible salirles al paso.

Pero, las fuerzas de la frontera se prepararon, como de costumbre, para cortarles la retirada. El comandante Martiniano Charras, despachó una columna montada al mando de un capitán, quién se colocó en un bajo extenso, a cuatro leguas, más o menos, de la estancia de Sieza para poder, desde allí, salir a su encuentro, ya fuera que tomaran por el camino del Médano de las Bajas, por Ancaló Chico o por los médanos de Trugú-Trugú.

A las dos de la tarde, los "bomberos" cristianos dieron el parte de que la indíada con el arreo se avistaba por el Sud Este. La división montó a caballo y se dirigió a la punta de la Cañada de Díaz, mientras en el lugar quedaba la guardia de artillería, parque y caballada de reserva.

En cuanto se divisó la columna invasora, la división cristiana se movió al trote y luego al galope, directamente hacia el Sud, para evitar el difícilísimo paso de la cañada y tratar de cortar a los indios. El campo estaba sumamente pesado y guadaloso debido a las últimas lluvias y, sobre él tuvieron que hacer un recorrido de siete leguas para ganar terreno a los invasores que, al verse comprometidos, dejaron el arreo en manos de unos pocos, lanzándose a enfrentar a los cristianos. Estos, a la presencia de los indios, portando sus largas lanzas y cayendo sobre ellos con tremendos alaridos y con un ruido de trueno sobre el suelo de la Pampa, echaron pie a tierra preparando sus armas.

Pero, a prudencial distancia los invasores hicieron rayar sus caballos y, colocándose de a uno en fondo, comenzaron a circular al galope alrededor de la fuerza cristiana, que se mantenía en guardia apuntando ante cualquier amago de ataque, aunque la distancia a que se movían no era como para que los tiros de las armas llegaran fácilmente al blanco.

Un buen rato estuvieron así, hasta que, repentinamente, los indios abandonaron su movimiento circular y, reuniéndose en un grupo partieron al galope para alcanzar a los que llevaban el arreo, que ya se habían alejado, siendo imitados luego por los soldados cristianos que salieron en su persecución.

Pero, cuando otra vez alcanzaban el arreo, se repitió la maniobra de los indios, que habían mudado sus caballos, por lo que los cristianos, nuevamente, echaron pie a tierra para esperarlos, formando cuadro, mientras los jinetes araucanos retornaban a circularlos al galope a distancia prudencial, dando tiempo a que el arreo se alejara, para luego, después de un rato, volver a reunirse en grupo y partir a juntarse con aquél.

Así una y otra vez, hasta que se hizo de noche y los soldados cristianos se vieron obligados a abandonar la persecución, con los caballos cansados, y volver por la rastrillada, reuniendo los animales rezagados y abandonados en la marcha del arreo, regresando con ellos y la noticia de que los habían quitado a los indios en un combate victorioso.

—¡Es que no hay zorro como el pampa, amigo! —comentó uno—.

Si son más zorros que los mismos zorros. Aunque también tienen sus cosquillas ande Dios se las ha puestas.

"Una vez marchábamos en comisión con el capitán Grijera. Güen oficial. Cumplidor y de palabra. Y bravo como él solo. Aquel día la descubierta había traído parte 'e que los bárbaros invadían como a quince leguas, hacia Chiquilof. ¿Eran muchos los indios? Primero dijeron que eran como 500; después 100, después 30. Naides sabía. Se tocó alarma y a ensillar. Y, en seguida, se volvió a tocar 'en marcha'.

"Salimos como vainticento hombres y el capitán rumbió pal lao 'e la invasión como pa' cortar la rastrillada. Pero se hizo 'e noche sin hallarla. Cuando escureció, aunque estábamos en menguante, pronto apareció la luna y estaba clarito.

"Por fin hallamos los pastos tumbaos en dirección a Tierra Adentro y el sargento Chamorro, que era baquiano pa' rumbiar en el desierto, se acercó al capitán y le dijo:

"—Esta es la rastrillada, mi capitán.

"Entonces, sin parar ni pa' aflojar la cincha, le pegamos al galope por la rastrillada.

"La rastrillada parecía fresquita, pero a los indios no los alcanzamos nunca.

"Como a medio día, llegamos a una laguna llena 'e patos y flamencos. Pero la agua era tan amarga, que los patrios metían el hocico y pateaban adentro, pero no podían tomarla. Los indios habían pasado por ahí con el arreo y hallamos algunas vacas muertas, y otras, con el lomo lastimao y a la miseria por las chuciadas, que se volvían por la rastrillada a la querencia.

"Por fin, hallamos unos jagüeles que habían hecho los indios cerca 'e la laguna, ande pudimos tomar toda la agua que quisimos, y los pobres pingos también, que ya no daban más.

"¡Ahura sí, muchachos! —dijo el capitán—. Y otra vez le pegamos por la rastrillada.

"Ya, en la mitá 'e la tarde, los alcanzamos. Estaban acampaos al lao 'e una laguna con el arreo, que era grande, y con una tropilla. Se veía que hacía rato que nos habían bombeao por la polvadera y, en vez 'e juir, parecían listos pa' peliarnos. Eran pocos. No mas de diez o doce.

"¡A ellos, muchachos! —nos gritó el capitán—. Y, aunque traíamos los caballos bastante trasijaos, nos largamos pa' ande estaban nos los chinos.

"Y, cuando ya nos acercábamos pa' sablearlos, 'e la tropilla, como por millagro, salieron como cincuenta con lanza y todo. ¡Habían estao escondidos atrás el pescuezo 'e los pingos, y ahí no mas se nos vinieron encima, pegando cada grito que ponía piel 'e gallina! ¡Qué podíamos hacer contra tanto bárbaro! ¡Y con los caballos aplastao! Cuando quicimos acordar nos habían lanceao no sé cuantos hombres. Al final que—

damos cinco, porque pudimos meternos en la laguna con la agua hasta la panza 'el montao. Y áhi nos quedamos horas v horas, con el jusil listo por si alguno se acercaba, hasta que, después 'e carnear, se jueron y pudimos salir."

No se había terminado de cocer el asado, cuando dos chasques llegados al mismo tiempo, uno desde el fortín "Chiquilof", y otro despachado por el capitán Roque Vázquez, de la Guardia Nacional de Junín, pusieron en acelerado movimiento al fuerte "General Lavalle" (Ancaló). Se informaba en ellos que los indios habían invadido en la noche del 19 en gran número, llegando hasta las proximidades de Junín, de donde había salido para enfrentarlos la Guardia Nacional del punto, los famosos "junineros" de Pablo Vargas, hijo de cristiano y de india, cuyas hazañas también se mentaban en la frontera. Sin embargo, ese día, por hallarse ausente Vargas, la Guardia Nacional venía al mando de su segundo, el capitán Vázquez.

En seguida toda la guarnición, sin haber comido, se vio obligada a ponerse en pie, y aún, ante la escasez de hombres, al contingente recién llegado se le dieron a unos carabinas y a otros lanzas, se los montó a caballo así nomás, con la ropa con que habían llegado y, a las 6 y 55, marcharon todos, llevando animales de reserva, hacia donde debían salir los indios, ya que el parte decía que venían con un gran arreo y que su número era considerable. Dos chasques partieron, al mismo tiempo, con el fin de prevenir a los jefes de la Frontera Oeste de Buenos Aires y Sud de Santa Fe, pidiendo también su cooperación inmediata. En el fuerte quedó apenas un piquete de 14 soldados al mando de un oficial del regimiento 3 de Caballería y, una vez que las tropas se alejaron, perdiéndose en medio de una gran polvareda, se ordenó levantar el puente levadizo.

Al ponerse en marcha la División, llevando con ella una pieza de artillería, a enorme distancia se alcanzaban a ver otras polvaredas que debían ser de los indios, aunque no podía apreciarse el rumbo en que se movían. Pero al oscurecer se perdió todo indicio, no obstante conjeturarse que los invasores se dirigían hacia la estancia de Daule, seguramente con el propósito de salir por la Verde o la Cañada de Arín.

El comandante Charras se propuso, entonces, tomarles la delantera. Pero cambió de idea al encontrar en el camino al baqueano de los Guardias Nacionales, quién le informó que por allí no se sentía ningún rumor y que, en consecuencia, los indios debían haber seguido otro camino. También llegó un nuevo chasque despachado desde el fuerte con el parte de que aún los indios por allí no habían pasado.

Desconcertado por los distintos informes y limitado su horizonte por la intensa obscuridad, el comandante Charras, encontrándose a varias leguas de su base, pudo escuchar indistintamente, como a las 10 de la noche, retumbar disparos de cañón, lo que le permitió deducir

que los atacantes se habían aproximado al fuerte. Y, en seguida, los disparos se repitieron, indicando una seria lucha, por lo que entró en extrema inquietud, dado el escaso número de hombres que había dejado para guarnecerlo. Entonces, despachó dos bomberos que, algo más tarde, trajeron la noticia de que el fuerte se había defendido, y que por allí pasaban los indios con todo su botín.

De inmediato el comandante dio las órdenes de emprender la marcha y, poco antes de las cuatro de la mañana, cuando aún no había empezado a aclarar, se enfrentó con el grueso de la invasión, a la que pudo arrebatar cerca de 10.000 vacunos y varios miles de yeguarzos, así como tomar algunos prisioneros. La lucha fue dura y solo la detuvo el aplastamiento de los caballos, regresando la División al fuerte, donde se enteró de los momentos de zozobra pasados por los defensores, y redactó su informe en el que decía:

"El 19 de enero a las 4 de la tarde recibí una parte del oficial encargado del fortín 'Chiquilof', de que los indios ladrones habían invadido en la noche del 18 la frontera de mi mando. Igual aviso recibí del capitán Roque Vázquez, en ese momento, pues llegaron los dos chasques juntos. En el parte de este último me decía que venía a la retaguardia de la indiada con la G. N. que había podido reunir y que vendría haciéndome humos en la dirección que venían saliendo los indios con sus arreos, nada me informaba del número de la indiada que había invadido, lo que me decía era hasta donde había llegado. Por la aproximación a Junín, yo ya comprendí que era fuerte la invasión, razón porque venían a marcha muy lenta, operación que nunca se ha visto pero ha sido probablemente porque eran muchos, pues en los años que he servido en la frontera siempre han salido como un rayo, esto lo han hecho puramente confiados en el poder de sus lanzas cuyo número era de 700, quinientos cincuenta de lanzas y el resto de toda clase de gente, venían varios caciques y capitanejos.

"En el acto de tener el parte de oficio, y uno verbal del alférez de baqueanos D. Fermín Sánchez, mandé arrimar mis caballadas y tomar caballos de marcha y de reserva, despachando chasques inmediatamente a los sargentos mayores D. Cayetano Beliera, Jefe de la guarnición de mi extrema derecha, y D. Manuel López, comandante de la guarnición de mi extrema izquierda para que estuviesen con toda vigilancia desprendiendo sus bomberos en todas direcciones a fin de batir a los indios en donde fueran a salir.

"Luego que se tomó caballo y se armó el contingente que vino destinado al regimiento N° 3 de Caballería de línea, que ya ha tenido parte en esta jornada con orden y subordinación, se hizo uso de este refuerzo por ser muy diminuto el número de soldados con que cuenta para repeler las invasiones, sin embargo me puse en marcha a las 6 y 55 de la tarde rumbo al Oeste de este punto con 180 soldados del regimiento 3,

incluso el nuevo contingente que fue llegar y hacerlos tomar caballos en el momento, y no hubo tiempo ni para churrasquear, dejando un piquete de 14 soldados y un oficial del regimiento N^o 3 de Caballería de línea.

"Luego que marché se hizo la noche, y ya se perdieron las polvaredas de los indios que venían sobre mi flanco derecho, pero a una larga distancia de este punto, porque en los avisos que tenía se me decía que los indios venían saliendo en derechura a la estancia de Daule. Con toda esta variación de noticias, yo siempre firme en mi opinión de situarme a vanguardia de este fuerte poniéndome en el caso de poderme correr sobre cualquiera de mis flancos que vinieran a salir, porque a más de los avisos oficiales dirigidos por mí a los jefes de mis flancos, a quienes ordené que dieran aviso oficial de la invasión a los jefes de la frontera Oeste y Sud de Santa Fe a fin de que tuvieran conocimiento por sí se alejaban mucho de este punto y se dirigían a Ancaló Chico para salir por la Verde.

"Lo mandé al alférez de G. N. vaqueano D. Lorenzo Balmaceda, a explorar mi flanco izquierdo por si los indios querían salir por "Arin" el que se me incorporó a las 9 de la noche asegurándome que por aquellos puntos no debían salir porque no se sentía ningún rumor de novedad. Antes de llegar este a mi presencia me llegó un chasque verbal del Oficial que quedó en este punto que los indios estaban adentro todavía. Yo estaba a 3 leguas de distancia de este punto, y serían las 10 de la noche cuando se sintió el disparo de cañón, lo que me indicaba que había llegado la indiada al fuerte. No dejé de causarme algún cuidado por la vida de los pocos soldados y familias que habían quedado, cuando se siguieron cinco disparos más de cañón con cortos intervalos. Este incidente me hizo tal impresión que en el acto llamé al Sargento Mayor D. Lorenzo Vinter, y le pedí dos hombres de confianza del regimiento, bien montados. Me dio dos sargentos, los llamé y les dije: 'Ustedes van en una peligrosa pero importante comisión, quiero saber si los indios han tomado el fuerte, son las 12 de la noche y espero que el parte de ustedes me lo traigan a las dos de la mañana para marchar si fuese necesario' y los despaché porque tenía alguna duda por la poca fuerza que había quedado. Efectivamente a las 2 de la mañana llegaron los dos Sargentos dándome el parte que los indios estaban en el punto, que ellos no habían entrado porque, por el murmullo de la hacienda vacuna que había y un inmenso valido y relinchos de la hacienda yeguariza que se oía, los indios estaban en las inmediaciones del campo y que sentían llantos de familias. Y en efecto eran los del campo que cuando vieron la aproximación de la indiada é inmensos arrees que traían también se creían ya en poder de ellos. Acto continuo de esta noticia mandé montar á caballo la pequeña columna de mi mando y me puse en marcha por el camino que viene del 'Fuerte Media Luna'. Había andado 10 ó 12

cuadras cuando llegaron los dos Oficiales de vaqueanos Sánchez, y Balmaceda, á decirme que los indios iban marchando en derechura á la fuerza, y que se sentía el balido y relinchos de las haciendas como la gritería de la indiada. Inmediatamente de este aviso preparé todo dando mis órdenes y ordené al Oficial de artillería capitán D. Ramón Sosa, que cargase á metralla la pieza de cañón que llevaba, preparando á la vez el cohete á la congreve por si los indios formaban, tirarles, pero no se les hizo ningún disparo con el cañón por que no formaron según la confusión que les causó la sorpresa, porque ellos no habían soñado jamás que la fuerza los esperaba. Serían las 3 y cuarto de la mañana cuando se aproximaron á nosotros que estábamos ya en orden de pelea, y en el acto me aproximé al piquete que me sirve de Escolta, lo puse al capitán D. Martín Ramos, al mando de este y le di orden de cargar la indiada yendo yo en reserva con toda la fuerza. La carga se les llevó de adelante con toda la fuerza, cargando con el capitán Ramos, los oficiales vaqueanos Sánchez, y Balmaceda, y el alférez de G. N. que me servía como ayudante de órdenes D. Emilio Indarte. V. S. debe hacer presente al Exmo. Señor Ministro de la Guerra que, aunque no hubo mortandad de indios se les ha quitado todo el botín que llevaban arreando, que no habrá bajado de 8 a 10 mil vacas y 2 mil ochocientas yeguas, pues desde la hora que se cargaron a los indios y se derrotaron completamente, han estado pasando las haciendas por este campo, hasta que me paré, porque nuestros caballos no podrían tener más aguante en siete horas de correr á todo lo que se podía andar y en los mejores caballos."

Pero, durante la acción nocturna, un grupo de los reclutas recién llegados al fuerte, había logrado desertar y, aunque se despacharon varias partidas en su busca, ninguno pudo ser hallado. Solo ocasionalmente, como diez días más tarde, un destacamento procedente de fortín Chiquilof, encontró a cinco de ellos. Se habían extraviado y se hallaban en el último grado de extenuación. No opusieron la menor resistencia.

En el fuerte fueron encerrados, incomunicados, en el rancho que hacía de calabozo y juzgados por "deserción frente al enemigo". Eleuterio Cardoso, Cipriano Machado, Juan Almirón, Serapio Rosales, Lino Carmona. Se condenó a uno de ellos a muerte y a los otros a un novenario de azotes y recargo de servicio.

Los hombres, en su descargo, alegaban que no habían firmado contrato de enganche, ni eran soldados de los cuerpos de línea, y que los habían llevado en forma compulsiva para servir en la frontera, arrancándolos del seno de sus familias, las que habían quedado abandonadas y sin amparo. Uno alegó que todo se debía a malquerencia del Juez de

Paz, porque en las últimas elecciones no había votado por su partido, otro que dicho Juez andaba detrás de alguna hacienda que él poseía, y el tercero, a causa de que el alcalde departamental codiciaba a su mujer, que ahora quedaba sola con sus hijos.

Para determinar quién sería pasado por las armas, se colocaron en un kepí cuatro papelitos en los que se había escrito "vida", y otro que decía "muerte". Por turno fueron tomando uno, y los cuatro primeros leyeron en voz alta "vida". Quedaba Juan Almirón, que no quiso abrir el suyo. En seguida fue puesto en capilla, para ser fusilado al día siguiente.

En la madrugada la guarnición formó en cuadro para presenciar la ejecución con toda solemnidad. A las 7 el reo apareció escoltado por la Guardia de la Capilla. El fiscal le leyó la sentencia, que escuchó inmutable, como petrificado. Se le ordenó hincarse y, al vendársele los ojos con un trapo, lo rechazó y sacó de su bolsillo un pañuelo bordado, primer trabajo de su hija de ocho años, y se lo colocó él mismo. La orden de ¡fuego! se oyó claramente, seguida del retumbo de la descarga. Cuando el reo cayó, el sargento que mandaba el piquete, le disparó el tiro de gracia, y toda la guarnición desfiló ante el cadáver. La sentencia se había cumplido.

En ese momento, por la altura, una inmensa bandada de cuervillos, en una perfecta hilera quebrada en ángulo en su centro, cruzaba rumbo al fortín "Medias Lunas".



22. El atalaya del Desierto

(Villa de Mercedes - 1871)

“**L**OS INDIOS! ERAN UNA potencia aparte que tenía su corte, sus embajadores, su ejército, sus privilegios. De vez en cuando el Gobierno Nacional celebraba tratados de paz con ellos... Ya les he dicho que los tratos eran de potencia a potencia. De potencia Superior a potencia Interior. Nosotros, ¡la inferior! Habrase visto vergüenza o tolerancia semejante, y eso duraba ya decenas de años; tenía en jaque esa canalla a todas las fuerzas de línea de la República, que consideraban muy inferiores a sus valerosas hordas desnudas, armadas de lanza y bolas que en muchas ocasiones resultaron superiores a las atroces armas de fuego de antaño. El arreglo en los tratados siempre fue mas o menos igualmente satisfactorio para los dueños de la Pampa.”



General I. FOTHERINGHAM: *La vida de un soldado*

“**EN EL PUEBLO, EN LOS ESTRADOS, EN LAS ASAMBLEAS, EN LOS GABINETES** de los hombres de Estado, se viene repitiendo desde hace muchos años, la necesidad de proveer a la seguridad, de hacer algo en defensa de las fronteras; y sin embargo de que el estado de cosas viene empeorándose de día en día, ese algo tan repetido no se ha hecho aún y ni siquiera se han visto señales de que alguien se ocupara seriamente del asunto. No es mi ánimo hacer recriminaciones al Poder Ejecutivo ni a nadie, recriminaciones, por otra parte, innecesarias, y que serían una profanación en presencia de los despojos aún humeantes de la última invasión, de la desolación y espanto, aún no calmados, de las familias. Y bien, señor, los males han aumentado tanto, los desastres han sido tan repetidos, los perjuicios tan considerables, que la opinión pública se agita una vez más, se condena y está llamando desde hace días a las puertas de todos los Poderes, en demanda de medidas protectoras.”

Discurso del diputado J. Fernández en la Cámara de Diputados
el 1º de Septiembre de 1870

"NUNCA HE VISTO JAMÁS EN MIS CORRERÍAS... NADA MÁS SOLITARIO que estos montes del Cuero... Aquello entenebrecía el alma... A la orilla de ellos vivía el Indio Blanco... temido como ninguno en las fronteras de Córdoba y de San Luis... Las invasiones se sucedían semanalmente, día por medio, y hasta diariamente. El héroe de estas hazañas era, por lo común, el Indio Blanco.

Coronel L. V. MANSILLA: *Una excursión a los indios ranqueles*



¡Villa de Mercedes, de San Luis, levantada como fuerte "Constitucional" donde desde un siglo antes existió un fortín llamado "Las Pulgas", y que luego habría de adoptar el nombre con que ahora se conocía como una invocación para su desamparo!

¡Villa de Mercedes, de San Luis, por largos años el punto más avanzado de las fronteras de esa provincia y de Córdoba, verdadera vanguardia de San José del Morro, apareciendo entonces como un atalaya en el Desierto!

Se asentaba sobre la margen Norte del río Quinto, que allí corría por un ancho lecho arenoso, con un cauce de 1.500 metros, en gran parte cubierto de matorrales y bancos llenos de yuyos, hasta las barrancas de escasa altura, dejando en el centro una ancha extensión, tapada con limo, entre la que, en el verano, culebreaban hilitos de agua.

Un tupido monte de caldenes, algarrobos, espinillos, chañares y sangre de toro daba allí un marco sombrío al paisaje, en el que podían encontrarse tigres, pumas, zorros, avestruces y tropillas hasta de 1.000 guanacos. Por arriba, volaban multitud de chimangos y caranchos, así como pasaban continuamente grandes bandadas de loros.

Pero, el río no siempre se veía tan seco y, cuando crecía, se transformaba en una seria amenaza para la población, habiendo en oportunidades llevándose manzanas enteras.

Establecida como colonia militar, tenía 20 cuadras labradas, cuyo producto, en un tiempo, se repartían los soldados, siendo la sede de tres regimientos. Su fundador había sido el coronel José Iseas, el famoso "manco" Iseas, quien, de antiguo federal rosista, había pasado luego, con igual devoción, a partidario de Mitre, y, después de la muerte del coronel Sandes, en 1865, quedó como el puntal del centralismo porteño. Y, aunque luego llegó a ser el 2º jefe de la frontera de Mendoza, San Luis y Córdoba, repartición militar cuya sede se encontraba en la Villa

de Mercedes, no tenía ni "la instrucción que daban los padrecitos", pues no sabía leer ni escribir.

En cambio, mantenía una disciplina severísima, en el regimiento 4 de Caballería, de su mando, disciplina basada en azotes, estaqueadas, carreras de baquetas y cepos colombianos. Se le llamaba el Torquemada de la Pampa. De él se decía que en cierta ocasión en que un río se hallaba de "novenario de azotes", es decir, que por nueve días seguidos debía recibir cada mañana una ración de 500, el cabo que aplicaba el castigo, al cuarto o quinto día fue a anunciarle:

—Mi coronel. Es finao.

Y él había respondido:

—¡Siga, carajo! ¡Las órdenes se dan para cumplirlas!

En la batalla de San Ignacio, que tuvo lugar sobre el río Quinto, cerca del cantón de ese nombre, el año 1867, entre las fuerzas del coronel José María Arredondo y las montoneras de Juan y Felipe Saá, a las que acompañaban 500 indios ranqueles, su regimiento, que integraba las fuerzas del primero, se pasó íntegro a los enemigos, quedando él solo para llevar el parte del hecho al jefe de las fuerzas porteñas.

Durante la jefatura de Iseas, los indios atacaron la Villa y estuvieron a punto de destruirla. Fue en enero de 1864 y venían acompañados por Juan Gregorio Puebla. Después de muchos anuncios, la invasión se produjo, al fin, el 21 de enero, fecha en que los atacantes trataron de sorprender a la población a las 12 de la noche, circulándola, acompañados por Puebla y 60 montoneros. Pero, las noticias previas de la proximidad del malón, habían permitido que las fuerzas acantonadas en la Villa, así como los vecinos, que fueron movilizados, tuvieron tiempo de abrir trincheras en las bocacalles, pudiendo rechazar el ataque después de prolongada lucha, no sin que antes quedara muerto de un tiro Juan Gregorio Puebla.

Luego las hostilidades siguieron con encarnizamiento, por toda la frontera. En febrero de ese mismo año, los indios entraron por el Tala; otra fuerte partida de ranqueles atacó Chischaca, debiendo colocarse guardias en Chalanta. Más tarde invadieron por la costa del río Quinto; atacaron el Lince, y aún pretendieron invadir la propia ciudad de San Luis.

Al "manco" Iseas sucedió en la jefatura de la frontera de la provincia, otra figura famosa: el coronel Teófilo Ivanowski, quien, desde soldado raso, debía llegar luego al grado de general de la Nación. La historia del coronel Ivanowski era bien curiosa. De nacionalidad alemana, se llamaba Karl Reichter. Pero al ingresar al ejército como enganchado en el 3 de Caballería, acababa de desertar de este cuerpo otro soldado de nombre Teófilo Ivanowski, por lo que el jefe del regimiento propuso a Reichter que tomara el lugar y el nombre del desertor, en forma de evitar tener que rendir cuenta de un hecho que siempre afectaba

el honor militar. Así lo hizo aquél y, con ese nombre ajeno, llegó a los más altos cargos del ejército. Era un hombre bravísimo y debía morir asesinado, con motivo de la revolución de Mitre, el año 1874. De él se referían innumerables anécdotas y, una vez desde el fortín "Fraga", por ausencia de la tropa, saltó a perseguir una invasión de indios con la banda de música montada en mulas.

Para la época en que Ivanowski era jefe de la frontera de San Luis, esta contaba con 17 jefes, 85 oficiales y 1.223 hombres de tropa, siendo el comando general de las fronteras de Mendoza, San Luis y Córdoba desempeñado por el general José María Arredondo.

Los fortines que cubrían la frontera de San Luis eran el "Roseti", "Toscas", "Fuerte Viejo", "Romero", "Fraga", "Lince", "Tala", "Charlone", y "Salto", siguiendo al Oeste, los de la provincia de Mendoza: "Fuerte Nuevo", "Ovejera", "Rincón Grande", "Cuadro Nacional", "San Rafael", "Nihuil" y "San Martín" o "El Alamito", que era el último, sobre la misma cordillera de los Andes. Por el Este los fortines de San Luis se continuaban con los de la provincia de Córdoba: "3 de Febrero", "12 de línea", "Sarmiento", "7 de línea", "Necochea", "Achihero", "Guerrero", "Árbol", terminando en "La Ramada", o "Irrazabal", sobre el cañadón de La Amarga, para seguir, luego, con los fuertes y fortines del Sur de Santa Fe y provincia de Buenos Aires.

La línea de Córdoba había sido avanzada el 19 de mayo de 1869, desde el río IV^o hasta el río V^o, avance ejecutado por medio de cuatro columnas que marcharon 24 leguas, desde Achiras a Pringles, levantando el fuerte "3 de Febrero"; 28 leguas desde Río IV al paso de las Arganas, levantando el fuerte "Sarmiento"; 19 leguas y media desde Santa Catalina hasta Cerrillos del Plata y 35 leguas desde La Carlota también a Cerrillos del Plata, erigiendo allí el fuerte "Necochea". Todo el movimiento se había hecho bajo la dirección del entonces Comandante de la Frontera Sud y Sudeste de Córdoba, coronel Lucio V. Mansilla, quien, precisamente dos meses antes, saliendo de Río IV, acompañado de dos sacerdotes y una pequeña escolta, había hecho una excursión hasta las tolderías de los indios ranqueles, sobre la que luego escribió un libro, excursión que también realizara, poco antes, el padre Burela llevando una partida de aguardiente que, además de utilizarse para rescatar cautivos, servía para destruir a los indios en forma más efectiva que todos los fusiles de los regimientos.

Con el avance de estas fronteras se trataba de contrarrestar la situación angustiosa que Córdoba debió soportar durante largos años, la cual tuvo pocos paralelos en la guerra del Desierto, llegando los indios con sus malones hasta el propio corazón de la provincia. Las noticias se sucedían siempre del mismo tenor: "Regístrese una invasión de seiscientos indios que entraron por cerca de Frailé Muerto, privando de la existencia a varios pobladores y además arreando gran cantidad de ha-

cienda". "Acaban de llegar los indios en su última invasión hasta lugares donde no habían penetrado de 50 años a esta parte, llevándose familias cautivas y haciendas." "Los indios atacaron la población de Villa María al día siguiente que por ley del Congreso (luego vetada) fue declarada capital de la Nación", etcétera.

En su informe, el coronel Czetz, que había planeado el avance, decía: "En consecuencia de las disposiciones de V. E., la ocupación del río Vº, desde el fuerte Pringles hasta la Amarga, tuvo lugar en mayo y se había esperado la mejor estación y el resultado de mi exploración de la Pampa en la parte que se extiende de la laguna Ramada Nueva y la laguna Nº 7, hasta la frontera de Junín, para situar las fuerzas en Las Tunas, que forma el ala izquierda de la frontera de Córdoba, simultáneamente con la División Sud de Santa Fe en sus nuevas posiciones. El coronel D. Lucio V. Mansilla, acompañado por su secretario, el actual sargento mayor Melchert, en la calidad de oficial de Estado Mayor, ejecutó esta operación en el mes de septiembre y octubre con su acostumbrada energía y buen acierto, después de haberse puesto de acuerdo previamente con el coronel Benavidez, jefe de la Frontera Sur de Santa Fe. La izquierda de Córdoba ocupó la Ramada Nueva con un fortín en el médano del Guerrero a su derecha y otro al costado Este de la cañada del Nº 7, a su izquierda. El coronel Benavidez, por su parte, ocupó la laguna de Langhelo y estableció sus fortines de la derecha en Blancomanca, a vanguardia de Petralauquén o la Verde, y en 15 árboles a su izquierda, cubriendo por este último el camino que pasa por los despuntes del gran cañadón de la Verde, y acortando así la distancia que media entre esta frontera y la extrema derecha de la división Norte de Buenos Aires".

Sería alrededor de medio día, del 1º de marzo de 1871, cuando un escuadrón de ciento veinte hombres y cinco oficiales, dejaba el cuartel del regimiento 9 de Caballería, situado sobre la misma barranca del río Quinto, en Villa de Mercedes, con frente también a la plaza "6 de Diciembre de 1856", o "Plaza del 4", como vulgarmente se la llamaba, por haber sido sus primeros ocupantes las fuerzas del 4 de Caballería, y tomaba rumbo hacia el Este. Al salir los jinetes rozaban las paredes de adobe pintadas con cal del portón del cuartel, que tenía capacidad para 400 hombres y 800 caballos, y estaba provisto de techos de barro y paja, asentados sobre maderas de algarrobo y caldén. Este cuartel era el más grande de la Villa de Mercedes, puesto que el otro que en ella existía, en el extremo Sudoeste, sobre la Plaza de Marte, a dos cuadras de la costa del río, apenas daba albergue a un piquete del 10º de Infantería de línea, que lo ocupaba.

Los hombres del escuadrón, con sus oficiales, iban todos de chaquetilla y carabina a la espalda. Al frente, su jefe, el capitán Rosa Lucero, marchaba con el kepí requintado y el barboquejo compadre sujetado entre los labios. Cruzaron el río Quinto por el paso y luego, al trote y al galope, calzados con botas granaderas, avanzaron taloneando por la senda, toda la tarde, sin detenerse, en silencio, entre el resoplar de las bestias, el golpear de los sables, y el ruido de los cascos sobre el terreno arenoso y firme. Adelante galopaba la tropilla de remuda, al compás del cencerro de la yegua madrina, y atrás seguía la jauría de perros flacos y de todos los pelos y tamaños, que siempre marchaba siguiendo a los regimientos.

Un suceso de extraordinaria importancia, que había tenido lugar en la frontera Sur de Córdoba, motivaba su marcha: la guarnición entera del fuerte "Sarmiento", se había sublevado, dejando a su jefe atado a una silla, y tomando el camino del Cuero, para pasarse a los indios. Y ellos habían sido enviados para reemplazarla.

A medida que avanzaban, entre los montes de chañares, caldenes y algarrobos, iban espantando bandurrias y caranchos y sintiendo el constante ¡fiii! ¡fiii! ¡fiii! de los pipirianos y el ¡riiii! ¡riiii! ¡riiii! del tuntu, que revoloteaba por el campo para picotear cogollos de verdolaga. De vez en cuando un recodo en la senda, o una lechuzca que levantaba vuelo alarmada, los sacaba de su ensimismamiento, a lo que venía a agregarse la presencia, más presentida que advertida, de algún puma, que encabritaba las cabalgaduras, o la disparada, a la distancia, de una tropa de guanacos. En un montecito alcanzaron a divisar un cadáver seco colgado de un árbol. Parecía haber sido de un hombre de gran estatura.

Más tarde, en las últimas horas del día llovió ligeramente, pero esa llovizna ya había cesado cuando llegaron al fortín "Roseti", una tosca empalizada de troncos de caldén que rodeaba dos ranchos quinchados, de donde aparecieron las caras barbudas de algunos hombres. El cabo que estaba a cargo del fortín en seguida se apresuró a hacerse presente:

—Sin novedad, mi capitán.

Y, ya desmontada la patrulla, mientras aflojaban la cincha y quitaban el recado, los caballos patrios permanecían mansamente quietos, sudorosos y temblando los ijares, para luego, al ser largados, revolcarse resoplando y buscando donde saciar su sed, largamente contenida.

Los soldados, mientras tanto, saludaban a sus compañeros del fortín, apenas doce hombres, quienes, a su vez, inquirían noticias y, luego de un rato de efusiva charla y jarana, se apresuraron a correr todos juntos tras uno de los novillos encerrado en un corralito de ovejas, hecho con ramas secas espinosas, divirtiéndose al agarrarlo de la cola y voltearlo para carnearlo.

Pronto ardieron fogones de ramas de algarrobo y, de mano en

mano, por los diversos grupos, fue pasando el cimarrón con yerba provista por los vivanderos. Asimismo, a la luz de las llamas, aparecieron algunos naipes y, mientras los trozos de la res se cocinaban, comenzaron los envites:

*"Belgrano ganó en el Norte
San Martín en Chacabuco
Y ahura a mí se me hace
Que voy a ganar al ¡truco!*

*Asujete el redomón
Que puede salirle un cuco
Por querer me veo pobre,
Por eso, ¡quiero y retruco!*

Y, luego, ya listo el asado, desprendida la chaquetilla y apretada entre los dientes la presa que se separaba con el cuchillo, casi a filo de los labios, los comentarios comenzaron a dirigirse hacia el objeto que los había puesto en movimiento y los llevaba hasta el fuerte "Sarmiento": el famoso Indio Blanco con el que andaban ahora los sublevados.

Sobre la personalidad del Indio Blanco corrían los más dispares rumores. El Indio Blanco era un indio gaucho, lo que significaba que no estaba sujeto a la autoridad de ningún cacique. Había quienes decían que no era indio, sino rubio, por tratarse, en realidad, de un cautivo llevado en su niñez a las tolderías, no sabiendo ahora hablar sino escasamente el idioma castellano. Otros lo hacían hijo de un cacique y de una cautiva rubia de La Carlota.

Fuera araucano o fuera cristiano renegado, gozaba de una tremenda fama en toda la frontera de San Luis y Córdoba. Con un numeroso grupo de indios que lo seguía, asaltaba diligencias, tropas de carretas, arrias de mulas y aun postas, siendo el terror del camino de Buenos Aires a Cuyo. Habitualmente residía en la laguna del Cuero, pero de vez en cuando desaparecía y se decía que iba en viaje de negocios a Chile.

La gente, en general, le atribuía los sucesos más espantosos. Una vez asaltó, por Las Tunas, dos tropas de carretas; sólo escaparon cuatro hombres, muriendo veintiséis y quedando siete mal heridos. Otra vez, al atacar la galera que iba a Chile, logró cautivar a una bellísima dama, esposa de un acaudalado mendocino. Se decía que el hombre había puesto toda su influencia para que el Gobierno lo ayudara a recuperar a su esposa, lo que logró, al fin, después de una verdadera vía crucis y de pagar un fuerte rescate, pero trayendo a la mujer encinta. En otra oportunidad incendió otra galera, que quedó reducida a cenizas junto a los cadáveres de los viajeros, uno de ellos sacerdote, con un lanzazo en la axila, recibido al levantar los brazos portando con ambas manos un crucifijo, como para contener a los indios. Entre los despojos, aún

humeantes, de la galera, se halló intacto su misal nuevo, edición Lugduni, 1854. También se recordaba el asalto a la posta de Saladillo, en San Luis donde quedaron quince cadáveres.

Todo eso comentaron hasta que se recogieron.

Y, al día siguiente, puestos nuevamente en marcha, continuaron avanzando a lo largo del río Vº hasta llegar al fuerte "Tres de Febrero", donde estaba la Comandancia de la Primera Línea de la frontera Sud de Córdoba, que tanta actividad debía desplegar para la atención de su castigado sector. De un lado del fuerte se extendía el río y por los otros lo circulaba una zanja casi tapada. Las construcciones eran de paredes de varas y paja revocadas con barro, dejando grandes agujeros, tapados con cueros de caballo o vaca. Un alto mangrullo hecho con tres palos, tenía arriba la bandera. A la entrada del fuerte, estaba emplazado un cañón. Más lejos, entre los árboles y los matorrales, muchas cruces dejaban ver la obra de los indios y de las penurias de la vida de la frontera.

En las oficinas de la Comandancia, se acumulaban los partes, que se recibían constantemente. Algunos de ellos decían:

"Río IVº, noviembre 30. Serían las diez de la noche del día 26 del corriente, cuando llegó un individuo informando que los indios habían invadido en esa tarde por el paraje denominado Tunal, el que pertenecía a una partida descubridora del Fortín Reducción a donde no pudiendo incorporarse, por haberse interpuesto los Indios, disparó para este punto, salvando los demás escondidos en las barrancas del río. Inmediatamente dispuso el infrascripto que el Regimiento Nº 7 al mando del mayor Laconcha y la Guardia Nacional movilizadas al mando del comandante Antonino Baigorria, tomaran caballos y se pusieran en marcha, lo que efectuaron a los doce y media emprendiéndola todo lo forzado posible a fin de llegar a tiempo y atajarles los pasos precisos que tiene el río, pues, según datos, los indios habían pasado al Norte.

"Carlota, mayo 11. Por el parte original del comandante del fortín Reducción que tengo el honor de adjuntar a V. E. se impondrá que en el día de ayer como a las 7 de la mañana, han invadido los Indios por ese punto; cuyo parte no fue recibido aquí a tiempo, que hay la distancia de catorce leguas, razón por la que no ha sido posible evitar que consigan escapar llevando la hacienda yeguariza, aunque no se puede calcular su número.

"Sin embargo, serían como las 8 de la mañana del día 10 cuando se sintió aquí la señal que hizo el fortín Algarrobos (punto medio de aquí a la Reducción) de tres tiros de cañón por lo que en el acto dispuse que la Guardia Nacional del Sauce, al mando del Sargento Mavor Jacinto Quirós, marchase a trote y galope, y en seguida como a las 11 marché también con la compañía Escolta, el 3º Escuadrón del Regimiento 8 y 50 infantes a caballo, con el objeto de atajar los pasos; pero fue inútil aunque marché hasta las 5 de la tarde, haciendo una jornada

de 10 leguas, y el único que pudo darles alcance de la Reducción afuera y al ponerse el sol, fue el mayor Quirós, que consiguió arrebatarles las haciendas vacunas que llevaban y aun algunas yeguas, pero sin pelear, porque huyeron esquivando el Combate, haciéndose imposible la persecución por haberle tomado la noche."

También el jefe anterior, coronel Lucio V. Mansilla, había acumulado sus partes, el último de los cuales, lleno de dramáticas alternativas, decía: "Los indios, acompañados de muchos cristianos sitiaron en la noche del 23 el fortín 'Lomitas', sin conseguir que el oficial y los cinco hombres que lo guarnecían se rindiesen. Sitiado lo tuvieron durante la mañana del 24, evitando así la transmisión de la alarma, la que no podía darse sino por medio de chasques, pues en dicho fortín no había cañón... Mientras un grupo de indios sitiaba el fortín, otro recogía la invernada del Estado, que estaba desparramada, arrebatando algunas tropillas de particulares. Fue en esta circunstancia que el Comandante interino de La Carlota, D. Jerónimo Domínguez, supo por algunos vecinos lo que ocurría. Mal montado, como que ya le habían arrebatado sus medios de movilidad, nada pudo hacer."

"Cuando el Comandante Domínguez vio que todos sus esfuerzos para alcanzar a los invasores eran inútiles, despachó un chasque a 'Necochea' dando cuenta de la novedad, y con la esperanza de que fuerzas de dicho punto alcanzaran a los indios en su cruzada. Dicho chasque llegó a 'Necochea' el 25 a medio día, y me alcanzó a dos leguas de allí, en marcha hacia el Sud. Sin pérdida de tiempo mandé venir de 'Necochea' veinte jinetes y diez infantes, y reforzando mi escolta con ellos, seguí mi marcha, anunciándome la quemazón de los campos hacia el Norte que los indios y mi pequeña columna nos hallábamos a la misma altura."

"Conociendo el terreno y la dirección de los caminos, sabía que los indios tenían que describir una curva. Calculé, pues, que siguiendo el rumbo de la cuerda del arco, les saldría adelante al amanecer del día siguiente, aunque no se detuviesen, lo cual era difícil, porque ya llevaban tres noches sin dormir, y habían andado cuarenta leguas en veinticuatro horas. Como a las 11 de la noche del 25 divisé sus fogones. Seguí mi marcha, con todas las precauciones de la guerra, siempre en la dirección indicada, que era del Paso de la Amarga. Pero la quemazón avanzando con la rapidez del viento, que soplabá de SE., me obligaba a inclinarme gradualmente hacia el Sud. Intenté cortar la línea de fuego que casi me circunvalaba, pero, fue inútil hacerlo en la noche. Dejé, pues, a retaguardia algunas leguas, el charqui y el agua que llevaba a lomo de mula, y ganando terreno contra la quemazón, conseguí atravesarla el 26 al amanecer. Algunas horas después me hallaba sobre el rastro de los indios, que ya habían pasado al Sud, indicándome los vestigios de su rastrillada que me llevaban cuatro o seis horas de ventaja. En

esa situación, calculando era fácil hubieran descubierto mis polvos al amanecer y apurando su huída, y haciendo dieciocho horas que marchaba sin cesar por campos quemados, sin agua para las cabalgaduras, y con alimento sólo para mi escolta, reforzada por treinta hombres, resolví hacer alto, esperando se me incorporasen los cargueros y los rezagados.

"Creo que si hubiera seguido la persecución con algunos hombres de los mejor montados, habría alcanzado a los indios en la noche del 26, pero debí pensar, y en efecto pensé, que si no los alcanzaba, no tendría caballos en qué contramarchar, y por esta razón, en lugar de aventurarme en una persecución dudosa, por campos quemados y sin agua, continué mi exploración del terreno al Sud de la Ramada, que había sido mi objeto primordial al salir de 'Necochea'."

Después de su pasar la noche en el fuerte "Tres de Febrero" el escuadrón continuó su marcha a la mañana siguiente, llegando por la tarde al fuerte "Sarmiento". Y allí definitivamente, desmontó.

Construido sobre el antiguo paso de las Arganas, en el camino del Cuero, el fuerte "Sarmiento" era uno de los más importantes de la línea de la frontera del Interior, y tenía una extensión de tres cuadras de Norte a Sud y de cuatro de Este a Oeste, rodeada de un foso de 1224 varas de largo por tres varas de boca y dos y media de profundidad. Allí estaban todos los edificios de la guarnición y de las familias. Además, como segunda línea de fortificación, se había cavado un segundo foso a diez cuadras al Sur del fuerte, comenzando del potrero del batallón 12 de línea y rematando en la barranca del río Vº. El terreno entre el primero y este segundo foso era de 60 manzanas. Existía, además, un corral de una cuadra zanjeada para encerrar la hacienda para el consumo, durante la noche.

Constaba, también, de una capilla de 20 varas por 5, con paredes de 6 varas de altura fuera de la tierra, en la que se habían empleado 50.000 ladrillos; y de un Club para Jefes y Oficiales, construido de adobe, con una sala para biblioteca, y otra sala de billar. Además dos despensas y una cocina. En este edificio se emplearon 40.000 adobes.

Se habían edificado, asimismo, dos ranchos grandes de 35 varas de pared francesa y paja embarrada para el Detall provisorio y otro de quince varas para Escuelas Primarias. En el centro del fuerte se dejó un espacio para plaza, la que estaba adornada con tres pilares de ladrillos.

Dos ranchos de comerciantes y un alto mangrullo destacaban la fisonomía del fuerte "Sarmiento", que cubría un importante sector de las 30 leguas de la frontera y donde se habían tomado todas las medidas de seguridad, estableciendo no sólo el servicio de descubierta, sino también uno nocturno para evitar, según se decía, "que el enemigo por medio

de sus espías tomase una noción de la seguridad de las nuevas posiciones". Un amplio cementerio, algo retirado, completaba las instalaciones del fuerte.

Precisamente, el mismo día del arribo del escuadrón despachado desde Villa de Mercedes, durante la mañana, el Indio Blanco, con una partida, se había presentado frente al fuerte "Sarmiento", tratando de entrar en él, sin lograrlo, intento que realizó sabiendo que estaba escasamente guarnecido, luego de la última sublevación. Algunos de esos sublevados, ahora lo acompañaban.

Al alejarse los indios, el jefe del fuerte, teniente coronel Egidio Sosa, despachó entonces al capitán Morales con un piquete de sesenta hombres con orden de seguir sus rastros e informar sobre el rumbo que tomaba. Al salir del fuerte, el capitán Morales podía divisar, a la distancia, los polvos del Indio Blanco, pero más tarde, al caer una llovizna, éstos se perdieron, por lo que ahora el piquete cristiano no tenía una exacta noción de hacia dónde pudo haberse dirigido.

Así marcharon hasta llegar a la posta de "Chemeco", en mitad de camino hacia los fortines de la 2ª línea: "Portezuelo", "Espinillo del Bagual" y "Santa Catalina". Además de su pequeña guarnición, se encontraban allí las carretas de dos vivanderos, en camino hacia fuerte "Sarmiento".

Era ya tarde cuando desmontaron, churrasquearon y jaranearon.

Y, cuando prácticamente se había apagado la luz de los fogones, que era la única de que disponían, los soldados del piquete, poco a poco, se fueron acomodando, haciéndose rosca cerca del fuego, después de extender las piezas de sus recados en el suelo, aún húmedo. Y así arrebujados, teniendo por techo un cielo nublado y amenazante, pronto empezó a dejarse oír un verdadero concierto de ronquidos. Todas las precauciones fueron tomadas para evitar los riesgos de una sorpresa: los caballos habían sido dejados maneados o atados a estaca pampa, es decir, sujetos a un palo corto al cual estaba sostenida la rienda, y enterrado en un hoyo bastante profundo, tapado con tierra apisonada, en forma que, si el animal tiraba hacia un costado, la resistencia era grande. Pero, en cambio salía sin mucho esfuerzo, de un tirón, cuando el jinete la levantaba perpendicularmente. También se habían dejado guardias especiales; pero los hombres de éstas, por el cansancio del día, pronto agregaron su nota al concierto de los ronquidos.

Apenas se insinuaban las primeras luces del día siguiente sobre la posta de "Chemeco", cuando los soldados del piquete se despertaron sobresaltados, comprendiendo, de inmediato, que estaban rodeados por los indios. El capitán Morales, en cabeza y sin chaquetilla, dio entonces las órdenes en voz alta, mientras los hombres trataban de tomar sus armas, lo que muchos lograron. De sus caballos quedaban separados por

la fila de araucanos que pronto los circularon, empezando a proferir sus temibles alaridos de batalla.

¿Qué ocurrió, entonces? Nadie lo sabía, pero cuando llegaron algunos chasques, despachados en su busca, del piquete del capitán Morales, fuera de tres o cuatro heridos, todos estaban muertos.

En su extenso parte del Jefe de la Frontera dijo:

"Guarnición Tres de Febrero, marzo 9 de 1871.

"Tengo el honor de dar cuenta a V. S. detalladamente de lo ocurrido en la invasión del día 4 del corriente, apareciendo 50 indios, entre ellos algunos sublevados del Batallón 'Nueva Creación', al frente de la Guarnición 'Sarmiento', donde intentaron penetrar a las ocho o nueve de la mañana. Hallándome en este punto, recibí el parte a la uno de la tarde y me puse inmediatamente en marcha con la fuerza que la guarnice, y al llegar a 'Sarmiento' me comunicó el Teniente Coronel Egidio Sosa, Jefe de esta Guarnición, que había desprendido cinco oficiales y sesenta individuos de tropa sobre el rastro de los indios con el objeto de dar los avisos consiguientes al rumbo que tomaban y operar igualmente en caso de necesidad. Entonces despaché al referido comandante Sosa con una fuerza de ciento sesenta hombres que fuera a situarse en 'Quera', a esperar el regreso de los indios y de allí internarse hasta los toldos de 'Loloes', y que así que tuviera noticia de la fuerza desprendida al mando del Capitán Morales en persecución de los indios, me pondría con ella en marcha con el objeto de alcanzarlos en el 'Cuero', y seguir la expedición. En este estado mandé más tarde un chasque a objeto de inquirir alguna noticia del Capitán Morales y habiéndose pasado toda la noche del día 4 sin que regresase, al otro día mandé otros tres individuos que llegaron a la Posta de Chemeco y allí encontraron los restos mutilados de cinco oficiales y sesenta individuos de tropa, a que me he referido y que fueron despachados con el Capitán Morales, dándome algunos detalles horrorosos de la matanza, y haciéndome comprender que dicho capitán, acometido por los invasores en momentos de desorden y de fraccionamiento de fuerzas, había sido obligado a rendirse y muerto con todos los individuos que mandaba, salvando tres o cuatro heridos de mucha gravedad, y que no pudieron dar datos exactos de lo acontecido.

"Todo fue comunicado a V. S. con oportunidad, y como mandé a mi disposición al Teniente Coronel D. J. S. Lafuente, 2º jefe del Regimiento 4º de Caballería de Línea, con ciento diez hombres, inmediatamente emprendí mi marcha con el objeto de llevar a cabo la invasión a los toldos de Mariano Rosas, como lo había proyectado antes del funesto acontecimiento de 'Chemeco'. En marcha hacia el 'Cuero', recibí parte del Comandante Sosa, que en momento de alejarse de la Guarnición 'Sarmiento', la invasión de indios aprovechando la noche, había regresado de 'Chemeco' y pasaba delante de la fuerza, y que los iba persiguiendo a gran galope, teniéndolos ya a la vista; apresuré la mar-

cha y fue entonces que recibí la nota de V. S. en que me hacía presente que no era conveniente seguir la invasión hasta los toldos, ordenándome que no me internara sino hasta el 'Cuero'. Seguí hasta dar con el Comandante Sosa, y al efectuar la incorporación se me dio cuenta de la persecución violenta que había tenido lugar por espacio de diez leguas, dejando los indios muchos caballos, y la mayor parte de sus monturas, pues creyeron más seguro correr en pelo, y dejando igualmente todo el robo hecho a una tropa de tres carretas de vivanderos que se hallaba en 'Chemeco'. Con la orden de V. S. y también por haber sido sentidos por unos cuatro indios que dispararon y dejaron sus caballos y monturas, tuve que prescindir de mi intento de penetrar en los toldos, sobre todo por la invasión que V. S. me avisaba había penetrado a la Frontera de San Luis, y emprendí mi regreso abarcando con la fuerza los caminos que salen del 'Cuero' y de la Laguna del Bagual', con la esperanza de encontrar a los invasores, lo que no ha tenido efecto.

"Volviendo sobre la fuerza que sucumbió en 'Chemeco', me ha sido imposible hasta la fecha obtener más detalles que los primeros dados a V. S., mi convicción es que sucedió tal cual lo he relatado; si los heridos dieran, así que mejoren, algunos datos, los comunicaré a V. S. con oportunidad. La invasión del día 4 se componía del Indio Blanco con cincuenta indios más o menos y algunos sublevados del batallón 'Nueva Creación', encabezados por Esteban Carreras, de igual condición y del mismo cuerpo. En marcha al 'Cuero' se encontró el cadáver de Julián Carballo, que V. S. había mandado de chasque a Tierra Adentro, y que llevaba en el tirador el pasaporte dado por la Comandancia General de Río IV^o el día 27 del mes ppado. a los fines consiguientes. Dios guarde de V. S. — Antonino Baigorria."

De lo ocurrido en la posta de "Chemeco", después siempre se guardó silencio, si es que los heridos, algunos de los cuales murieron, llegaron a aclararlo. Sólo se dijo que, uno de ellos, al ser recogido en el campo de la posta, con el cuerpo acribillado a lanzazos y echando espumarajos de sangre por la boca, al preguntársele sobre lo acontecido, sólo alcanzó a balbucear dificultosamente:

—Pónganle una corona de flores . . . por mi cuenta . . . a mi teniente. Y expiró.

23. El País de los Montes (Mamuel Mapu)

(Salinas Grandes - 1872)

"LA ANCHA PAMPA QUE SE imagina al Sudoeste, morada pavorosa, teatro de misterios, de horrores, de cautividad, de sangre y de barbarie . . . pintada como la guarida maldita y estéril de una legión de demonios."

E. S. ZEBALLOS: *Viaje al país de los araucanos*



"NUNCA EL INDÍGENA HABÍA ALcanzado tal poderío, ni aún en la época en que los españoles llegaron por primera vez al Río de la Plata."

S. J. ALBARRACÍN: *La conquista del suelo patrio*

"LA LENGUA DE LOS ARAUCANOS, AUNQUE LO ES DE BÁRBAROS, NO SOLAMENTE no es bárbara, sino que aventaja a las demás lenguas así como los Andes sobresalen entre las demás montañas."

Padre B. HAVESTAD: *Gramática araucana*



¡Mamuel Mapu, el país de los montes, montes espinosos, chatos, achaparrados y, en parte, impenetrables, entre los que abundaban los tigres, y tapizaban, aquí y allá, lagunas dulces y salobres, así como algunos valles pastosos, donde había ido a buscar refugio el indio araucano para desde allí dar batalla al cristiano intruso que, en número cien veces mayor que sus escasas fuerzas, venía a despojarlo de sus tierras, matar sus hombres y robarle sus mujeres y sus hijos!

¡Mamuel Mapu, el país de los montes, de donde salían los malones que asolaban la ancha extensión de la Pampa, arreando ganados sin cuento, provocando por doquier ruinas y luto—venganza terrible de terribles agravios— para desaparecer luego en el fondo ignoto de aquellas pavorosas soledades!

¡Manuel Mapu, el país de los montes, cruzado por doquier, lo mismo que toda la llanura, por largas y tortuosas rastrilladas, que había que conocer para no extraviarse en ellas, las principales de las cuales llevaban hacia el Oeste, hacia Nahuel Mapu, el país de los tigres, y hacia Leubucó y Poitagié, el país de los ranqueles!

La mayor de todas esas sendas, cruzaba toda la Pampa en sentido diagonal, desde las vecindades de Buenos Aires hasta el Sur de Chile, pasando por Sierra Chica, donde se abría en varias direcciones al Bragado, a Cruz de Guerra, a Saladillo y Las Flores, avanzando al Oeste por la laguna Blanca Grande, para seguir luego a Guaminí y Carhué y desde allí entrar en la zona montuosa y cruzarla por un largo valle, antiguo lecho de un río cuaternario, más tarde llamado Valle Argentino, que terminaba por el Poniente en terribles travesías, al fin de las cuales se llegaba al río Colorado y desde allí al río Negro, y luego hacia la cordillera, que atravesaba por pasos no fáciles de transitar pero bien conocidos por los indios. Esta gran rastrillada, que pasaba en toda su exten-

sión por los lugares más altos y las mejores aguadas, que a veces alcanzaba hasta quinientos metros de ancho, y estaba compuesta por multitud de sendas que se acercaban o alejaban, se juntaban o cruzaban, a veces marcadas en el suelo hasta un metro de profundidad, era el camino principal utilizado desde épocas inmemoriales por los indios araucanos que arreaban ganado desde las Pampas para llevarlo a Chile, y era conocido con el nombre de rastrillada o "Camino de los Chilenos".

A lo largo del "Camino de los Chilenos" habían asentado sus toldos numerosas tribus, en grupos dispersos de 10 a 50, con 100 a 600 personas, cada uno con un "lonco" o jefe, extendidas, especialmente, cuando se entraba en la zona montuosa, donde se sentían más al resguardo del ataque del cristiano.

Los toldos, o "lof lof", estaban formados de cueros de yeguarizos cosidos unos a otros con nervios, tendones de avestruz o tientos cortos, y colocados sobre armazones de palos clavados en el suelo, de menor a mayor, en cuyos horcones se cruzaban varas o tientos largos. Todos ellos tenían una abertura por la que no se podía entrar sin agacharse y estaban divididos en compartimientos, según el número de ocupantes, los que generalmente eran una familia compuesta de un hombre con una o varias mujeres, según las que podía mantener, y los hijos. Sobre el suelo, para dormir, se colocaban cueros de oveja y se cubrían con quillangos de guanaco, zorro, vizcacha, liebre o zorrino. Las divisiones consistían en mantas colgadas de alguna varilla horizontal sostenida en los horcones. En el centro del toldo había casi permanentemente encendido fuego, cuyo humo salía por una abertura que siempre se dejaba en el techo. Esos toldos eran fácilmente transportables y sus dueños los mudaban, según las necesidades de su manutención y la de sus animales, así como de las contingencias de la guerra, trabajo que siempre ejecutaban las mujeres. En la puerta de los toldos se veían las lanzas de sus dueños clavadas en el suelo.

Entre esos toldos, colocados sin orden ni concierto, circulaban innumerables perros, se amontonaban restos de animales muertos, especialmente yeguarizos que servían de principal alimento a los indios.

Sobre el "Camino de los Chilenos", en la zona conocida como Salinas Grandes y en el lugar que llevaba el nombre de Chilihué, junto a un monte de caldenes, algarrobos, piquillines y sombra de toro, donde se abría una amplia llanura pastosa, bordeada de una pequeña laguna de agua dulce, se levantaban los toldos del gran cacique Calfucurá (Piedra Azul), compuestos de aquellos en que residía el mismo cacique con sus treinta y tres mujeres y algunos de sus allegados más inmediatos, aunque la gente que lo obedecía se extendiera a lo largo de la rastrillada y aún por Carhué y Guaminí.

Generalmente, alrededor de los toldos había mucho movimiento: algunas veces eran los indios que habían salido a bolear, trayendo

gamas, venados y avestruces —había oportunidades en que traían muchos halladas muertas en el campo a consecuencia del granizo caído en alguna fortísima tormenta el día anterior—, y cuereaban o desplumaban los animales, mientras varios de ellos se desayunaban con los menudos crudos de las gamas, rodeados de los perros, que siempre esperaban su parte. O si no eran los jinetes de espléndidos caballos, con el cartilago de la nariz dividido para que pudiera respirar mejor, que se ocupaban de varearlos, mientras otros jugaban a la chueca, contemplados por moce-tones tirados boca abajo comiendo chauchas de caldén o masticando una resina que producían algunos árboles del monte.

En un corral de ramas, a un costado de los toldos, algunos indios se ocupaban de variar caprichosamente las manchas de algunos potrillos picazos, para lo cual cortaban parches iguales de su cuero, pasándolos rápidamente de unos a otros, para coserlos después con delgados tientos.

Más lejos aún, otros se entretenían en ensayar tiros de boleadoras sobre lanzas clavadas en el suelo a distancias de 50 y hasta 80 metros, o de preparar esas lanzas, secándolas lentamente al humo.

Mientras tanto, en la puerta de su toldo, el "machi" Huerapill, contaba: "Era antes que se hubiera levantado el sol. Pero ya estaba cantando el 'uün alue', el insecto que se llama 'muerto del alba', su canción matutina. Cantaba su 'laiem', el 'ül' del alma de un difunto que anuncia la proximidad del amanecer.

"Siete mapuches (araucanos), siete prisioneros, siete condenados a muerte, a ser acribillados a tiros, se encontraban delante del 'huinca', el comandante de los guerreros cristianos. Frente al implacable hombre de los ojos azules estaban, cuando se les comunicó que podrían solicitar una gracia. De modo que los soldados, con sus armas listas, tendrían que esperar. Torvas y despectivas miradas de aquellos hombres, miradas lóbregas y expectantes, rozaron a los prisioneros, que sintieron el frío de aquellos odiados ojos azules, más fríos que los hielos del 'iuncon', de la costa del mar. Aquellos ojos tan odiados por los mapuches, que les robaban la paz interior, que no los dejaban reposar en el sueño, que no los dejaban ni a sol ni a sombra... Ningún indio encuentra sueño en la casa del 'huinca'. Seis de los maltrechos, semidesnudos y ensangrentados indios, habían vuelto su vista, como por última vez, a la tierra, su tan querida 'Ñuque Mapu', la madre que siempre había sido tan generosa con sus hijos, los 'huentru peñén'. ¡Anünüi! ¡Anünüi! ¡Qué tristeza! ¡Qué cuerpos lacerados!

"Terriblemente penoso se les hacía mantenerse erguidos. Acucillados, sólo podían apoyar sus melendadas y ensangrentadas cabezas sobre las rodillas llenas de cicatrices. Curtidos y despellejados, envueltos en polvo, polvo rojo, como envueltos en lodo mojado, se veían los condenados. Pero, a pesar de toda su miseria, de su horrible apariencia, no

habían perdido el dominio de ellos mismos, esa altivez del indio que nunca lo abandona. Ningún arrebató, ninguna agitación demostraron; ningún músculo de la cara se movió, calmos estaban los rostros. Sólo las pupilas iban y venían sin parar. . . Cada uno de los seis condenados rumiaba sus tribulaciones angustiosas. . . Solamente uno de ellos, el 'apouilmen', el conductor de los seis caciques y de las tropas que de ellos dependían, se mantenía erguido delante del comandante principal de los guerreros cristianos. Curüpillañ se llamaba. Era hombre alto, decían los antepasados, platero de oficio, según parece; durante la guerra encabezaba, como jefe supremo, a todos los 'loncos'; tenía la cara, igual que el cuerpo semidesnudo, tajeada y destrozada, y así la piel del cráneo, erizado de pelo duro, viscosos y enredados los mechones. . .

"Muy lenta y pausadamente comenzó a hablar; él, él siempre tan elocuente orador mapuche, tenía que hablar por sus seis 'lonco', los hermanos conducidos por él, sus 'peñiuen', como ahora los llamaba ante la muerte. ¿No creerían, acaso, que el actual cautiverio era la consecuencia de su mala conducción? Ahora tenía que alentarlos en el trance de partir hacia la segunda patria, la definitiva, la tierra donde los esperarían los antepasados, los abuelos ansiosos de abrazarlos. Tenía que preparar sus ánimos para la alegre acogida en la 'tierra de abajo', o en la de los guerreros, que está arriba, en las nubes. Tenía que reconfortarlos preparando sus corazones. Tenía que tomarlos suavemente de la mano y conducirlos.

"Su voz sonora y templada iba subiendo de tono, sus ojos se posaban sobre el comandante cristiano que, al parecer, tenía frío y lo ignoraba deliberadamente, mientras él se dirigía a sus hermanos cautivos:

"Peñiuen: ¡Una gracia nos ha sido otorgada de buen grado! ¿No os parece que casi podríamos amar el corazón del comandante de los guerreros cristianos? Porque, oíd: ¡Nuestros corazones son inocentes y sanos! Además, también nosotros somos guerreros como los cristianos y, como los suyos, nuestros corazones no se han doblegado delante del enemigo ni se han humillado por la codicia. Como ellos, también, los mapuches nunca hemos cambiado el color de nuestra bandera. También en esto nos parecemos al cristiano. Pero, ¿me serán concedidas tres gracias? Tranquila estará mi alma mientras las solicite, y tranquilamente las espero, confiado las aguardo. Pues, ¿acaso no hay, también entre los «huincas» piedad para los condenados a muerte? ¡Lo habrá! Mucho lo van a agradecer nuestros antepasados que moran en el «mundo de abajo» o, como escogidos, en el de arriba, en las nubes."

"Un gesto imperioso del comandante llamó al asistente, al lenguaz.

"Hay un gesto en sus manos que me anima a pedir. Como de una criatura de nuestro Dios es para mí esa mano, y me atrevo a pedir ahora. Porque, sabed, queridos hermanos, lo que deseo antes de que

emprendamos juntos nuestro viaje es esto: primero, un sorbo de vino para despedirme de la «Ñuque Mapu», nuestra querida «ñuque». ¡De ella vamos a despedirnos con cariño! Segundo, mi recia guitarra deseo tener para cantar, por todos, la «chaliuüdan», el «ül» sagrado de nuestra patria, que pronto va a ser extraña para nosotros, mis valientes hermanos. «¡A puuen!» ¡Oh mis «peñiuen», escuchad! Tercero, mi «cauell»; llevar conmigo a mi «cauell» deseo! ¿Oh, tú, mi hermoso caballo danzarán, querido fiel! . . . Porque nunca podría decirte «amuchi mai», me voy. . . Siempre hemos sido uno solo, en la guerra y en el correr de los días. ¡Un tiro para el pido y para los de mis hermanos!

"Y ahora, la cuarta gracia! La más grande y sublime, la última súplica te pido ahora, oh dueño de vida y muerte: la de poder mirarte a los ojos en el último instante de mi vida. Ya nada tengo que perder, y mucho, en cambio, que alcanzar. ¡Concedeme la gracia! . . .

"Así podrá hablar, a mis antepasados, de tus ojos, oh comandante de los «huincas». ¡De tus ojos azules podrá hablar! Y tus pupilas me dirán si hubo tristeza en tu corazón o arrogancia de vencedor fortuito, vencedor de hoy. Y ni a una ni a otra alcanzará a disimular la disciplina varonil del vencedor. . . Claramente leeré en tu mirada y te conoceré ¡oh comandante! y sabré. Y ninguna maldición te arrojaremos por la piedra horadada, no temas, oh «huinca».

"Y ahora que me has otorgado mis cuatro y últimos pedidos, te digo: tú no afrontarás mi mirada. Evitarás mis ojos cuando mire los tuyos, mi última mirada a esos ojos, que desean ver la destrucción de nuestra patria.

"Olvidadas serán todas las recriminaciones que se nos hacen a causa de la guerra, que nada quita al enemigo, pero a nosotros sí: ¡la patria, la vida misma! ¿No luchamos acaso por nuestro suelo, que defendemos para los seres queridos? Nunca será patria para el «huinca», que tanto pelea por ella. ¡Botín es lo que pretende! ¿Cuándo hemos invadido su patria para robar? Pero una cosa os diré: día vendrá en que volveremos para quedarnos, y para siempre.

"Y ahora, ¡haced oír nuestro grito guerrero, haced retumbar nuestro «iapen», mis hermanos! Es el último «iapepüllin», fortificará nuestros corazones.

"Debo morir. Así lo ha dispuesto el caudillo de los guerreros cristianos. Y también deben morir mis hermanos, porque así manda el jefe de ellos. ¿Cuántas veces he muerto? Porque uno muere tantas veces hasta que llega la última, la definitiva muerte, la puramente temporal. . . Pero todo pasa, los días se van, como una flor que se deshoja. . . Como una flor roja. . .

"Debemos morir pues. Y tú, que nos has condenado a morir, no puedes llamar de regreso a las almas. ¿No oyes cómo nuestros seres del otro mundo nos rodean para cobijar nuestras almas en las suyas? Nues-

tra muerte violenta los llama, salvar quieren los «am», esconderlos en los de ellos, para no dejarlos caer, durante los nueve días fatídicos, en poder de los brujos, que quieren engancharlos, esclavizarlos... , cambiarlos en tristes animales.

"Sobre las montañas, las orillas del 'fúcha lafquen', los espejos plateados de los lagos, las cordilleras imponentes, hasta las nubes llegaron los sonos del 'uüirarün'. Se alzaba el canto de la patria montañesa. Contestaban para sí y sus caballos la despedida... Juntos cantaron el último 'ül', juntos hicieron el último salto ritual, alto como nunca; dieron un grito de contento, que no era sólo el grito de siete gargantas, sino el de siete almas araucanas ya divinas... , no de este mundo ya, no de la Madre Mapu... .

"Luego, con paso majestuoso, se llega al 'hainca', dueño de vida y muerte, el cantor condenado. Para hacerse cumplir la cuarta petición, le mira hondamente a los ojos, interrogante, sin moversele un músculo de la cara, un verdadero mapuche.

"Pero el comandante cristiano se apartó. El, que con tanta paciencia y serenidad, había escuchado sin interrupción, se apartó bajando su mirada. No fue capaz de sostener la mirada del indio, del dueño de la tierra que pisaba. Rojo como la flor del 'copiue' se dio vuelta. Pero después dio, con alta voz dominante, una orden que pasó como un viento refrescante sobre suelo soleado: libre retirada concedió a los araucanos con sus caballos y arreos, retirada sin condición alguna. En el estruendoso 'uüirarüü' de los mapuches participaron también los guerreros cristianos... Inaccesible severidad cubría las facciones del comandante. Fuerte retumbaron sus pasos sobre el suelo duro: más grande era que nunca."

Por aquel tiempo el "Camino de los Chilenos" se vio cabalgado por jinetes venidos de todos los rumbos. Desde su entrada en la zona montuosa en Atreucó (agua helada), siguiendo por Catre Mamuel (árbol cortado), Trafquelqué (cueros unidos), Fetaloolauquén (laguna del médano grande), Carreloó (médano verde), Huaililó (médano del carnero), Huiquelauquén (laguna del sauce), hasta Chilihué (el cercero), siguiendo luego por Pichilauquén (laguna chica) y otros lugares, terminando en Trarulauquén (laguna del carancho) y Tripaihué (lugar de la salida), donde el camino entraba en la travesía, cruzándola hacia el Sudoeste, pasando después por la Sierra de Lihué Calel hacia el país de los pinares o de las manzanas (Neuquén), numerosos viajeros marchaban hacia Salinas Grandes. Salinas Grandes y, con más precisión, Chilihué, era la sede del gran cacique Calfucurá, que había convocado un parlamento, o "travún".

El Cacique Calfucurá aparecía como la figura más descollante de los jefes araucanos del Desierto. Se admiraba su inteligencia, su habilidad y su diplomacia. Su autoridad era reconocida por casi todos los indios y, para los cristianos se había transformado en una personalidad temida y fabulosa. Ahí estaban en su archivo los diarios de Buenos Aires que lo llamaban Atila de la Pampa, Rey de los Araucanos, Soberano de Salinas Grandes, Napoleón de los Indios, Aníbal del Desierto, Anticristo, etcétera. También en su archivo se conservaba su correspondencia con el general Urquiza, que había sido asesinado, precisamente dos años antes, en Entre Ríos, en la cual, siendo presidente de la Confederación Argentina, se dirigía a él llamándolo: "Señor General D. Juan Calfucurá. Mi grande amigo". También Urquiza había recibido pomposamente sus delegaciones en su Palacio San José. Otras cartas que contenía asimismo ese archivo eran las cruzadas con el entonces presidente de la República, general Bartolomé Mitre, con el general Ignacio Rivas, el coronel Alvaro Barros y otros jefes de la frontera.

Con el presidente Sarmiento había tenido sólo relaciones protocolares, y su hijo Namuncurá lo había representado en alguna oportunidad, visitándolo en Buenos Aires, para lo cual alojóse en el Hotel Hispano-Argentino.

Desde su llegada a Masallé, el cacique Calfucurá había sido un factor de primer orden entre los indios araucanos de la Pampa. No sólo con motivo de ese hecho, de enorme repercusión en el Desierto, sino también de muchos otros. Entre ellos, se contaba que el año 1837, en ocasión de haberse presentado en la zona, desde Chile, el cacique Railef, al frente de 2000 indios, viniendo por el Camino de los Chilenos, y luego de haber hecho un arreo de 100.000 cabezas de ganado, cuando regresaba cargado con su botín, fue en su persecución Calfucurá, alcanzándolo con mil lanzas sobre el arroyo Quintucó, en el actual departamento de Loncopué, Neuquén, quitándole buena parte del arreo, después de lo cual tuvo un encuentro individual con Railef, en el que, según mentas, este perdió la vida.

El año 1868, con motivo de hablarse de la posibilidad de que el Gobierno ocupara Choelechoel, Calfucurá que había firmado la paz con el coronel Barros, se agitó, amenazando con volver a entrar en campaña. Pero al resultar falso ese rumor, aceptó mantenerse pasivo, entrando en el régimen de raciones, lo cual no le impedía invadir subrepticamente por fronteras de otras provincias, cuando la ocasión lo permitía.

Al efecto se mencionaba que, por esos años, al frente de 2000 indios, con cinco caciques más, había invadido el Sur de Córdoba, por el lugar llamado Leroy, doce leguas al Este de La Carlota, causando la admiración general esa invasión por su número, que nunca se había visto en la zona. En su marcha, tomó al Ayudante Mayor Mariano Rodríguez y a un soldado, a los que luego soltó completamente desnudos

y a pie, con un mensaje verbal para el coronel Plácido López, que era el jefe de la frontera: "Dígale al coronel López que por donde hemos venido, vamos a volver, y que nos espere si quiere pelear".

El día que se había señalado, a principios de marzo de 1872, fueron llegando los visitantes a Chililhué, y cada delegación era anunciada por un mensajero que se presentaba a la carrera, improvisándose en seguida una comitiva especial de diez o quince jefes y allegados importantes del gran cacique, la cual salía a recibirla y aún, a veces, dado su categoría, lo hacía el cacique en persona, acompañando la comitiva.

En esta comitiva iban, generalmente, sus hijos Namuncurá (garrón de piedra), Cutricurá (piedra cortada), Millaquecurá (piedra aurífera), Alvarito Reumaycurá (duro como piedra), Curumanquecurá (piedra de cóndor), Melicurá (cuatro piedras), Millacurá (piedra de oro), Pulquirurá (flecha de piedra), etcétera, y allegados como Gaiumel (seis vellores), Llanquemei (el extraviado), Neculhuán (guanaco corredor), Quinelef (uno quemado), Alleegpen (el raulí), etcétera.

Todos subían a sus caballos, enjaezados con cuentas, cascabeles, campanillas, portando sus largas lanzas de coligüe adornadas de plumas de loro, de avestruz o de flamenco, o de crines de caballo, y llevando, algunos, grandes banderolas. En cuanto a la distancia aparecía la delegación esperada, se escuchaban toques de corneta y los encargados de recibirla partían al galope, lo que también hacían los visitantes, para rayar bruscamente sus cabalgaduras cuando ya estaban próximos a atropellarse. Quedaban así frente a frente, a pocos pasos, entre nubes de tierra, mostrando todo el lujo de sus grandes testeras, coleras, pretales, estribos y cabezadas de plata y sus buenos aperos. Venían con sus mejores ponchos, algunos de bota fuerte, otros de bota de potro y aún otros, afirmados sobre los estribos, directamente con el pie desnudo. Luego, de cada grupo se desprendía un jinete y, en seguida, tomaba la palabra el que venía de los toldos, preguntando cómo estaba el cacique visitante, si no había perdido caballos, si había novedades por los campos, y trayendo el saludo de su jefe. Después contestaba el que se había desprendido de los visitantes y respondía a esas preguntas, formulando otras, durando la ceremonia largo rato.

Más tarde, pasaban a darse la mano y a abrazarse, diciéndose "Mari mari", partiendo en seguida, todos juntos al galope, entre tinieblas de polvo, y en medio de gran algazara, para rayar nuevamente sus caballos frente al toldo del gran cacique, donde éste residía con sus mujeres, y alrededor del cual hormigueaban numerosos indios, agregados y cristianos cautivos, así como los que habían ido llegando anteriormente, que los recibían con prolongados gritos, golpeándose la boca con las manos,

al par que sonaban los cascabeles y las campanillas de los caballos. Luego, ya en presencia del gran cacique, para el que traían regalos, éste abrazaba a cada miembro importante de la delegación, al mismo tiempo que le preguntaba por su abuelo, por su padre, por su madre, por sus hijos, por sus capitanejos y por sus mocetones.

Así fueron arribando los principales caciques mapuches o sus representantes: de Leubucó, Poitahué, Aillancó, Ranquicó, Petral Lauquén, país de los ranqueles, llegaron Paguitruz (Mariano Rosas), acompañado por su hermano Epugner, Baigorrita, Pagnipulu (león sordo), Nahuel Quintún (buscador de tigres), Quechudzen (cinco búhos), Nahuelpagani (tigre-león), Calfuquirque (lagartija azul), Raipil y Carrepán. De la región de los pinares, o de las manzanas, donde residían los pehuenches, había llegado Reuquecurá (piedra verdadera), hermano de Calfurá, Nancucho (hombre águila), Loicá (pecho colorado), etcétera. De los picunches habían venido Millalei (parecido al oro) y Tranamán (caído con suerte). También se había hecho presente un representante del cacique Inacayal (el segundo vástago), establecido sobre el lago Nahuel-Huapí y otro de Sayhueque, hijo de Chocorí.

Asimismo integraban esas delegaciones numerosos capitanejos que se habían distinguido en los combates del Desierto como Leficurá (piedra quemada), Mañque (el cóndor), Painéfilú (víbora celeste), Lanquelén (el calvo), Antelei (parecido al sol), Nehuén (el fuerte), etc.

Se notaba la ausencia del cacique Cipriano Catriel, establecido en el arroyo de Nievas, cerca del Azul; de Coliqueo, que tenía sus toldos en la Tapera de Díaz, donde falleciera el año anterior el cacique Ignacio, sucediéndolo su hijo Justo; de Raniqueo y de algunos restos de varias tribus establecidas en las cercanías de fuertes de la frontera.

La ausencia de Catriel se presumía y estaba relacionada, en particular, con el problema que lo reunía y se vinculaba a importantes acontecimientos ocurridos recientemente en la frontera: la presunta sublevación de indios ocurrida en el Sud de Buenos Aires, y de la que daba cuenta el jefe de dicha frontera, coronel Francisco de Elía, la cual había terminado en el combate de la Laguna de Burgos, donde se reunieron los indios a quienes se consideraba sublevados. Desde años atrás, la tribu de Catriel se había dividido por influencia del entonces coronel Ignacio Rivas, quien fomentó la separación del machi (hechicero) Lucio, que se proclamó cacique, siendo seguido por alrededor de 300 indios. Más tarde, muerto Lucio, esos indios, a los que se habían agregado otros más, quedaron bajo el mando de los caciques Calfuquir, Chipitruz y Manuel Grande, siempre como amigos y colaborando con los cristianos. Con el tiempo, Cipriano Catriel, que también colaboraba con el Gobierno, habiendo sido reconocido por éste como Cacique General de los indios, manteniendo su grado y sueldo de general del Ejército, quiso que aquellos disidentes se le reincorporaran y, ante la

negativa de éstos, pidió ayuda al jefe de la frontera para obligarlos a someterse. Así fue como, al reunirse para discutir sus problemas con Catriel, en la Laguna de Burgos, los hombres de Calfuquir, Chipitruz y Manuel Grande, fueron atacados por las fuerzas nacionales en combinación con aquel cacique, considerándose los sublevados. En esa escaramuza murieron algunos indios y otros perdieron sus familias y sus animales, que se llevó Catriel. Cuando 100 de ellos se presentaron pidiendo amparo al Juez de Paz del Azul, donde Catriel vivía en casa propia y con cuenta en el Banco local, fueron tomados presos y destinados compulsivamente a servir en los cuerpos de líneas. Otros trescientos con sus familias, se acercaron al fuerte "General Paz", manifestando su fidelidad al Gobierno, al mismo tiempo que solicitaban protección de las autoridades militares y permiso para establecerse en las vecindades de ese fuerte.

Como una fuerza de 300 indios armados era un peligro latente, el coronel Juan Carlos Boer, jefe del fuerte "General Paz", pidió órdenes a su superioridad, informando lo ocurrido. De Buenos Aires, donde se los consideraba sublevados, se le comunicó al coronel Boer que castigase a los indios. Para ello se les intimó presentarse al fuerte con el pretexto de recibir raciones, pero a la vez, se les exigió que vinieran todos y sin armas, para recibirlos personalmente. Una vez que así lo hicieron, se los dominó por la fuerza y, los que no fueron remitidos presos a Martín García, siguieron una suerte parecida a los detenidos en el Azul. Un movimiento de indignación se extendió por todas las tribus del Desierto.

Ése era el problema que debía tratarse en el "travún".

Mientras tanto, los caballos de los visitantes habían sido largados en el llano pastoso que rodeaba los toldos del gran gulmen, en corrales de ramas, donde también se veían vacunos y lanares, mientras otras cabalgaduras se mantenían frente a un palenque de cincuenta metros, ante el cual los animales permanecían inmóviles, tal cual los habían dejado sus dueños, aunque no estuvieran atados al mismo.

Cuando ya comenzaba a anochecer, el gran cacique había dado orden de matar varios corderos negros y de encender algunos fogones cerca de su toldo, con el fin de agasajar a los visitantes. Y, mientras se asaba la carne, colocada directamente sobre las brasas, según la costumbre araucana, los hombres, reunidos en grupos, se comunicaban las incidencias de sus viajes e impresiones.

Listo el asado, el gran cacique tomó algunos pequeños trozos, arrojándolos al suelo, acompañando su acción con algunas palabras en honor de los espíritus, a quienes había dedicado el alimento, hecho lo cual todos procedieron a saborear los sabrosos corderos, mientras los perros pululaban por los alrededores en demanda de los restos.

Terminada la cena, procedía ahora el tradicional brindis, para lo cual se levantó el gran cacique, con un cuerno lleno de "mudzcá" en

la mano para decir a sus huéspedes algunas palabras de bienvenida e invitarlos a acompañarlo en su "yapaquí". Así hasta que todos se retiraron a dormir.

Y en la mañana del día siguiente, en un lugar próximo al toldo del gran cacique, bajo un grueso caldén que crecía solitario en medio del valle de Chilihué, los caciques principales, junto con otros menores y los capitanejos de más nombradía, tomaron ubicación sentados en el suelo, formando varios semicírculos, enfrentando el lugar donde Calfuquir se encontraba rodeado de sus hijos y de sus principales jefes. Algunos lucían ponchos de distintos y vivos colores, otros chaquetillas militares quitadas a los cristianos y aun uno llevaba puesta una casulla de obispo tomada en Chile. Sus largos cabellos eran sostenidos por vinchas sobre las que algunos ancianos habían colocado plumas de cóndor. Sus oscuros rostros, graves y adustos, cuidadosamente depilados de su escasa barba con pinzas de plata —aunque varios se habían dejado un ligero bigote bordeando el labio superior— parecían vaciados en bronce. En su semblante, de natural gravedad, se adivinaba la preocupación por los temas que, seguramente, se tratarían. La mayoría estaba convencida que sólo la autoridad del gran cacique había hecho posible la reunión, ya que un buen número de los concurrentes mantenían entre sí rencillas y disputas que, generalmente, los conservaban separados.

Cuando todos estuvieron ocupando su lugar, el gran cacique comenzó su discurso. Era de baja estatura, casi obeso, de piernas cambadas de tanto montar a caballo. Pero toda su figura resultaba imponente y llena de profunda dignidad. Con la voz ronca y de tonalidades de trueno, de quien está acostumbrado a mandar, comenzó extendiéndose en largas "razones", en las que, más o menos dijo:

—¡Peñi! Sobre nosotros está el sol que presencia nuestras acciones y aquí está la tierra que oye nuestras palabras. Regocijémonos de estar todos reunidos, gozando de salud y en paz, porque la paz es lo que más conviene a todos: en paz cuidamos nuestros ganados, sembramos y recogemos nuestras cosechas, no lloran nuestras mujeres y podemos criar tranquilamente a nuestros hijos. Así siempre habíamos vivido en nuestra Ñuque Mapú.

"Pero llegaron los huincas para cruzar nuestros libres campos, estos campos donde se han hecho polvo los huesos de nuestros abuelos. Nosotros nacimos en estas tierras y ellas son nuestras. Los huincas nacieron del otro lado del Agua Grande y vinieron a robarnos lo que nos pertenece. En vez de pedirnos permiso para vivir en nuestros campos, vienen a ocuparlos como si todo esto fuera de ellos. Y, como nos defendemos, nos matan y matan nuestros hijos y nos roban las mujeres. Pero nosotros somos los dueños y ellos los intrusos. Es cierto que nos dan raciones, pero eso es solo un pago mezquino de todo lo que nos han quitado.

"¡Peñil! No prestéis oídos a sus pérfidas ofertas, que no las cumplirán jamás. Solamente nuestras lanzas deben hablar, que ya de nada sirven las palabras en boca de quienes no saben cumplirlas.

"¡Peñil! Es cierto que los cristianos son muchos y los mapuches pocos. Pero, hombre por hombre, lanza por lanza, el indio vale más que el cristiano."

Había levantado su voz con hondas sonoridades, voz que repercutía en todos los que escuchaban, trayendo tristes recuerdos de pasadas épocas e impulsando el deseo de venganza. Se extendió luego sobre lo ocurrido con los indios de Chipitruz y Manuel Grande, que había provocado indignación general, hablando largamente, sudoroso, escuchando el eco provocado por sus palabras, que fueron recibidas con un prolongado vocerío y muestras de aprobación.

En seguida hablaron también otros caciques. Uno de ellos, Huenchuquir, ya anciano, en cuyo cabello, adornado con plumas de águila, se pintaban algunas canas. Lo hizo acompañando sus palabras con la expresión de su rostro venerable, sus ojos vivaces y la autoridad y dignidad característica de los mapuches.

Empezó recordando la lucha contra los cristianos desde las épocas más remotas, cómo por largos años el río Salado había sido considerado como la frontera entre la tierra de los indios y la de los cristianos, y que todos los tratados se habían hecho sobre la base de que esos límites jamás serían sobrepasados. Pero que luego los cristianos, violándolos y sin ningún permiso, habían empezado a establecerse del otro lado del río, levantando fuertes e invadiendo las tierras de los indios, que antes habían manifestado tener intención de respetar. Dijo que siendo joven había residido con sus padres sobre el río Salado, en el rincón llamado del Toro; que luego tuvo que emigrar a la zona del arroyo Langueyú, después a la Sierra de la Ventana, de donde los sacaron las terribles campañas del coronel Rauch, que recordó con horror, en las cuales vio desaparecer a tantos hombres de su tribu. Ahora residía sobre el río Negro, habiendo tenido que abandonar las mejores tierras a medida que las iban ocupando los cristianos.

"¡Peñil! —expresó—. Aquí a nuestro alrededor hay muchos caciques llenos de experiencia y ellos han hablado a los jóvenes lo que más conviene, y así será. Pero yo que soy viejo tengo muy presente en la memoria lo que hemos sufrido en épocas anteriores y nuestros padres nos han dicho antes de morir que mientras se pueda, hay que evitar la guerra contra los cristianos, porque, de lo contrario, tendrán que sufrir nuestras familias y andar errantes por los campos, escapándose del furor de las bayonetas de los huincas. Eso han dicho nuestros padres y eso quisieramos poder hacer nosotros. Pero confieso que, cuantos más años vivo, menos llevo a comprender a estos cristianos. No hacen sino ponderar la ley de Dios y les dicen a los mapuches que ella ordena que

nadie robe, ni mate, ni quite la mujer al prójimo, ni haga mal a nadie. Pero vemos que ellos hacen todo lo contrario. Entonces, ¿por qué quieren que nosotros la cumplamos si ellos no la cumplen y vienen aquí como tigres carnívoros matándonos, haciendo estragos en nuestras viviendas y llevándose a nuestras hermanas? Y si ahora nos desprecian y nos tratan con tanta insolencia como nunca se ha visto, diciéndose además, dueños de lo que siempre fue nuestro, ¿no nos despreciarían más si aceptáramos impasibles su conducta? ¿Nos tendrían por hombres? ¿Qué ley hay en la tierra que nos obligue a tolerar sus desmanes y a verlos y callar? ¿Es eso justo, de acuerdo con la propia ley de Dios?

"¡Peñil! —terminó—. ¿Por qué el cristiano no atiende al mapuche como atiende a los suyos; por qué lo desprecia? Los cristianos se quejan de que cautivamos sus mujeres y sus niños, pero no los matamos, como ellos hacen con los nuestros. ¡Peñil! Los huesos de nuestros amigos, de nuestros capitanes, asesinados por los huincas, blanquean sobre los campos, y piden venganza. No los enterremos porque debemos siempre tenerlos presente para no olvidar la falsía de los cristianos."

Nuevas manifestaciones y gritos recibieron las palabras del viejo Huenchuquir, en quien parecía rebelarse todo el altivo espíritu de la raza ofendida.

Hablaron, luego extensamente, y en largos discursos, otros caciques, siendo todos escuchados con atención.

Y, cuando ya llegaban las primeras sombras de la noche, habló nuevamente el gran cacique, y con la más severa dignidad y las más profundas entonaciones de profeta, dijo:

"¡Peñil! Habéis escuchado la opinión de todos. ¡Caciques! Reunid vuestros hombres, arengadlos, inflamad su coraje. Decidles que limpien sus sables y preparen sus lanzas. Decidles que no duerman, que ensillen sus caballos desde el alba y que se preparen para marchar. Que mantengan el brazo firme, que jamás tiemblen, que no queden inactivos. Y, sobre todo, que no tengan miedo. Con valor conseguirán todo.

"Peñiún, ¡ánimo!, ¡jarriba! Haced oír nuestro grito de guerra. Estamos listos para el sacrificio que fortalecerá a nuestra patria. 'Hombres valerosos han dado la vida por nosotros', dirán las madres y las mujeres a sus 'pu peñén', a sus hijos. 'Caiga la sangre sobre nuestros enemigos que, en filas tan espesas como los árboles del bosque, nos asaltarán'. Así dirán, así no más."

Con estas palabras, entre nuevas exclamaciones, terminó el "travín". Y, mientras la reunión se disolvía, ya las sombras se iban condensando por los solitarios montes del Mamuel Mapu. Eran centenares los jinetes que se movían por aquel paisaje sombrío, al que parecían extenderse con particular resonancia, los misteriosos rumores del Desierto, que rodeaba el angosto lugar de la celebración. Ahora los concurrentes se

retiraban con el fin de prepararse para el "nguillatún", la ceremonia en la cual se pediría la protección de los espíritus para conseguir buenos augurios y suerte en las empresas, la cual se realizaría en la madrugada siguiente.

Y el principal ruego que los viejos araucanos harían al regar con aguardiente las lanzas, consistiría en pedir fuerza en la mano derecha, para hundirla en el pecho de los cristianos.



24. El Atila de la Pampa

(Fuerte General Paz - 1872)

“**L**A INVASIÓN FUE ESPANTOSA. Había en las campañas del Oeste y del Sur una emoción indescriptible, transmitida por el cañón disparado sucesivamente en los fortines. Desde 1859 no se presenciaba una irrupción semejante de vándalos. Ciento cincuenta mil cabezas de todos los ganados, quinientos cautivos, trescientos muertos y muchas poblaciones quemadas: tal fue la venganza feroz de Callvucurá. No lo puedo olvidar. Era yo noticiero de *La Prensa*. Buenos Aires



ardía de sobresalto e indignación, porque las fuerzas del Oeste eran insignificantes para oponerse al paso del invasor. Las noticias desesperantes, recibidas por momentos, aumentaban la angustia de cien familias vinculadas a centenares de personas residentes en la vasta comarca invadida. La agitación pública llevada a altas temperaturas por la prensa, repercutió estrepiosamente en el Congreso, cuando se recibió la noticia de que el general Rivas salía del Azul, a cortar la retirada y librar batalla al enemigo con fuerzas insuficientes e improvisadas.”

E. S. ZEBALLOS: *Callvucurá o la Dinastía de los Piedra*

“CON UNA INSOLENCIA ESTUPENDA, CALFUCURÁ ESPERÓ EN SAN CARLOS a las fuerzas nacionales, dándoles la más reñida batalla de que haya memoria en la guerra de los indios.”

E. GUTIÉRREZ: *Crónicas y siluetas militares*

“ARREMETIERON LOS BÁRBAROS CON SU ACOSTUMBRADA FURIA, ENTRE alaridos espantosos, donde de repente, como un tono sombrío que sobresale con pavor, se oía aquel terrible ¡Yayaaaah! que nos recuerda el terrible grito de guerra de los galos que tanto asombro causó en las primeras batallas a los romanos.”

F. DE VERA (J. I. GARMENDIA): *Cuentos de tropa*



¡Fuerte General Paz, levantado en medio de la Pampa desierta, sobre una pequeña eminencia conocida con el nombre de Médano de la Estaca! Formaba parte del avance general de fronteras planeado por el coronel Czetz, y en él se había instalado la comandancia de la Frontera Oeste de la provincia de Buenos Aires. Estaba formado por un cuadro de 150 varas por lado, con una superficie de 22.500 varas cuadradas, rodeado de un foso de 4 varas de boca y tres de profundidad, y un muro en taluz de un metro de altura por otro de espesor.

Constaba, también, de un edificio de dos pisos de 8 metros por 5, con paredes dobles y tres ventanas con vidrios en la parte superior, y dos ventanas y una puerta en la planta baja, sede de la Comandancia; otro edificio de 10 por 5, dividido en dos piezas, para Detall en la División: una para oficina y otra para depósito de herramientas. Un tercer edificio de 7 por 5 estaba destinado a la Mayoría del regimiento 5º de Caballería de línea. También existía un hospital y botica de 20 metros por 6, dividido en dos piezas, con dos puertas y una ventana, un polvorín, un mangrullo y un asta bandera de álamo de 14 metros de altura.

Además, se había levantado un rancho para Jefe, 5 para oficiales y 22 para tropa. Con destino al regimiento 5º de Caballería, existían 8 ranchos para oficiales, uno de banderas, otro de guardia principal y 58 para la tropa. Y estaban en construcción 5 ranchos para ayudantes de la Comandancia y Detall, y una pieza para maestranza.

Los ranchos para la tropa habían sido construidos de caña tacuarilla, con techos pajizos y tenían, cada uno, capacidad para seis hombres. Todos los edificios aparecían blanqueados y sus pisos eran de material.

Rodeando el cuadro del fuerte se habían preparado dos poteros con una división de dos bretes, de 70 varas de ancho por 150 de largo, a su vez zanjeados, con lo que constituían un contrafoso, dejando una calle de entrada. En ellos se conservaba la caballada mantenida a grano. Y, aún más allá, a cada costado del reducto y de uno de los poteros, se

habían sembrado dos cuadros de alfalfa de 500 por 200 metros y 300 por 400, rodeados, a su vez, de una zanja en construcción de 1,50 de boca por 1,25 de profundidad.

La Frontera del Oeste, que debía cubrirse desde el fuerte "General Paz", tenía una extensión de 40 leguas, cerrada por una línea de fortines que comenzaba a dos leguas al Norte con el fortín "Aliados", siguiendo luego el "Luna", "Urbero", "Algarrobos", "Guevara", "Conesa" y "Comisario". Hacia el Sur los fortines eran "Quenehuin", "Pichicharhue" o "San Carlos", "San Luis" y "Reunión". El fortín "San Carlos" y el "Quenehuin", se encontraban en la costa de una laguna, aguada precisa y punto de descanso, así como de entrada y salida de invasiones, y por su centro cruzaba el camino real a Salinas Grandes.

Cada fortín tenía un diámetro de 20 metros, rodeado de un foso de 3 metros de boca por 2 de profundidad, con un muro en taluz de un metro de altura y 0,50 de espesor, un contra foso cuadrado de 100 metros por lado, con una superficie de 10.000 metros que encerraba el foso del fortín y el potrero para la caballada. En él se levantaban dos ranchos construidos de caña tacuarilla y techo de junco, y un mangrullo, constituido, a menudo, por un palo de álamo con escalones para subir a la parte superior, donde existía un asiento giratorio para otear la totalidad del horizonte. Cada fortín tenía, además, un jagüel, un puente levadizo y un cañón de a 8 con las municiones necesarias, estando a cargo de un oficial o suboficial con una guarnición de 5 a 20 hombres.

Varios fortines, sin embargo, habían sido construidos en la azotea de algunas estancias, cuyos dueños las facilitaban gustosos, siendo rodeadas de los fosos y los corrales necesarios y estableciéndose en ellas las baterías para los cañones. Había algunos con una guarnición más numerosa, como el de "San Carlos", que estaba al mando del mayor Santos Plaza, indio araucano, criado y educado por el coronel José María de la Plaza.

Cada mañana se hacía, desde los fortines, el servicio de descubierta. La carneada se efectuaba por la tarde, para que a la mañana siguiente, por medio de aquel servicio, se racionaron los fortines.

El jefe de la línea enviaba un parte cada veinticuatro horas al Detall de la División, informando de todo cuanto ocurría, y si antes de transcurrido ese plazo había noticia de invasión, mandaba otro parte de inmediato al campamento, y se tiraban los cañonazos de alarma, los cuales eran repetidos por el vigia del fortín "Aliados", y, en ningún caso, fortín alguno tiraba más cañonazos, si no era en defensa propia.

Los jefes de la línea de fortines los recorrían una vez por semana, y más si la necesidad del servicio lo requería. Ningún comandante de fortín podía abandonar su puesto ni dar licencia a nadie, sin solicitarlo antes por el conducto respectivo. Los partes se recibían día a día de toda la frontera a las cuatro de la tarde, independientemente de la descubierta

que se hacía por medio de la partida de baqueanos, efectuándose, cada semana, una exploración sobre Las Tres Lagunas, veinte leguas a la vanguardia de la línea de izquierda, y, por la de la derecha, en dirección a Mar Chiquita y Médano del Cardón.

A no mucha distancia del fortín "San Carlos", sobre la laguna La Verde, estaba establecida la tribu amiga del cacique Raninqueo, desprendida de la de Coliqueo, residente en la Tapería de Díaz. También esa tribu, que recibía raciones, estaba obligada a contribuir a la defensa de la frontera, y sobre la eficacia general de esta defensa, informaba el jefe, coronel Juan Carlos Boer, diciendo que por cuatro veces los indios habían intentado invadir la frontera a su cargo, pero habiendo sido sentidos, tuvieron que cambiar de rumbo, dando malón en otros puntos.

Aquel día de principios de marzo de 1872, en el fuerte "General Paz", el toque de diana se efectuó, como de costumbre, dos horas antes de aclarar, y los soldados, estaban formados frente a sus respectivas cuadras, donde se pasaba lista por batallón y compañía:

Pablo Santillán, Bautista Juárez, Eugenio Villerez, Antonio Olivera, Manuel Fontenor, Pedro Delgado, Celestino Ramírez, Remigio Lorea, Marcelino Díaz, Manuel Morel.

Encarnación Cufre, Antonio Farías, Saturnino Carballo, Elías Almada, Máximo Lima, Serapio Garay, Calixto Pizarro, Hilario Arando, Domingo Alonso, Francisco Ferreira.

Carlos Cámara, José Martín Bustos, Santos Roldán, Juan de la Cruz Ramos, Félix Gil, Agustín Sosa, Cirilo Lucero, Joaquín Nuñez, Ramón Frijol, Doroteo Barrios.

Melchor Galván, Cayetano Leguizamón, José Romero, Emilio Bazán, Carmen Calivar, Eberaldo Roldán, Claudio Días, Acisclo Bustos, Juan Ignacio Sánchez, Joaquín Real.

Fructuoso Firmapaz, Aniceto Velar, Gregorio Farías, Casimiro Guerrero, José Guardiola, Celestino Bulacio, Felipe Zeliz, Simón Campos, Carlos Puertas, Ángel Zurito.

Cada uno, al pasar lista el cabo respectivo, contestaba "¡presente!". Miguel Peralta, Mariano Castellanos, Policarpo López, José Correa, Benito Caballero, Domingo Uriarte, Mercedes Pereira, Fabián González, José María Morón, Gerónimo Villegas.

Hermenegildo Lacasa, Domingo Videla, Juan Aquino, Pascual Conuegra, Natalio Balcarce, Gerónimo Naranjo, Javier Ávalos, José Lobatón, Cesáreo Gavina, Ciriaco Ruiz.

Valerio Zavalla, Isidoro Almagro, Martín Bravo, Jesús Malmierca, Florentino Martínez, Dionicio Casiro, Luciano Pérez, Saturnino Vela, Modesto Pita, Inocencio Magariños.

Zoilo Vidal, Marcelino Sobrecasas, Tomás Méndez, Juan Noguera, Serapio Posadas, Nicasio Acosta, Cayetano Serna, Nicolás Iturria, Anselmo Vallejos, Gregorio Muñoz.

Dalmacio Alarcón, Eusebio Castro, Nicolás Planes, Antonio Estevez, Ventura Zeballos, Roque Portal, Anacleto Benegas, Fabián Quinteros, Valentín Arana, Fortunato de la Peña.

En seguida formaban y se pasaba a los corrales, donde unos tomaban caballos para las descubiertas, mientras los demás los rasqueteaban, y cepillaban. Otros soldados hacían guardia en el mangrullo, en los bastiones, o eran llevados a recibir su castigo de azotes. A las 7, había media hora de descanso para desayuno, que consistía en una infusión de te pampa, sin azúcar.

Luego venía el toque de trabajo, con el fin de preparar el barro en el pisadero para fabricar adobes, efectuar zanjeo de los reductos y los potreros, cortar juncos en la laguna vecina para techos, etcétera, lo mismo que ejercicios militares.

A las 11 se tocaba retirada del trabajo y fajina. El toque de fajina, que era el más esperado, ya que correspondía a la hora del almuerzo. Para ello se encendían fogones de bosta y se comía, asada sin sal, la carne de los animales sacrificados en la tarde anterior. Rara vez podía acompañarse esa carne con galleta o arroz.

A las 12 y 30 se tocaba trabajo, nuevamente, hasta la tarde en que, otra vez, se pasaba lista.

De noche, se reforzaban las guardias, se colocaban avanzadas, se organizaban rondas y se distribuían los encargados de vigilar las cabaladas.

El vestuario de los hombres consistía en 1 blusa y 1 pantalón, calculados para durar 6 meses, pero, en realidad, su uso se prolongaba por dos o tres años; 1 par de botas sin medias; 2 camisas de lienzo y 2 calzoncillos que debían durar mientras se pudiera, sin entregarse camiseta. Además se proveía del kepí, 1 poncho y 1 manta.

El sueldo nominal era de veintiséis pesos por mes y el racionamiento por igual plazo incluía 2 libras y media de yerba, 10 onzas de tabaco, 4 onzas de jabón y 2 pliegos de papel de fumar. Pero los sueldos, cuando llegaban, era con largos meses o años de atraso. Y el aprovisionamiento raramente se efectuaba, arribando a menudo la galleta podrida por la humedad y roída y ensuciada por los ratones. Y en cuanto a la yerba, había que utilizar la misma, secada diez veces al sol sobre las caronas. Además, ¿para qué quería aprovisionamiento el ejército cuando siempre se cazaba alguna liebre o un piche, cuya gordura sobrante servía, asimismo, para engrasar las armas? Sin embargo, con lo que se gastaba en su aprovisionamiento, cada soldado debería comerse un novillo diario y usar 50 camisas al año.

Ese día, en el fuerte "General Paz", mientras la banda ensayaba una partitura de Offenbach, el oficial de guardia repasaba la "Instrucción general militar", o sea "Nuevo Manual de cabos, sargentos, oficiales y jefes dispuesto para el régimen, disciplina y subordinación del ejército por el coronel graduado de infantería D. Joaquín Rodríguez Perea", el famoso "Perea", que llevaba agregada la "Instrucción de guerrillas" del general César Díaz, libro que era casi la única lectura en el ejército, y se iniciaba con las "Ordenanzas de Su Majestad", pues había sido escrito por un militar español y editado en España, para España.

Ahí en el Perea, esas "Ordenanzas" que regían en el ejército argentino, se decía: "Todo militar se manifestará siempre conforme del sueldo que goza y empleo que ejerce: le permito el recurso en todos asuntos, haciéndolo por sus jefes y con buen modo, y cuando no lograrse de ellos la satisfacción a que se considere acreedor, podrá llegar hasta Nos con la representación de su agravio; pero prohíbo a todos y cada individuo de mis ejércitos el usar, permitir ni tolerar a sus inferiores las murmuraciones de que se altera el orden de los ascensos; que es corto el sueldo; poco el prest o el pan, malo el vestuario, mucha la fatiga, incómodos los cuarteles, ni otra especie que, con grave daño de mi servicio, indisponen los ánimos, sin proporcionar a los que compadecen ventaja alguna".

"En cualquier oficial que mande a otros, o se halle solo, será prueba de corto espíritu e inutilidad para mando, el decir que no alcanzó a contener la tropa a su orden, o que él solo no pudo sujetar a tantos, con otras expresiones dirigidas a disculparse de los excesos de su gente o de su cobardía en acciones de guerra."

"El que por cobardía fuera el primero en volver la espalda sobre acción de guerra, bien sea empezada ya, o a la vista del enemigo, marchando a buscarle o esperándole en la defensiva, podrá en el mismo acto ser muerto para su castigo y ejemplo de los demás." Etc., etc. Así hasta completar 800 páginas de apretada letra.

También el oficial tenía a la vista un diario de Buenos Aires, de fecha de diciembre de 1871, donde se expresaba: "Sería difícil, aún para los pobladores más viejos, recordar un período en el cual los indios hayan sido un problema tan grande como hoy. Desde Fraile Muerto (Córdoba) a San Luis, de la frontera de Buenos Aires a los Andes, hacen todo lo que les parece. Y no existen guerras domésticas o internacionales que distraigan la atención del gobierno de la tarea suprema de defender las fronteras. Y en todo este tiempo la renta de la República es tres veces lo que era hace diez años, suficiente para mantener un ejército poderoso... Mientras tanto los indios están arrasando a fuego y espada por todas partes, asesinando pacíficos pobladores, llevándose sus familias y haciendo la guerra a la República Argentina a su manera acostumbrada. Es verdaderamente sorprendente que no hayan detenido el Ferrocarril Central Argentino, a lo largo del cual, se informa, que tienen su mayor

poder. Cada día trae noticias de nuevas hazañas de los salvajes, y ello lleva al gobernador Castro a mirar hacia las fronteras de esta provincia, porque parece que el Gobierno Nacional es impotente”.

Y como para confirmarlo, ahí estaba en la Comandancia la última “Memoria del Ministerio de Guerra y Marina”, trayendo más de cien páginas de partes y detalles de los combates de la frontera en el sólo año último. “Combate con los indios en la frontera Norte de Buenos Aires”, “Rechazo de una invasión a la frontera de Mendoza”, “Invasión a la frontera de San Luis”, “Invasión a la frontera Sud”, “Partes sobre invasiones a la frontera de San Luis y medidas adoptadas”, “Triunfo obtenido sobre los indios en la frontera Sud de Santa Fe”, “Combate con los indios en la frontera de San Luis”, “Combate con una partida de indios en la frontera Costa Sud”, “Invasiones al Departamento del Río IVº y Fraile Muerto”, “Combate con partidas de indios en Patagones”, “Combate con una partida de indios en la frontera Costa Sud”, etcétera.

Y, como detalles de algunos de esos partes, se destacaban los del encuentro que las fuerzas del fuerte “General Lavalle” (Ancaló) habían sostenido con los indios en la laguna Picaza, concluido “a las doce del día, después de cinco horas y media de combate”; o los del fuerte “San Rafael”, informando que “desde la tarde del 20 y en todo el día 21 se había visto una polvareda larga y tendida, la que podría ser de la gran invasión anunciada”, por lo que, después de haberla enfrentado, se comunicaba que muchos indios heridos habían logrado escapar “abrazados del pescuezo del caballo”, aunque “no se pudieron ver los rastros del arreo por estar el suelo cubierto con una gran nevada que cayó en la noche”. Desde San Luis avisaban no haber podido “perseguir más los indios por escasez numérica y estado malísimo de la caballada, aunque esta disculpa —se agregaba— ha llegado a ser sospechosa por haberse abusado de ella alguna vez”. Etcétera.

Fue al promediar del 6 de marzo de 1872 que el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, D. Emilio Castro, pasó un aviso urgente al ministro de Guerra y Marina, coronel Martín de Gainza, transmitiendo otro que había recibido del Juez de Paz de Chivilcoy, en el que éste le comunicaba, pidiendo se lo transmitiera al gobierno nacional, que, por informes del Comandante Militar del fuerte “25 de Mayo”, se sabía que los indios habían invadido el partido, llegando hasta la Cruz de Guerra y que, con este motivo, se tomaban todas las medidas necesarias. “Si tengo algunos detalles —agregaba— irán por el 2º tren.”

Más tarde, el gobernador Castro, por otra nota, comunicaba también al ministro que “en precaución a lo que pudiera ocurrir”, había resuelto que el batallón Guardia Provincial se trasladara ese mismo día

a Chivilcoy, para poder concurrir “desde allí adonde fuera necesario”. También informaba remitir los sables y lanzas que el Comandante del fuerte “25 de Mayo” le había solicitado por carecer de armas.

A la vez, desde el fuerte “Blanca Grande”, el Comandante de la Frontera Sud de la Provincia de Buenos Aires, con fecha 5 de marzo, avisaba al general Ignacio Rivas, Comandante en Jefe de la Frontera Sud, Costa Sud y Bahía Blanca, con sede en el Azul: “En estos momentos (ocho y media de la mañana) acabo de sentir un cañonero en los fortines y me pongo en marcha con la División. Oportunamente daré cuenta a V. S. de lo que haya, pues hasta la fecha no sé en dónde es la invasión. — Nicolás Ocampo”. Poco después, también recibía desde el fortín “San Carlos” un parte del mayor Santos Plaza, en el que le informaba: “En este momento, que son las cinco y cincuenta minutos de la mañana, se ha avistado una fuerza de indios que pasa en dirección a La Verde, por intermedio de este fuerte y el fortín ‘Quenehuin’, cuyo número se calcula en trescientos a cuatrocientos indios”.

Mientras tanto, también el jefe de la Frontera del Oeste, coronel Juan Carlos Boer, en camino a Buenos Aires, era alcanzado en 9 de Julio por el capitán de Guardias Nacionales, Ignacio Núñez, e inmediatamente suspendía su viaje ante la magnitud de la noticia que recibía y que había de conmovér a la capital, a toda la provincia y aun al país: ¡Calfucurá, al frente de 3500 a 6000 indios, esta última cifra según la que él mismo proporcionaba, que habían cruzado en grupos de 300 a 400 hombres la línea de fortines, estaba arrasando los partidos de 25 de Mayo, 9 de Julio y General Alvear, en una extensión inmensa que iba a poner en agitado movimiento a todas las Comandancias de la frontera de Buenos Aires!

Y, desde ese momento, comenzó a desarrollarse el drama que había de culminar en una de las más encarnizadas y sangrientas batallas de la guerra del Desierto.

De inmediato, desde 9 de Julio, el coronel Boer, jefe de la frontera directamente afectada, despachó un aviso al cacique amigo Coliqueo, establecido en la Tapera de Díaz, disponiendo movilizar en seguida sus hombres para ir a incorporarse a la laguna de Quenehuín, donde esperaba dar alcance a los invasores. También envió otro aviso al teniente coronel Nicolás Levalle, que había quedado al frente del fuerte “General Paz”, ordenándole movilizar también sus fuerzas hacia el fortín “San Carlos”. Asimismo, despachaba chasques informando al jefe de la Frontera Norte de Buenos Aires y Sud de Santa Fe, coronel Francisco Borges, con sede en Junín, y al de la Frontera Sud, Costa Sud y Bahía Blanca, general Ignacio Rivas, con asiento en el Azul, quien, por su parte, ya había recibido aviso al respecto desde el fuerte “Blanca Grande”.

Después de haber convocado la Guardia Nacional de 9 de Julio, el coronel Boer partía, a su vez, al frente de 100 hombres que lograra re-

unir con urgencia, hacia la laguna del Cura, con el propósito de salvar la caballada que tenía allí invernando, seguir a La Verde para movilizar a la tribu del cacique amigo Raninqueo, y continuar luego hacia la laguna Quenehuín, donde debía agregarse Coliqueo, según las órdenes que le transmitiera. En el trayecto, en la estancia de Núñez encontró 70 vecinos que allí se habían reunido y resolvieron acompañarlo.

Pero, antes de llegar a la laguna del Cura, el coronel Boer supo que la tribu de Raninqueo había sido sublevada por los invasores, que andaban asaltando las estancias vecinas, habiéndose llevado también los caballos de inviernada, por lo que resolvió dirigirse al fuerte "General Paz", avisando al cacique Coliqueo que, en lugar de marchar hasta Quenehuín como le había ordenado, lo hiciera a ese fuerte, a donde el coronel Boer arribó a las 10 de la noche, encontrando a sus defensores presa de la mayor inquietud.

Y allí, muy poco más tarde, a las 11, recibió una nota del cacique Calfucurá y otra del cacique Raninqueo. La primera decía:

"La Verde, 5 de Marzo de 1872

"Sr. Coronel D. Juan Boer

"Señor Coronel:

"Hoy le participo que el día 5 vine a sorprender al cacique mayor D. Andrés Raninqueo con toda la indiada, así es que me vine con seis mil indios, a vengarme por la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chipitruz y demás capitanes; en fin de muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande, y creo le mandase hacer lo mismo a Raninqueo, y por este motivo llevo al cacique Raninqueo para que ustedes no lo vuelvan a hacer con él; así es que por su fuerte no me asomaré y no haré ningún daño en su parte porque somos amigos. No se nos ofrece otra cosa y sólo le pido se aplaca como Gefe lo saluda este atento servidor. — Juan Calfucurá."

En cuanto a la nota de Raninqueo, a su vez, decía:

"El cacique principal — Al Señor Comandante en Gefe de la Frontera del Oeste Coronel D. Juan Boer:

"Le participo a Vd. que hoy como a las ocho de la mañana hemos sido sorprendidos por el Cacique Calfucurá que ha venido con toda su indiada en número de 3.500 y nos tienen presos a todos sin comunicación y para darle cuenta ha sido preciso su consentimiento, con la condición de que le pide los chasques que le tienen presos, por mi rescate y el de toda mi tribu. — A. A. por lo que dejo dicho ruego a Vd. encarecidamente que si fuera servido atienda mi súplica y ponga en libertad a los presos y me los mande aquí para yo entregarlos, de lo contrario dice Calfucurá que él irá a pedirlos llevándonos a todos cautivos. En estas críticas circunstancias no me queda otro recurso que implorar la benignidad de Vdes. por no tener otro modo de salvar yo y toda mi

tribu que quedamos como le doy cuenta. Dios guarde a V. E. — Andrés Raninqueo."

En vista del cariz dramático de la situación, como a las doce de la noche, el coronel Boer decidió partir hacia el fortín "Rifles" con 60 Guardias Nacionales y la guarnición de los fortines de la derecha, con el propósito de buscar la incorporación de las fuerzas del coronel Borges, que debía venir con los regimientos de la Frontera Norte de Buenos Aires y Sud de Santa Fe. Pero, ya en la madrugada, avisado desde el fuerte "General Paz" de que los invasores parecían querer atacar ese punto, con el fin de libertar algunos indios de Salinas Grandes que allí estaban detenidos, tuvo que regresar apresuradamente.

Mientras tanto, a las 2 de la madrugada del día 6 de agosto, el general Rivas se ponía en precipitada marcha, desde el Azul, con una escolta de 40 hombres y 500 indios del cacique amigo Cipriano Catriel, buscando llegar al fuerte "Blanca Grande", hacia donde despachó un chasque haciendo saber su próxima llegada al jefe del mismo, coronel Nicolás Ocampo, llegada que se efectuó a las 12 de ese mismo día, después de diez horas de marcha.

También el coronel Francisco Borges, había salido a las 2 de la tarde del día 6 de marzo, de Junín, con una escolta de 50 hombres, despachando a la Guardia Nacional del punto por el camino de 9 de Julio, mientras él proseguía al fuerte "General Lavalle" (Ancaló), donde hizo su arribo a las 4 de la mañana del día siguiente, encontrando que las fuerzas del fuerte ya se habían movido en dirección al fortín "Triunfo", con el propósito de seguir luego hacia el fuerte "General Paz".

Todo el día 6 de marzo, el coronel Juan Carlos Boer permaneció en el fuerte "General Paz", esperando la incorporación de las divisiones del Norte y del Sud, y recibiendo informes hora tras hora sobre los indios que estaban en La Verde, en número de alrededor de 3000, con un inmenso arreo de más de cien mil cabezas de ganado, y sin moverse, como esperando también la llegada de las fuerzas nacionales, con el fin de combatirlos. Esto dio tiempo al coronel Boer para despachar nuevos chasques al coronel Borges y al cacique Coliqueo, urgiéndoles su presencia en el fuerte "General Paz".

Ya era oscuro el día 6 de marzo cuando llegó al fuerte el cacique Coliqueo con sus fuerzas, que sumaban apenas 150 hombres, a pesar de lo cual, a las 9 de la noche, el coronel Boer resolvió no esperar más y ponerse en marcha, por cuanto temía que Calfucurá se moviera, proyectando adelantarse para tratar de cortarle la retirada. Pero a las 12 de la noche recibió nuevos avisos de que el gran cacique aún continuaba con todas las haciendas arreadas entre las lagunas de Quenehuín y La Verde, inmediato a las taperas de unos ingleses, habiendo establecido su cuartel general sobre la última laguna.

No obstante esto, en la mañana del 7 de marzo, el coronel Boer, ya en marcha, llegó al fortín "San Carlos" con las fuerzas de toda la Frontera del Oeste, que se le habían reunido, y allí esperó hasta las 12, la llegada del coronel Borges y del general Rivas. Pero como esta llegada no se producía, y habiendo sido informado de que los indios parecían querer marchar, volvió a remitir chasques a aquellos jefes, urgiéndoles nuevamente su incorporación.

Mientras tanto, el general Rivas, arribado al fuerte "Blanca Grande" con su escolta y los indios de Catriel, había tenido que hacer frente a la sublevación de los hombres de éste, encabezada por un capitanejo, la que logró sofocar, al fin. También hubo de sufrir la defección de 300 indios de la tribu del mismo cacique, destacados en el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), que debía traer el teniente coronel Leyría, los que se negaron a partir alegando el mal estado de sus caballos. Todo esto lo demoró. Pero, pudo seguir, finalmente, agregando a su División los hombres del fuerte "Blanca Grande", al mando del coronel Ocampo, para avanzar desde allí a marcha forzada, con el fin de alcanzar a Calfucurá, fuera de la línea de fortines, en la aguada de la Cabeza de Buey, por donde debía pasar inevitablemente.

También en el fortín "San Carlos", donde se había concentrado el coronel Boer, se producían novedades con la llegada de un nuevo mensaje de Calfucurá, esta vez para el mayor Santos Plaza, traído por un cristiano cautivo, diciéndole que al día siguiente por la mañana iba a retirarse con su arreo y que pasaría por allí para llevarlo con toda su gente, que no hiciera resistencia, pues sería lanceado o reducido por hambre. El coronel Boer dispuso, entonces, que el chasque quedara incomunicado con centinela a la vista, para evitar que el mensaje se difundiera y pudiera provocar pánico entre los soldados. Asimismo se anunció que los ranqueles, que venían con Calfucurá, se aprestaban a cautivar la tribu de Coliqueo y ayudar a rescatar los presos de Salinas del fuerte "General Paz". Todo esto movió al coronel Boer a despachar un nuevo chasque para el general Rivas, reiterándole su pedido de apresurar su incorporación.

Pero, en su marcha hacia la aguada de la Cabeza de Buey, el general Rivas le hizo contestar que le era imposible modificar su rumbo, teniendo la caballada sumamente fatigada, dado el trayecto que había realizado, por lo que seguiría con el fin de esperar a los indios y tratar de batirlos a su salida, de acuerdo con su primitivo propósito.

Sin embargo, a las 8 de la noche, por defección del baqueano, el general Rivas encontró que había extraviado su rumbo, llegando a las lagunas Encadenadas, varias leguas más afuera de la Cabeza de Buey y, cuando se disponía a acampar, un nuevo chasque con otro pedido del coronel Boer, llegó insistiendo en que se le incorporara en el fortín "San

Carlos", pues temía que los indios, que aún continuaban acampados entre Quenehuín y La Verde, lo atacaran.

En vista de esta circunstancia, a las 11 de la noche, después de algunas horas de descanso, el general Rivas se puso otra vez en movimiento, llegando, finalmente, al fortín "San Carlos" en la madrugada del día 8 de marzo, con 400 hombres y los 500 indios del cacique Catriel, haciéndose cargo entonces del mando general. Poco después también arribaban los 300 indios destacados en el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), que Catriel había conminado a presentarse.

Y, no había pasado mucho tiempo, cuando el mayor Santos Plaza, que estaba destacado como descubierta para observar a los invasores, informó que Calfucurá comenzaba a moverse con su inmenso arreo, por lo que las fuerzas de las Fronteras del Oeste, Sud, Costa Sud y Bahía Blanca, no habiendo arribado aún las de la Frontera Norte y Sud de Santa Fe, comandadas por el coronel Borges, se aprestaron para enfrentarlo. Eran las 7 de la mañana del día 8 de marzo de 1872.

Visto la proximidad del encuentro, el general Rivas, al comando de todas las fuerzas cristianas y de los indios aliados, dispuso que, a la izquierda, bajo el mando del coronel Juan C. Boer, jefe de la Frontera del Oeste, se colocara el batallón 5 de Infantería de línea, a las órdenes del teniente coronel Nicolás Levalle, con una pieza de artillería; el regimiento 5 de Caballería de línea, a las órdenes del mayor Santos Plaza; los Guardias Nacionales de 9 de Julio y los indios de Coliqueo. Al centro, bajo el comando del coronel Ocampo, jefe de la Frontera Sud, colocó al batallón N° 2 de línea y el regimiento N° 9 de Caballería de línea. A la derecha, la tribu del cacique Catriel. La reserva, a cargo del teniente coronel Francisco Leyría, la formaban los Guardias Nacionales de Costa Sud y 40 indios. En total, las fuerzas del general Rivas se componían de 645 cristianos y 980 indios. Iban provistas, la Infantería de línea, de carabinas Merrill a fulminante, así como de carabinas rayadas; la Caballería, de sable bayoneta, sables y lanzas.

Por su parte, Calfucurá disponía, además de las fuerzas de Salinas Grandes, directamente a su mando, de las de su hermano Reuque Curá y de las del cacique Mariano Rosas. Antes de entrar en acción, Calfucurá recorrió sus filas, arengando a sus hombres, recordándoles los triunfos pasados y asegurándoles que los indios de Catriel no combatirían. Montaba un hermoso alazán cabos negros estrellado en la frente, galopando entre las filas donde las lanzas de los indios formaban un tejido encima de las cabezas de los caballos. Su hijo, José María Curá, de 26 años, le servía de ayudante de campo.

El tiempo se presentaba tormentoso, anunciándose el día como inestable y de intenso calor.

Serían las 8 de la mañana cuando, puesto en marcha, finalmente, Calfucurá, el general Rivas dio orden al jefe del 9 de Caballería, teniente

coronel Palavecino que, con 50 soldados y 200 indios se constituyese en vanguardia, sosteniéndose en esa posición a todo trance, a menos de ser enfrentado por fuerzas muy superiores. Y, no había alcanzado a marchar 30 cuadras, avanzando al galope, cuando se vio obligado a avisar que Calfucurá se acercaba con fuerzas considerables, por lo cual el general Rivas ordenó al coronel Boer que con sus efectivos se pusiese a "gran galope", a la izquierda del comandante Palavecino, y al cacique Catriel que lo hiciera por la derecha.

Desde lejos, ya los indios dejaron oír su ensordecedor chivateo.

Entonces, sonaron las cornetas y clarines y, entre tinieblas de polvo, el resonar de los cascos, y el ruido de quinientos sables al desenvainarse al mismo tiempo, ¡¡¡a la carga se fueron ambos contendores!! Y no se puede hablar de indios y cristianos, por cuanto, en las filas de éstos, era mucho mayor el número de los primeros.

Pronto Calfucurá dio orden de echar pie a tierra, lo que hicieron también las fuerzas de Rivas. Y, cuando los cristianos se aproximaron, la columna araucana, dejando los caballos y colocándose en formación de combate, portando la lanza con ambas manos por la quila, la izquierda adelante y la derecha atrás, colocados los hombres a dos metros uno de otros, comenzó a avanzar a grandes saltos, al mismo tiempo que cada uno de ellos seguía lanzando su característico grito de guerra, que sonaba como un trueno:

—¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá!

Mientras tanto, 200 jinetes atacaban la Caballería del coronel Boer y del cacique Coliqueo, aunque los indios de éste, así como los de Catriel, mostraban poca disposición para combatir, y hasta se negaban a hacerlo.

El encuentro, como siempre, fue tremendo, entre gritos, órdenes, disparos de carabinas, relinchos, golpes de sables, ruido de lanzas que se quebraban y accionar de bolas y cuchillos, siempre en medio del incesante chivateo.

—¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá!

Entonces el cacique Catriel, viendo la defección de sus hombres, después de conminarlos a combatir, hizo colocar a retaguardia un piquete proporcionado por Rivas, con orden de fusilar a todos los que volvieran la espalda, poniéndolos entre dos fuegos.

En el interín, la acción proseguía con todo encarnizamiento entre un calor espantoso y la permanente gritería de los indios, la cual llegaba a apagar el mujido del inmenso arreo que, a corta distancia, se desplazaba.

Fue entonces que el general Rivas, al frente de las fuerzas del coronel Ocampo, del teniente coronel Leyría y del cacique Coliqueo, dirigió personalmente un ataque al centro de las fuerzas de Calfucurá, a las que arrolló, abriendo una brecha en sus filas, insinuándose, desde ese

momento, una situación comprometida, que luego derivó en la derrota del gran cacique, por cuanto los invasores se mostraban poco dispuestos a luchar contra sus hermanos de raza al servicio de los cristianos.

Finalmente, comenzaron definitivamente a flaquear y, mientras un fuerte temporal de viento y lluvia ponía fin a la atmósfera calcinante del día, por primera vez en la historia de la guerra del Desierto, las fuerzas de Calfucurá buscaron salvación en la huida. Así fue como el horizonte se llenó de polvaredas en dirección a Tierra Adentro, y detrás de ellas marcharon las tropas cristianas, mientras que el enorme arreo de animales se desbandaba. Fue un espectáculo imponente por su significado y grandiosidad.

Y, al día siguiente, desde el fortín "San Carlos", donde el coronel Borges había llegado ya con toda premura, pero tarde para participar con sus fuerzas en la lucha, el general Ignacio Rivas pasaba al gobierno de Buenos Aires un breve parte en el que anunciaba: "Tengo la satisfacción de participar a V. S. que ayer a las ocho y cuarto de la mañana he derrotado completamente al audaz Calfucurá, que con toda insolencia desafiaba el poder del Gobierno con más de tres mil indios hacia ya cuatro días. La victoria sobre los invasores no ha podido ser más completa, pues que sufriendo una persecución tenaz de dieciocho leguas, conseguí quitarles todo el arreo consistente de más de setenta mil cabezas de ganado vacuno, de quince a dieciséis mil yeguas y caballos, y todas las majadas de ovejas que arreaban... La mortandad de indios enemigos ha sido tan espantosa, que desde muchos años hasta ahora no se ha visto una igual, ella pasa de doscientos muertos".

Y días más tarde, con fecha 11 de marzo de 1872, desde el fuerte "Blanca Grande", volvía a remitir un nuevo parte, en el cual, después de detallar los preliminares del encuentro, agregaba: "Pie a tierra las dos líneas, trabóse el más reñido y sangriento combate a lanza, sable, cuchillo y bola, del que puede decirse, sin ejemplo en estas guerras". Y, después de anunciarle la derrota de Calfucurá, continuaba: "Lo fatigado de la caballada, la falta de agua, el sofocante calor de ese día, y la nube de polvo que nos cubría, me impedía continuar la persecución como hubiera deseado, por lo que me decidí a hacer alto, después de haberles quitado cuanto llevaban... Una lluvia abundante, benéfica y salvadora, cayó precisamente en el momento en que la sed nos afligía de tal manera que de no haber sobrevenido hubiéramos corrido inminente peligro.

"A esta jornada han concurrido coaligados todos los indios del Desierto, pues se hallaban allí los Ranqueles, los Reuque, los Pován, y la tribu de Calfucurá, cuyo cacique principal era el jefe superior de los invasores.

"Reputo este triunfo como el más espléndido de cuantos hasta hoy se han conseguido sobre estos crueles enemigos..."

"El Cacique General Cipriano Catriel, que en ningún momento desmintió su valor indomable, ni la fibra que caracteriza la raza indígena, se ha hecho merecedor, no sólo por esas condiciones, sino también porque a la vista del enemigo, para darme una prueba evidente de su firmeza, me pidió que pusiera a sus órdenes una escolta de cristianos para fusilar a todos los indios que cobardemente dieran la espalda al enemigo y accedí sin trepidar a su pedido dándole mi propia escolta, y arengándolos en su dialecto y mostrándoles la Escolta, les hizo presente el objeto con que la había pedido.

"Felicito, pues, al Gobierno por el intermedio de V. S. por tan plausible acontecimiento, con el cual se ha quebrado por primera vez, y acaso para siempre, el poder salvaje de Calfucurá que por tan dilatados años ha sido el azote devastador de nuestras fronteras. Dios guarde a V. S. — I. Rivas."

Y cuentan las crónicas que en las últimas horas de la tarde, finalizada la lluvia, el sol salió nuevamente, y un hermoso arco iris apareció en el cielo del Desierto, abriéndose sobre la grandiosidad de aquel horizonte sin límites, mientras las huestes derrotadas del Atila de la Pampa, le daban la espalda, desapareciendo por las rastrilladas, hacia Tierra Adentro.



25. La invasión grande

(Fuerte Blanca Grande - 1875)

"**L**A DERROTA DE SAN CARLOS quiebra el empuje de la horda. ¡Pero no la acobarda ni la rinde!... No volverá por algún tiempo en masas imponentes; pero del Río Cuarto a la Patagonia... conocedor y dueño del Desierto, provisto de caballos que parecen de acero por lo fuertes, que vuelan y que corren por la Pampa infinita... tendrá en perpetua alarma y angustiosa expectativa al país, amenazándolo en cien puntos a la vez."



Tte. coronel E. RAMAYÓN: *Adolfo Alsina - Indio y civilización*

"A FINES DE 1875 SE PRODUJO LA CÉLEBRE INVASIÓN CONOCIDA CON EL nombre de la Blanca Grande. Aquella invasión terrible, aquella avalancha de bárbaros, en que llegaban mezclados moluches y tehuelches, indios de la Pampa, mestizos de gaucho alzado y matrero corridos de la frontera de Córdoba, de San Luis y de Mendoza; aquel espantoso desborde de salvajes ávidos de sangre y de botín, repercutió dolorosamente en la República determinando un intenso movimiento de opinión."

Comandante M. PRADO: *Cuarenta años de vida militar*

"UNA NOCHE, HACIA LAS TRES DE LA MAÑANA, EN ESA HORÁ QUE PRECEDE al alba... el teniente me llamó por lo bajo para decirme: 'ahí están'. Como a media legua de distancia se distinguía una mancha confusa, inmóvil. Cada uno ocupó su puesto en silencio. Las últimas instrucciones fueron dadas a media voz; permanecer inmóvil; esperar la voz para hacer fuego; apuntar bien la primera y después tirar a discreción... En fin, la mancha inmóvil se movió y en seguida comenzó a galopar en buen orden... Los dejamos acercarse a 400 metros y los saludamos con una soberbia descarga... Es claro que habían sido enviados para rodear tanto como para sorprendernos... Podíamos seguir con el anteojos todos sus movimientos... Distinguíamos perfectamente la partida de dos

jinetes en la dirección del Azul. Era de ese lado que debía caer la invasión.

"A eso de las diez de la mañana, una densa nube de polvo nos anunció su llegada. Pronto se distinguió el balido del ganado, y, cosa más inquietante, el balido de las ovejas. Es una estratagema de los indios, cuando quieren absolutamente apoderarse de un fortín, y tienen ovejas a la mano, el precipitarlas al foso. Esos tontos animales se acumulan hasta la altura del parapeto y forman una calzada sobre la cual los atrevidos jinetes indios pueden cargar a la lanza. Es preciso convenir que no habíamos contado con las majadas. Era sin ejemplo que los indios arriesen estos animales que marchan lentamente y se fatigan pronto; pero Catriel, al volver al Desierto, quería aclimatar allí los rebaños. Traería unas 30.000. Eran veinte veces más de lo que se necesitaba para sepultarnos bajo montañas de lana. Felizmente oíamos sonar del lado de Lavalle una viva fusilada; pero, por más que investigamos el horizonte, la fusilada se alejaba. Era sólo una diversión de los indios para llevar las tropas en una falsa dirección. Nos preparamos, pues, para las grandes cosas que iban a ocurrir. . . Durante 4 horas vimos sucederse los bosques de lanzas y los inmensos arrees de vacas y caballos. Se veían por lo menos 150.000 cabezas de ganado. Era admirable el buen orden con que todo esto caminaba. Esos interminables arrees de animales relinchantes y balantes, que no tenían otra idea que la de escaparse y volver atrás, marchaban como de parada, mantenidos sin esfuerzo aparente en filas apretadas y dóciles. . . El último recuerdo que me queda de esa jornada es la ejecución de dos indios que habían sido tomados. Los veo todavía retacos, pequeños, imposables, en esa torpe actitud del indio a pie, parados delante del Estado Mayor y respondiendo invariablemente: "No se nada", a todas las preguntas del intérprete sobre los jefes, las fuerzas y los detalles de la invasión. "Acabemos", dijo el Comandante, y los indios de Pichi Huinca se precipitaron a lanza sobre ellos. . ."

A. EBELOT: *Frontera Sur* (Recuerdos y relatos de la campaña del Desierto)



Desde la batalla de San Carlos, a pesar de la victoria cristiana, que los partes y la opinión pública adjudicaban particularmente a la intervención de las fuerzas de Cipriano Catriel, la situación de la frontera del Desierto se había mantenido en estado de inquietud permanente, demostrando que el avance planeado por el coronel húngaro Juan F. Czetzy, poco o nada, en la realidad de los hechos, había solucionado, así como tampoco la derrota de Calfulcurá. Los indios continuaban invadiendo, ingeniándose para pasar con su arreo la línea de fuertes y fortines —estrechada en todos sus intersticios, con la construcción de otros nuevos—, que jalonaban los centenares de leguas que se había pretendido hacer invulnerables a sus invasiones.

Para realizarlas, los araucanos ponían en práctica hábiles procedimientos que les permitían eludir la defensa de los cristianos: amagaban por un punto y, cuando los cañones daban las señales de alarma indicando la izquierda o la derecha, como el lugar de la invasión, para que allí se concentraran las fuerzas cristianas, atacaban por otro que había quedado desguarnecido. Lo mismo ocurría para efectuar su salida con el arreo: nadie podía saber a ciencia cierta por dónde, finalmente, lo harían y, casi siempre, aparecían por donde menos se los esperaba.

El panorama de las tribus del Desierto presentaba importantes cambios. En 1873, algo más de un año después de San Carlos, no pudiendo soportar el dolor de su derrota, había muerto en Salinas Grandes, Calfulcurá, el Atila de la Pampa, provocando la consternación de los suyos. Murió recomendando a sus hijos no dejar nunca que los cristianos ocuparan Carhué. Un triunvirato formado por algunos de ellos, tomó luego el mando de la tribu hasta que logró imponerse Namuncurá.

Otro cacique que había fallecido era Cipriano Catriel, muerto por su tribu, junto con el lenguaraz Santiago Avendaño. Catriel, como "Cacique General de las Pampas", había arrastrado a su tribu detrás de la sublevación del general Bartolomé Mitre, el año 1874, y, al ser derro-

tado éste, fue entregado a los vencedores para ser juzgado por sus hombres, que lo solicitaron, y, a consecuencia de ello, lanceado, principalmente por su propio hermano Juan José, que tomó el mando de la tribu.

Otro hecho importantísimo en la guerra del Desierto había sido la designación por parte del nuevo presidente Nicolás Avellaneda, sucesor de Domingo Faustino Sarmiento, del Dr. Adolfo Alsina como ministro de Guerra. Alsina, fogoso caudillo del partido Autonomista, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires y, luego, vicepresidente de Sarmiento, había sido candidato a la Presidencia de la República, cargo que debió dejar a Avellaneda. Ahora, al ocupar el ministerio de Guerra, entraba a encarar el problema de mayor importancia que enfrentaba el país: la guerra con los indios araucanos del Desierto, que parecía en vías de no resolverse nunca.

Porque las invasiones habían continuado terribles y permanentes por las distintas fronteras, llegando a contarse hasta 200 en un solo año. Los diarios de Buenos Aires se hacían eco de esa situación: "Las últimas invasiones en la provincia de Buenos Aires —decía "La Prensa" del 30 de octubre de 1872, siete meses después de San Carlos— han mostrado a los indios a las mismas puertas de la civilización, hollando los rieles del ferrocarril Central y dándonos el espectáculo de la barbarie con todo su cortejo de sangre y horrores. Ya se han hecho tan frecuentes que nos vamos acostumbrando a considerarlas como un accidente natural; pero cada una viene empapada en sangre útil y generosa. Es una nueva herida a nuestra naciente industria y un nuevo motivo de descrédito para el país. Las medidas adoptadas para evitarlo han resultado perjudiciales más que ventajosas".

Las noticias que llegaban de la campaña de Buenos Aires estaban acordes con tales observaciones. "El cuadro de desolación y miseria de tantas familias errantes contrista el ánimo", escribía el Juez de Paz de 25 de Mayo. "El terror ha llegado al mayor extremo; este partido ya está completamente despoblado por la emigración de las familias", avisaba por su parte, el Juez de Paz de 9 de Julio. Y Bernardo Arriaga, Juez de Paz de Tres Arroyos, con fecha mayo 9 de 1875, escribía al Ministro de Gobierno de la Provincia, Aristóbulo del Valle: "Tengo el honor de acusar recibo de la nota de V. S. de fecha 5 del corriente, en la que me pide informe al Gobierno acerca de las recientes invasiones que han tenido lugar en el partido de los Tres Arroyos. Me es satisfactorio Sr. Ministro, poder llevar al conocimiento de V. S. los gravísimos sucesos que han tenido lugar en esta parte de la frontera Costa Sud en el corto período de seis meses, animado por la esperanza de que el conocimiento de ellos sirva tal vez para persuadir al Exmo. Gobierno Nacional de la urgente necesidad de guarnecer de una manera conveniente y eficaz aquella parte de la frontera. Desde el mes de noviembre hasta la fecha han tenido lugar tres invasiones en la

frontera Costa Sud. La primera se efectuó en noviembre; la segunda en diciembre y la tercera en el mes de abril ppto.

"En la primera de estas invasiones, los indios penetraron a los partidos de Juarez y Tres Arroyos; en la segunda, que fué la más formidable, pasaron por estos partidos, llevando sus depredaciones hasta el mismo Juzgado de Paz de Necochea, 25 leguas adentro de la línea de frontera. En la tercera tocó en suerte al partido de Tres Arroyos pagar a la rapacidad y barbarie de los indios, el tristísimo tributo de las vidas e intereses de sus pobladores.

"La tercera invasión se ha limitado al partido de Tres Arroyos; ha ocasionado perjuicios considerables, los cuales me es sensible no poder calcular con exactitud.

"Pero lo que puedo asegurar a V. S. es que, ha llegado a tal punto el terror de los pobladores que han escapado con vida de la garra de los indios, que la mayor parte de ellos abandonan sus poblaciones, venden sus haciendas, o las internan en los partidos inmediatos, buscando así un refugio para sus vidas y para los pocos intereses que han podido salvar de tan repetidas catástrofes. . . Si este estado de cosas se prolonga no es aventurado preveer que dentro de no mucho tiempo, estos partidos habrán desaparecido de la carta geográfica de la Provincia, pasando del dominio de la civilización al de los indios de la pampa".

También los partes militares continuaban como antes: "Invasión a la frontera del Oeste" "Persecución a una partida de indios que penetró en la frontera Sud", "Rechazo de una invasión a la frontera de Santa Fe", "Combate y rechazo de una invasión en la Frontera Norte", "Persecución a una partida de indios en la frontera de San Luis", "Invasión a la frontera del Oeste", "Combate con una partida de indios en la frontera de San Luis", "Combate y rechazo de dos partidas de indios en las fronteras Sud y Costa Sud", "Invasión en la frontera de Córdoba", etcétera.

El panorama militar a lo largo de la frontera, pues, en nada había mejorado. Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires continuaban bajo el azote araucano. Para contrarrestar esa situación se habían efectuado dos expediciones: el general José María Arredondo, Comandante General de las Fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza, había avanzado hasta Leubucó, sede de los ranqueles, partiendo de Villa de Mercedes, acompañado por el coronel Julio A. Roca, quién, a su vez, inició su marcha desde el fuerte "Tres de Febrero". Por su parte el coronel Hilario Lagos, jefe de la Frontera del Oeste, partiendo desde el fuerte "General Paz", incursionó hasta las tolderías de Pincén, que continuaba siendo el terror del Oeste y Norte de Buenos Aires, y acababa de hacer una invasión particularmente desastrosa por la zona de Ballymanca. Lo acompañaban el comandante Lorenzo Winter, el mayor Mar-

celino Freire, y el mayor Santos Plaza, con las fuerzas a sus mandos, junto con los indios del cacique Coliqueo. Pero en su camino un gran temporal de viento y lluvia les hizo perder el rumbo, cuando ya esperaban caer sobre los toldos de Pincén, perdiendo en tal oportunidad numerosos soldados extraviados. También un hecho grave se había producido en la frontera del Oeste con motivo de haber salido desde el fortín "San Carlos" un destacamento con el propósito de repeler una invasión por la zona de Tapalqué, a consecuencia de lo cual pereció el teniente coronel Estanislao Heredia, cuatro sargentos, un cabo, un corneta, un aspirante y trece soldados, inmolados por los indios.

En tales circunstancias, nuevamente hizo oír su voz la Sociedad Rural Argentina, dirigiendo una comunicación al Gobernador de Buenos Aires: "Las depredaciones impunes de los bárbaros, que se repiten con tanta frecuencia son, Sr. Gobernador, no solo la ruina de muchos, sino la vergüenza de todos los argentinos." También esta entidad se había dirigido al gobierno nacional insistiendo en la necesidad de expulsar a los indios que asolaban la Pampa, más allá del río Negro. Y en su respuesta, el entonces ministro de Guerra, coronel Martín de Gainza, había dicho "V. E. apoya en su nota la idea de llevar la frontera hasta la línea del río Negro. Este gobierno se ocupa actualmente de preparar los elementos necesarios para llevar a cabo esta idea, dando al mismo tiempo cumplimiento a una ley dictada por el Congreso hace algunos años; pero para ello ha de tomarse el tiempo indispensable, pues, no quiere exponerse a que las armas de la civilización retrocedan como otras veces ante la chuzca de la barbarie".

Por eso el nuevo ministro de Guerra, Dr. Alsina, planeaba cuidadosamente al nuevo avance de las fronteras de la provincia de Buenos Aires para llevarlas hasta Carhué.

Pero el paso previo para ese avance era el alejamiento de la tribu de Catriel de las cercanías del Azul, donde se hallaba establecida sobre el arroyo Nievas, en el camino a Olavarría. Esa vecindad, los estancieros de la zona la reputaban molesta para la seguridad de sus ganados, aparte de que se acusaba a los hombres de esa tribu de servir de fuente de información a los indios rebeldes del Desierto, sobre los pasos de los cristianos. Así fué como se dispuso que Catriel, con su gente, se trasladara a un lugar previamente designado de la actual frontera, entre el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó) y la Blanca Grande. El propio doctor Alsina se trasladó para encarar el asunto, personalmente, al Azul, teniendo un parlamento con los caciques y capitanejos de la tribu que, en general, se negaban a aceptar el traslado, aunque, por último, parecieron acceder, firmándose con tal motivo un acuerdo con las autoridades, que designaron al ingeniero francés Alfredo Ebelot para que midiera los terrenos que se destinaban a la tribu de Catriel y delimitara

sobre ellos un pueblo. Ebelot partió en seguida para cumplir con el encargo y se hallaba ocupado en él, junto con una numerosa partida de ayudantes.

El fuerte de la Blanca Grande, levantado al borde de la laguna del mismo nombre, era asiento de la Comandancia de la Frontera Sud de la provincia de Buenos Aires. Para erigirlo se habían utilizado las ruinas del levantado allí por el gobernador, general Martín Rodríguez, en 1823 las cuales, por cerca de cincuenta años, habían quedado abandonadas. Al avanzar las fronteras, en 1870, el coronel Czetz, juzgó el punto conveniente y, aprovechando lo que aún podía ser útil, sobre la orilla Este de la laguna, se recorrieron los fosos, casi borrados, y se completó la instalación como para que sirviera de residencia a la Comandancia de la frontera en el sector Sud. La laguna Blanca Grande estaba reducida, entonces, a legua y media de largo por media legua de ancho y, una extensión que antes formó parte de ella, se veía cubierta ahora de tupidos juncales, en medio de cañadones de difícil acceso.

Se habían construido 4 cuadras de adobe de 20 varas por 7 para la tropa, 3 cuartos para oficiales y otros para la guardia de prevención, así como un cuarto de banderas. También otras 4 cuadras, 2 de adobe y 2 de paja embarrada, completándose éstas con otra de 33 varas, dividida, para la Mayoría, cuerpo de guardia y cuerpo de banderas. Además existían otros ranchos de adobe y techo de paja para la cocina, botica, calabozo, etc. Asimismo talleres de armería, herrería y carpintería. Todas las instalaciones del fuerte habían sido últimamente reparadas de los deterioros sufridos con motivo de la sublevación de Mitre, el año anterior.

Rodeando el fuerte se habían construido tres baluartes de adobón de césped, de 20 varas, y una altura de 3, con un cañón en cada uno de ellos, con el propósito de que pudiera ser defendido por una pequeña guarnición, en el caso de encontrarse ausente la que habitualmente la defendía, para lo cual también podía contarse con la ayuda de los vivanderos que allí estaban establecidos. Más allá estaban los corrales zanjeados, y los alfalfares para la caballada.

El fuerte "Blanca Grande", cuyo jefe era el coronel Nicolás Lavalle, no se hallaba sobre la misma línea de la frontera, sino algo adentro de ella. Esta se componía principalmente del fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), construido en forma triangular y con una guarnición de cien hombres, completada con los fortines "Rodríguez" (que se continuaba al Norte con los de la frontera del Oeste), "Avellaneda", "Vigilancia", "Alsina", "Brandsen", "Carlos Paz", "Zelaya", "Santa Rosa",

"Frias", "2 de Diciembre" y "Aldecoa". Más al Sur seguían los fortines del sector Costa Sud, con asiento en el fuerte que se denominó "General San Martín", hasta el cual se había vuelto a adelantar, por razones estratégicas, la frontera que antes pasaba por el Campamento de "Pillahuincó Grande".

Las fuerzas de la frontera Sud se componían entonces de 10 jefes, 59 oficiales y 520 individuos de tropa, encontrándose en el fuerte "Blanca Grande" el batallón 5º de Infantería de línea, el regimiento 5º de Caballería de línea, el regimiento Alsina, de Guardias Nacionales, y un destacamento de indios amigos al mando del capitanejo Rojas, compuesto de algo más de 50 hombres. Asimismo, se hallaban destacados en el fuerte "General Lavalle" Sud y en varios fortines, refuerzos consistentes en indios de la tribu de Catriel, quienes, además, acompañaban a los Guardias Nacionales en los servicios de descubiertas, para evitar su desertión.

Ese día era Navidad de 1875 y la fecha se celebró a lo largo de toda la línea de la frontera. Por eso, de noche, a la luz de los fogones, a lo largo de los 2.000 kilómetros de la frontera, del Atlántico a los Andes, del Río Negro a Mendoza, de Carmen de Patagones a San Rafael, en todos los fuertes y fortines, los comensarios, junto con algún recuerdo de las familias, aprovechando el feriado, versaban sobre el mismo tema:

"Aquel día llegamos hasta una laguna que llamaban 'el Tigre', que estaba cerrada al Norte por algunos médanos, ande hallamos muchos huesos. ¿Eran de indio?, ¿eran de cristiano? ¡Vaya uno a saberlo! Pero nos venían como 'e encargo pa' churruasquiar. Hicimos alto y, mientras se preparaban los jogones, el capitán nos dió permiso pa' bañarnos y lavar la ropa, así nomás, sin jabón, como pa' refrescarla, porque hacía como dos meses que andábamos con la mesma puesta, sin podernos cambiar. Todo el batallón se había desnudado y la costa 'e la laguna blanquiaba con la ropa tendida pa' secarse, mientras nosotros chacotiábamos en la agua, cuerpiando los tábanos y los mosquitos.

"Y en eso estábamos cuando, como por un milagro, por arriba 'e los médanos, aparecieron como cién indios pegando unos gritos que ponían los pelos 'e punta. ¿Qué podíamos hacer? Desnudos nomás, como estábamos, corrimos a los sables y las carabinas. Y así desnudos estuvimos peliando como una hora. Los chinos nos mataron algunos hombres; pero también nosotros les hicimos bajas. Hasta que por fin se jueron, llevándose los heridos.

"Esa noche habíamos salido 'el juerte '3 de Febrero' pa' una descubierta en dirección al Monte 'e la Vieja, porque se había anunciado una

invasión y queríamos madrugarla. Marchábamos 'e noche y se había dao orden 'e no fumar 'e sujetar los sables y tratar 'e que los pingos no relincharan. Entuavía faltaban algunas horas pa' que amaneciera, cuando hicimos alto en un montecito y dende ahí despachamos bomberos, porque un cabo dijo que había visto como una lucecita, en dirección a un arroyo. Era una noche nublada y escurísima, en que no se veían ni las manos.

"Al rato volvió el bombero diciendo que los indios estaban acampaos allí cerca, durmiendo, y que no nos habían sentido. Entonces, el capitán Ricabarra, que nos mandaba, ordenó que dejáramos los caballos maneaos al cuidado 'e unos soldaos, pa' marchar y sorprender a los chinos apenas quisiera empezar a aclarar. Avanzábamos casi arrastrándonos y conteniendo el aliento, pa' no hacer ruido. Ni siquiera se permitía una tos. Y cuando ya estábamos casi sobre ellos, ¿quién les dice que a un soldao no se le escapa un tiro? Por supuesto que los indios se despertaron. En seguida se sintieron los gritos del capitanejo que los mandaba. Y como resultó que no estábamos ni a cuarenta metros, se nos vinieron encima, y ahí no mas, en lo oscuro, apreceando solo por los gritos si peliábamos con un indio o con un cristiano, estuvimos prendidos hasta que amaneció. ¡Qué trezada, compañero! ¡Déle cuchillo y sablazos, y ellos dele cuchillo y bola!

"Era ya la mañanita cuando apareció un grupo como 'e cincuenta indios. Traían unas 500 yeguas y 3.000 vacas. Habíamos salido 'el fortín pa' perseguirlos y tratar 'e quitarles el arreo. Dende lejos se oía el balido 'e la hacienda y los gritos 'e la indiada. En cuanto nos vieron se juntaron haciendo un círculo con las cabezas 'e los caballos pa' adentro, mientras otro, a caballo, hablaba en el centro. En seguida, blandiendo la lanza y haciendo molinetes, dejando el arreo nos avanzaron entre el griterío 'e siempre, y cuando estuvimos cerca, desmontaron. Pero cuando ya dábamos a encontrarnos, se vino 'e golpe una cerrazón tremenda. No se veía ni a diez pasos. Los hombres se distinguían cuando ya estaban encima y como sombras. Y así dentromas a peliar, casi sin vernos, una, dos, tres horas, hasta medio día en que se despejó. Por todos lados aparecían muertos, lo mismo que heridos, que se quejaban. Pero, como el arreo había seguido la marcha, alejándose, los indios volvieron a montar y desaparecieron. Y nosotros no los seguimos porque, la verdá era que no nos habían quedao muchas ganas y teníamos los mancarrones aplastaos.

"Marchamos como diez leguas bajo un sol 'e juego, un día 'e calor bárbaro, que amenazaba tormenta. Dábamos a gran galope, porque se decía que los indios estaban atacando el fortín 'General Frías' y que lo tenían sitio. Más 'e una vez creímos verlos, pero sólo eran, como

siempre, los plumachos 'e las cortaderas. Y cuando al fin llegamos, ahí estaban los chinos y, en cuanto nos vieron, se nos vinieron encima entre un griterío tremendo.

"El teniente ordenó que desmontáramos y formáramos cuadro pa' enfrentarlos y, cuando en eso estábamos, se descargó el temporal. Empezó a cáir granizo y, muy pronto, a llover a cántaros, y se nos mojó la pólvora. ¿Pa' qué nos iban a servir los jusiles ahora? Tuvimos que seguir peliando a cuchillo y a culatazos con las armas, mientras seguía cayendo agua a baldazos. No teníamos ni un momento 'e respiro. Un chino, abajo 'e la lluvia, le largó un lanzazo a un oficial, que alcanzó a agarrarle la lanza con las dos manos. Pero el chino tiró pa' atrás con toda su juerza, arrastrando al oficial, que jué a cáir entre la indiada, ande en seguida lo lancearon. Otro se le prendió el pelo al cabo Nuñez y no lo largaba, aunque este lo golpiaba en la cabeza con el cabo 'el revolve, que ya no tenía balas. Al sargento Garrido, 'el 3 'e Infantería 'e línea, lo ví tomar el sable 'e un soldao que había cáido, a mas el suyo, y peliar todo mojado, con uno en cada mano. A otro soldao le abrieron el vientre 'e un puntazo y se le salieron las tripas pa' ajuera. Pero se fajó bien y volvió a peliar, mientras seguía cayendo agua que nos chorreaba por la vicera el kepí, por la nariz, por la boca.

"Cuando se jueron los chinos, llevamos los heridos pal' juerte y al que tenía el vientre abierto se le hincharon los intestinos y no le podían cerrar la herida. Así estuvo como tres días, hasta que el enfermero se los pinchó con una alfiler, y le cosió el tajo. Pero a la media hora murió.

"Aquel día estábamos peliando dende la tardecita. Los indios nos llevaban carga tras carga, mientras nosotros estábamos formaos en cuadro, pa' defendernos. Un capitanejo que los mandaba se nos vino cubriendo con el caballo, como pa' que no diéramos en el blanco y poder clavarnos la chuza. Pero le alcanzamos el montao, que hoció y, cuando el chino se jué al suelo, 'e los tiros no se levantó mas. Otros aprovecharon pa' avanzarnos, haciéndonos la maroma con un lazo atao a la cincha 'e dos pingos. Pero pudimos defendernos, cortándola.

"'E pronto se vino una tormenta 'e tierra que no dejaba ver ni a dos pasos, mientras el viento soplabo como un ciclón. Y ya no pudi-mos usar mas los jusiles, mientras los chinos se nos venían encima.

"En una 'e esas sentí que me habían clavao una lanza en el pecho.

"—¡Mi teniente! —grité— ¡Me han herido!

"—¡No importa! —me contestó— ¡Siga peliando!

"Lo último que ricuerdo es que me defendía a sablazos, medio fofo, mientras los soldados diban cayendo que daba miedo.

"Me recogieron a la tardecita, hallándome desnudo al lado 'e otro

al que, también, solo le habían dejao un escapulario 'e la Virgen 'e las Mercedes.

"Cuando regresamos al juerte, el jefe preguntó:

"—¿Ande está el resto 'e sus hombres, teniente?

"—¡Muertos por la Patria, mi comandante!"

Aprovechando los días de Navidad, varios jinetes habían venido del Azul y, acompañados por algunos soldados del fuerte con permiso, salieron para una boleada de avestruces que, aparte de las plumas, que luego cambalacheaban a los vivanderos, les darían oportunidad de variar su alimentación, basada en la carne flaca, escasa y sin substancia que proporcionaban los proveedores de la frontera. Ya desde temprano se habían abierto los "punteros" hacia derecha e izquierda y, llegados a la distancia conveniente, encendían fuego para señalar su posición, y, de acuerdo con ella avanzaban, luego, los "culateros" y "costaneros", que iban estrechando el cerco, empujando todos los animales que habitualmente vivían entre los pajonales: pumas, venados, gamas, zorros, avestruces, y también baguales, para alcanzar los cuales los jinetes iban provistos de bolas "potreadoras", de 3 ramales, así como llevaban "ñanduceras", de 2.

Los hombres marchaban en los mejores caballos de que habían podido proveerse, aunque aquellos campos, como todos los de la Pampa, eran traicioneros por los guadales y las vizcacheras, que a mas de uno, a menudo, dejaban a pié.

A los boleadores les había tocado un día espléndido y, salvo alguna rodada, nada alteraba la normalidad de su tarea. Pero, casi desde la salida había podido advertirse algo particular en los animales que, a veces cruzaban asustados a la distancia por motivos ajenos a los propios hombres, y también podían notarse numerosas bandadas de cigüeñas, patos y flamencos que pasaban hacia el Este, lo mismo que una evidente inquietud en los caballos, que parecían querer detenerse sin motivo, levantando las orejas hacia Tierra Adentro y, de cuando en cuando, soplaban con fuerza.

¿Serían los indios? Nada hacía esperar por el momento novedades en la frontera, a pesar de que en sus marchas eran capaces de hacer hasta 30 leguas de camino en una noche.

Sin embargo, si los boleadores hubieran estado en condiciones de apreciarlo, hubieran podido sorprender a centenares de grupos de indios, desplazándose cautelosamente a lo largo de las rastrilladas que, desde Tierra Adentro, conducían a la frontera. De a tres, cuatro y hasta diez, iban galopando descansadamente, de antemano citados en los principales sitios de concentración: Carhué, Toay, Las Tunas, Trenque

Lauquén, Jarillas y otros paraderos. Venían cada uno trayendo dos caballos de la diestra, montando sobre un simple cuero de oveja que les servía de bajera, una carona pequeña, un recado o basto fabricado con esmero para que no maltratara o lastimara el lomo del caballo, una cinta angosta de cuero vacuno y un cojinillo de otro cuero de oveja. Además, traían su poncho, su lanza, que venía arrastrada por el regatón, sostenida a un costado por un tiento, las bolas y el cuchillo. Como alimento llevaban una tableta de maíz entre las caronas, y sangre de yegua cortada en pancitos, como gelatina. Siempre marchaban de noche y al galope.

A cuatro o cinco leguas de la línea de fortines, ocultos detrás de algún médano, hacían alto y, desde allí, mientras descansaban por uno o dos días, destacaban "bomberos" que avanzaban cautelosos, pasando, a veces, días enteros entre los pajonales, mientras habían tumbado al suelo su caballo maneado para ocultarlo.

Luego, de acuerdo con los informes, los invasores proseguían divididos en innumerables grupos, que cruzaban la línea de la frontera por distintos lugares en las primeras horas de la noche, de manera que cuando, al día siguiente, las descubiertas de los fortines hallaban las rastrilladas, ya ellos estaban bien adentro, arrasando la zona que habían elegido para invadir, y les era difícil, sino imposible, a quienes descubrían su rastro, determinar su número.

El 28 de diciembre, cuando ya habían regresado los boleadores, un chasque, a todo galope de su caballo, llegó sudoroso al fuerte de la Blanca Grande, sacando de la herradura una noticia que hizo palidecer al oficial de guardia cuando la hubo recibido: la tribu de Catriel, que poco antes había accedido a trasladarse a la frontera, se había sublevado y sus hombres estaban haciendo deprecaciones 20 leguas adentro de la línea, creando un problema gravísimo que ahora debía encarar el ejército encargado de custodiarla.

En seguida se escuchó en el fuerte el mismo vibrante toque de generala que conmovía a todas las guarniciones en los momentos de apremio, y muy pronto otro chasque llegó trayendo nuevas noticias, confirmadas dos horas más tarde por medio de un nuevo mensajero con otras órdenes, e informando del radio de expansión inmenso de las deprecaciones de Catriel, quién estaba reuniendo un enorme arreo para cruzar con él, luego, la frontera.

De inmediato el coronel Nicolás Levalle, desde el Azul, despachó a todos los Jueces de Paz del partido, así como a los de los partidos vecinos, notas urgentes en las que les decía: "Azul, diciembre 28 de 1875. Me dirijo a usted comunicándole que en la madrugada del día de ayer, se ha sublevado Catriel con su tribu, en esa virtud se hace necesario que proceda sin pérdida de momento a reunir toda la Guardia Nacio-

nal, así como la caballada que pueda, concurriendo con ambas cosas a Olavarría adonde recibirá órdenes del que firma".

En seguida, el mismo coronel Levalle partía del Azul, mientras que desde Buenos Aires, donde la noticia había conmovido la ciudad, se despachaban tropas de refuerzo, aprovechando el ferrocarril del Sud, que ya llegaba hasta Las Flores.

Y, muy pronto, como para acrecentar la ansiedad general, se supo, también, que todas las tribus del Desierto estaban entrando en cantidad considerable a través de la frontera, haciendo coincidir su invasión con el levantamiento de Catriel. ¡Desde Namuncurá hasta Baigorrita con los ranqueles, Pincén con los suyos, así como los pehuenches con Reuque Curá y los del Sur, sobre el río Colorado, todas las tribus araucanas atacaban a la vez, uniendo su acción a la de la tribu sublevada de Catriel! ¡Los cañones de los fortines atronaban la solemne soledad de la Pampa, señalando la presencia de invasores a izquierda y a derecha, al Norte y al Sur, de la línea, desconcertando a los comandantes de los fuertes sobre los sectores de la invasión! ¡También los chasques llegaban uno tras otro, jinetes en caballos cansados y sudorosos, viendo, a veces, como su cabalgadura caía muerta de fatiga al ser desensillada, siempre con el mismo mensaje: "¡Urgente!, ¡matando caballos!: indios malos onces araron por fortín 'Rodríguez' ". O por fortín "Aldecoa"; o habían arrasado el fortín "Zelaya", asesinando a sus defensores. En el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), así como en el fortín "Brandzen" y el "Alsina", los indios que allí estaban de guarnición, también se habían sublevado, incorporándose a los invasores. Las noticias eran tremendas y anonadantes.

La Comandancia de la Blanca Grande, mientras tanto, seguía recibiendo frenéticos partes: "Tapalqué, diciembre 30 (1 y ¼ de la tarde) Comunico a V. que hasta estos momentos, desde las primeras horas de la mañana, andan los indios rodeando este pueblo, quemando ranchos por las quintas y chacras y arrasando cuanto caballo encuentran en las inmediaciones. Tenemos como 300 hombres reunidos contando los extranjeros, y no disponemos más que de diez y nueve fusiles, y el armamento que tiene en uso la partida de plaza, y aún éste incompleto".

"General Alvear (5 de la mañana) Los indios acabaron de robar ayer a la tarde y se retiran en dirección a la Blanca Grande. Se llevan toda la hacienda de D. Máximo Gómez. Han sido tan audaces que hasta de las casas a seis cuadras de la plaza han sacado caballos de la estaca".

Parecida información llegaba del Azul, de 25 de Mayo, de Olavarría, en tanto que por buena parte de la provincia de Buenos Aires se dispersaban jinetes en desesperada carrera llevando por doquier la dramática alarma: ¡los indios!

Todos los Jueces de Paz de la zona Sur habían convocado urgentemente a las Guardias Nacionales de su partido, habiendo el de Tapalqué pasado al de General Alvear una nota incitándolo a incorporarse para ir juntos en apoyo del jefe de la frontera: "Mañana muy temprano marchó con la fuerza que estoy reuniendo a buscar la incorporación del coronel Levalle que salió del Azul para Olavarría. El 8º de línea también viene de la capital, y es probable que mañana esté allí, si no ha llegado hoy. El coronel Lagos debe haberse movido hoy con el plan de cortar la retirada de los indios. Creo que se les podrá quitar el inmenso botín que llevan, pues del Azul ha marchado toda la Guardia Nacional y se han juntado todos los caballos que no han alcanzado a llevar los indios"

De la capital llegaba la información de que el gobernador de la provincia había sostenido una conferencia de dos horas con el presidente Avellaneda y sus ministros para adoptar las medidas urgentes que la situación requería. Que se ordenó la partida inmediata del 8º de Infantería de línea con el comandante Donovan, y que al coronel Garmendia, jefe de la Guardia Provincial, se le daba orden de que avanzara a marchas forzadas hacia la frontera. Y aún el propio ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina, se dirigía por ferrocarril hasta Las Flores, acompañado por 400 hombres de línea y 2 ametalladoras, para enfrentar la situación personalmente, dada la gravedad de los acontecimientos.

A la vez los rumores más extraños se difundían aumentando la consternación general. Se decía que grupos de indios habían incendiado el pueblo de Olavarría y lo mantenían sitiado; que otros grupos se hallaban a cuatro leguas del Azul, y que el coronel Levalle se defendía allí a tiros con sus hombres; que el coronel Villegas, desde fortín "Triunfo", solicitaba refuerzos y había pedido que el comandante Saenz con sus fuerzas marchara sin demora para entrar en acción.

Y, a medida que el tiempo transcurría, también se afirmaba que los invasores estaban sobre Tapalqué y que el comandante militar había ordenado no hacer fuego sobre ellos de miedo de que incendiaran el pueblo; que en el Azul el clamor era general por los parientes y amigos desaparecidos, así como por los patrimonios arrasados; que el pueblo de Olavarría continuaba sitiado y la mayor parte de sus casas ardían; que el coronel Levalle había despachado más de cincuenta chasques a La Blanca, donde estaban acantonadas parte de sus fuerzas, sin que ninguno volviera; que el comandante Maldonado combatiendo contra los indios con fuerzas muy inferiores, había perecido en la lucha; que las fuerzas de Máximo Gómez partían hacia Olavarría con el fin de socorrer a esa población.

En medio de la conmoción y confusión más espantosa, se sabía que desde los principales fuertes de la frontera, los comandantes se estaban preparando para salir con todas las fuerzas disponibles y los Guar-

dias Nacionales convocados con urgencia, para reforzar los contingentes de las tropas de línea. También se anunciaba que el comandante Marcelino Freire había partido de su sector para incorporarse a las fuerzas de la frontera Sud, que el comandante Lorenzo Wintter se movía hacia el fuerte "General Lavalle" (Sanguilco), y que el coronel Conrado Villegas lo hacía hacia los fortines "Rodríguez" y "Reunión". Asimismo que había partido urgentemente el coronel Hilario Lagos, jefe de la frontera del Oeste.

Por su parte, el Juez de Paz de Las Flores informaba que el comandante Wintter, después de combatir desde La Blanca al Salado, se había lanzado sobre el cacique Catriel y sus fuerzas, y que los efectivos del comandante Freire habían logrado unirse a los de Wintter.

Mientras tanto, sobre una extensión que los partes calculaban en doscientas leguas cuadradas, los indios avanzaban hacia la frontera areando el botín más gigantesco que nunca se había conocido.

¡Decenas, centenares de miles de cabezas de ganado vacuno, decenas y decenas de miles de yeguarizos, decenas y decenas de miles de ovinos, abriéndose camino por las rastrilladas de la Pampa, en medio de nubes de polvo que oscurecían los horizontes, iban avanzando hacia el Oeste en demanda de las inmensidades de Tierra Adentro!

¡Chorreados, yaguaneses, negros, barcinos, bayos, overos, barrosos, todos guampudos y de "lomo de pescado", atropellándose y encimándose entre un gigantesco rumor de pezuñas, mujidos y balidos, bajo mantas de tierra y sabandijas, e insistiendo, de tanto en tanto en dar vuelta a la querencia, marchaban como marejadas vivientes, acuciados por el revolver de los ponchos y el accionar de las chuzas, así como por el constante grito de los jinetes araucanos que mostraban sus faces cubiertas con caretas de polvo, cabalgando sus caballos chorreando sudor, apestando a zorrino, con cáscaras de barro en los ijares y las tablas del cogote sangrando por los tábanos!

¡Alazanes, doradillos cebrunos, azuleros, bayos, colorados, picazos, lobunos, gateados, pangarés, oscuros, moros, tordillos, tostados, tobianos, zainos, rosillos, ruanos, yaguanés, altas las cabezas, sacudiendo al viento sus crines e hiriendo el aire con su concierto de relinchos, espoleados asimismo por los gritos y también oscurecidos por la tierra, se movían haciendo resonar el campo con el rumor de sus cascos galopantes!

¡Después las majadas, avanzando lentamente, entre interminables balidos, en su mayoría compuestas por esas ovejas pampas, grandes casi como guanacos y escasas de lana, que más servían para rellenar con ellas los fosos de los fortines, sobre las que los jinetes araucanos pasaban a caballo!

¡Y más atrás los campos incendiados, agregando nubes de humo a las del polvo de los arreos, y el resplandor de las llamas que surgía

de noche, sobre el horizonte, por todos los rumbos, como sobrecogedoras señales de desastre!

¡Jamás la Pampa había contemplado un espectáculo semejante!

¡Cálculos aproximados hacían elevar a 500.000 el número de cabezas que los indios arrebaban por todas las fronteras y en 4.300 las fuerzas que habían movilizado! Desde el fortín "Aldecoa", donde se había refugiado con algunos de sus ayudantes, el ingeniero francés Ebelot, en plena tarea de señalar el sitio donde hubo de trasladarse la tribu de Catriel, contemplaba pasar durante cuatro horas un sector del arreo, entre selvas de lanzas y nubes de tierra. Iban a una marcha rapidísima para la hacienda, calculándose generalmente en 6 leguas el máximo que podía hacer en un día de camino el ganado arreado fuera de la querencia.

En el ínterin, las noticias de la frontera seguían arribando a Buenos Aires, que las acogía con una ansiedad tremenda. Las informaciones llegaban aumentadas y desfiguradas por la confusión y la distancia. Se decía que los indios se llevaban centenares de cautivos, después de dejar más de 500 cadáveres; que no se sabía cuantas estancias habían sido arrasadas y quemadas; que después de dos días de persecución, el comandante Wintter parecía haber logrado rescatar solo 150.000 cabezas de ganado, con la colaboración de las escasas fuerzas de los caciques Coliqueo y Manuel Grande.

Los diarios comentaban los hechos y aún buscaban calmar a la población, para no aumentar la zozobra pública. Por fin el 4 de enero, de 1876, abandonando toda la calma, expresaba "La Prensa": "Nada llama tanto la atención como el sangriento y lastimoso espectáculo que ofrece la frontera Sud con sus campos arrasados, sus establecimientos quemados y con la ruina el cautiverio y la muerte de sus numerosísimos y ricos pobladores. Se ha dicho que castigar a los aborígenes era el mejor aguineldo que podía ofrecerse al país al iniciarse el año; pero nosotros pensamos de una manera radicalmente contraria, porque consideramos que las estancias saqueadas y quemadas, las familias cautivadas y bárbaramente ultrajadas, los vecinos degollados son inmensas desgracias que no se remedian con una sableada a los ladrones después de estar en retirada. El año 1875 se ha despedido de una manera para siempre memorable y no hay aguineldo oficial que pueda neutralizar el horroroso espectáculo a que hemos asistido".

Y, desde el Azul, a donde ya había llegado el ministro de Guerra Dr. Alsina, con fecha 1º de enero de 1876, después de informar al presidente de los sucesos y decir que "no había ejemplo de una invasión tan numerosa", se detenía especialmente en la tribu de Catriel, "que se sublevaba por segunda vez —decía— invitando anticipadamente a todas las demás del Desierto para una gran cruzada del salvaje contra el cristiano".

26. El "baluarte de la barbarie"

(Bahía Blanca - 1876)

"LA CUESTIÓN FRONTERAS ES la primera cuestión para todos, y hablamos incesantemente de ella aunque no la nombremos. Es el principio y el fin, el alfa y el omega."

Presidente N. AVELLANEDA:
Prólogo a "Actualidad financiera de la República Argentina" del coronel A. Barros (1875)



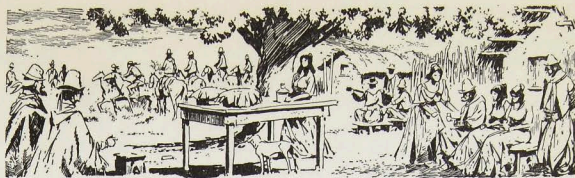
"SE HA CORRIDO TRAS ESTA UTOPIA o verdadero absurdo de querer guardar con soldados líneas fronteras que representan 400 leguas de extensión, sin buscar otro obstáculo al invasor que el pecho de nuestros soldados, con más algunos fortines de barro primitivamente construidos, sin ninguna obra sobre sus flancos para asegurar la comunicación. ¡Y qué caro le cuesta al país en vida y riquezas la persistencia ciega en esa utopía y en ese absurdo!... Pueblos convertidos en taperas por el fuego del bárbaro, departamentos enteros despoblados, hecatombes continuas, ejércitos regulares arrollados por la chuzza del indio... Y tantos otros perfiles de este cuadro sombrío que omito por patriotismo."

A. ALSINA: Memoria especial del Ministro de Guerra (1877)

"SI UNA EXPEDICIÓN ARMADA INVADE SUS TIERRAS, EN NOMBRE DE LA civilización y en beneficio de la humanidad, el aduar de la tribu sorprendida presenta al día siguiente el espectáculo de la más bárbara carnicería. Lo que el pillaje desdena, el hierro lo destruye y es consumido por el fuego... ¿Qué es lo que la civilización le deja allí y qué le lleva? Le deja sólo vestigios de brutal destrucción, cenizas, o cadáveres mutilados; le deja la enseñanza de la crueldad perfeccionada; le deja el recuerdo de un hecho más que lo persuade de nuestra impotencia para dominar el Desierto, le deja, por fin, cada vez nuevos motivos de odio, que satisficará después en nuestras poblaciones indefensas... Cuando a consecuencia del desorden general que todo esto entraña... los bárbaros co-

meten una serie de atentados, entonces la única idea que concibe la mente de los que debieran sentir sobre su conciencia el peso de estos males, es el exterminio de los bárbaros. Los que así discurren son hombres inteligentes e ilustrados, pero que por desgracia no piensan jamás en nuestras cosas, y creen que acabar con los bárbaros es lo mismo que acabar con la barbarie, sin fijarse que sólo la verdadera barbarie puede aceptar como un medio el exterminio, la matanza de una parte de la humanidad en provecho de otra que se cree civilizada. Matar a los bárbaros, es enseñar la barbarie a los que aprovechan con la matanza, y para acabar con la barbarie es necesario vertir la menor sangre posible; es necesario respetar la vida, para enseñar a respetarla... Pero se hizo por desgracia todo lo contrario y... (hoy) dos mil indios son el terrible azote de una nación que tiene dos millones de habitantes."

Coronel A. BARROS: *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sud* (1872)



Cincuenta años había transcurrido desde que se levantara en el País del Diablo la Fortaleza Protectora Argentina y podría decirse que, a pesar de su hermoso puerto, que lo colocaba en condiciones excepcionales de comunicación, el punto permanecía prácticamente estancado debido al permanente problema del indio.

El fuerte y las casas que lo rodeaban estaban situados en un bajohondo, a dos leguas del lugar de desembarque, rodeados del lado de tierra por las barrancas de una meseta, las que aparecían disimuladas, al Sur, por los médanos de la Cabeza de Buey, pero, al Norte, dominaban el pueblo, en forma de lomas. A su vez, desde éstas, se divisaba la sierra de la Ventana, cuya parte occidental llevaba el nombre de Curumalán, desprendiéndose, por su lado opuesto, una ramificación que concluía en Pillahuincó.

Desde la sierra de la Ventana bajaban varios ríos y arroyos que llegaban al Atlántico, como el Sauce Grande, el Napostá Grande, que cruzaba Bahía Blanca, y el Sauce Chico, junto con otros como el Napostá Chico, el Saladillo, el Mostazas, etc., que no llegaban hasta el océano.

El lugar era muy ventoso, dominando los vientos del Nord-oeste, y los campos vecinos, hacia el Norte, estaban cubiertos de vegetación herbácea, lo mismo que hasta cierta distancia al Sur. Pero más allá comenzaban los montecitos de chañar, piquillín, molle, algarrobo y, particularmente, de algarrobo. En cambio, los terrenos salitrosos vecinos al estuario, estaban cubiertos de matorro, que suministraba combustible al pueblo.

El paisaje, en general, había sido modificado con la introducción de árboles exóticos, particularmente, el álamo de Italia, la acacia, el sauce llorón, etc. Además se habían formado numerosas quintas, regadas con acequias que traían agua del arroyo Napostá, en las cuales abun-

daban los durazneros, perales, manzanos, higueras, guindos, membrillos, damascos, nogales y nísperos. También había viñas y con ellas se hacía chacolí, para consumo local.

Para obviar la amenaza de las terribles invasiones araucanas, los pobladores se habían dedicado, preferentemente, a la agricultura, haciendo sembradíos de cebada y trigo, lo mismo que a la cría de ovejas, de poco interés para los indios, ya que, debido a la lentitud de su marcha, al arrearlas, eran fácilmente alcanzados por las fuerzas cristianas que siempre salían en su persecución. Además, como otra precaución, las estancias y chacras de la zona estaban casi todas provistas de casas de ladrillos con techos de azoteas, o de medias aguas, con parapeto y escalera interior para subir. También se hallaban rodeadas de fosos y provistas de armas de fuego, como verdaderos fortines, lo cual hacía muy difícil cualquier tentativa de ataque. Las primeras establecidas en la vecindad habían sido las del antiguo legionario mayor Felipe Caronti y del médico, doctor Sixto Laspiur.

Por estas y otras circunstancias, podría decirse que el propio pueblo de Bahía Blanca se había visto libre de invasiones, desde la de 1859, aunque las cercanías hubieran sido más de una vez visitadas por las legiones araucanas, como lo fué el Rincón de Parejas, en 1870, saliendo a perseguir a los indios el jefe de la Frontera, comandante Llano, quien permaneció en ese cargo cerca de diez años. Otra invasión importante había tenido lugar en 1873. Pero, en cambio, siempre ocurrían pequeñas invasiones aisladas para arrebatar caballos. En consecuencia, el viejo fuerte se encontraba casi desmantelado y, parte del solar que ocupaba, había sido cedido para instalar en él a la Municipalidad.

Numerosos extranjeros, dentro de lo relativo de las cifras, se habían establecido en Bahía Blanca. El mayor número de ellos correspondía a los italianos, gran parte de los cuales habían llegado con la Legión Militar encabezada por el coronel Silvano Olivieri, quien había luchado en su país contra la dominación austríaca. La Legión llegó a Bahía Blanca el 5 de febrero de 1856, después de 14 días de navegación a vela, desde Buenos Aires, desembarcando al son de su banda de música. Su propósito era establecer allí una colonia agrícola-militar, según los proyectos del gobierno de Buenos Aires entonces, como una forma de asegurar las fronteras de la provincia contra las invasiones araucanas. Para realizar tal proyecto, el coronel Olivieri, se estableció sobre el Sauce Chico, con sus hombres, en un lugar que denominó "Nueva Roma". Pero pronto, la colonia se vio perturbada por disidencias internas, a consecuencia de las cuales Olivieri, a quien se acusaba de excesiva crueldad, fué asesinado por sus propios hombres, junto con su asistente y el capitán Cassani, al regresar de un viaje a Bahía Blanca. Nunca se pudo esclarecer con exactitud, lo sucedido, aunque se dijo que se disponía a fusilar a dos reos que tenía presos en dos profundas cuevas que hizo

construir para prisión, y que el viaje a Bahía Blanca lo había hecho para traer un cura que los confesara. A su muerte, tomó el mando de la Legión el coronel Antonio Susini, quien pronto la trasladó a Bahía Blanca, donde el año 1859, bajo la dirección del mismo Susini, del mayor Charlone y del capitán Zonza, fué uno de los factores principales de la defensa de la población cuando fué invadida por Calfucurá.

Otros extranjeros numerosos eran los ingleses, establecidos con estancias sobre el río Sauce Grande, Napostá y Mostazas, en las vecindades de la sierra de la Ventana. También había algunos vascos, como Pedro Luro, que había poblado con ovejas las costas del río Colorado, desde 1863.

La Frontera de Bahía Blanca se extendía desde el fortín "Nueva Roma", sobre el Sauce Chico, hasta el "Romero", en el camino al Colorado y Carmen de Patagones, encontrándose entonces al mando del comandante Daniel Cerri, que había llegado con la Legión Militar italiana del coronel Olivieri. Con las fuerzas de línea colaboraba la Guardia Nacional de Bahía Blanca, los famosos "badilleros", nombre derivado de "badía", con el que los indios llamaban al pueblo. Asimismo residían en el lugar algunas tribus araucanas, con sus caciques Raniqueo y Fernando Linares. Restos de la antigua de Venancio Coihuepán, recibían sueldos y raciones, con la obligación de participar en la defensa del punto ante cualquier ataque de los indios rebeldes, lo mismo que de alistarse en las expediciones que se realizaban contra ellos.

De todos modos, aunque Bahía Blanca ya disponía de Municipalidad, así como de Iglesia, en la cual estaban enterrados Manuel A. de Molina y Pancho el Nato, su población era más bien dispersa y poco importante, al punto que no pasaba de 1.500 habitantes, y desde Buenos Aires se la consideraba como lugar sólo apto para la deportación de criminales y prostitutas. Precisamente un grupo de estas habían llegado poco antes, desde aquella ciudad, en el vapor "Santa Rosa", siendo conducidas por el capitán del barco, Rubado, en un carro para entregarlas a la Municipalidad, que rechazó el envío con indignación, por lo cual el capitán Rubado, para librarse del problema, las puso en libertad y, desde allí, se desbandaron.

Pero ahora, con motivo de los nuevos proyectos del ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina, Bahía Blanca estaba destinada a adquirir particular importancia, como centro de abastecimientos para las fuerzas del ejército que debían operar en las fronteras del Sur. Y esos proyectos iban a concretarse pronto con la realización del avance de fronteras que aquel había planeado y se aprestaba a realizar, en medio de la atención de todo el país, para contrarrestar la terrible situación creada.

El día que el Dr. Alsina partió de Buenos Aires, con su comitiva, con destino a Las Flores, entonces punta de rieles del ferrocarril del Sud, para iniciar la empresa que se proponía, sus amigos se dieron cita para despedirlo en la estación. En las conversaciones y comentarios no se oían sino voces que decían:

—Es una vergüenza lo que pasa con los indios.

—Hay que terminar de una vez por todas con esta banda de ladrones.

—¿Qué dirán en Europa?

—El progreso del país no puede estar sometido a la voluntad de unos cuantos bárbaros infelices.

Al partir el tren, el Dr. Alsina fué aclamado con aplausos y vitores que acentuaban su relieve como figura política de primera importancia. También al pasar por Barracas, grupos de partidarios lo saludaron y vitorearon deseándole buen éxito.

A su llegada a Olavarría, el ministro, recibido especialmente por una comisión de pobladores presidida por el Juez de Paz, José Botana, pudo apreciar con sus propios ojos los destrozos causados en el pueblo por el incendio y saqueo que acompañó a la invasión grande, apenas dos meses antes. Vistiendo su clásica levita y sombrero de fieltro, apareció trayendo un contingente de enganchados, así como una palabra de aliento para todos los pobladores de la frontera, afirmándoles que todo terminaría muy pronto. Su baja estatura y sus barbas fluviales servían para hacer resaltar su conocida energía y decisión, dando la seguridad de que iba a acabar definitivamente con aquella gangrena que carcomía a la República. En pocos días los enganchados, que ya habían recibido instrucción en Buenos Aires, serían distribuidos para reforzar los cuerpos de la frontera, lo mismo que los nuevos armamentos, y los materiales para la línea telegráfica, arribados desde la capital, que esperaba ansiosa el resultado de su campaña, esta vez, seguramente, definitiva.

El propósito del Dr. Alsina, al trasladarse nuevamente a la frontera, era acompañar en persona a la columna que marcharía con destino a Carhué, avanzando la línea de fuertes y fortines hasta las temibles soledades de Tierra Adentro, de acuerdo con el plan que debió iniciarse el 1º de marzo, pero que fué demorado por las últimas imprevisas circunstancias.

El Dr. Adolfo Alsina era entonces una de las dos o tres personalidades políticas más importantes del país. Opositor a la federalización de la provincia de Buenos Aires, que pretendió el presidente Bartolomé Mitre, después de la batalla de Pavón, sobre la base de la defensa de la autonomía provincial, había formado su partido, que pasó a llamarse Autonomista, frente al titulado Nacionalista, de Mitre. Con tal plataforma, como caudillo de arraigo en las barriadas populares, recogiendo, al parecer, la bandera del viejo partido Federal, ganó la Gober-

nación de la provincia de Buenos Aires, perfilándose como una figura de contornos nacionales.

Después de desempeñar esa Gobernación, fué electo Vice Presidente de Domingo F. Sarmiento, siendo luego proclamado candidato para suceder a este en 1874. El Comité que hizo tal proclamación, al formularla, dijo: "El Dr. Adolfo Alsina ha demostrado una energía capaz de iniciativa y de justicia para las grandes reformas que el país exige y en este nuevo horizonte de la patria aparece como el gobernante de una época de reparación y de verdad en el juego libre de las instituciones federales".

El otro candidato era el general Bartolomé Mitre, que aspiraba a una segunda presidencia. Ambos partidos habían sido denominados popularmente, "crudos", los autonomistas, y "cocidos", los nacionalistas.

Frente a la enconada lucha que se desarrolló, finalmente el Dr. Alsina había retirado su nombre, decidiendo apoyar el del Dr. Nicolás Avellaneda, que aparecía como candidato de transacción, y triunfó, siendo electo Presidente. Mitre desconoció ese triunfo y encabezó un movimiento armado, que se produjo el 24 de septiembre de 1874 y contó con la colaboración de la mayor parte de los jefes de la Frontera, como los generales Rivas y Arredondo, el coronel Borges, el comandante Machado, etc., movimiento al que también fué arrastrada la tribu de Catriel, residente en el Azul.

Sin haberse decidido aún la suerte definitiva de las armas, el 12 de octubre se hizo cargo del gobierno el Dr. Avellaneda, quien de inmediato designó ministro de Guerra al Dr. Alsina, ascendido poco antes a coronel de milicias, y desde tal puesto, este, con su acostumbrada energía, dirigió la represión de Mitre, que fué derrotado en La Verde por las fuerzas gubernamentales, acción completada con otra en Mendoza, donde el coronel Julio A. Roca, venció a su antiguo jefe, el general Arredondo, que se había pronunciado a favor de Mitre.

Varios meses duró la intranquilidad, pero, una vez lograda cierta pacificación, Alsina, que había rechazado su candidatura a una nueva Gobernación de la provincia de Buenos Aires, se dedicó de lleno, desde el ministerio de Guerra, a encarar el problema más importante que debía resolver el país: el de la guerra contra los indios araucanos, que tenían en jaque a la República.

Se interesó vivamente por todo lo que se refería a las publicaciones que habían tocado el problema del Desierto, desde los viejos estudios de los españoles, hasta las cartas geográficas, plagadas de errores, que sobre él encontró. Mas de una vez su secretario lo había sorprendido en su despacho, en el suelo, rodeado de mapas, y examinando sobre ellos, compás en mano, las zonas por donde proyectaba realizar un avance de las fronteras, zonas prácticamente desconocidas y sobre las que sólo se tenían datos imprecisos. Olvidaba así su condición de cau-

dillo político, para afrontar con pasión un asunto que tan hondamente preocupaba a todos.

Por eso los pobladores de la frontera tanto esperaban de él, y habían leído con avidez sus escritos y discursos. Ya en el Congreso Nacional tuvo varias y valiosas intervenciones con motivo de discutirse el pedido de fondos que el Gobierno Nacional había hecho para financiar el avance planeado. Y aprobaron sus palabras cuando dijo: "Sorprender toldos y regresar, escalear a los indios y volver en seguida, he ahí los dos objetivos únicos que han perseguido las expediciones anteriores. Si antes de ahora no ha tenido solución el problema de la seguridad de las fronteras ha sido por la falta de sistema y no por las dificultades reales que aquella presentase... Nuestra situación como país productor sería mucho más favorable y otra sería sin duda nuestra situación económica si los millones de vacas que los indios nos han robado, y que representan una riqueza inmensa, habrían sido llevados a los mercados europeos. Se producirá una verdadera revolución el día en que dos mil quinientas leguas de tierras, que hoy no pertenecen ni al indio, sino al Desierto, sean entregadas al interés particular de millares de compradores".

Con tales intenciones había preparado cuidadosamente su nuevo avance, alistando en los distintos fuertes de la provincia de Buenos Aires todos los efectivos disponibles, para que tomaran a la vez, desde distintos lugares y hacia objetivos determinados, el pavoroso camino del Desierto.

Por su encargo, el mayor Federico Melchert había levantado un plano lo más completo posible del terreno, partiendo de Bahía Blanca en dirección a Carhué, a pesar de que Namuncurá no le permitió proseguir, para completar su misión, al enterarse de su propósito.

Además se había preocupado particularmente de todo lo que se refería al equipamiento del ejército, dotando a los soldados de corazas de cuero para evitar el efecto de las lanzas, así como de armamento moderno, proveyéndolo de cañones Krupp y fusiles Remington. También había puesto atención en todo lo referente a fortificaciones y establecimiento de líneas telegráficas, habiendo encargado materiales a Europa para construir mil kilómetros de estas.

La nueva campaña iba a abrirse, pues, en los primeros días de marzo de 1876, según lo proyectado, tan pronto como se dispuso de los fondos especialmente votados por el Congreso.

Aquel día, 8 de marzo de 1876, buena parte de los pobladores de Bahía Blanca, a pesar de sus otras preocupaciones, se habían dado cita en la cancha de carreras del pueblo, donde debía realizarse una sonada

confrontación entre dos famosos parejeros: el rosillo colorado de Pio Iturra y el cebruno de Chumarra, un estanciero con campo del otro lado de La Soberana, entre el Sauce Grande y los carrizales de la laguna de Ibarra.

La cancha, sita en las proximidades de la Banderita, a lo largo de uno de los zanjones que daban al arroyo Maldonado, quedaba a no muchas cuadras del pueblo, que extendía prácticamente hasta allí su caserío, entre baldíos llenos de yuyos y cercos de tamariscos. Mucha gente circulaba por la cancha y las proximidades de la llegada y, según se decía, se habían hecho apuestas muy fuertes. Mientras tanto los parejeros, atados a estaca y cubiertos con lonas, golpeaban los cascos en el suelo y agitaban la cola para espantarse los tábanos, esperando el momento de medirse, admirados por algunas personas que cambiaban impresiones. Los pingos iban a ser conducidos por dos jinetes de mentas: el indio Inglés y el tuerto Flamenco, y los comentarios se extendían a las habilidades de estos. Aunque también lo eran a las mañas del último, que tenía el cuerpo lleno de magulladuras producidas al tirarse del caballo, en plena carrera, cuando creía ir perdiendo, para invalidar la partida.

En tanto llegaba la hora de la largada, muchos concurrentes formaban grupos conversando o se aglomeraban en el boliche de José el Portugués, un rancho que se levantaba cerca del zanjón, entre hileras de pitas y tunas, cuyo palenque estaba abarrotado de mancarrones aguardando la vuelta de sus dueños. Entre trago y trago, y la formalización de nuevas apuestas, un guitarrista cantaba:

*"No me quisiera acordar
Cuando Mora pegó el grito
Con el revolve en la mano:
—¡No se me acerque, Evaristo,
Con esa actitud altanera!
¡Retírese dos pasos,
No me venga con zonceras,
Le viá encajar dos balazos...!"*

Estaba la reunión en todo su apogeo y, próxima ya a largarse la carrera, cuando inesperadamente resonó un cañonazo del fuerte, imponiendo un momento de atención. En seguida, otro. Y, luego, uno más.

Y, entonces, todos dejaron escapar su inquietud y su sorpresa.

—¡Los indios!

En un segundo, el panorama cambió totalmente. Los hombres corrieron a buscar sus caballos y, los que estaban a pié, se apresuraron a dirigirse a sus domicilios en busca de armas, para luego presentarse al fuerte, mientras los demás partían a la carrera para prevenir o acompa-

ñar a sus familiares en las chacras y estancias vecinas. El desbande y la agitación fué total, y los mismos parejeros desaparecieron para ser presentados a la requisita de caballos, que siempre se practicaba en el fuerte en tales circunstancias.

En seguida, al llegar a la plaza, todos se fueron enterando de las novedades: los indios amigos, de las tribus de Raniqueo y Fernando Linares, que residían en la vecindad, se habían sublevado, y el jefe de la Frontera, comandante Cerri, estaba encarando el serio problema, ayudado por el Juez de Paz, Ezequiel Real de Azúa.

En la mañana de ese día, el comandante Cerri había recibido un parte del mayor Nogueira, informándolo de los hechos: los indios, convocados para partir hacia la frontera Costa Sud, con el fin de incorporarse a las fuerzas expedicionarias del ministro de Guerra, Dr. Alsina, se resistían, aprestándose para enfrentar a los cristianos. En vista de esa actitud, el comandante Cerri, después de hacer tirar los cañonazos de alarma, montó a caballo y partió con una compañía de Infantería y los Guardias Nacionales, que ya se habían presentado, encontrando a los indios con las armas en la mano y formados en batalla, mientras otros a pié, subían a las mujeres a caballo, cargadas de todos sus abalorios, listas para movilizarse.

Entonces el comandante Cerri hizo alto dos cuadras antes y, cuando iba ordenar hacer fuego, recibió un emisario de Raniqueo, informándolo de que en seguida se presentaría para lo cual le dió un plazo de cinco minutos. Pero al ver que los indios seguían montando y que, al parecer, lo que buscaban era ganar tiempo, según informó al ministro Alsina, avanzó otra cuadra, ordenando hacer uso de las armas, a consecuencia de lo cual, resultó muerto Fernando Linares, mientras los Guardias Nacionales se lanzaban sobre las caballadas.

Vista su impotencia, al punto se presentó Raniqueo y se sometieron los indios, que fueron desarmados y llevados presos al cuartel en número de 100 hombres de lanza, con el apoyo de los pobladores, mientras otros quedaban para mantener la vigilancia sobre las familias. "Así, pues, —decía Cerri en su parte— debido a la cooperación del pueblo, que en masa se presentó a la primera señal de alarma y que presenció todos estos sucesos, y a la rapidez con que han sido cumplidas todas mis disposiciones, no hemos tenido que lamentar mayores desgracias". Y, después de informar que los indios serían remitidos a Buenos Aires en el bergantín "Rosales", a disposición del Inspector y Comandante General de Armas, agregaba: "He tomado todas las medidas del caso para contrarrestar cualquier intento que quisieran efectuar los indios de Salinas, en combinación, talvez, con estos".

Sin embargo, seguramente en connivencia con aquella fallida sublevación, apenas dos días mas tarde, considerables fuerzas araucanas se presentaron por las Horquetas del arroyo Sauce Corto, al mando de Namuncurá, y Marcelino y Juan José Catriel, acompañados por los hermanos Cándido y Ramón Leal, del Azul. La noticia conmovió a todos los partidos de la frontera de Bahía Blanca, Costa Sud y Sud, que aún tenían vivo el recuerdo de la reciente hecatombe.

Tan pronto como se confirmó la presencia de las fuerzas araucanas, salió desde el comando de la Frontera Costa Sud, su jefe, el comandante Salvador Maldonado, a quién acompañaba el nuevo jefe coronel Plácido López, que había llegado apenas días antes a hacerse cargo de su puesto, y no quiso aún tomar el mando de las tropas.

El encuentro se anunciaba inevitable, ya que los indios, decididos a hacer fracasar el anunciado avance del Dr. Alsina, habían venido a provocar a los cristianos.

Avistadas ambas fuerzas sobre las márgenes del Sauce Corto, los invasores, desde lejos, se aprontaron para el combate abriéndose en una amplia media luna, gritando a los soldados que ni uno de ellos habría de volver al fuerte de donde habían salido. Pronto sonaron los clarines, y los jinetes de Namuncurá y Catriel, lanza en ristre y al galope de sus caballos, se lanzaron al ataque dejando escuchar su salvaje "¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá!", mientras los soldados del 1º de línea, de acuerdo a su costumbre, daban todos, a su vez, tres gritos: "¡A degüello! ¡A degüello! ¡A degüello!" Al mismo tiempo entraba en acción la artillería, dejando oír el estampido de sus cañones.

Pero el furioso ataque de los indios, pronto fue contenido por los disparos graneados de los fusiles Remington, de que ahora estaba provista la Infantería cristiana, a lo que se agregó el avance conjunto, aprovechando el desconcierto, de la Caballería, dirigida personalmente por el propio comandante Salvador Maldonado, que estaba adquiriendo fama como primera lanza del ejército de su época. Por lo que los indios, apreciando las bajas que se producían en sus filas, juzgaron más prudente, proseguir su avance, dejando de lado las fuerzas que habían salido a enfrentarlos.

Y, al llegar de regreso al fuerte, el comandante Maldonado, con fecha 10 de marzo de 1876, pasaba un parte al ministro Alsina, que había seguido el acontecimiento desde Olavarría, adjudicándose la victoria. Pero, en carta particular al mismo magistrado le decía: "Los indios se han batido heroicamente, avanzando hasta desmontados a cincuenta varas de los infantes".

De todos modos, los araucanos, cruzada la frontera, prosiguieron su invasión por los partidos de Juárez, Tres Arroyos y Necochea, y, aunque el 14, fueron enfrentados por el teniente coronel Antonio Donovan, continuaron imperturbables en sus depredaciones que resultaron terribles,

como de costumbre, realizándolas en las barbas mismas del ministro de Guerra, que continuaba en Olavarría, impotente, suspendiendo los preparativos de su avance hacia Tierra Adentro.

Así fue como, días más tarde, con fecha 16 de marzo, Ernesto Romero, Juez de Paz de Juárez, donde los indios habían acampado a la vista del pueblo, se dirigía al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, informando: "Comunico a usted que desde ayer a las ocho de la mañana han entrado indios en este partido; no se puede calcular el número porque en todas direcciones llegan noticias de los estragos que hacen. Las chacras de este pueblo las queman en estos momentos, y allí están con grandísimos arreos. Tengo conocimiento que por Necochea, Tres Arroyos y Quequén andan los indios". Por chasques llegados a la carrera se informaba que habían alcanzado hasta el Quequén Chico, frente a "San Antonio", de Arruda, y por el Quequén Grande, a los campos de Arce y "La Defensa", de Pradere, dejando "un triste saldo de muertos, incendios y robos de proporciones".

Otro comunicado desde Juárez, decía al ministro de Gobierno, que se sabía que las estancias quemadas y saqueadas hasta ese momento eran veintidos y que los indios habían invadido hasta el mismo fortín "Machado", y la estancia "San Eduardo", de Claudio Molina. También se avisaba que el 16 por la mañana habían llegado a "Indio Rico", internándose hasta el campo de Don Mercedes Durán, en las inmediaciones de "La Juanita". En las cercanías de "Las Tres Lagunas", un grupo de 70 pobladores tuvo un recio encuentro con los indios, que dejaron 12 muertos, mientras también caían 6 vecinos, entre ellos, el mismo Mercedes Durán, que fue alcanzado por un golpe de bolas, siendo luego lanceado en el suelo por los invasores. También habían muerto los estancieros Basilio Torres, Luis Suárez, Exequiel Silva, Nicolás Artaza y Pedro Videla.

Para el ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina, las circunstancias en que se producía esta invasión eran abrumadoras, y en su desesperación, sólo atinó a partir hacia la frontera con el contingente de enganchados, buscando colaborar, dentro de sus posibilidades, en la tarea de cortar el paso a los indios, cuando atravesaran la línea de la frontera, en camino de regreso a Tierra Adentro con su arreo. Así lo hizo partiendo desde Olavarría con destino al fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), utilizando para ello una tropa de carros con la que transportó los hombres, las municiones y las vituallas. Pero, tres leguas antes de llegar al fuerte, la intensa lluvia que caía, hizo que, por la noche, los carros se empantanaran, y los caballos, cansados, fueron incapaces de desencajarlos, por lo que el ministro se vio obligado a proseguir su marcha hasta "General Lavalle", a pie, entre el barro y bajo el agua, a riesgo de quedar allí a merced de alguna de las partidas de la invasión.

Al llegar al fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), después de una

agotadora jornada para un hombre más acostumbrado a la vida de bufete que a la de campaña, supo el Dr. Alsina que el coronel Nicolás Lavalle había partido al fortín "Necochea", para detener a los indios invasores, mientras el comandante Salvador Maldonado se acercaba al fortín "Defensa", con las fuerzas de la frontera Costa Sud. Allí, al día siguiente, se le incorporó el coronel Lavalle, y el 18 de marzo tuvieron noticias de que los indios se reunían en la laguna Paragüil, en gran número y con un arreo considerable. Entonces todas las tropas cristianas se dirigieron en esa dirección, a "gran galope", como decían los partes.

El nuevo encuentro en Paragüil, como siempre, fue encarnizado y bárbaro, bajo el rumor del gran arreo y los gritos de los invasores. Pero, pronto tuvo que ser suspendido por la rápida llegada de la noche, y al día siguiente, la persecución se dificultó por haberse levantado una gran cerrazón que impedía ver a más de 50 varas y porque los indios, para evitar ser alcanzados por el grueso de las fuerzas cristianas, se habían fraccionado, lo que hacía el rescate del botín sumamente dificultoso. Eso comunicaba el coronel Lavalle al ministro Alsina, al fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), agregando que la invasión parecía haber salido, una parte, por el Sud, entre los fortines "Libertad" y "Lamadrid", y la otra por el Sudoeste, entre el "Aldecoa" y el "Defensa". Además, decía encontrarse prácticamente a pie, ya que la caballada había hecho algo más de 40 leguas, quedando completamente postrada, y, parte de ella, en el camino. "No puedo calcular en este momento el inmenso arreo que había —comunicaba Lavalle— debiendo hacerle presente que los indios tenían muchas majadas de ovejas y muchos otros objetos."

A su vez, el ministro de Guerra, informaba a Buenos Aires, desde el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó): "Con la franqueza que me caracteriza, debo declarar a V. E. que, según todas las probabilidades, la invasión ha sido desastrosa". Agregando: "Y con la misma franqueza debo terminar esta nota manifestando a V. E. que contra las invaciones de los bárbaros, grandes o pequeñas, no hay más que un remedio eficaz: la expedición en la forma en que se proyecta y que ha sido retardada, dando lugar a consecuencias que me he anticipado a calificar de fatales, en notas y en telegramas".

Y, al día siguiente de despachar el ministro su comunicado a la capital, casi toda la división que combatiera en Paragüil contra los indios, llegaba al fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), también a pie, portando sus monturas al hombro, y en esta forma la revistó el Dr. Alsina, quien volvió a partir inmediatamente para el Azul, donde continuaría los suspendidos preparativos para la expedición, ya que, según también escribía a Buenos Aires, "Namuncurá y Catriel iban a disputarle la posesión de Carhué", que él llamaba "el baluarte de la barbarie".

Aquella noche de comienzos de abril de 1876, ardían los fogones del fortín "Pavón", sobre el Sauce Grande, junto a la sierra de la Ventana. Hasta 1870 el fortín "Pavón", había pertenecido a la frontera de Bahía Blanca, pero, luego, al quedar desgarnecido, fue agregado a la frontera Costa Sud con una dotación de diez hombres y un oficial, en la época en que la Comandancia quedaba en el Campamento de Pillahuicó Grande. Más tarde la frontera había sido avanzada nuevamente hasta el arroyo Sauce Corto, sobre las sierras de Curumalán, estableciéndose la Comandancia en el fuerte que se llamó "General San Martín", acompañado por los fortines "Chaco", "27 de Diciembre", "Maipú", "Paumero", "Lamadrid", "Libertad", "Necochea" y "Defensa", abandonándose los que antiguamente completaban la línea, por lo cual el fortín "Pavón" quedó mucho más adentro, como reserva y posta militar en el camino a Bahía Blanca.

Por eso, mientras ardían los fogones de buena leña de sauce, los hombres que esa noche se encontraban allí reunidos, con la intención de colaborar con las fuerzas nacionales, a raíz de las últimas invasiones, podían comentar los acontecimientos casi al resguardo de una sorpresa. Formaba parte del grupo el comandante del fortín, capitán Andrés Mundo, de larga actuación en aquella frontera desde que la Comandancia fuera establecida sobre el arroyo Quequén Grande, donde se levantaron las cuadras bajo el mando del teniente coronel López Osornio. Siempre recordaba que se les remitieron materiales desde Buenos Aires, en 16 carretas, divididas en dos tropas, las cuales salieron de la plaza de las Carretas (luego Constitución) un 15 de marzo. A los dos días empezó a llover sin escampar una semana. Más tarde siguieron inundaciones como no se recordaban. Una de las tropas llegó a Cañuelas y la otra al Azul, donde inverna. A los siete meses pudo llegar a Lobería.

También estaba el comandante Martín Villalva, jefe de la Guardia Nacional de Bahía Blanca, quien en esta oportunidad había sido convocado por el comandante Daniel Cerri para llevar caballos y refuerzos destinados a la expedición de Alsina. Asimismo formaba parte del grupo, Nicolás Arata, llegado con la legión italiana del coronel Olivieri, distinguiéndose, luego, al lado de Susini y Charlone, con motivo del malón de 1859. Más tarde había trabajado con Santiago Dasso en los barcos en que este hacía el servicio desde la Boca del Riachuelo, en Buenos Aires, hasta Bahía Blanca y Carmen de Patagones.

A su lado participaba del fogón, Roberto Cunningham Graham, escocés, más tarde famoso escritor y entonces estanciero sobre el Sauce Grande, donde poseía 8.000 vacas que le llevaron los indios. Otros contertulios eran Enrique Edwards y John Walker, conocidos con los apodos de "Facón Grande" y "Facón Chico", por la clase de armas que

utilizaban en su actividad ganadera, ya que contra los indios peleaban con fusil, siendo a menudo citados en los partes militares. "Facón Chico" había sido campeón de remo del Thames Rowing Club, de Londres, estableciéndose luego sobre el Sauce Grande a dos leguas de Bahía Blanca y cinco de fortín "Pavón", con su esposa una distinguida dama inglesa. En cambio "Facón Grande" se casó en Buenos Aires con una argentina y, mientras se encontraba en la capital para la ceremonia, los indios asaltaron su estancia. Su encargado pudo, con mucha dificultad, pues el correo no aceptaba noticias sobre los malones por la mala impresión que se decía causaban en Europa, telegrafiarle desde el Azul: "Su casa quemada, gente toda asesinada por indios, ganado arreado". Y no sólo eso, sino que luego, la diligencia en que venía desde el Azul a Bahía Blanca, había sido también asaltada por los araucanos, que mataron al mayoral y a los hacendados Becker, Giménez y Ponce, siendo los cadáveres de estos conducidos a la estancia de Mr. Keen, en Indio Rico. Por último, el 31 de diciembre de 1871, cuando se encontraba festejando al año nuevo con su esposa, llegó ansioso un peón para avisarle que los indios le llevaban toda la hacienda. Ante tal noticia, aunque era media noche, corrió al corral, montó a caballo y se lanzó a los campos por donde aún andaban los araucanos, hasta llegar allí, a fortín "Pavón", de donde, a la madrugada, salieron tropas que alcanzaron a los invasores en la laguna de los Chilenos, quitándoles casi todo el arreo. Mataron a tres, pero los otros, alrededor de 15, huyeron.

Completaban el número de los contertulios, Mr. Arnold, norteamericano, que había tenido, en su país, experiencia bélica con las pieles rojas, y Friedrich Vogel, alemán, que había castellanizado su nombre como Pancho Pájaro. El último montaba un pangaré grandote, con hocico color ciervo, llevando el fusil siempre a mano, o cruzado sobre la cabezada del lomillo, y usaba una larga melena negra, que le daba casi el aspecto de un bandido. La gente decía que era conde.

Mientras fumaban y conversaban, iluminadas sus faces por los reflejos de la llama del fogón, los contemplaban varios perros flacos y lagañosos, en tanto que, a corta distancia, un caballo atado a estaca comía en un morral hecho con la caña de una bota vieja. Desde adentro de una cuadra destartada, llegaba la luz de un candil fabricado con trapos envueltos en grasa de potro y colocados dentro de una calavera abierta, puesta arriba de un roperito construido con cajones de fideos vacíos. En el medio de la cuadra, había una mesa de 4 estacas clavadas en el suelo, sobre las que se había extendido un cuero. Como a 30 metros, la luz del fogón alcanzaba a iluminar una tumba, señalada con una cruz hecha con dos pedazos de lanza.

Se comentaban las últimas invasiones y los destrozos que habían causado, lo mismo que la situación de la frontera frente a las dificultades que pasaba el país, la lucha política desembocada en la guerra civil un

año y medio antes, con motivo del levantamiento armado del general Mitre, que arrastró a tantas fuerzas de la frontera, la cual había quedado prácticamente desguarnecida, levantamiento que terminó con la derrota de Mitre en La Verde. A ello venía a agregarse la crisis económica que imposibilitaba de disponer de fondos suficientes para los gastos de mantenimiento del ejército, lo cual, unido a la corrupción de la administración militar, hacía difícil un verdadero esfuerzo en la solución del problema de la frontera, solución que ahora recaía enteramente en las posibilidades que le proporcionaba la entereza y energía del Dr. Alsina, quién, a veces, también flaqueaba. Los comentarios revelaban, no solo la gravedad de los acontecimientos, sino también las serias consecuencias que podían tener para todos.

El capitán Mundo, para mostrar las contingencias a que se vio expuesta la frontera, con motivo de los hechos mencionados, trajo a colación el episodio del fuerte "General Paz", el que había quedado totalmente desguarnecido por haberse plegado sus fuerzas a la revolución de Mitre, no permaneciendo en él sino los enfermos y las mujeres de los hombres de la tropa, teniendo que ser éstas, vestidas de soldado y con kepíes en la cabeza, las que resistieron desde los bastiones al ser atacado por los indios, que nunca supieron quienes fueron los defensores.

Martín Villalva recordó, al respecto, que también, no hacía mucho, en el fortín "Mercedes", sobre el río Colorado, guarnecido por varios viejos inválidos, acompañados de algunas prostitutas de las deportadas desde Buenos Aires a Bahía Blanca y Patagones, luego transferidas al Colorado por incorregibles, éstas hubieron de defender el fortín, junto con un presidiario que estaba de paso, un día que lo atacaron los indios, mientras el sargento a cargo del mismo se encontraba completamente ebrio. Luego, a una de esas mujeres, la llevaron cautiva, habiéndola encontrado más tarde, el mismo Villalva, con motivo de una expedición a las tolderías, entre los enfermos de viruela que habían dejado los indios bajo una ramada, y que allí habían fallecido.

—¡Triste la suerte de las mujeres de la frontera!, comentó el jefe de los "badilleros".

Entonces, Roberto Cunninghame Graham, sacó su guayaca de cote de avestruz y su yesquero de plata con cola de peludo, y, mientras arrebata un cigarrillo, fue diciendo: "Esta historia no es mía, sino de un amigo que vivía por el Sauce Grande y el Mostazas, al pie mismo de la sierra de la Ventana. Un día, cruzando los campos, después de haber colaborado en perseguir una invasión, que había llegado hasta Tres Arroyos, encontró una india de las que siempre vienen detrás de los lanceros, para colaborar en el arreo. Marchaba despacio, habiendo quedado rezagada. Cuando él se acercó, ella no trató de huir, pareciendo que lo que buscaba, más bien, era no perder un potrillito que había tenido la yegua madrina de la tropilla que llevaba.

"Entonces él le gritó que se detuviese, y que era su prisionera. A esto, luego de un momento de indecisión, la india tampoco opuso resistencia, diciéndole:

"—Bueno, ya está prisionera; hacer lo que queriendo.

"Él le indicó que lo acompañara y, galopando cuatro leguas, llegaron a su casa, donde no le fue fácil, al principio, comunicarse con ella, ya que hablaba el castellano con dificultad. Pero la india aparecía dócil y solícita, mostrando especial interés en arreglar la casa, cebarle un mate o preparar la comida.

"Desde el primer momento le llamó la atención su belleza, así como sus cabellos castaños, lo mismo que cierto aire con que, a pesar de todos sus derechos, se le imponía.

"Por ella, luego, supo que no era india, sino una cautiva. Le dijo que tenía veintiocho años, que su padre había sido estanciero por San José del Morro, en la frontera de San Luis, donde lo asaltaron los indios, matándolo, así como a sus hermanos, llevándola a ella a los toldos. Allí la hizo su esposa un capitanejo de nombre Huinchán, con el que había tenido tres hijos.

"Pronto abandonó su traje araucano, guardando cuidadosamente el 'chamal', para vestirse con ropas cristianas; fue recordando el español, llegando a hablarlo casi normalmente, y hasta dejó su nombre de Lincomilla para adoptar el que antes había sido suyo: Nieves.

"La presencia de la antigua cautiva vino a alterar totalmente la vida de mi amigo, y podría decirse que él se transformó en su prisionero. En cada viaje a Bahía Blanca, después de un galope de quince leguas, le traía ropas y aún joyas. Y había veces que tal viaje lo hacía especialmente con ese fin. Hasta los vecinos lo congratulaban por la hermosa presa que había hecho.

"Pero, al cabo de algunos meses, se dio cuenta de que ella se iba poniendo triste. En ciertos momentos se pasaba largo rato contemplando el horizonte hacia Tierra Adentro, sin que él supiera la causa. Con tal motivo renovaba sus atenciones, temiendo secretamente que se estuviera cansando de él.

"Hasta que llegó un momento en que se atrevió a preguntarle la causa de su melancolía. Y ella le confesó, entonces, que sus hijos la llamaban, y que debía volverse. Aún más, llegó un día en que terminó por pedirle que la acompañara hasta donde la había encontrado y que, desde allí, ella se orientaría. Aunque mi amigo recibió este pedido desolado, nada hizo para retenerla, porque comprendió que tampoco nada podía hacer.

"Y una mañana, bien temprano, cuando Nieves ya se había puesto nuevamente su traje de Lincomilla, galoparon juntos las cuatro leguas

que habían hecho casi un año antes, llevando los animales con que entonces venía, junto con el pottillo, ya crecido.

"Y, cuando llegaron al sitio, ella le dijo adiós, partiendo al galope, para perderse tras unas lomas sin volver la cabeza ni una sola vez.

"Esta no es una historia mía, sino la de un amigo" —volvió a repetir, mientras, con cierta tristeza, tiraba el pucho a las brasas.

Concertado el avance, este se realizó por medio de cinco columnas desde la línea de la frontera existente. El 19 de marzo de 1876, partió del fuerte de "San Carlos", la División de la Frontera del Oeste, compuesta de 6 jefes, 25 oficiales y 645 hombres de tropa, bajo el mando del teniente coronel Marcelino Freire, tomando el camino de Salinas Grandes, en dirección a Guaminí.

El 20 de marzo, a su vez, salió desde el fuerte "Gainza", la División de la Frontera Sud, de Santa Fe, llevando 3 jefes, 36 oficiales y 346 hombres de tropa, bajo el comando del coronel Leopoldo Nelson, en dirección a Ita-ló (Wita-ló).

El 22 de marzo, desde fuerte "General Lavalle" (Ancaló) partía la División de la Frontera Norte, de Buenos Aires, que contaba con 8 jefes, 42 oficiales y 655 hombres de tropa, acompañada de 68 familias del personal del regimiento 3 de Caballería, y batallón 2 de línea, con destino a Trenque Lauquen, bajo el mando del coronel Conrado Villegas.

El 14 de abril, desde el fuerte "General Lavalle" (Sanquileo) inició su marcha la División de la Frontera Sud, de Buenos Aires con 12 jefes, 84 oficiales y 1.015 hombres de tropa, incluso los indios amigos del capitanejo Rojas, mandada por el coronel Nicolás Levalle, tomando por el famoso "Camino de los Chilenos", en dirección a Carhué. Esta División iba acompañada por el ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina y su Estado Mayor.

Por último, con fecha 15 de abril, dejaba el fuerte "General San Martín", la División Costa Sud, de Buenos Aires con 6 jefes, 42 oficiales y 751 hombres de tropa, incluso una partida de indios amigos del capitán Pichihuinca, al mando del teniente coronel Salvador Maldonado.

El avance de las columnas hacia aquella Tierra Adentro, pavorosa y escalofriante, se hizo bajo los más sombríos auspicios. Se recomendó a los jefes la vigilancia especial de la caballada para que la de reserva no fuera ensillada bajo ningún pretexto, a fin de que quedara disponible para los combates. También de que nadie se separase de la formación o se rezagase, debiendo castigarse severamente a los que contraviniesen esta disposición. Que las caballadas de arreo marcharan a los

flancos y el resto a la retaguardia, entre la División y la fuerza que la cerrara.

La División de la Frontera Sud, que acompañaba al ministro de Guerra, y que era la más numerosa, llevaba también dos cañones Krupp de 4, 2 cañones rayados y otros 2 lisos, además de los bagajes y parque, que venía en carretas. El diario de marcha de esta columna dice:

"Abril 14 de 1876. — Se puso en marcha la División a las 8 y media a.m. y acampó para carnear en el punto denominado "La Chinchilla" a las 11 a.m.; campamento bueno con todo lo necesario como ser pasto, leña y agua. A las 2 de la tarde llegó el Señor Ministro y a las 4 y media se tocó a ensillar y en seguida marcha. Después de entrarse el sol acampó la División en la formación que había tenido durante la marcha, a la orilla Este del Salado, arroyo bastante correntoso que tiene agua muy amarga, pero, en la misma orilla y a flor de agua se hallaron varios manantiales de agua dulce que, agrandados con poco trabajo, dieron bastante agua para toda la División.

"Abril 15. — A la diana, la División se puso en movimiento, vadeando el paso del Salado, cuya operación concluyó antes de salir el sol, haciendo alto a dos cuadras de distancia del otro lado del arroyo para esperar el convoy que, a pesar de ser poco numeroso, dio mucho trabajo por ser el paso bastante dificultoso. A las 9 y media habían pasado, finalmente, las carretas, poniéndose la División nuevamente en marcha. A la primera parada disparó la caballada nueva del batallón 5º de Infantería y parte de la del Señor Ministro en dirección a la sierra Curumalán, lo que dio margen a otra demora en la marcha. A las 6 p.m. acampó la División a la orilla de una laguna de agua dulce, denominada por los indios 'Mayalauquén'; el pastoreo bueno, leña escasa.

"Abril 16. — Se tocó diana a las 3 y media a.m. demorando la División hasta las 7 y media antes de ponerse en marcha, en que volvieron las descubiertas. A las 2 y media p.m. llegó toda la División al arroyo 'Sauce', acampando al otro lado de él, a derecha e izquierda del paso llamado de 'Los Chilenos'. En seguida se largaron los caballos, menos unos pocos por cada compañía, los que se guardaron atados en previsión a cualquier eventualidad. Regresaron las comisiones que se habían mandado el día anterior para hacer volver la caballada disparada, trayendo parte de ella desde la 'Laguna del Hinojo', habiéndose perdido doscientos y tantos caballos. Durante el día pasaron enormes cantidades de langostas en dirección Sud a Norte."

En esta forma avanzaba la más importante División de las fuerzas cristianas destinadas a conquistar Carhué. Los batallones marchaban haciendo flamear al viento del Desierto la bandera nacional. En medio de las tropas y al frente de su Estado Mayor, luciendo sus barbas flu-

viales dentro de un traje de fagina, pleno de decisión y de empeño, después de las largas dudas, que lo hicieran vacilar sobre la expedición, iba la menuda figura del ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina. Y a la vanguardia, enfundado en su poncho y hundido en su mutismo, señalando el rumbo a la columna, cabalgaba el guía indio Francisco Sangre, con la vista tendida al frente, y también sin dar vuelta, ni una sola vez, la cabeza, para ver si lo seguían o no.



27. Primera Línea

(Campamento de Carhué - 1877)

“PRETENDÍASE QUE EN AQUELLAS latitudes no había lucha posible entre el soldado y los elementos, porque aquél caería extenuado en el invierno por un frío tan intenso como el que se siente en la Laponia, y en el verano por los rayos que irradiaría allí un sol de fuego. Decíase que en el invierno llovía nieve y que en el verano las aguas pluviales eran tan escasas que había riesgo de que las caballadas murieran o se desbandasen acosadas por la sed. Decíase que en ve-



ran y en otoño, nubes espesas de insectos perseguían a los caballos de tal manera que éstos caían exánimes por la pérdida de sangre y completamente debilitados porque, durante el día, no les era posible alimentarse.

“Decíase también que el cambio de pastos y de aguas postrarían a tal punto las caballadas, que quedarían en condiciones inservibles hasta que, transcurridos dos años, se hubiesen familiarizado con aquellos. Decíase que las tribus soberanas del Desierto, al verse asaltadas en sus propias guaridas, emprenderían una guerra de recursos activa y permanente, a tal punto, que las fuerzas del Gobierno sólo serían dueñas del terreno que pisasen, expuestas, a cada paso, a quedarse a pie por la astucia de los bárbaros. Pensábase que sería empresa difícil conservar expédita la comunicación entre la segunda y la primera línea por la interposición del enemigo; y, en cuanto al envío de provisiones, considerábase tan difícil que, para muchos, el resultado de la operación sería una derrota completa por el hambre, pues serían los indios y no nuestros soldados, los que aprovecharan los ganados y los comestibles que el gobierno mandara. Por lo que respecta a la marcha de las columnas expedicionarias, se la reputaba peligrosa por la falta de agua en el trayecto y porque la táctica de los indios, así que aquellas se hubiesen puesto en camino, sería hostilizarlas, extenuar las caballadas haciendo imposible que pastasen con libertad y, como siempre, arrebatándolas. Tales son las dificultades y los peligros que presentaba la ocupación del Desierto. . . Había contribuido en gran parte a formar esa creencia, el resultado más veces desastroso y otras veces ingrato que habían dado las expediciones ante-

riores... Aunque no participaba completamente de los temores anunciados, hubo momento en que vacilé ante la responsabilidad que asumía."

A. ALSINA: *Memoria especial del Ministro de Guerra* (1877)

"TODO ERA MALO, ÁSPERO E INGRATO. LOS CUARTELES —ALGÚN NOMBRE hay que dar al sitio donde las tropas se reunían— eran pocilgas infectas, miserables rancherías, construidas de adobe o tierra apisonada, sin abrigos, húmedas, tétricas, oscuras, con más apariencia de tapera que de viviendas humanas. El racionamiento solía reducirse a una piltrafa de carne flaca, negra, que se aderezaba calentándola, más que asándola, sobre el rescoldo de fogones alimentados a estiércol. Los víveres, ocho onzas de galleta, dos de arroz y media de sal por día y por cabeza, eran artículos de lujo que llegaban tarde, mermados y de espantosa calidad a veces.

"Solía hablarse de una ración de vicios de entretenimiento, compuesta de galleta, tabaco, jabón y papel de fumar; pero se daba el caso de que durante largas e interminables temporadas, la yerba era reemplazada por el té pampa o el tomillo, y la picadura de naco brasilero por el chamico de los campos.

"El vestuario que, a falta de alojamiento y por exceso de lluvia y del frío podía ser, cuando menos, abrigado, se reducía a un traje de brin que solía llegar, cuando llegaba, en lo más crudo del invierno, o de paño burdo para seis veranos; de un poncho para diversas temporadas, de dos camisas y dos calzoncillos para toda la vida o de un par de botas y un kepi.

"Por lo que al sueldo se refiere, el haber de un soldado era, en principio, de seis pesos mensuales, pero, en realidad, no se cobraba sino a razón de un mes cada dos años.

"En cambio, ese ejército impago y sin raciones, desnudo y sin cuarteles iba, paso a paso, conquistando la Pampa en lucha cruel y heroica con el indio y el Desierto."

Comandante M. PRADO: *Cuarenta años de vida militar*

"¿NO SE MORÍA TODOS LOS DÍAS EN AQUEL INFIERNO DEL CAMPAMENTO, colgado del palo por la infracción más insignificante, descoyuntado en las estacas por el menor olvido, deshecho en las carreras de baquetas por la menor falta?

"Hay que ser guapo, resuelto y subordinado. Aquí no hay reclamo ni disculpa. El superior manda, y, tuerto o derecho, es preciso obedecerlo. Le advierto que el de arriba siempre tiene la razón. En la vida que llevamos se come cuando se puede y se come lo que le dan; se duerme como la grulla, en una pata, y con un solo ojo como el zorro. Si a usted lo castigan, cuando termine la pena, debe presentarse a quien lo castigó y darle las gracias. La murmuración es falta gravísima y los reclamos son delitos que no se perdonan nunca... Va a tener que hamacarse y sudar sangre... He visto llorar hombres."

Comandante M. PRADO: *Guerra al malón*



Aquel día era 9 de julio de 1877 y la salida del sol fue saludada con una salva de 21 cañonazos en el campamento de Carhué, lo mismo que lo había sido en todos los fuertes de la línea de la frontera, desde Carmen de Patagones a San Rafael, desde el Río Negro a Mendoza, desde el Atlántico a los Andes. Luego la guarnición se había reunido al pie del asta bandera para cantar el Himno Nacional, mientras la enseña patria flameaba al viento en lo alto del mangrullo. En seguida se dio asueto a la tropa, se levantaron todos los arrestos y condenas, por lo que más de uno se salvó de una estaqueada o de una carrera de baquetas, y a medio día, aún dentro de la estrechez de los aprovisionamientos, fue anunciada una ración especial.

Más de un año había transcurrido desde la llegada de las tropas nacionales a Carhué y las vicisitudes pasadas en el nuevo campamento militar podían considerarse serias. Aunque rehuyendo generalmente, ahora, el combate, frente a la potencia del Remington, los indios habían estado siempre presentes con su acción visible e invisible, haciendo a veces insoportable la situación de los soldados.

Al llegar a Carhué, el 23 de abril del año anterior, la columna al mando del coronel Levalle, lo hizo con las banderas desplegadas avanzando en orden de combate, al son de cornetas, clarines y bandas de música. En seguida, el Dr. Adolfo Alsina, que la acompañaba, dio una orden general en la que dijo: "¡A las Divisiones Sud y Costa Sud! Sin penurias, sin peligros y sin avistar un solo enemigo, habéis tomado posesión, en el día de hoy, de Carhué, baluarte de la barbarie. Para conseguir este resultado, solo se necesitaba, lo habéis visto, lo que felizmente ha habido: fe y voluntad. En la marcha he tenido ocasión de admirar vuestra disciplina. Si llega el momento de combatir, sé bien que uniéreis a esa disciplina, indispensable para la victoria, la bravura que jamás os faltó, fuese cual fuese el enemigo que se pusiese a vuestro frente. La misión que el Gobierno os ha confiado es grande: asegurar la riqueza

privada, que constituye, al mismo tiempo, la riqueza pública; vengar tanta afrenta como hemos recibido del salvaje; abrir ancho campo al desarrollo de la única industria nacional con que hoy contamos; salvar las poblaciones cristianas de la matanza y del pillaje del bárbaro, en una palabra, combatir por la civilización. En nombre del Presidente de la República, saluda a las Divisiones Sud y Costa Sud. El Ministro de guerra en campaña."

Pero, con anterioridad al arribo de la columna del coronel Levalle a Carhué, había partido desde el fuerte "San Carlos", la División del Oeste, al mando del comandante Marcelino Freire, llegando el 30 de marzo a la laguna de Guaminí, donde se vio sitiada de inmediato por los indios, que mantuvieron el asedio como 20 días y, solo se alejaron, ante la aproximación de la columna de la División Sud, dejando un mensaje clavado en un palo, en el que decían a Freire: "Que se retirara; que por qué venía a quitarles campos que eran de su propiedad; que ellos no habían invadido su frontera".

Días más tarde, la División Costa Sud, al mando del comandante Salvador Maldonado, que también llegara a Carhué, prosiguió avanzando para situarse en Masallé, donde el asedio de los indios se hizo intensísimo.

Casi un mes entero había permanecido el Dr. Alsina en Carhué. Dormía en una carreta y, en el desempeño de la tarea que se había impuesto, tomaba toda clase de providencias, sometiéndose a las mayores penurias. Hasta que el 18 de mayo de 1876 partió para Guaminí.

Pero allí lo alcanzó, a la noche siguiente a su arribo, un chasque del coronel Levalle avisándole que, desde Masallé, le solicitaban socorros urgentes, ante el renovado asedio de los indios, que en número de 3.000, se habían presentado a combatir a la División Costa Sud. Ante esta noticia, el ministro, al aclarar del día siguiente, se puso en marcha a "gran galope" hacia Masallé, acompañado de 400 hombres de la División del Oeste, a pesar de su falta de costumbre para tales trajes, que muchos consideraban capaces de perjudicar seriamente su salud. Pero, cuando varias horas más tarde, arribó al punto atacado, encontró que los araucanos habían abandonado el lugar, y su intención parecía haber sido sólo cansar las caballadas de los cristianos.

La acción en Masallé fue particularmente intensa y dramática. Día tras día se empeñaban escaramuzas en que las descubiertas cristianas a menudo caían y en que los soldados de los batallones no eran dueños sino de la tierra que pisaban. Los indios, incapaces de enfrentar el Remington, permanecían en acecho permanente, recurriendo a todos los medios y astucias para contrarrestar a los cristianos. Irrumpían sorpresivamente sobre las guardias y se empeñaban en luchas cuerpo a cuerpo en que siempre quedaban muertos y heridos de ambas partes. También, aprovechando la cerrazón, lanzaban sobre las caballadas del ejér-

cito yeguas que disparaban asustadas, arrastrando cueros o tachos atados a la cola, provocando la dispersión de aquellas. De noche, las guardias que vigilaban los animales a "ronda cerrada", no podían descansar ni un momento, ante la constante presencia de algún enemigo, que, arrastrándose cautelosamente, y, sin ser sentido por nadie, llegaba hasta la yegua madrina, colocándole, junto al cencerro, una vejiga inflada conteniendo piedritas, lo que provocaba su pavor y la consiguiente disparada de todos los animales.

Cuando la situación se hizo insostenible, las tropas, finalmente recibieron el orden de retirarse a Puán. Para ello, la División debió abrirse paso entre los indios, lo cual solo pudo lograr después de una carga del 1º de Caballería, mandada en persona por el comandante Salvador Maldonado.

Así se puso en marcha la División, un atardecer con un frío que dejaba duros a los hombres, que no habían comido ni dormido durante cuarenta y ocho horas, y sin poder fumar. Y hubieron de hacer la marcha, ya oscurecido, desfilando la extenuada columna, en dirección a Carhué, entre campos enciencados por los indios, teniendo que sufrir la pérdida de algunas descubiertas que avanzaban a sus costados. Esa noche los hombres la recordaban siempre como "la noche de Masallé".

Por fin, al regresar a Carhué, llegaron a tiempo para despedir al ministro de Guerra, que se ausentaba en dirección a fuerte "General Lavalle" (Sanquicó) para seguir al Azul y tomar allí el tren con destino a Buenos Aires.

El campamento de Carhué se había construido en forma de un reducto de sólida estructura, consistente en un cuadrado de trescientas veintenas varas por costado, con cuatro bastiones circulares en los ángulos y un foso de tres varas de ancho por dos varas de profundidad. Anexos al cuadro había cinco corrales cuadrados con cien varas de largo, como asimismo a cierta distancia, se construyó otro corral para la hacienda de consumo.

En el centro del fuerte se levantaba un baluarte de forma circular, de cuarenta varas de diámetro, con un foso de 3 varas de ancho por 2 varas y media de profundidad, teniendo además, un mangrullo de madera con techo de tablas de siete varas de alto, con un asta para la bandera. Tanto en el baluarte como en los cuatro bastiones, se había colocado un cañón de bronce de a 8.

Dentro del recinto se edificaron las dependencias de la Comandancia, Detall, comisaría de guerra, proveeduría, además de las dependencias para los regimientos 5º y 11º de Caballería de línea y dos batallones de Infantería. Todos los edificios eran de pared de adobe y de

cesped, con techo de paja. También se habían cavado 12 pozos para provisión de agua.

Además, en la vecindad, se delineó un nuevo pueblo al que se denominó Adolfo Alsina, sobre planos del ingeniero Alfredo Ebelot, en el cual, se comenzaron a levantar algunas construcciones de ladrillos con destino a los cuarteles de la tropa de guarnición en Carhué, así como varias casas de particulares, edificios todos que daban frente a la plaza.

Asimismo eran importantes los pisaderos para fabricar adobes y ladrillos, un cementerio, los alfalfares y los sembrados.

Al Oeste del fuerte se extendía el lago Epecuén, como una ancha faja azul de cinco leguas, entre faldeos verdes, y, del otro lado, estaba el médano de Carhué, elevado sobre un terreno generalmente llano, de un diámetro de alrededor de tres leguas, rico en pastos y aguadas, cortado por el arroyo Pigüé, con su nacimiento en la sierra de Curumalán, la que se distinguía a la distancia. Del otro lado del lago, se divisaba el punto denominado Masallé.

Mientras tanto, a pesar de todas las contingencias, los trabajos para completar la nueva línea de la frontera habían proseguido. Los fortines se construyeron cada cinco kilómetros, a la vista unos de otros. Así se levantaron a la derecha de Carhué los denominados "Vigilancia", "Alsina", "Necochea", "Gaspar Campos", "Miguel Martínez", "18 de Julio", "Carlos Paz", "24 de Mayo", "Avellaneda", "Teniente Acuña", "Peribebuy", habiendo otros aún en construcción. Y a la izquierda, los fortines "Atalaya", "Coronel Rivero", "Coronel Moreno", "Coronel Rosetti", "Guardia Nacional", "Brandzen", "Ituzaingó", "Sargento Martín", "Tallita", "Esteban García", "Ayala", "Don Gonzalo", "Curupayty", "Coronel Fraga", "Pablo Díaz", "Subteniente Zelada", "Coronel Romero", "Lomas Valentinas". A retaguardia, sobre el médano de Carhué, se levantó el "Coronel Conesa". Cada uno de esos fortines tenía su guarnición compuesta de un oficial o suboficial y cinco a diez soldados, y, a veces, más. Entre todos los fortines se habían distribuido 11 piezas de artillería.

Como postas militares entre Carhué y el fuerte "General Lavalle" (Sanquillo), a lo largo del Camino de los Chilenos, ancho en parte de 300 metros y señalado por profundas huellas, sembradas de osamentas de animales, y a lo largo del cual aún quedaban los restos de las antiguas poblaciones y cementerios de los indios, se levantaron los fortines "Recompensa", "Trabajo", "Constancia", "Fe" e "Iniciativa".

Igualmente en Guaminí, sobre la laguna del mismo nombre, de cuatro leguas de largo por una de ancho, y en cuyo centro había una gran isla con monte, se construyó un campamento donde se instalaron las dependencias de la División del Oeste, compuesta del regimiento N° 2 de Caballería de línea, del batallón N° 7 de Infantería y de la Guardia Nacional, al mando del teniente coronel Marcelino Freire.

Además, del fuerte principal, cerraban la línea 26 fortines: "Barquín" y "Portela", a la izquierda, y, a la derecha: "Dr. Maza", "Casares", "Avellaneda", "Rauch", "Romero", "Rosetti", "Suárez", "Belgrano", "Patriotas", "Castelli", "General Martínez", "Lamadrid", "General Conesa", "Bravos", "Zapiola", "Lavalle", "Pringles", "Necochea", "General Frías". Más atrás, estaba situado el fortín "Invernal" y como postas militares para la comunicación con el fuerte "San Carlos", a lo largo del camino a Salinas Grandes, que seguían las caravanas en 1810, se habían construido los fortines "Guido", "Lavalle", "Cañada Larga" y "Tordillo". Todos aquellos fuertes y fortines, junto con los de la frontera del Norte, Sud, Sud Este y Bahía Blanca, formaban lo que se llamó la Primera Línea.

"Los fortines están situados a diez o doce cuadras uno de otro —informaba el coronel Lavalle respecto al establecimiento de esa nueva frontera— de modo que se cruzan sus fuegos entre sí; con esto se ha roto con el sistema tradicional de establecer los fortines a seis o siete leguas uno de otro, centinelas perdidos en medio del Desierto a merced del salvaje. Situada la línea como está hoy, es fuera de duda que los fortines no pueden ser atacados por los indios como sucedía antes, y con frecuencia sitiados e interrumpida la comunicación entre sí; y abriga la convicción profunda de que, cuando todas las fronteras tengan la línea de fortines a diez y doce cuadras uno de otro, los jefes de ellas han de poder garantizar al Gobierno y al país que han concluido para siempre las invasiones de los salvajes."

Como complemento de la Primera Línea, quedaba la anterior, que pasó a denominarse Segunda Línea, y que se guarneció distribuyendo en ella 1.000 Guardias Nacionales. Además, el telégrafo que desde Buenos Aires llegaba ya al Azul, a lo largo de la vía del ferrocarril, fue prolongado hasta la Primera Línea. Y, después de ingentes esfuerzos, ahora alcanzaba a Carhué, Guaminí y Puán, habiendo sido construido este último tramo por el sargento mayor Santiago Buratovich, con la colaboración de 38 presidiarios de Martín García, los que hasta allí marcharon a pie por el Desierto, a falta de caballos, habiendo tenido que reparar, en su trayecto, como cuatro leguas de esa línea telegráfica que destruyeran los indios con motivo de la invasión del 6 de agosto de 1876. La línea no había podido ser extendida más allá, hasta Trenque Lauquen, porque la tropa de carretas que había salido de Chivilcoy a mediados de mayo, con los materiales del sistema Warden, Muirhead y Clark, de Westminster, con el que se construía, un año después aún no había llegado a su destino.

Las grandes lluvias, que perjudicaban el arribo de los aprovisionamientos, aumentaban la ansiedad general, ya que hacían más y más difícil la marcha de los vehículos que debían transportarlos. Los vivanderos mismos carecían de todo, no abrigando tampoco esperanza de va-

riar de situación. Vistiendo ropa de verano en invierno y con las carpas deshechas que el viento batía, mientras se terminaban los cuarteles de adobe. Además, hallándose sin leña, sin sal, para suplir la cual utilizaban el agua salobre del lago Epecuén, que les producía disentería, fue en tales circunstancias que el coronel Nicolás Levalle dio una Orden del día que se hizo famosa: "¡Camaradas de la División Sud! No tenemos yerba, no tenemos tabaco, no tenemos pan, ni ropa, ni recursos, en fin estamos en la última miseria; pero tenemos deberes que cumplir. . .".

A esa situación y a las acechanzas de los indios, debían agregarse las contingencias derivadas de la soledad y del Desierto. El ataque de los tábanos y mosquitos en verano obligaba a los hombres a cubrirse la cara con pañuelos y las manos con guantes de lona, y aun andar de poncho, no obstante los grandes calores. De noche, para combatir la sabandija, debían quemar continuamente huesos y pasto verde. Los caballos, para librarse de los insectos, se amontonaban en los espacios abiertos, batiendo las colas. Cuando tenían sed, corrían a la aguada, volviendo en seguida. Si es que no, se lanzaban al campo, hasta caer de fatiga, resignados a morir desangrados.

Las partidas de descubierta, volvían con sus caballos con las patas, el hocico y la nariz en carne viva, a causa de las rodadas en las vizcacheras, entre los pastizales. Los animales mismos se vieron víctimas de una epidemia, y morían de a 10 y 12 por día. En esa forma llegaron a perderse como 500.

Mientras tanto, en las oficinas de la Comandancia, se acumulaban los partes de los últimos episodios: "Tengo el honor de dar cuenta a V. E. de las operaciones practicadas el día de la fecha sobre los indios que han aparecido en este punto.

"Al aclarar, se mandaron las descubiertas, para que éstas dieran cuenta de las novedades que notaren en el campo. A las 10 a.m. se recibió parte del Sargento Mayor Diez, que con el Regimiento 1º de Caballería de Línea, practicaba este reconocimiento, de que los indios en número de 3.000 se encontraban tomando caballos, teniendo a su frente un número de fuerza superior al del Regimiento 1º.

"En su consecuencia, procedí a hacer montar a caballo toda la fuerza que se componía de los Regimientos 5º y 11º, Batallón 5º, 8º y Gendarmes del Rosario, mandando a este último en apoyo del Regimiento 1º. Como tuve aviso que estos Cuerpos se encontraban rodeados por la indiada, me puse en marcha con el resto de las dos Divisiones en su protección.

"Como a dos leguas de este punto, marchó el Comandante Maldonado con el Regimiento 11 tomando el mando de la vanguardia. En esta disposición marchamos hasta una distancia de cinco leguas, no pudiendo en todo este trayecto obligar al enemigo a que se parase, pues al menor

amago de cargarlos, se ponían en precipitada fuga, contando, como siempre, con el esencial elemento de sus magníficas caballadas.

"Conociendo lo inútil de todos nuestros esfuerzos para obligar al enemigo a batirse, emprendí la retirada a este punto, persuadido de que lo que éste se proponía, no era librar combates, sino postrar nuestras caballadas en correrías inútiles, habiéndoles dejado constatado que las fuerzas Nacionales, han de batírlos adonde quieran librar combate.

"Dios guarde a V. S. — Nicolás Levalle."

"En la madrugada del día 2, se presentó al frente de este Campamento una invasión de 2.000 indios, la que, habiendo salido algunas guerrillas nuestras, se pusieron al gran galope en retirada en dirección a la 2ª línea, con gran número de caballadas.

"En vista de esta operación, concebí la sospecha que los invasores habían descubierto el convoy que venía del fuerte "Lavalle" y que se encontraba a la altura del arroyo del "Pescado". En esta convicción destaqué al Comandante Winter con parte de su Regimiento, 50 infantes del Batallón 5º y una pieza Krupp en protección de aquél. Efectivamente, mis sospechas se realizaron, habiendo los indios dirigiéndose allí, llegando al frente del convoy, cuando ya nuestras fuerzas habían arribado, las que, con algunas guerrillas les hicieron algunas bajas.

"El día 4 del corriente me puse en marcha con la división de mi mando y me situé sobre el arroyo "Pigüé", para dar de comer en aquel punto a mi caballada, desprendiendo descubiertas en todo mi frente y flancos, para que éstas me avisaran la dirección que llevase la invasión en su salida. En esta altura permanecí hasta el día de ayer, regresando entonces a mi campamento en vista de las grandes quemazones que se vieron a la derecha de la 'Laguna del Monte', lo que me convenció de que los indios habían efectuado su salida por aquel punto.

"Señor Inspector, yo no me puse en marcha en dirección a las quemazones mencionadas, señal inequívoca que los indios salen por el punto en que ellas se levantan, porque son los únicos que hacen uso de esta clase de avisos para indicar su dirección, por razones que escuso mencionar en este parte y que no escapan a la penetración de V. S.

"Dios guarde a V. S.

"Nicolás Levalle."

"Tengo el honor de dirigirme a V. S. comunicándole que en la madrugada de ayer, han aparecido los indios sobre este Campamento en número de 800 a 1000, los que fueron sentidos por nuestras avanzadas, que rompieron el fuego sobre ellos.

"En el acto hice salir el Regimiento 5º de Caballería de Línea y la compañía de Baqueanos, que se encontraban con caballos ensillados, en dirección al fortín 'General Conesa', que era el punto donde se sentía

el fuego. Tan pronto como llegaron estas fuerzas, los indios se pusieron en precipitada fuga, abandonando ciento y tantos terneros flacos, que se encontraban en invernada del otro lado del mencionado fortín, habiendo sido perseguidos por nuestras fuerzas como tres leguas, matándoles varios indios y entre ellos un Capitanejo.

"Debo hacer presente a V. S. que eran las cinco y media de la mañana y había mucha cerrazón.

"Mientras esto tuvo lugar a mi izquierda, yo me puse en marcha con 150 hombres del Batallón 5º de Infantería de Línea, 50 del Batallón 8º y 2 piezas Krupp, pasando el Arroyo, por haber recibido parte que por aquel lado se habían recostado los indios. Efectivamente, a pocas cuadras del otro lado del Arroyo, tenían su guerrilla tendida fuera de tiro, en esta virtud desprendí al Comandante Iranzo, con una guerrilla como de 50 hombres, compuesta ésta de 20 soldados del Batallón 5º de Línea, indios de Peralta y 20 soldados del Batallón 8º de Línea, no esperando el enemigo la carta que iniciaba la mencionada guerrilla, poniéndose como de costumbre, a la vista del Remington, en precipitada fuga, haciendo alto, siempre fuera del alcance de nuestros tiros, pues lo único que se proponían era cansar nuestras caballadas.

"Señor Inspector, la indiada ha efectuado su entrada a nuestra izquierda del fortín 'Conesa', como dos leguas del Pigüé arriba.

"Dios guarde a V. S.

"Nicolás Levalle."

Lo que hacía más precaria la situación del ejército, era la dificultad de mantener las comunicaciones, fuente de los aprovisionamientos. Los indios acechaban los convoyes, que apenas lograban llegar con elementos totalmente indispensables. Lo mismo ocurría con cualquier comunicación, debiendo empeñarse combates para mantenerlos.

Uno de los tanto combates, fue el que se sostuvo en la laguna de la Chinchilla, con la tropa de 14 carretas que transportaba provisiones para Carhué, escoltada por una fuerza de 30 peones, varios de ellos extranjeros, algunos soldados tropilleros y encargados de la boyada y el contratista, don Federico, el inglés. Con ellos venía el comandante Espina.

Al caer la tarde de un día de agosto de 1876, el comandante Espina observó las nubes de polvo que levantaban las fuerzas de los indios, que eran los mismos que el día anterior habían estado amenazando el campamento de Carhué, por lo que, visto la posibilidad de un ataque, ordenó al contratista que hiciera recostar las carretas sobre la laguna de la Chinchilla, donde se encontraban, formando un semicírculo con ellas para encerrar los bueyes y los caballos. Dio la casualidad de que por allí pasara en desempeño de una comisión el sargento distinguido de infantería José Boglich, con 10 soldados, quien se incorporó con sus hombres

a los del comandante Espina y, entre todos, apresuradamente, aún alcanzaron a abrir una pequeña zanja, junto a las carretas, para aumentar la defensa.

No habían terminado cuando se acercó un indio a caballo, entre las abundantes matas de hinojo que rodeaban el lugar, cuya flor era llamada por los araucanos chinchilla, dando origen al nombre de la laguna. Desde cierta distancia portando su lanza, dijo:

—Entregando carretas, hermano, y perdonando vida. Dejando salir gente a Lavalle.

Fue recibido a tiros.

Al ver esto los indios, que pasaban de 100, contestaron con una carga, a la vez que utilizaban algunas armas de fuego de que se hallaban provistos, proporcionadas por los desertores. Pero fueron rechazados con descargas graneadas que los diezmaron. Comprendiendo que el combate se les hacía difícil, simularon una retirada, para volver al caer la tarde con el mismo resultado adverso.

Entonces se replegaron otra vez y establecieron un sitio. Esa noche el convoy se vio rodeado de una línea de fogones que dejaba apreciar el número de indios que los rodeaban, mientras los defensores descansaban.

A la madrugada del día siguiente, aún oscuro, ya estaban en acecho para volver a caer sobre el convoy, cuando un grito del comandante Espina, "¡Todo el mundo a las armas!", les hizo ver que habían sido descubiertos, y su carga fue también rechazada, por lo que siguieron, dejando los muertos y llevándose los heridos. En el camino lograron sorprender a una partida que venía al mando del subteniente Jorge Reyes. Los cuerpos de los hombres fueron encontrados luego, desnudos y mutilados; allí mismo fueron sepultados. Sólo quedó la cabeza del subteniente Reyes, cuyo cuerpo no pudo ser identificado, la cual fue remitida a la capital.

Otro episodio que produjo gran ansiedad, fue el ocurrido con motivo de la llegada de un nuevo convoy de aprovisionamiento, cuyo arribo se esperaba ansiosamente, tanto en Carhué como en Guaminí, donde se habían agotado todas las mercaderías, y los víveres que se consumían se reducían a té pampa sin azúcar, unos tubérculos silvestres a los que se habían hallado ciertas cualidades como para ser utilizados en lugar de papas, y algunos caballos que fue posible arrebatar a los indios. De manera que ambas guarniciones se mantenían en constante expectativa.

Por fin un oficial despachado en comisión desde el Azul, arribó a Carhué anunciando que había cruzado en el camino el esperado convoy, el cual venía marchando en forma que, seguramente, llegaría en los próximos días. La gran alegría que la noticia causó en el campamento, se vio pronto empañada con el parte enviado por los fortines de

avanzada sobre la presencia de indios. En seguida se despachó un destacamento en auxilio del convoy, el cual, dos días más tarde, cuando ya iba a alcanzarlo, divisó la polvareda de otro grupo de jinetes que avanzaba en la misma dirección, y hacia el punto desde el cual debían venir marchando las carretas con el aprovisionamiento.

Ante esa aparición, los hombres de la partida despachada desde Carhué, apuraron la marcha, tomando a "gran galope" para llegar antes al convoy y poder protegerlo. El otro grupo de jinetes, que nadie dudaba que fueran indios, imitó el movimiento de los soldados, y se lo veía galopar, subiendo y bajando detrás de las cuestras, en forma que a no mucha distancia, se encontrarían. ¿Quién llegaría primero al convoy, para atacarlo los unos, y para defenderlo los otros? El capitán a cargo del destacamento de Carhué, dio orden de alistarse para el combate.

Pero, cuando ya estuvieron a regular distancia distinguieron en el grupo de jinetes, uniformes de caballería. ¡No eran indios! ¡Eran soldados de la guarnición de Guaminí que, al enterarse también de la aproximación del convoy, lo mismo que de la presencia de los indios, habían salido, como los de Carhué, para defenderlo, pasando hasta reconocer a sus compañeros de Carhué, por las mismas vicisitudes que éstos! Un grito de júbilo sucedió, en ambas partidas, a los anteriores momentos de angustia.

Asimismo el ejército cristiano contraatacó alguna vez. Así fue como el 9 de octubre, salió de Carhué el coronel Levalle con una División de las tres armas, acompañado del teniente coronel Lorenzo Wintter y varios batallones de la División Costa Sud, en dirección a Salinas Grandes, llegando hasta Atreucó, donde sorprendió algunas tolderías regresando, no obstante, sin alcanzar la sede de Namuncurá, en Chilihué, por temor a que Catriel, desde Guatraché, le cortara el camino.

Dentro de un común marco de escasez, la celebración del día patrio adquirió, no obstante todas las vicisitudes, particular significado para la tropa, que se veía, así, apartada, aunque fuera por algunas horas, de sus tareas de rutina. En algunos fuertes donde se disponía de una pipa de vino, la "milicada" hacía cola, jarra en mano, aguardando ansiosa el toque de rancho. En varios fuertes y campamentos se había anunciado para la tarde palo enjabonado, carrera de sortijas y licencia para bailar. Esto siempre que los indios no interrumpieran la celebración con alguna aparición inoportuna.

En muchas de esas guarniciones, en lugar de vino, la tropa debía contentarse con la consabida infusión de picurupiyé, el famoso té pampa,

mientras que la mayoría sólo disponía de agua de pozo, "chateau jagüel", como la bautizaban algunos. Y en los más, el rancho como siempre, si no consistía en carne flaca, debía reducirse a charque de caballo o los pucheros preparados por la negra Camila, la china tuerta Carmen, o la parda Presentación, especialistas en hacerlos sin sal, carne ni verdura.

También en algunos fortines los soldados aprovechaban el asueto para atender sus más urgentes necesidades. En éste, donde sólo había un rancho afirmado con tallos de cardo reunidos con guascas, como parantes, cuatro hombres y un teniente, que habían pasado seis meses sin recibir provisiones, se disponían a saborear unas multas cazadas el día anterior. En aquél, cuya vivienda era un zarzo por donde pasaba el sol y la lluvia, reforzado en un rincón con un cuero, un soldado aprovechaba los tizones del fogón para pasarlos por las costuras de su chaquetilla agujereada, a fin de matar los piojos. En otro, cuyo cañón, sin cureña, llevaba una inscripción que decía "La Bella, Sevilla, 1786", y se hallaba colocado junto a la zanja, que parecía una sepultura ya abierta y preparada para recibirlos, un grupo de Guardias Nacionales, en tanto remendaban sus chiripaes deshinchados y mugrientos, escuchaban a uno de ellos contar sus 21 deserciones. Más lejos, junto a ese otro cañón tomado en las invasiones inglesas, mientras el jefe del fortín se fumaba con pasto seco la última hoja de un libro que había leído 50 veces, otro soldado enseñaba a sus compañeros la forma de hacer fuego en el campo, cavando dos pozos que se comunicaban por abajo, y tapando todo con un poncho, para no hacer humo, en forma de no ser localizados por los indios.

En algunos fortines, donde los hombres andaban con el pelo hasta los hombros y la barba sobre el pecho, después de ocho o diez meses de penurias, llegaban provisiones que había que tirar por su mal estado. En otros los soldados se movían entre el olor nauseabundo que despedían las llagas provocadas en los lomos de los caballos a causa del sudor y de la acción de los malos bastos y bajeras. O sino por los cadáveres de algunos indios que habían quedado tirados en las zanjas sin que nadie los enterrara, como siempre se hacía con los infieles. Aún en otros los soldados tenían que acostarse todo el invierno lluvioso con la misma ropa mojada, sobre el suelo húmedo y helado, donde abundaban los sapos y las víboras de la cruz, habiendo entre ellos quienes confesaban en seis meses no haberse sacado las botas.

A pesar del intenso frío que se sintió ese día en el Campamento de Carhué, la celebración del día patrio alcanzó especial lucimiento. La banda del batallón 7 de línea empezó bien temprano a tocar polcas, zamacuecas, schotis y mazurcas y, a poco, se inició el baile. Los soldados se presentaron con sus mujeres vestidas con las mejores galas, perfumadas con agua florida y mostrando el pelo reluciente, untado con grasa de potro. Allí estaban la Martineta, la Pasto Seco, la Mamboretá, todas

con sus sobrenombres pintorescos de acuerdo con la costumbre de la frontera. También podía verse a la negra Carmen llevando unas tortas fritas, sucias y mal cocidas, preparadas nadie sabía cómo ni con qué. Pero la que más atrajo la atención fue la famosa Rosamala, la mujer del cabo Olivera, que tenía enloquecida a la tropa, y se presentó con un traje especial confeccionado con paño de la Estrella, el mejor que se conseguía en la frontera.

Al formalizarse el baile, la animación fue general, mientras los tacones de las mujeres levantaban nubes de polvo de la tierra apisonada del rancho, adornado con algunas tablas y cajones, cubiertos con mantas coloradas de uso de la tropa. De cuando en cuando el baile se suspendía para dejar oír un triste a dúo, acompañado por las guitarras.

Así transcurrió la tarde hasta que, a las cinco se tocó lista mayor, dando por finalizada la fiesta. Luego se oyó el toque de oración, y el eco triste y solemne de los clarines de Caballería pareció adquirir una sonoridad más profunda, acorde con la majestad del Desierto.

Y, desde ese momento, otra vez los hombres tuvieron que enfrentarse con la realidad de siempre: las penurias, la miseria, la ansiedad. Esa misma noche, una noche horrorosamente fría de pleno invierno, tranquila, en que el cielo estrellado, sin una nube, se mostraba en toda su plenitud, y en que una tremenda helada iba cayendo sobre el paisaje solitario y hundido en su eterno silencio, endureciendo los miembros de los hombres en acecho en la oscuridad, los guardias nocturnos, que permanecían atentos a cualquier rumor, cruzaban otra vez sus cuitas:

—¿Oyó? ¿Sintió? ¿Qué fue eso?

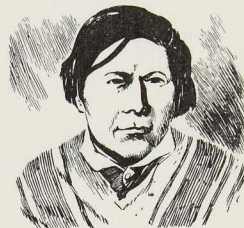
Pero sólo era el murmullo del viento en los pajonales.



28. La zanja de cien leguas

(Campamento de Trenque Lauquen - 1877)

“E S MUY SINGULAR, EN EFECTO, cómo difieren las apreciaciones respecto de esta guerra de los indios. Para unos es una guerra de policía, para otros es guerra de seguridad. Pero lo que sí sé, es que es una guerra en la cual tenemos que hacer esfuerzos sobrehumanos, es una guerra en la cual hemos visto que el pabellón argentino, sostenido por fuerzas regulares, ha tenido que retroceder ante las chuzas de los salvajes; eso hemos visto en esta guerra.”



L. N. ALEM: *Discurso en el Congreso Nacional el 6 de junio de 1877*

“LA NUBE DE JINETES SALVAJES BURLABA SIN CESAR, POR SU AGILIDAD, la vigilancia y la persecución; solamente al regreso, cuando la invasión estaba trabada por los arcos que llevaban consigo, era posible alcanzarlos y arrancarles sus presas. Este resultado aparecía tanto más notable por el hecho de que los indios, comprendiendo que jugaban su última carta, redoblaban sus esfuerzos, su astucia y su coraje. No se contentaban con tentativas incesantes de un extremo al otro de la frontera, aprovechando el menor debilitamiento de la vigilancia, sino que combinaban para forzarla verdaderas operaciones estratégicas, concebidas con habilidad y efectuadas con resolución.”

A. EBELOT: *Frontera Sur. Recuerdos y relatos de la campaña del desierto*

“LA REPÚBLICA ARGENTINA, SIGUIENDO EL EJEMPLO DE LOS CHINOS, DE ahora tres mil años, va hoy a buscar, descendiendo hacia el fondo de la tierra la seguridad que aquellos no pudieron alcanzar elevándose al cielo... Dos millones de habitantes con la experiencia funesta de la guerra defensiva, se afanan hoy en abrir una zanja que deberá cruzar todo el territorio, coronada de un cordón de fortalezas, para defenderse de los ataques de los bárbaros cuyo número no alcanza a 30 mil almas.”

Coronel A. BARROS: *La guerra contra los indios*



Precedida por ocho jinetes que marchaban adelante y a los flancos, a tres cuartos de legua, una columna de 100 hombres, seguida de 15 carretas, iba avanzando a pie, en medio de la inmensidad salvaje de la Pampa, portando cada uno un arma al hombro, en su aventura hacia lo desconocido.

Salida desde las vecindades de Chivilcoy, su marcha hasta la 2ª Línea de la frontera, por el fuerte "General Paz", había sido relativamente fácil por estar más o menos delineado el camino, no obstante sus vueltas y algunos pantanos. Pero desde allí, ya se entraba en pleno Desierto, por lo cual el avance se tornaba dificultoso. El inconveniente principal lo ocasionaba el paso de los arroyos, que se transformaba en una verdadera odisea en la que se demoraban varias horas, ya que las carretas debían pasar una a una, enganchándose en la que vadeaba la corriente los seis bueyes de la próxima, y aun de los de dos, si se encajaba, movimiento que era ayudado en cada caso por los gritos de los picadores, metidos en el agua con los chiripás arremangados, y chapaleando entre el barro.

Por la noche todas las carretas formaban en un gran círculo, atándolas luego, unas a otras, con las cadenas de los tiros, levantándose, en los espacios entre ellas, las carpas de los hombres de la columna, operación que se complementaba largando en el medio a los animales, como se acostumbraba siempre, después de abrevarlos en algún arroyo o laguna.

Así iban marchando aquellos hombres en su largo trayecto de 65 leguas, hundiéndose más y más en las soledades de Tierra Adentro. Toda la historia de la Europa contemporánea iba con ellos: ese francés había participado activamente en la Comuna de París; aquel italiano fue legionario garibaldino; allí iba un ex teniente de caballería alemán a quien la embriaguez consuetudinaria había arrastrado a esa condición; más lejos marchaban tres marineros ingleses desertores; a su lado aparecía otro que debió cruzar el Atlántico a consecuencia de un crimen;

luego un francés a quien un conflicto sentimental lo impulsó a buscar refugio en los confines del mundo; aún otros habían sido enganchados en Europa, recibiendo 800 francos cada uno, para luchar en la guerra contra el Paraguay, llegando años atrás en el vapor "Tropic" a Buenos Aires.

León Duplessis, Reginald Fechter, Joao Ribeiro, Sigfrido Tamasiuwás, Omar Izurleta.

Stanley Featherstone, Regino Itcovici, Erico Kraafenbrik, Constantino Florines, Alfonso Medeiros.

Florentino Possenti, Elvio Turconi, Benito Vuotto, Ildebrando Shabinian, Walter School, Miroslao Rehman.

Eugenio Davezac, Mardoqueo Hermasson, Galileo Avenatti, Kurt Kitchheimer, Alex Jones.

Federico Kastner, Julio Pollard, Diego Tyrrell, Juan Wolf, Manuel Torres.

Hugo Omelka, Reinaldo Pérsico, Benjamín Lezard, Cecil Lemperd, Humberto Cambiaggi.

Antonio Schiavi, Arnaldo Maggioni, Gino Marziotti, Paulino Restelli, Romeo Silimbani.

Saverio Mortcovich, Ralph Sparrow, Boleslao Spektorow, Elfrides Peixoto, Basilio Uthoff.

Los italianos, agrupados entre sí, marchaban cantando canciones lombardas. Un ruso, que había participado en la guerra de Crimea, venía siempre hablando en voz alta. Los irlandeses, ex miembros del partido de O'Connell por la liberación de su país, se distraían del largo trayecto observando la fauna de la Pampa, dentro de la monotonía de la planicie cubierta de altos pastizales, entre los cuales, además de las acechanzas de los indios, debían defenderse del feroz ataque de la sabandija.

En el camino encontraron los cadáveres de algunos desertores aún cubiertos de sus uniformes en harapos. También, antes de llegar a la 2ª Línea, se cruzaron con la comitiva de la esposa de un estanciero que había recorrido cuarenta leguas en seis días, en un coche tirado por cuatro caballos, acompañada por cinco hombres y una tropilla de veinticinco animales. Asimismo, pasó junto a ellos una partida que conducía comunicados desde la frontera.

El viaje, pues, se presentaba duro, pero sin verdaderamente graves inconvenientes, contrastando con el estado de ánimo que se había apoderado del grupo antes de partir de Buenos Aires. En efecto: el día señalado para abandonar la capital, los 300, que habían sido contratados, se reunieron en la mañana, en la estación del Parque para tomar el tren con destino a Chivilcoy. El gobierno había hecho un llamado solicitando trabajadores para construir una zanja de cien leguas en la Primera Línea de la frontera. Y como los tiempos eran duros en el país, con

motivo de la crisis, ellos habían acudido dispuestos a la extraordinaria empresa.

Sin embargo, antes de partir, grandes discusiones se habían suscitado en la estación y sus alrededores, y los asuntos que se discutían debían tener verdadera importancia, por cuanto, cuando se acercó la hora de la salida del tren, la mayor parte de los allí reunidos, volviendo a cargar sus bultos a la espalda, comenzaron a dispersarse, desistiendo, abiertamente, de un viaje del que habían llegado al convencimiento de que no volverían.

Era que el Desierto inspiraba pavor, y las discusiones se referían a los peligros y contingencias que podía significarles la presencia de los indios, por lo que sólo 100 quedaron para emprender el viaje.

Llegados a Chivilcoy, los hombres que se avinieron a los riesgos de la aventura, prosiguieron una legua, donde acamparon. Y, desde allí, a su vez, se aprestaron para continuar hasta Trenque Lauquen, nuevo puesto avanzado de la 1ª Línea, donde comenzarían a cavar la zanja hasta Wita-loó, sede de la Comandancia Norte, de Buenos Aires y Sud de Santa Fe, la cual debería extenderse, luego, a toda la frontera de aquella provincia, hasta Bahía Blanca.

Junto con ellos llevaban todos los elementos necesarios para su mantenimiento y trabajo, conducidos en carretas, haciéndose cargo del mando del contingente el ingeniero francés Alfredo Ebelot, ex secretario de la "Revue des Deux Mondes", de París, quien había sido designado para dirigir la excavación.

Pero, lo mismo que en Buenos Aires, grandes dificultades se presentaron para la partida desde Chivilcoy, dado que los dueños de las carretas no se avenían a que fueran utilizadas en una empresa que consideraban muy arriesgada y propensa a que pudieran perderlas, pues, a las acechanzas del indio, debía agregarse que la marcha se haría por lugares aún casi sin huellas y terrenos sumamente difíciles.

Finalmente, se consiguieron 15 carretas, esas carretas de grandes ruedas con techo de zinc, que siempre llevaban una cola de zorro y una cáscara de huevo de avestruz pintada, colgada del toldo, y en ellas se cargaron las herramientas, carpas y objetos de campamento para mil hombres, lo mismo que arados, rastras y semillas suficientes para cuatro grandes chacras, y arroz y galleta para varios meses.

Y un día, por fin, llegaron a Trenque Lauquen, después de su larga peregrinación, acampando en la proximidad del fuerte, en el lugar donde se proyectaba fundar un pueblo.

El campamento de Trenque Lauquen, había sido delineado como una población de 14 manzanas, con dos de ellas destinadas para aloja-

miento del regimiento N° 3 de Caballería y del batallón N° 2 de Infantería de línea, y una plaza de 100 metros, atravesada por cuatro calles con sauces. Esta plaza estaba sembrada con alfalfa, teniendo en el centro un reducto de 24 metros de diámetro que servía para colocar un cañón para defensa. Todas las manzanas estaban cercadas con una pared de césped de un metro y medio de alto en los predios particulares, y de dos metros en las cuadras de los cuarteles. Varias casas de comercio ya estaban establecidas allí, lo mismo que la proveeduría, hallándose en construcción otras con los 150.000 adobes que se habían preparado.

A cierta distancia de la plaza, al SE. del campamento, sobre el médano más alto, se había construido, con palmeras, un mangrullo de siete metros de altura, provisto de una plataforma de madera, desde la cual el vigía allí apostado podía distinguir perfectamente hasta a dos leguas de distancia. A quince cuadras, al Norte del campamento, se levantaba un fortín llamado "Nicolet", como complemento de la defensa.

El frente que debía cubrir la frontera con asiento en Trenque Lauquen era de 30 leguas, con 2 comandancias y 11 fortines. De éstos, a la derecha, se levantaban los denominados "Batallón 2 de línea", "Mayor Orellano", "Coronel Vega", "Coronel Rauch", "Coronel Olavarría", "Coronel Martínez de Hoz" y "Coronel Gaspar Campos", y a la izquierda: "General Mansilla", "3 de línea", "Junineros", "24 de Mayo" y "25 de Mayo".

Todos tenían un diámetro de 16 metros por 4 metros de altura, con una zanja de 4 varas de boca por 3 de profundidad, disponiendo de corrales foseados para los caballos y 2 jagüeles. En general, estaban guarnecidos por un oficial y de 10 a 20 soldados, disponiendo varios de cañones de a 4 y de a 12, con sus juegos de armas completos. Para asegurar las comunicaciones con la 2ª Línea, se habían construido, desde el fuerte "General Lavalle" (Ancaló), los fortines "Fariás", "Salinas", "Desobedientes", "Heredia" y "Timote", custodiados por un oficial y cuatro hombres.

El año anterior, al partir del fuerte "General Lavalle" (Ancaló), para el avance de la frontera encabezado por el Dr. Adolfo Alsina, el coronel Conrado Villegas, jefe de la División Norte, de la provincia de Buenos Aires, había dado una orden general disponiendo que detrás de la vanguardia, que debía marchar a legua y media, se colocara la Artillería; luego el regimiento 3 de Caballería de línea y los cargueros; en seguida, el batallón 2 de línea, y, por último, las mujeres de los soldados con las familias. Cerrando la marcha iría el Comandante de Campo con una guardia de 15 hombres.

Las caballadas y las haciendas de arreo debían avanzar sobre los flancos de la columna, para que no llegara polvo a ella, arreadas en grupos de cien animales por cada tres hombres. Las mujeres que no tuvieran familia debían marchar arreando también las caballadas.

El avance se hizo sin grandes dificultades, no obstante los malos presagios que le anunciaban contratiempos imposibles de sobrellevar. Y así fueron pasando por la laguna de la Víbora, el gaucó del Zorro Bravo, el cañadón del Escuerzo, la laguna de la Gama Muerta, etcétera, a lo largo de aquella antiquísima rastrillada de Salinas Grandes, ancha, traqueada durante siglos por las incontables tropas de hacienda tomadas en las fronteras de Buenos Aires. La rastrillada, aparecía llena de profundas huellas, jalonadas con las osamentas de innumerables animales muertos de sed o de fatiga en esas marchas. Al frente, como lo había dispuesto el jefe de la División, avanzaba la Guardia Nacional de Junín, los famosos "junineros" de Pablo Vargas, en número de 63 hombres armados todos de lanza, con banderolas rojas, sables y carabinas o narajeros. En el trayecto, en contra de lo que esperaban, no hallaron ni un solo indio.

Al llegar a Trenque Lauquen, al borde de la laguna de ese nombre, llena de huellas de pumas, entre salvas, se enarboló la enseña nacional, y, al día siguiente, el coronel Villegas dio una Orden General en la que dijo: "¡Soldados de la División Norte! Al estampido del cañón habéis visto en el día de ayer flamear el Pabellón Nacional, símbolo de las glorias de la Patria; hoy día centinela avanzado de la civilización. Algunos espíritus malvados o pusilánimes han creído que nuestra marcha al Desierto era caminar a la tumba. Ya lo habéis visto: ningún compañero ha sucumbido por los peligros o necesidades que, según ellos, debían experimentar. Más tarde, cuando el Gobierno os dé vuestras licencias al regresar a vuestro hogar, podréis con orgullo exclamar: 'Yo soy de los conquistadores del Desierto', y en vuestras conciencias sentiréis la voz de la Patria que os dirá: 'Hijo mío, has cumplido con tu deber'. Señores Jefes, Oficiales y Soldados de la División del Norte: ¡Viva el Presidente de la República! ¡Viva el Ministro de la Guerra! Vuestro Jefe y compañero — Villegas".

También el coronel Leopoldo Nelson, al frente de la División Sud, de Santa Fe, había hecho el trayecto que se le señalara desde el fuerte "Gainza", costeano los cañadones de La Amarga hasta Curuputró y el médano de Wita-loó, lugar donde estableció su Comandancia. Esta fue apoyada por los fortines "Coronel Alsina", "General Alvear", "General Paumero", a la izquierda, y "Coronel Nelson", "Orma", "Ortega" y "Guerrero" a la derecha, habiéndose reducido la frontera a 20 leguas.

Sin duda, la ocupación de Trenque Lauquen debió ser un gran golpe para los indios, pues se trataba de uno de los puntos más importantes de la frontera. Campo bajo, con excelentes pastos, contenía una laguna de agua dulce, además de noventa y tantos grandes jagüeles situados del lado Oeste, al pie de una loma. Anchos caminos se desprendían de allí en dirección a Salinas Grandes, a Leubucó, país de los ranqueles, y a los toldos de Pinacán, siendo uno de los puntos principales

para invadir, y donde acampaban de regreso de las invasiones para hacer el reparto de los arreos.

El frente que debía cubrir la Comandancia de Trenque Lauquen, era el ocupado por las tolderías del famoso Pincén, aunque, por su extrema condición rebelde, este cacique había visto disminuidos notablemente sus efectivos, lo cual debía ser la causa de que no se hiciera presente ante el avance del coronel Villegas, no obstante que varios indios bomberos habían sido tomados rondando alrededor de algunos fortines y, al ser descubiertos y no querer rendirse, según informaban los partes, habían sido muertos.

Pero si los acantonamientos no fueron particularmente asediados, en contra de lo esperado por el coronel Nicolás Levalle, no habían cesado las grandes invasiones de la frontera. En agosto de 1876 se produjo una muy importante encabezada por Namuncurá y Catriel, que asoló la zona de Olavarría y 25 de Mayo. Otra tuvo lugar en octubre, oportunidad en que, con el apoyo de Pincén, se sublevó el cacique Manuel Grande, indio de 90 años, que estaba al servicio de los cristianos, y llamado así por su gran estatura, a quien acompañó, en tal levantamiento, el cacique Tripailao. Por último, en diciembre de 1876 una nueva invasión encabezada por Pincén asoló la frontera del Oeste y, por aquella fecha, según parte del teniente coronel Freire, desde Guaminí, los indios estaban preparando otro malón sobre la zona de Rosario de Santa Fe.

En enero de 1877, el Dr. Alsina, vistiendo su levita ciudadana y su sombrero de fieltro de costumbre, había visitado otra vez los campamentos de la 1ª Línea, enterándose de los acontecimientos, imponiéndose de las necesidades y compartiendo, como siempre, sus penurias. En esta oportunidad visitó Carhué, Puán y Guaminí, permaneciendo varias semanas en la frontera.

La visita del Dr. Alsina tenía un especial significado, por cuanto, desde hacía algún tiempo, se encontraba, secretamente, en tratativas de paz con los indios. Aprovechando una correspondencia que Namuncurá iniciara años antes, por medio de un misionero, con el Arzobispo de Buenos Aires, después del fallecimiento de Calfucurá, prolongada luego, esporádicamente, así como otras cartas cruzadas entre Namuncurá y el jefe de la frontera de Bahía Blanca, coronel Daniel Cerri, Alsina le había hecho llegar proposiciones en tal sentido, recibiendo una nota del jefe araucano en la que le demandaba, para lograr un acuerdo, una indemnización de 200 millones, aparte de un tributo que asegurara la existencia de los indios, o el retiro del ejército de Carhué.

A esta proposición el ministro Adolfo Alsina había contestado de puño y letra, sin intervención de secretarios, en forma que si la carta no hubiese sido hallada más tarde enterrada en un médano, junto con el archivo de Namuncurá, nunca se hubiera conocido su existencia:

“Ministerio de Guerra y Marina. Buenos Aires, setiembre 30 de 1876. Señor Cacique General D. Manuel Namuncurá. En contestación a la nota de usted que me ha entregado el capitán Solano, paso a decirle la respuesta. El Gobierno Nacional ha ocupado Carhué y a los otros puntos que usted sabe, no porque lo necesite, sino porque quiere garantizarse contra los robos que usted, Catriel y Pincén, ayudados por indios extranjeros, hacen en nuestros campos. Con mucho hablar y con mucho escribir, no hemos de adelantar camino, ni hemos de hacer tampoco las paces. Me hace usted en su carta la historia de su derecho a las tierras de Carhué. Yo podría contestarle haciéndole también la historia del derecho de mi gobierno, a las tierras de Tres Arroyos, Necochea, Juárez, Azul, Olavarría, Tapalqué, y otras más, donde los indios entran siempre que pueden, para robar, matar, cautivar y quemar.

“Después de hacer contra Catriel el último tratado en el Azul, tratado al cual faltó de la manera más traidora, le escribí a usted invitándolo a un Gran Parlamento para hacer tratados y al cual yo asistiría personalmente. Su contestación fue invadir y ayudar a Catriel para que se sublevara. En mi carta anterior le decía y ahora se lo repito, que hago la guerra solamente a los dos Catrieles, no a sus capitanejos, ni tampoco a la gente de ellos. Si quiere, créame. Cuando Catriel estuvo en Olavarría en Parlamento a principios de agosto, dejó un indio para que fuese portador de mis proposiciones. Pregúntele si ha recibido algunas. Para terminar y para darle una prueba de que el Gobierno no lo engaña cuando le dice que está dispuesto a hacer tratados con usted, le propongo lo siguiente:

“Las fuerzas del gobierno se retirarán de Carhué, Puán, Guaminí, Trenque Lanquen e Italoó, y ocuparán una línea que pase por el Sauce y por el Tordillo. Cada tres meses recibirá usted el racionamiento en hacienda, yerba y tabaco en la cantidad que se convenga. Usted, sus parientes, hermanos y demás capitanejos, recibirán un sueldo con arreglo a sus clases.

“Esto es lo que el Gobierno les ofrece. Si usted acepta necesito saber cuales son las garantías que usted me da de que su tribu no invadirá ni dejará invadir a los chilenos ni a Catriel. El capitán Solano deberá ser despachado por usted con la respuesta a esta carta antes de cumplirse veinte días de haber llegado a los toldos de usted. Si después de haber recibido esta nota me invadiese o permitiere que otros lo hagan, antes de que Solano esté aquí de vuelta, quiere decir que lo que usted busca es la guerra con el Gobierno y entonces le haré el gusto haciéndosela a usted como no se la imagina. Acepte lo que le propongo que es lo que más le conviene. Lo saluda S. S. Adolfo Alsina.”

Los indios, que también habían estado poco antes en otras tratativas de paz parecidas, que nunca se materializaron, en lugar de con-

testar directamente al ministro de Guerra, lo hicieron al Arzobispo de Buenos Aires, Federico Aneiros, en carta fechada en Salinas Grandes, el 9 de noviembre de 1876, en la que, Namuncurá, por medio de su secretario Manuel Freire, entre otras cosas, le decía respecto a Carhué: "El Sr. reverendo Padre conoce que estos campos son los que me sirven para tener las invernadas y de poder trabajar los indios en las voleadoras que haun yo estoy reconcentrado entre el monte de estos campos no sirven para tener mis invernadas y por fin siempre reclamo el campo que me pertenece en lo cual hoy estamos en guerra matándonos unos a otros cosa que sería mejor fuesen desocupados los campos que se hallan ocupados por las fuerzas de los cristianos y tratar después en los arreglos de paz. B. E. como un ministro de Dios, así como represente su personalidad, y como persona de mucha influencia para con el Superior Gobierno y el Sr. Ministro de la Guerra para evitar los grandes destrozos que se hacen a todos los cristianos mediante la guerra puede meditar con el Superior Gobierno para que sehan desocupados los campos que reclamo al Superior Gobierno por ser derecho de los indios y dejándomelos libremente, hacepto los tratados de paz; pues de lo contrario los cristianos pierden sus haciendas y familias y poblaciones que son pasadas por las llamas y todos sus intereses que pueden perder por medio de la guerra pues los indios no tienen que perder tantos intereses como los cristianos pues nosotros no tememos que nuestras familias que se nos pueden quitar y nada que perder de poblaciones de haciendas u otros intereses y trabajos como los tienen los cristianos de lo cual hestando en los arreglos de paz serán más modificados estos daños que perjudican a toda umanidad.

"Si en caso el Superior Gobierno hacepta los tratados de paz, al capitán Dn. Rufino Solano se le dan treinta días de plazo contados desde la fecha para que se presente hante mi pasado este término queda nula nuestra petición para los arreglos de paz y siempre se proseguirá la guerra que dimane de la defensa de nuestros campos." Y después de hacer algunos pedidos, según la costumbre indígena, firmaba: Manuel Namuncurá.

De regreso a Buenos Aires, aún con fecha 27 de febrero de 1877, Alsina volvió a escribir a Namuncurá, respecto a la paz que se tramitaba. Pero no habiendo podido llegar a nada concreto, por desconfianza de los indios respecto de los cristianos, se dirigió al coronel Levalle, sondeándolo, con el ánimo de volver a la antigua frontera: "La opinión pusilánime y cobarde, por lo general, desespera del sostenimiento de la línea de Carhué. El Gobierno mismo, sin recursos y sin crédito, piensa ya en el retiro. ¿Cuál es su posición?"

Y, poco después, recibía la respuesta de Levalle: "Opino que tenemos el deber de morir en Carhué. Pero si el Gobierno resuelve ordenar la retirada, desde luego declaro que no volveré a Buenos Aires, y V. E.

puede nombrar el jefe que ha de tener la triste gloria de regresar al frente de la División".

Muy pronto contestó Alsina: "Seguiremos en Carhué".

Pero, para reforzar la posición del ejército y, considerando que el establecimiento de la 1ª y 2ª Líneas, jalonadas de fuertes y fortines, no impedía las invasiones de los araucanos, decidió la construcción de una zanja a lo largo de toda la frontera de Buenos Aires, desde Bahía Blanca hasta el Sur de Córdoba.

"Para colocar en la línea avanzada un obstáculo —escribía— era preciso optar entre uno de estos tres procedimientos: el foso, el alabrado fuerte y la cadena sobre postes de fierro o rieles Barlow. Después de meditar este asunto con la atención que su gravedad requería, tomando como base los estudios hechos sobre el terreno por personas competentes, me decidí por lo primero: un foso de tres varas de boca por dos de profundidad y un paredón de césped, al lado interior, de vara y media de altura.

"El foso se ha prestado a la reprobación y a la crítica... Hasta la muralla china ha sido recordada para representar el foso como una parodia de aquella, si me es permitido emplear esta palabra, tratándose de murallas y de fosos. Bien, pues; lo declaro con toda ingenuidad. Preocupado por el deseo de alcanzar un fin, no he hecho ni hago cuestión de originalidad en el procedimiento o en los medios. Si se consideraba utilizable un foso, con paredón interior, como detalle importante de un sistema, pueril habría sido de mi parte desecharlo por no aparecer imitando lo que hicieron los chinos veinte y un siglos ha, para contener las invasiones de los tártaros."

Y aseguraba que, una vez construido el foso o zanja, serían "imposibles las grandes invasiones" y "difíciles las pequeñas".

Para la construcción de la zanja se nombró una Comisión de Fronteras, integrada por grandes personajes de la capital: Saturnino Unzué, José I. Gardemía, Agustín Vidal, Ataliva Roca, Federico Leloir y Daniel Arana.

Y desde Guaminí se inició la construcción hacia Trenque Lauquen con dos regimientos de Guardias Nacionales. Más tarde se amplió el número convocando 800, pero por la deserción solo 600 llegaron a la frontera.

Para completar aquellos zanjeadores, se contrataron 300 hombres en Buenos Aires, de los cuales vinieron 100 en una larga marcha a pie a través del Desierto.

La construcción de la zanja representó una labor épica que tuvo de testigo la soledad del Desierto. Como el trabajo debía realizarse a lo

largo de la Primera Línea de la frontera, bajo el peligro de los indios, los hombres, aun no obstante saberse protegidos por las fuerzas destacadas en los fuertes y fortines, iban provistos, cada uno, de un revólver a la cintura, y los fusiles se colocaban a mano, en haces, debajo de una bandera. Algunos de estos fusiles llevaban bayonetas atadas con guascas.

Los zanjeadores vivían en carpas, que se avanzaban a medida que el trabajo progresaba, haciéndose esos traslados en la extensión requerida. Las distancias eran: de Wita-loó o Italó a Trenque Lauquen, 18 leguas; de Trenque Lauquen a Guaminí, 24; de Guaminí a Carhué, 9; de Carhué a Puán, también 9; de Puán a Bahía Blanca, 22.

El trabajo, terminado el tramo de Guaminí a Trenque Lauquen, se prosiguió hasta Wita-loó entre campos llenos de espartillo, cortadera y pasto puna. La labor se hacía en invierno entre la escarcha, y en verano a pleno sol, mientras los hombres "sudaban grueso", entre nubes de sabandijas. A veces hallaban una laguna salobre que los obligaba a tomar mate con azúcar para poder soportarla. Pero se desquibaban cuando encontraban grandes médanos descubiertos, a cuyo pie estaban seguros de hallar agua exquisita. En otras oportunidades las lagunas que aparecían en el horizonte eran solo producto del espejismo.

En el desempeño de su trabajo, entre griteríos de teros y chajaes, iban espantando gamas, venados, guanacos, pumas, gatos monteces, zorros, avestruces, liebres, vizcachas, y, a veces, algún tigre. Cuando llegaban a las lagunas, se alborotaba el enjambre alado: flamencos rosados, cisnes de cuello negro, cigüeñas, garzas, mirasoles, chorlos, chajaes, patos, becacinas, gallaretas.

Había oportunidades en que hallaban grandes nidos hasta de treinta huevos de avestruz, al que oían bramar a la distancia en la época del celo; otras veces cautivaban zorros chicos que se divertían en amaestrar, dejándolos luego al cuidado de los perros; o tiraban cascotes a las lechuzas que los vigilaban girando la cabeza imperturbables, pareciendo decir: "¿trais tabaco?"; o ponían atención al concierto de los tucos, que se dejaban oír desde sus galerías, debajo del suelo.

La vida en los campamentos se hacía, de noche, a la luz de los candiles de vaina de potro, colocados dentro de un asta de buey, o encendiendo velas fabricadas con grasa, usando de candelero alguna bayoneta clavada en el suelo, o una botella sobre la que chorreaba el material de la lumbre. A veces hacía tanto frío, que no podían lavar la ropa porque el agua se congelaba y aquélla se ponía dura como una tabla.

Alrededor de los fogones de leña de cardo, en los que siempre había algunas espigas de maíz asándose entre las cenizas, circulaba el cimarrón de yerba Parmanguá, entre cuentos de lejanos países narrados bajo la sugestión de las luces malas. También entraban en actividad las manos baqueanas para el naípe, que nunca faltaban en los campamentos, lo mismo que algunas botellas de aguardiente, aunque la bebida más co-

mún era la provista por una jarra de agua, de la que todos tomaban por turno.

Varios oficiales de los Guardias Nacionales habían fundado lo que llamaron el "Club del Progreso", de la Pampa, y sólo se les oía hablar del Alcázar y del Hotel Oriental, por aquellos años, lugares de jarana en Buenos Aires. Mientras que los grupos de italianos, entre los cuales se destacaba uno que no se sacaba nunca su sombrero de ala ancha, cuya copa había reemplazado con un cuero de avestruz, no hacían sino recordar las aventuras de la gesta garibaldina.

A pesar de que en oportunidades, llegaba a hacerse hasta 1 kilómetro por día, la construcción total de la zanja demoró dos años, enhebrando los fuertes y fortines de la Primera Línea como un rosario. La tierra que se sacaba de la excavación, se amontonaba al margen, plantando sobre ella cina cina o acacia blanca para completar el obstáculo. En el tramo de Carhué a Guaminí, la zanja unía tres lagunas entre sí, por lo que vino a quedar llena de agua en su mayor extensión. De Carhué a Puán, debido a la dureza del suelo, se inutilizaron 1.500 picos. Más adelante, hasta Cuatros, en las proximidades de Bahía Blanca, la excavación debió ser reemplazada por una pared de césped, en la que se colocaron los panes con las raíces para arriba, tres filas en la base y una en la cúpula.

Con motivo de su visita a la frontera, en enero de 1877, el ministro Dr. Alsina, había llegado hasta Trenque Lauquen con el fin de enterarse de la marcha de la zanja. Y, después de permanecer allí varios días, prosiguió su viaje saliendo en galera con destino al fuerte "General Lavalle" (Ancaló), en la 2ª Línea, para seguir, luego, a Chivilcoy y tomar allí el tren a Buenos Aires.

Mientras tanto, los días del campamento de Trenque Lauquen se desarrollaban dentro de las alternativas y las vicisitudes inherentes a la vida de la frontera. En una reciente oportunidad, los indios habían provocado la disparada de los caballos de la guarnición, y cerca de 1.500 animales huyeron despavoridos, siendo recuperados, en parte, en una laguna cercana al fortín "Timote", a 16 leguas. También los araucanos habían logrado arrebatrar las caballadas de un fortín, capturando un cabo y varios soldados, a los que castraron y cortaron un pie, arrastrándolos luego como 2 leguas atados a la cincha de sus caballos.

Y aún, en otra oportunidad llegaron a apoderarse de los blancos de Villegas, que formaban parte del 3 de Caballería, el famoso "Tres de fierro".

En la frontera de Santa Fe, cuya comandancia tenía por sede Ita-loó o Wita-loó, el teniente coronel Saturnino Undabarrena había salido con todo ardor a perseguir un grupo de indios invasores que huían, lanzándose en su persecución seguido de algunos soldados, sin esperar a que lo acompañara todo el regimiento. Y cuando esos soldados se fueron des-

granando en el camino, por cansancio de muchas cabalgaduras, al apreciar los indios el escaso número de sus perseguidores, dieron vuelta, ultimando a Undabarrena y a los suboficiales y tropa que lo acompañaban. También la guarnición del fortín "Desobedientes" había sido ultimada al no acatar las órdenes y salir para cazar mulitas un día en que los araucanos estaban acechándola, logrando tomarla inerte en los campos. Por eso el fortín llevaba ahora ese nombre.

El mismo coronel Villegas, a quien sus subordinados llamaban el "cabo viejo", a pesar de que no llegaba a los cuarenta años de edad, estuvo en peligro de ser lanceado al hacer un reconocimiento, sólo, con un pequeño grupo, siguiendo un rastro que creyó de sus tropas y resultó rastreada de indios malones. Estos al descubrirlo, lo persiguieron, por lo que Villegas tuvo que retroceder al galope, aunque sin apurarse ni "apretarse el gorro", en un gesto de guapeza de los que gustaba hacer gala, que hubo de costarle caro, como le costó a algunos de sus ayudantes, aunque regresó al fuerte con el poncho acribillado a lanzazos. Eran las cosas del "cabo viejo".

Mientras tanto, el telégrafo ya llegaba a Trenque Lauquen con sus postes levantados cada 80 metros, y ahora las comunicaciones podían hacerse directamente hasta el propio ministerio de Guerra, dado que el Dr. Alsina, para estar más en contacto con la frontera, había hecho instalar una oficina telegráfica en su mismo despacho, en Buenos Aires.

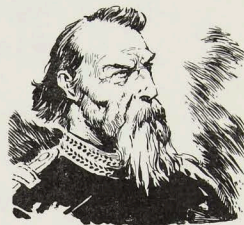
El 30 de julio de 1877, los caciques Manuel Grande y Tripailao, que meses antes se habían sublevado, volvieron a presentarse al frente de 141 indios de lanza y 300 de familias. Y el 13 de noviembre el coronel Villegas recibía orden del ministro de Guerra de iniciar, finalmente, la ofensiva, haciendo una salida contra las tolдерías de Pincén. La expedición, después de varias jornadas de internarse por los montes, llegó a su destino el 17 del mismo mes, con resultados concluyentes, que hablaban de la superioridad del Remington: 80 indios muertos, 104 prisioneros y ningún cristiano muerto o herido. Al comunicar tales resultados, el coronel Villegas recomendaba a la superioridad, los jefes y oficiales de su División, "pues llenos de ardor y patriotismo —decía— han ayudado al que firma a que sea un hecho la seguridad de esta frontera".

Y, al redactar el parte, su ayudante aún tenía puesta la camisa con los puños tintos en sangre, y hasta en su propia mano quedaban los rastros del momento en que, sobre ella, había tenido como un guante rojo.

29. El caudillo autonomista

(Campamento de Puán - 1877)

"SOBRE LA GUERRA CON LOS indios se ha escrito mucho, pero no hubo quién pudiera escribir una táctica sobre la guerra con esta clase de enemigo. Pretender que cesen de golpe todas las invasiones con sólo el hecho de establecer la nueva línea, únicamente pueden hacerlo los que no saben lo que es el Desierto y no conocen qué enemigo es el indio."



MAYOR J. WYSOCKI:
Informe al ministro de Guerra,
Dr. Alsina (1877)

"LA CUESTIÓN FRONTERAS SE ENCUENTRA HOY EN UN ESTADO EN QUE es preciso que el gobierno de la Nación ponga en juego todos los elementos de que pueda disponer para resolverla pronto y bien, colocando la línea avanzada en condiciones perfectas de seguridad... Pienso, y no me equivoco, que un regimiento organizado como va a serlo, podrá pasearse impunemente por el Desierto, y después del primer choque, ha de ser fatal el desaliento que se apodere de los indios cuando se convencen de que la chuzza ha dejado de ser arma ofensiva para la guerra."

A. ALSINA: *Memoria especial del ministro de Guerra* (1877)

"LOS RÉMINGTON DE AQUELLOS BRAVOS NO ACABABAN DE VOMITAR LA muerte para quebrar la inmensa muralla de bárbaros que avanzaba a la carrera, y que sólo fue dominada y dispersada cuando alcanzaba el pecho de los soldados del 2."

COMANDANTE M. PRADO: *La conquista de la Pampa*



¡Campamento de Puán, donde había ido a establecerse la División Costa Sud, de la Primera Línea de la Frontera de Buenos Aires, después de su penosa experiencia de Masallé! Estaba situado en un hermoso lugar junto a un lago gris y al pie del cerro de Puán, donde afloraban grandes piedras que se destacaban en el paisaje. Para esa fecha tenía ya 18 casas construidas de adobe con techos de paja, todas revocadas y blanqueadas. También se habían levantado tres cuadras para los regimientos 1º y 11º de Caballería, así como para el batallón 8º de Infantería de línea, existiendo otra pequeña construcción para el Cuerpo de Baqueanos, formado por 80 indios amigos del capitán Pichihuínca, cuyo segundo era el indio Juan León, asimilado a teniente.

El campamento tenía una plaza de 120 metros por lado y, sobre una loma, se había construido un hospital, con todas las ventanas al nivel del suelo para facilitar su ventilación. Además, un gran depósito, una Comandancia, Detall y botica, con sus correspondientes estantes y útiles.

El campamento estaba guarnecido por 880 hombres, con 7 jefes y 59 oficiales, al mando del teniente coronel Salvador Maldonado, y reforzado con una línea de fortines, que eran, a la derecha: "Justo Reyes", "General Vedia", "Coronel Catalán", "Legión Militar", "Sargento Segovia", "Mateo Martínez", "Ayudante Escudero", "Mayor Baldomero Díaz", "Morales". Y a la izquierda: "Río Bamba", situado en la cúspide del cerro Puán, "Regimiento 1º", "Coronel Ruiz", "Carlos Keen", "General Domínguez", "Melchor Romero", "Coronel Marcos Paz", "17 de Agosto", "Coronel Díaz", "Coronel Sandes", "Capitán Rosas", "29 de Agosto", "Comandante Rivadenar" y "San Salvador". En cada fortín, sobre el borde de las zanjas exteriores, se había plantado cina cina con el objeto de formar un cerco. Entre todos, estaban provistos de 11 cañones. Los fortines de la derecha se hallaban situados a media legua y los de la izquierda a una entre sí.

Esta línea de fortines se continuaba al Sud con los de la 1ª Línea de Bahía Blanca, y al Norte con los de la Frontera Sud, con asiento en Carhué.

La construcción de la zanja también había proseguido en este sector, desde Carhué a Puán, en condiciones particularmente difíciles por la firmeza del terreno.

Como en todos los otros fuertes y fortines que completaban la Primera Línea, la vida en el campamento de Puán, en esos días, había sido muy dura y plena de alternativas. Apenas llegaron, debieron soportar largas jornadas de aguaceros ininterrumpidos, que hicieron más intolerable el invierno. Algunos de los hombres estaban tan desnudos, que debían andar "mostrando lo que prohíbe la moral", según decían los partes pasados a Buenos Aires. Carecían de todo, y los pocos vivanderos que se atrevían a acompañarlos, solo vendían barajas y facones. A falta de leña, y ante la escasez, incluso de la bosta de vaca, con que se sustituía aquella, los soldados habían descubierto un cardo blanco, llamado "broquilla", con cuyas raíces, en cierto modo, podían reemplazarla.

Tampoco tenían médico y los enfermos eran curados con yuyos por las mujeres de la tropa, que siempre seguían a los regimientos y batallones. El propio coronel Teodoro García, que hubo de sustituir momentáneamente a Maldonado, como jefe del campamento, debió ser atendido, en una oportunidad, por Mamá Pilar, mujer del cabo Martínez, quien lo examinó fumando su cigarrillo de chala, y lo curó con tisanas, ungüentos y trapos calientes. Aunque también había algunos que se curaban solos, como el alférez Peña que, después de haber recibido once lanzazos y ser dejado por muerto por los indios, caminó 12 leguas hasta el campamento y no tardó muchas semanas en recuperarse.

Como se vivía en perpetua prevención de malones, para mantener la guarnición alerta, casi todas las noches de 12 a 2 de la madrugada, se tocaba generala, hasta dos veces, nada más que como un ejercicio preventivo. A cada toque, los hombres tenían que salir, chapaleando barro, para pasar lista. Y una vez concluida la tarea, se les recomendaba atención, se rompían las filas y se los autorizaba a retirarse.

Las provisiones y la paga eran tan inseguras como la vida que allí se llevaba. Por eso las ocasiones en que el vasco Manuel Echave, dueño de una tropa de carretas que venían desde Bahía Blanca, llegaba a Puán, eran de alegría general en el campamento y, por corto tiempo, todo el mundo fumaba y se pasaba el día con la bombilla del cimarrón en la boca. Pero, pronto la fiesta terminaba, volviéndose al tomillo y al té pampa.

En una oportunidad los soldados consiguieron capturar vacas que algunos indios traían arreadas en una invasión. ¡Gran noticia en el campamento! Por un día, al menos, hubo churrasqueada a discreción. Cuan-

do el coronel Levalle, en Carhué, se enteró del acontecimiento, mandó pedir al teniente coronel Maldonado, 200 animales de los capturados, de los que se pensaba conservar las marcas para indemnizar oportunamente a los propietarios, a quienes los animales habían sido arrebatados. En otra ocasión, en cambio, fueron los indios los que se llevaron 40 vacas, despachándose al sargento Higinio Vallejos con 10 hombres para recuperarlas. Pero, habiendo regresado por la noche con sólo veinte, le preguntó el oficial de guardia: "¿Cómo? ¿No eran cuarenta las vacas?". A lo que el sargento habría respondido: "Sí, mi teniente. Pero yo todas las noches juego al tute, y cuando no puedo acusar las cuarenta, me conformo con las veinte".

El teniente coronel Salvador Maldonado, jefe de la guarnición de Puán, era una figura famosa en la frontera por sus cargas de caballería. Discipulo de Sandes, contábase de él innumerables hazañas, que le daban brillo, así como numerosas manchas que le hacían sombra. Había luchado contra los indios en las fronteras del Interior y Norte de Buenos Aires, y una vez, en el combate de La Picaza, estuvo peleando cinco horas y media contra fuerzas ranquelinas mandadas por el cacique Epugner. También había hecho la campaña contra Paraguay, y contra López Jordán. De él se contaba que en el Morro, en San Luis, mató de un latigazo en la cabeza al mayor Donato López. El látigo era de ballena trenzada y tenía por puño un zorro de plata cazando un pato, que atravesó el cráneo del mayor. También se decía que, en el hotel de France, del Río IV, había dado muerte al teniente 1º Justo Pastor Villanueva, del batallón 10 de Infantería, de un tiro de revólver, a raíz de una agria discusión. Según se murmuraba, nunca se encontraba solo, porque siempre estaba haciéndole compañía un porrón de ginebra marca "Tero", un "cuatro caras", como la gente lo llamaba. La fama de su valor se había extendido tanto, que una vez el poblador inglés "Facón Grande", llegado para dar cuenta de una invasión en sus campos, no quiso regresar y se incorporó al regimiento, que salía para perseguir a los indios, porque quería ser testigo de una carga de Maldonado.

Quizá, por esta misma fama los indios venían expresamente a buscarlo. Tal ocurrió en Puán, el 20 de abril de 1877. Ese día había amanecido con el paisaje cubierto por una espesa neblina, que podía ser una buena oportunidad para ellos, pues nada hacía prever su cercanía, ya que ni las descubiertas ni los fortines habían dado cuenta de ninguna novedad. Era oficial del día el teniente coronel Antonio Dónovan, quien, a poco de salir a recorrer los alrededores con una pequeña escolta de cuatro soldados, se encontró con una numerosísima invasión en las mismas puertas del campamento. Apenas pudo salvarse protegiéndose tras un arroyito pantanoso, mientras los indios lograban arrebatar parte de la caballada del 1º de Caballería, que era conducida por unos soldados, así como la hacienda de consumo del fuerte.

Impuesto de la novedad, el teniente coronel Maldonado hizo tocar generala y tropa, señal de que el enemigo se encontraba frente a la guarnición, y pronto todas las fuerzas de Puán estaban listas para entrar en combate.

Para informarse sobre la posición y sobre el número de los indios, Maldonado llamó al segundo jefe del Cuerpo de Baqueanos, el teniente indio Juan León, quien siempre andaba con uniforme militar completo, sosteniendo su cabellera con un pañuelo rojo en la frente, las boleadoras atadas a la cintura, descalzo y portando su larga lanza, y le encomendó que saliera en observación con tal fin.

Mientras tanto, ya despejada la mañana, podía verse una multitud de jinetes, coronando las alturas de Puán, haciendo caracolear sus caballos y revoleando las lanzas. Los hombres de la guarnición permanecían formados, esperando órdenes de avanzar, posición desde donde era posible ver el humo que se había levantado de algunas quemazones hechas por los atacantes.

En esa actitud estaban, cuando, desde una altura próxima, apareció un araucano a caballo, con su larga lanza empenachada y, desde cierta distancia, gritó que los "generales" Namuncurá y Catriel, así como otros jefes, estaban en las cercanías, y, después de insultar a las tropas cristianas, invitó a Maldonado a "salir al campo si era guapo", donde los indios lo esperaban. Y, en seguida, castigando su caballo, partió a la carrera, agachándose sobre el pescuezo de su caballo, para evitar las balas.

Cuando regresó Juan León con sus hombres, escapado a duras penas de la persecución de que fuera objeto, le preguntó Maldonado:

—¿Son muchos los indios? ¿Cuántos son?

Y Juan León, aún agitado por la galopada, alcanzó a decir:

—Mi comandante. ¡Indio malón como merda!

En seguida las fuerzas cristianas se pusieron en marcha, subiendo la planicie, donde los atacantes, ya formados en orden de batalla, ocupaban su tiempo churrasqueando. En cuanto observaron la aproximación de los cristianos, que se desplegaron en orden de combate, se aprestaron a la lucha en número que podía alcanzar a 3.000 hombres.

Muy pronto sonaron los clarines y, desde las alturas de Curumalán Chico, las fuerzas de Namuncurá y Catriel, y, según parece, también las de Reuque Curá, llevaron una furiosa carga. Ahora venían silenciosos, como concentrados totalmente en su acción, dejando oír sólo el toque de las cornetas y las voces de mando de los jefes.

Pero se estrellaron contra la potencia del Remington.

Varias veces se rehicieron y volvieron a cargar. Pero todo fue inútil; otras tantas veces fueron rechazados. El resultado negativo de la acción provocabá en sus filas innumerables bajas. Hombres y animales

caían impotentes ante la boca de los fusiles, que vomitaban cada uno doce tiros por minuto.

La derrota fue completada con algunas cargas del comandante Maldonado.

El informe de un oficial que participó en el combate, decía: "Salieron el batallón 8º de Infantería y los regimientos 1º y 11º de Caballería. Al ser avistada la división —700 hombres más o menos— los indios esperaronla a pie firme y desplegaron su vanguardia. Visto este movimiento que denunciaba a las claras el propósito de presentar combate, el comandante Maldonado dispuso que saliera a su encuentro su escolta formada por 50 hombres de Caballería, soldados elegidos y avezados en esta clase de entreveros, y designó a su ayudante, el teniente Rodolfo Domínguez, para que, enfrentándolos, iniciara la acción entre estas dos fuerzas desiguales; mientras tanto la Infantería siguió avanzando. Fue un momento de gran emoción.

"Los indios, numéricamente muy superiores, arrollaron a la valiente escolta que se vio en el trance de retroceder, replegándose. Entonces, desmontó la Infantería y el mortífero fuego de los Remington y de las carabinas comenzó a sembrar el campo de muertos y de heridos. Los sables de la Caballería, y en especial manera, los del regimiento 1º de Maldonado, completaron el desastre. Los indios que no cayeron prisioneros, perdíanse rumbo al Sud en las soledades de la pampa, envueltos en la polvareda que levantaban los cascos de sus redomones." Y años después, ese mismo oficial, había de decir: "Tengo así como un vago recuerdo de que todos los indios de lanza capturados, fueron sacrificados".

En el campamento que habían improvisado con carpas a cuatro cuadras de la plaza central de Bahía Blanca, un contingente de 89 reclutas de las provincias, recién llegado después de un viaje de dos días en el vapor "Santa Rosa", desde Buenos Aires, se aprestaba a partir con destino al fuerte "Puán". Los preparativos se habían extendido a todo lo referente a su marcha y aprovisionamiento.

Y el día señalado para la partida, el contingente se puso en marcha a pie —cada hombre con un arma al hombro— precedido por ocho jinetes que iban a la vanguardia y a los flancos, y seguido por diez carretas de la tropa del vasco Echave, servida por 20 peones militarizados, en uno de sus habituales viajes de 22 leguas desde Bahía Blanca hasta el fuerte Puán, llevando abastecimientos.

El camino a seguir, que ya estaba señalado por las profundas huellas de los viajes anteriores, pasaba por los fortines de la 1ª Línea, por lo que el peligro era permanente en todo el trayecto, lo que obligaba a que,

cuando alguna carreta se detenía, en seguida otra se colocara a su costado, para mayor seguridad en caso de ataque. De noche todas las carretas formaban el gran círculo de costumbre, el que se completaba atando una a otra con las cadenas de los tiros, y las carpas de los hombres del contingente se levantaban también en los espacios entre ellas, largando luego, siempre, los animales para que pastaran en el centro.

Así fueron marchando, pasando por los fortines "Cuatrerros", "Coronel Borges" y "Nueva Roma", siempre atentos sus hombres a la menor alarma. El último "fortín" consistía en un destacamento de diez Guardias Nacionales y veinte indios amigos, acampados en un rincón del arroyo Sauce Chico, sin foso ni carpas o ranchos para defenderse de los indios o resguardarse de la intemperie.

Luego, siguieron a lo largo del Sauce Chico, que vadearon por el Paso de los Chilenos, donde recientemente se había construido un fuerte importante, al que se denominó "Argentino", como el primitivo al fundarse Bahía Blanca, y era sede ahora de la Comandancia de la Frontera de ese sector.

Casi toda la historia del país iba con ellos: venían entrerrianos hechos prisioneros en la última sublevación de López Jordán, presos riojanos que habían seguido la bandera de Felipe Varela, coyas jujeños enviados a la frontera por motivos políticos, etcétera.

Juan Roarte, Eufemio Castellanos, Pedro Leguizamón, Juan Acuña, Felipe Carranza, Francisco Villavicencio, Santos Godoy, Agapito Luna, Inocencio Giménez, Pablo Vergara, Desiderio Lescano, Pedro Duarte, Ruperto Zárate. . .

Zoilo Perdiel, José Rodríguez, Juan Luna, Silverio Molina, Bruno Rosales, José Castro, Felipe Ferreira, Clemente Córdoba, Mariano Merlo, Rufino Sarmiento, Ramón Juárez, Pacífico González, Manuel Zeballos. . .

Pedro Albarracín, Tiburcio Llanos, Bautista Juárez, Javier Maza, Eugenio Villares, Antonio Olivera, Alejo Maciel, Mauricio Morales, Crencencio Pudicio, José Quinón, Cruz Flores, Francisco Galarza, Higinio Bravo, Gregorio Solís. . .

Muy poco antes, la tropa de carretas de Tiburcio Gavilán había sido asaltada por los indios, que asesinaron al tropero y a algunos peones, las cruces de cuyas sepulturas jalonaban el camino.

Para perseguir a los indios asaltantes habían sido despachadas dos comisiones, una al mando del capitán Facundo Quiroga y otra al del teniente Adolfo Drury, ambos hacia distintos rumbos. El capitán Quiroga pronto halló una rastrillada y se lanzó por ella, perdiendo el rumbo, aunque continuó su marcha durante toda la noche, que se presentaba oscura. De pronto, se encontró, imprevistamente, con el destacamento del teniente Drury y, sin poder reconocerse, de ambas partes partió un nutrido tiroteo, creyendo cada cual encontrarse frente al enemigo. Cuan-

do comprendieron su error, el capitán Quiroga y varios hombres de su tropa se hallaban mortalmente heridos.

Por todo eso, ahora los hombres de la columna y los picadores venían bien prevenidos, particularmente porque se contaba que las ánimas de Tiburcio Gavilán y de los peones asesinados rondaban el lugar, siendo ellas las que habían desorientado al capitán Quiroga, y que quienes por allí pasaban podían oír desde lejos el rechinar de los ejes de las carretas y los gritos de los boyeros, acicateando los animales.

Pero esa vez nada sintieron ni nada particular les ocurrió en la travesía, aunque encontraron algunos caballos "de oreja", ya secos de sudor, señal de que no hacía mucho que por allí habían pasado los indios. Más adelante, hallaron a dos de éstos arreando una tropilla, vestidos de marineros, con una gorra que decía "Rosales": desertores de la Marina, que alcanzaron a desaparecer.

Hasta que, por fin, llegaron a Puán para reforzar la guarnición del punto, que se aprestaba para iniciar una seria campaña.

Mientras tanto, el convencimiento de su impotencia ante las nuevas armas de los cristianos, de la que habían tenido una demostración concluyente en el combate de Puán, desconcertó a los jefes araucanos, impulsándolos, no solo a tomar venganzas contra sus paisanos que colaboraban con el enemigo —al indio Juan León, un día, le sacaron el corazón, la lengua y los ojos— sino a buscar, momentaneamente, un avenimiento con los cristianos, mediante nuevos tratados de paz. Uno de esos tratados fue convenido en el fortín "Mercedes", sobre el río Colorado, perteneciente a la frontera de Carmen de Patagones, entre la tribu sublevada de Catriel y el jefe accidental de esta, mayor Juan G. Díaz, en ausencia de su jefe efectivo, comandante Liborio Bernal.

En él se decía que "el cacique Juan José Catriel deseando entablar una paz sólida y duradera con el gobierno de la República Argentina, había acordado lo siguiente: 1º) El cacique Catriel se obliga a venir con toda su tribu, compuesta de setecientas lanzas, más o menos, con sus respectivas familias, al paraje que el Superior Gobierno, de acuerdo con el jefe de esta Frontera, le designen en la costa del río Colorado". Y seguían 14 artículos más por los que el cacique se comprometía a hacer el servicio de la frontera, de acuerdo con las órdenes del jefe de la misma, a cambio de recibir sueldos y raciones. Por el artículo 11, el Gobierno se obligaba a "darle un campo en la costa del río Colorado, y suministrarle herramientas y semillas para agricultura". Y, además de los contratantes, representado el cacique por un personero por no saber firmar, lo hacían varios testigos, "en fortín Mercedes, costa del río Colorado a 9 de setiembre de 1877".

El 14 de setiembre el tratado fue remitido por vía terrestre a Buenos Aires, para su aprobación por el Gobierno Nacional y, con fecha 22, el mayor Díaz comunicaba a su superioridad que "en conocimiento de la espantosa miseria en que se encuentra toda la gente de Juan José Catriel", había creído necesario entregarle 100 ovejas, "hasta tanto venga la aprobación del Superior Gobierno de los tratados que he celebrado con dicho Cacique".

Pero, en Buenos Aires, el tratado de paz no fue tomado en cuenta, mientras el ministro de Guerra, Dr. Adolfo Alsina, proseguía su acción con el ardor de costumbre, dando órdenes y recibiendo informes, constantemente, de todos los fuertes y Comandancias, a través del telégrafo. Al mismo tiempo continuaba sus actividades políticas, como jefe del partido Autonomista, el más importante de la provincia de Buenos Aires, y, a pesar de todas las divergencias que hasta entonces lo tuvieron apartado del general Mitre, había llegado, finalmente, a un acuerdo con él y su partido Nacionalista, con lo que, así, se aseguraba las mayores ventajas políticas, es decir, la Presidencia de la República. En varios actos públicos que, con tal motivo, se realizaron, Alsina había hablado con el fuego de siempre, arrastrando con su oratoria al pueblo, que lo seguía con fervoroso entusiasmo.

Pronto, los problemas de la frontera lo volvieron a absorber, sin embargo, y el 29 de octubre de 1877, a las diez de la mañana partía nuevamente de Buenos Aires para arribar a Azul, hasta donde ahora llegaba el ferrocarril, a las seis de la tarde. Allí permaneció dos días, alojado en el Hotel Nacional, saliendo el 31 para Olavarría, de donde, el 1º de noviembre se puso en marcha, pasando por el fuerte "General Lavalle" (Sanquicó), de la Segunda Línea, para acampar luego sobre el arroyo Salado. Hacía el trayecto en un "break", en el que finalmente, el 3 de noviembre a las 4 de la tarde llegó a Carhué.

En Carhué pudo comprobar las novedades que ya conocía: la zanja, con el paredón, estaba concluida en sus cien leguas. Pero, después de conferenciar con su constructor, el ingeniero Ebelot, supo que, en ciertas extensiones, no tenía más que una vara y media, pues el agua impedía profundizarla. De acuerdo con tales informes se puso en comunicación con el Presidente de la Comisión de Fronteras para regular el pago que correspondía. También quedó bien al tanto de la presentación de los caciques Manuel Grande y Tripailao, que el año anterior se habían sublevado, pero que volvieron, luego, a acercarse a los cristianos. Este refuerzo era muy oportuno, por cuanto la zanja resultó casi inútil: los indios la pasaban, aunque ahora las invasiones les resultaban más y más difíciles, por los inconvenientes de la salida con el arreo, a causa de la rapidez de las comunicaciones telegráficas y la existencia de fuerzas defensoras en las dos líneas. Todo ello, unido a la acción del Remington, había provocado en las tribus del Desierto una situación de desconcierto

y de penuria, que ya comenzaba a hacerse sentir y fue una de las causas de la presentación de los mencionados caciques.

Después de permanecer dos días en Carhué, el 6 de noviembre a la una de la tarde, el Dr. Alsina se puso en marcha para Puán, donde estaba de jefe el comandante Teodoro García, reemplazando por enfermedad a Maldonado. Y en seguida, de acuerdo con ese jefe y con el comandante Lorenzo Wintter, decidió realizar una expedición contra las tolдерías de Juan José y Marcelino Catriel, en Treicó, desechando el tratado de paz que estos caciques habían celebrado con el mayor Díaz, en el fortín Mercedes, dos meses antes.

Las fuerzas de esta expedición, a las órdenes del comandante García, estaban compuestas de 400 hombres con 2500 caballos: 100 soldados del regimiento 1º de Caballería, 100 del regimiento 11º de Caballería, 100 del regimiento 5º de Caballería, 10 infantes del batallón 8º de línea, todos provistos de fusiles Remington y sus cargas, y 80 indios de las tribus de Manuel Grande, Tripailao y Pichihuinca. La vanguardia iba al mando del comandante Wintter.

Al efecto, el Dr. Alsina comunicó a Buenos Aires:

"Puán, noviembre 9 de 1877, 2 p.m.

"A las tres de la mañana del día de hoy he desprendido sobre los toldos de Catriel una columna ligera a las órdenes del Comandante García, Jefe accidental de esta División. No se conoce con exactitud la situación de ciertos lugares, y Catriel, temeroso de ser invadido, mueve con frecuencia sus tolдерías. De todas maneras, ya sea que la fuerza expedicionaria sea sentida, ya que no dé con el enemigo, que es lo peor que puede suceder, los resultados serán benéficos. He dispuesto también que marche el señor Ebelot provisto de buenos instrumentos de observación."

Los días 9, 10, 11 y casi todo el 12, el Dr. Alsina, que había quedado como Jefe en Puán, pasó interminables momentos de ansiedad. Sentado debajo de los corredores de la Comandancia, permanecía tranquilo, sin tener ninguna noticia y esperándolas poseído de la mayor inquietud, la que trataba de aplacar refugiándose en los mapas con un sextante en la mano. Esta inquietud era tal, que de noche no podía conciliar el sueño, y dejaba transcurrir las horas caminando de un extremo a otro de la plaza. Ya había comenzado a manifestarse en él, acentuada por las penalidades que se impuso en la frontera, la enfermedad que lo aquejó, de la que había tenido síntomas en Azul y Carhué en oportunidad de este viaje.

Por fin, a las 3 de la tarde del 12 de noviembre, llegaron al campamento de Puán, a galope tendido, dos chasques despachados por el comandante García con un parte para el ministro, que éste en seguida retransmitió al Presidente de la República, Dr. Avellaneda. El parte decía:

“Señor Ministro: A las 4 y 50 a.m. del día de hoy, fueron asaltadas las tolderías de Catriel, resultando tres capitanejos y cincuenta y un indio de lanza muertos, 44 prisioneros y 252 de chusma, 200 a 300 caballos y 10 animales vacunos. Aún no se han replegado algunas partidas que recorren los montes donde se habrán guarecido algunas familias. Remito a V. E. como trofeo una bandera bordada de oro, tomada en el combate. Ruego a V. E. se sirva enviarme los carros de la División hasta el Hunco, para transportar la chusma.”

La expedición fue guiada por un sargento que antes había estado cautivo en las tolderías, y también, por un indio tomado preso, al que se obligó a servir de baqueano. La marcha final se efectuó en una noche sin luna, y, confiada la tribu de Catriel en el tratado de paz que había firmado y cuya aprobación se esperaba, fue tomada completamente desprevénida, lo cual, agregado a su dispersión, ya que ocupaba varias leguas cuadradas de terrenos áridos, le significó un terrible desastre. Se calculaba que en la sorpresa habían sido muertos más de 200 indios de lanza. También varios capitanejos, entre ellos el bravo Railef, así como el cristiano Cándido Leal, de Azul, que fueron fusilados. “El pánico que se produjo entre los salvajes fue completo —decía el parte de la expedición—. Los valientes escuadrones de nuestra Caballería, con sus relumbrantes corazas y bien afilados sables, causaron efecto aterrante en los hijos de la Pampa.”

Y, el 14 de noviembre, llegaban a Puán las fuerzas expedicionarias trayendo 160 mujeres, 135 muchachos y 62 hombres de lanza prisioneros. La chusma venía en los carros enviados por Alsina, y en numerosos caballos.

El ministro de Guerra con tal motivo telegrafió al Presidente de la República: “A la una de la mañana, regresó la columna expedicionaria. ¡Espectáculo imponente, su entrada al campamento, a la clara luz de la luna, trayendo como trofeo cuatrocientos y tantos hijos del Desierto, hambrientos y desnudos! Todo cuanto dijese a V. E., sería pálido, si me propusiese dar una idea del estado en que han llegado. Parece imposible que la naturaleza del hombre pueda resistir, sin caer extenuada por tantas penurias y entre tantas privaciones. ¡Qué repugnante y qué desgraciada, al mismo tiempo, es la barbarie!”. Y le anunciaba que, dejando en rehenes a las familias, había despachado a varios indios con el objeto de ofrecer a los Catriel, que se hallaban ausentes de Treicó, en el momento de ser asaltada la toldería, su sometimiento, a nombre del gobierno, a cambio de no tomar represalias.

El 16 de noviembre, concluido su propósito, el ministro volvió a partir para Carhué y, luego, siguió el 18 para Guaminí. Pero sintiéndose enfermo, desistió de continuar a Trenque Lauquen, punto éste a donde ya, con fecha 9 de noviembre había teleografiado al coronel Conrado Villegas, ordenándole que expedicionara contra la tribu de Pincén, a

quien llamaba “indio indómito y perverso, azote del Oeste y Norte de esta provincia”. “Jamás se someterá —agregaba— a no ser que por un golpe de fortuna, nuestras fuerzas se apoderasen de su chusma. Si esto no sucede, Pincén se conservará rebelde aún dado el sometimiento de todas las tribus hostiles. Para mí es el tipo de hijo del Desierto, indómito y salvaje, por placer, por costumbre y por instinto.”

El 19 hizo enganchar su carruaje y se puso en marcha, por la rastrellada de Salinas Grandes, hacia el fuerte “San Carlos” (2ª Línea), y luego al fuerte “General Paz”, donde arreció su fiebre. En esas condiciones continuó para 9 de Julio y el Bragado, donde tomó el tren para Buenos Aires. Se mostraba tan nervioso, pálido y desenchajado, que sus secretarios se sentían positivamente alarmados.

Ya en la capital, en su lecho de enfermo, recibió un parte del coronel Villegas en el cual le informaba del éxito de su expedición contra las tolderías de Pincén. El resultado había sido también muy grave para dicho cacique, que asimismo se hallaba ausente de sus tolderías en Malal, al llegar a ellas el jefe cristiano.

Mientras tanto, la salud del ministro de Guerra había empeorado, y continuas consultas de los más famosos médicos de Buenos Aires trataban de encarar el mal, que parecía no tener remedio, a pesar de tratarse de un hombre de sólo 48 años. Una fiebre tenaz y rebelde lo iba consumiendo. Sus amigos mantenían diaria vigilia, temiendo por su vida, y aun la noticia de su muerte llegó a circular, sin fundamento, por el país, provocando ansiedad pública y hasta alteración en las cotizaciones de la Bolsa.

No obstante su estado, desde su casa de la calle Potosí, el Dr. Alsina tenía concentrada toda su atención en los problemas de la frontera, como siempre, recibiendo informaciones y dando órdenes. Telegrama tras telegrama salían para el comandante García, para el comandante Dónovan, para el comandante Freire.

Por fin, el 27 de diciembre, un último telegrama se despachaba para el coronel Levalle, ordenándole invadir las tolderías de Namuncurá. “La operación se hará combinada por las tres divisiones —ordenaba Alsina— llevando V. S. la dirección. Me parece muy difícil que una columna que salga de Carhué en dirección a Salinas, no sea sentida antes de las seis leguas. De todas maneras, todo lo demás lo libro a ustedes. En la fecha ordeno al comandante Freire y al comandante García, que se trasladan a ese campamento.” Y como el pulso le temblaba demasiado, hizo firmar la comunicación con su secretario.

El 28 siguió empeorando y comenzó a entrar en períodos de delirio. —Namuncurá... Levalle... indios... expedición —decía semiconsciente.

A las 2 de la mañana del 29 comenzaron a atacarle agudísimos dolores de estómago. Los médicos reunidos en consulta alrededor de

su cabecera, dictaminaron que no había nada que hacer. Era un caso perdido.

Pronto el delirio recomenzó:

—¿Contestó Levalle? . . . —preguntaba— Salinas . . . Namuncurá . . . si . . . sorprenderlo . . . es seguro.

Su semblante cadavérico se transformaba, mientras hacía un semi-círculo con las manos.

—¡Ah! Sí, García, Guatraché, Freire, Guaminí . . . Levalle, acá . . . ¡Ni uno debe haber escapado!

Con este pensamiento obsesionante, pidió un vaso de agua y al querer sentarse en la cama para tomarlo, expiró.

Su muerte, que conmovió al país, fue un resonante duelo nacional.

—¿Qué circunstancia para morir! —dijo el Presidente Avellaneda al visitar la cámara mortuoria—. Estaba próximo a llenar sus aspiraciones. Él iba a ser el futuro Presidente de la República.



30. El argumento del Remington

(Campamento de Carhué - 1878)

“SE IBA A JUGAR EL TODO POR el todo para eliminar a un enemigo contra el cual nada se había podido hacer. Se iba a buscar que terminaran para siempre sus fuertes y pavorosos alaridos, sus desastrosas correrías, sus arrasamientos y los terrores de una vida sombría y cruel. La empresa parecía realmente difícil y arriesgada, mejor dicho, fabulosa. ¡Cuán diversas y extrañas fueron las opiniones entonces! Era la primera vez que en forma decisiva se marchaba a buscar en sus propios toldos a esos salvajes que habían tenido el poder suficiente para mantener el país en perpetua alarma durante siglos enteros.”



Tte. coronel E. RAMAYÓN: *La conquista del Desierto*

“EN LUGAR DE ATENDER LAS DISPOSICIONES AMISTOSAS DE LOS INDIOS . . . se prefirió . . . el argumento del Remington y de ahí la destrucción de muchos miles de vidas útiles.”

F. P. MORENO: *Reminiscencias*

“VINO EL REMINGTON Y, JUNTO CON EL REMINGTON LA OFENSIVA; SE acabaron los indios y se conquistó el Desierto.”

General I. FOTHERINGHAM: *La vida de un soldado*



El año 1872, el general José María Arredondo, jefe de la frontera de Mendoza, San Luis y Córdoba, había realizado una expedición hasta Leubucó, sede de Mariano Rosas, cacique de los ranqueles, oportunidad en que lo acompañó el coronel Julio A. Roca, entonces jefe de la frontera Sud de Córdoba. Formaban parte de la expedición, el batallón 12º de Infantería de Línea, montando sus hermosas mulas, al mando de sus jefes, el coronel Eduardo Racedo y el comandante Ignacio Fotheringham; el regimiento 7º de Caballería, al mando del coronel Plácido Laconcha, el regimiento de Guardias Nacionales y un pequeño grupo de voluntarios, sumando la columna alrededor de 700 hombres. La marcha la comenzó el general Arredondo desde la Villa de Mercedes por la laguna de Sa-yapé, Pozos del Tala, Los Barriles, Corralito, Chañares, Pichicarrilauquén, Bagual, Médano Colorado, Aillancó, Jagüel de las Brujas, etcétera, mientras que el coronel Roca, partiendo desde el fuerte "3 de Febrero", se le había reunido en el trayecto.

"El desierto que hemos cruzado —informaba el general Arredondo— no presenta otro aspecto que el de un suelo accidentado y guadaloso, pobre de vegetación, con grandes lagunas de distancia en distancia, desierto y solitario y escaso de animales silvestres y de aves, si se exceptúa un solo punto en toda la pampa, la laguna denominada 'La Verde', donde parece que se hubieran citado para hacer nido todos los pájaros y loros del Desierto, que cruzan ese cielo en bandadas infinitas, produciendo un ruido indescriptible."

El propósito de la expedición, que era el de intimidar a los ranqueles, no alcanzó gran resultado, y para lograr un acercamiento con ellos, particularmente con uno de sus caciques, el indio Manuel Baigorria, Pichi Baigorria o Baigorrita, como se le llamaba, el general Arredondo trató de utilizar la influencia del viejo coronel Manuel Baigorria, padrino de aquél, quien vivía retirado en Río IVº, dedicado a escribir sus curiosas memorias. Pero, al parecer, todo fue inútil, pues, el encuentro entre

ambos se produjo sólo a la distancia, comunicándose a grandes gritos, temiendo cada uno por su lado una emboscada.

Con motivo de la revolución mitrista de 1874, el general Arredondo, que montaba llevando una amplia capa blanca y chambergo, fue derrotado en la batalla de Santa Rosa por su subordinado, el coronel Roca, que había permanecido fiel al gobierno. En dicho acción, el general Arredondo salió ileso, pero con diez agujeros de bala en su capa.

Fue sucedido en el cargo por su vencedor, ascendido a general, quien trasladó la sede de la Comandancia General de las fronteras de Mendoza, San Luis y Córdoba, ahora llamada Frontera Sud del Interior, a Río IVº. Allí recibió la consulta del nuevo ministro de Guerra, doctor Adolfo Alsina, sobre la conveniencia del avance de fronteras que proyectaba, en 1875, tanto en la provincia de Buenos Aires como en la de Córdoba, donde pensaba llevarlas hasta la laguna del Cuero.

En su respuesta, el reciente vencedor del general Arredondo, extensamente, contestaba: "El avance de esta frontera al Cuero o a un punto más hacia el Sud, nos presentará todos los inconvenientes del aislamiento y del Desierto, que ya en otras ocasiones he hecho presente a V. E. La distancia entre la nueva línea y las poblaciones, será mucho mayor que el radio actual de 30, 40 y hasta 50 leguas, como hay de Fraile Muerto a Gainza, que aún no ha principiado siquiera a poblarse y, por lo tanto, a medida que nos alejemos de las poblaciones, menos garantidas quedarán éstas y las tropas empeorarán las condiciones de vida. Pero ellas no son, a mi juicio, las mayores dificultades.

"Para establecer la línea a la altura del Cuero, debemos dar por rotas las paces con los Ranqueles que, la verdad sea dicha, han cumplido fielmente sus compromisos, a pesar de haber quedado completamente abandonada la frontera, con motivo de la rebelión de Septiembre.

"Los indios mirarán en el solo hecho de estudiar los puntos que V. E. me indica, un ataque a sus derechos, pues consideran suyos esos campos, y aún los que actualmente ocupamos, como prueban las reclamaciones que en distintas épocas han hecho, y acudido muchas veces a las armas en su defensa. Nos acusarán de ser nosotros los primeros en faltar a la fe de los tratados y agregando este agravio a los que conservan vivos, en sus recuerdos, de los tiempos remotos, contra los cristianos, se prepararán a oponernos la más tenaz resistencia.

"En el Cuero, laguna de escasa importancia, donde hoy se ha establecido el cacique Ramón con unos pocos indios, empiezan los primeros taldos de los Ranqueles. Vamos, pues, a disputarles sus propias guaridas, pretendiendo llevar a ellas nuestras líneas, lo que no conseguiremos sino por medio de la fuerza. Tentar comprarles esa zona de territorio, como se ha hecho con muchas tribus en el Norte de América, no daría resultados. . . A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro,

es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos.

Y, luego de otras consideraciones, agregaba: "Los Fuertes fijos en medio del Desierto, matan la disciplina, diezman las tropas, y poco o ningún espacio dominan. Para mí, el mayor Fuerte, la mejor muralla para guerrear contra los indios de la Pampa y reducirlos de una vez, es un Regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, bien montadas, que anden constantemente recorriendo las guaridas de los indios y apareciéndoseles por donde menos lo piensen. La base para adoptar esta táctica, la establecería en las líneas actuales, en donde aglomeraría en grandes campamentos todos los elementos de caballos y forrajes necesarios para establecer un año entero la guerra sin tregua.

"La Nación gasta anualmente más de cien mil pesos fuertes en subsidios a los ranqueles; gasto inmenso que ocasionan, al que hay que agregar otro tanto, por lo menos del mantenimiento de las fronteras. Estas cantidades, en un año, empleadas en prepararnos para dicha guerra. . . serían suficientes para dar, sobre esta parte, por terminada para siempre la cuestión indios.

"Éstas son mis opiniones, señor Ministro, en materia de fronteras, las que hasta cierto punto concuerdan con las suyas. V. E. quiere avanzar hasta cierta altura, tomando posesiones del suelo, fijándose permanentemente en algunos puntos; yo pienso que se debe avanzar hasta los confines habitados por los indios, en Salinas y territorio Ranquelino, no por Fuertes fijos, sino por Fuertes ambulantes, movibles, como los enemigos que se combaten."

Las desencontradas opiniones entre el Jefe de las Fronteras Sud del Interior y el Ministro de Guerra, Dr. Alsina, después de otras cartas que se cruzaron, llevó a éste a preguntar a aquél: "Objetaba Vd. mi plan diciendo que, para ejecutarlo, era preciso dar por rotos los tratados, pues los indios considerarían como una declaración de guerra todo movimiento en dirección a aquellas tierras que ellos miran como de su exclusivo dominio. Entretanto, no ha dejado de llamarme la atención que el plan que Vd. me propone y que consiste en operar ofensivamente, y de una manera incesante, por divisiones ligeras, es igualmente objetable, por cuanto no puede llevarse a cabo sin que produzca idénticos resultados, en lo referente a provocación de hostilidades".

Mientras tanto, en su libreta personal, el Jefe de las Fronteras Sud del Interior, anotaba: "¡Qué disparate la zanja de Alsina! y Avellaneda lo deja hacer". Y en un artículo en el diario *La República*, argumentaba a favor de la guerra ofensiva, particularmente por el lado de Mendoza: "No solamente ofrecerá esta operación grandes beneficios para el país. . . sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito que desde tiempo inmemorial hacen, con las haciendas robadas

por los indios, las provincias del Sur de Chile... Abriego la convicción de que, suprimido este mercado, que hace subir o bajar la hacienda en Chile, en proporción a la importancia de los malones a Buenos Aires y otras provincias argentinas, se quitaría a los indios el más poderoso de los incentivos, al mismo tiempo que se impediría a Namuncurá y a Catriel recibir de sus aliados de la cordillera refuerzos tan considerables como el que les ha traído el cacique Reuque, que ha venido con dos mil de los suyos y ha tomado parte en las invasiones de los Tres Arroyos y Juárez, siendo él según noticias que he tenido de Mariano Rosas, el que presentó combate a Maldonado”.

También el coronel Alvaro Barros, quien accidentalmente había desempeñado la gobernación de Buenos Aires, y dedicado antes una obra sobre las fronteras al Dr. Adolfo Alsina, a cuyo partido pertenecía, hoy lo fustigaba, no sólo en el Congreso Nacional, con motivo de la discusión de la ley destinando fondos al avance de las fronteras, sino también en un folleto titulado “La guerra contra los indios”, en el que, entre otras cosas, le decía: “¿Cuál es el fin que se trata de alcanzar con el sistema defensivo de nuestras fronteras interiores? Impedir, no la entrada de los indios (lo que hoy como antes se reconoce imposible), sino su salida con el botín que hubiesen hecho, después de causar todo género de estragos. Hace 200 años que por medios análogos más o menos contradictorios, venimos persiguiendo vanamente el mismo fin, y los resultados negativos de dos siglos nada parece que hubiesen dicho aún a nuestra experiencia... Se pretende alcanzar un fin que no es resolutivo. Establecer la seguridad interior sin destruir la causa de la inseguridad: es decir, perseverando en un sistema de guerra defensiva. Si alguna vez se ha tomado la ofensiva, como en la época de Rauch, se ha hecho de una manera imperfecta, limitadísima y parcial... De la existencia de Rauch dependía la iniciativa que cesó con su muerte... Rosas habría debido consumar la obra de Rauch, pero sea por falta de cooperación de las fuerzas de Quiroga o porque no se tuvo el propósito de consumarla, el resultado de aquella guerra fue hacer la paz general con los indios... La paz en aquella época fue un resultado negativo y transitorio que más tarde produjo inmensos desastres.

“Poblar el Desierto existiendo en él indios que pueden invadir a la población cuando se les cuadre, es lo mismo que poblar un terreno que puede ser inundado por las aguas del mar el día que suba la marea más que lo ordinario... Estudiando la historia de la guerra con los indios en el curso del siglo, ella presenta una alternativa periódica de la paz a la guerra (guerra casi siempre defensiva), y viceversa, siendo muy notable que el cambio de un estado al otro haya sido constantemente ventajoso para los bárbaros.”

Desde el año 1871 se había radicado en la frontera del río IVº, sometiéndose, Chañilao, cristiano, capitanejo de Baigorrita, situándose en los “Baños de Carbonel”, al poniente de la Concepción, en compañía de algunos indios pacíficos. Esa deserción no traía muchos problemas a los caciques de los ranqueles, Mariano Rosas, Baigorrita y Ramón Cabral, llamado el Platero. Pero el año 1877 falleció Mariano Rosas, siendo sucedido por su hermano Epugner. Y poco después ocurrió la primera deserción importante: en octubre de ese año Ramón Cabral, que estaba establecido en la laguna del Cuero, distante 30 leguas del río Vº, donde empezaban los montes, se sometió también a los cristianos con los pocos hombres de que disponía: 46 hombres de lanza y 167 personas de familias. A instancias del nuevo jefe de la Frontera Sud de Córdoba, coronel Eduardo Racedo, fue a situarse en el fuerte “Sarmiento”, trasladado a un lugar que se llamó Sarmiento Nuevo, y con esos indios se formó un cuerpo de caballería denominado “Escuadrón Ranqueles”.

De manera que sólo quedaban en pie Epugner y Baigorrita, establecidos en Poitahué y Leubucó, y disponiendo entre ambos alrededor de 500 lanzas, ahora en reposo a consecuencia de los tratados de paz que tenían con los cristianos.

Pero, ya en los últimos meses de 1877 fueron llegando hasta las tolderías de Poitahué y Leubucó las inquietantes noticias de las expediciones dispuestas por el ministro Alsina contra las tribus de la frontera bonaerense, y que tantos estragos habían provocado entre ellas. La última, ordenada al coronel Levalle, desde su lecho de muerte, contra el cacique Namuncurá, en Chilihúe, causó como 200 bajas, y los indios, imposibilitados de afrontar las nuevas armas de los cristianos, sólo atinaron a defenderse incendiando los montes de caldenes, por lo que, al retirarse Levalle, se vio en particular peligro, ya que el viento soplabla de su retaguardia y para evitar que el fuego lo alcanzara, tuvo que efectuar la marcha de noche, a paso acelerado, bajo el resplandor de las llamas.

Todos esos golpes habían sido sumamente serios para los araucanos. “La tribu de Catriel, como tribu guerrera, ha dejado de existir”, escribía en una correspondencia para la “Revue des Deux Mondes”, de París, el ingeniero francés Ebelot, constructor de la zanja, quien había acompañado a la expedición a Treicó. “El terrible Pincén, se puede decir que hoy está destruido”, comentaba en su parte el coronel Villegas, respecto de su excursión a Malal. “Abriego la convicción de que Namuncurá se someterá sin condiciones al Gobierno”, informaba a su vez el coronel Levalle de regreso de Chilihúe, añadiendo que había recibido de él proposiciones de paz.

Pero, apenas tres meses más tarde, el 25 de marzo de 1878, el Juez de Paz de Tres Arroyos, don Juan Cabrera, se dirigió al de Necochea

informándole: "Comunico a Vd. que en estos momentos, cuatro de la mañana los indios acamparon allí, poniéndose después en marcha en dirección al Cristiano por la Costa. El chasque portador de la noticia, cree que ya deben estar en el Cristiano, pues ayer pasaron ellos, primero que él".

Y, pocas horas más tarde, a las 9.30, el señor Cabrera se dirigía urgentemente al Juez de Paz del partido de Juárez, en el que le comunicaba: "Pongo en su conocimiento que en el día de ayer y hoy ha sido invadido este partido por los indios de la tribu de Namuncurá, Catriel y Cañumil, en número de 500 indios aproximadamente, llegando hasta los establecimientos de los Sres. Soler, Rosetti y Santamarina, en el Cristiano, y arreando cuanto caballo y yegua han encontrado en su tránsito. En estos momentos se encuentran con el arreo reunido y por declaraciones tomadas a un cautivo, se pondrán en marcha muy despacio en dirección de la costa, lo que comunico a usted para que tenga a bien comunicárselo al señor Juez de Paz del Azul para que éste la transmita al señor Ministro de Gobierno o a quien creyere conveniente, pues es indudable que tardan en pasar la línea anterior".

Por el norte, también los indios se habían hecho presentes, llegando hasta Colonia Iriondo, a 20 leguas de Rosario de Santa Fe.

En cambio los ranqueles se mantenían tranquilos. El tratado de paz con ellos había sido renovado el 30 de julio de 1878, y el jefe de la Frontera de San Luis, coronel Julio Ruiz Moreno, comunicaba, desde Villa de Mercedes, que en el año último el comercio con esas tribus había tomado un volumen considerable, muy provechoso para la población.

El general Julio A. Roca, comandante general de las Fronteras Sud del Interior, quien, a pesar de su grado, apenas pasaba los 30 años, había conversado largamente en su sede de Río IV^o con el viejo coronel Baigorria, haciéndose una idea de la forma en que debía encararse la guerra del Desierto, la que expuso cuando Alsina solicitó su opinión al respecto. Llamado luego al ministerio de Guerra por la muerte de éste, se preparó para poner en práctica sus pensamientos, en una forma que resultaba particularmente favorecida por la utilización del Remington, lo mismo que por la consolidación del avance estableciendo la Primera Línea.

Así fue como, con fecha 14 de agosto de 1878, el presidente Avellaneda remitió un mensaje al Congreso solicitando la entrega de los fondos necesarios para avanzar las fronteras hasta el río Negro, según lo había dispuesto la ley votada el año 1867, que hasta ahora no había podido cumplirse. En los considerandos pidiendo la aprobación de esa ley, el

presidente Avellaneda, con la firma del ministro Roca, expresaba: "El viejo sistema de las ocupaciones sucesivas, legado por la conquista, obligándonos a diseminar las fuerzas nacionales en una extensión dilatadísima y abierta a todas las incursiones del salvaje, ha demostrado ser impotente para garantizar la vida y la fortuna de los habitantes de los pueblos fronterizos, constantemente amenazados. Es necesario abandonarlo de una vez e ir directamente a buscar al indio en su guarida, para someterlo o expulsarlo, oponiéndole en seguida, no una zanja abierta en la tierra por la mano del hombre, sino la grande e insuperable barrera del río Negro, profundo y navegable en toda su extensión, desde el Océano hasta los Andes.

"Hoy la Nación dispone de medios poderosos, comparados con los que poseía el Virreinato y aun los mismos con que contaba el Congreso de 1867 al dictar la ley. ¿Podría vacilarse, con estos elementos y facilidades, en realizar hoy una operación que estuvieron dispuestos a llevar a cabo los Virreyes, varios gobiernos patrios y el Congreso de 1867? Hasta nuestro propio decoro, como pueblo viril, nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o la fuerza a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente en nombre de la ley, del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República.

"La Primera Línea actual, desde Patagones a Fuerte General San Martín ('El Alamito'), extrema derecha de la frontera de Mendoza, abraza una extensión de trescientas leguas geográficas, y la Segunda Línea de la de Buenos Aires y la de Córdoba, mide sesenta y nueve leguas, haciendo un total de cuatrocientas sesenta y nueve leguas, guardadas por sesenta jefes, trescientos setenta y dos oficiales y seis mil ciento sesenta y cuatro soldados que cuestan a la Nación en vestuarios, armas, alimentos, sueldos, caballos, etcétera, \$ fuertes 2.361.199 al año, sin contar el valor de las construcciones, alojamientos y zanjas que son necesarias en estos avances periódicos por líneas paralelas, siguiendo el sistema conocido desde la conquista.

"La población indígena que las ocupan, puede estimarse en veinte mil almas, en cuyo número alcanzarán a contarse mil ochocientos a dos mil hombres de lanza. Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión, ni otras armas que la lanza primitiva." Y terminaba: "Hemos sido pródigos de nuestro dinero y de nuestra sangre en las luchas sostenidas para constituirnos, y no se explica cómo hemos permanecido tanto tiempo en perpetua alarma y zozobra, viendo arrasarse nuestra campaña, destruir nuestra riqueza, incendiar poblaciones y hasta sitiar ciudades en toda la parte Sud de la República, sin apresurarnos a extirpar el mal de raíz y destruir esos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el Desierto".

El día que la ley fue aprobada por el Congreso, se hizo una gran reunión para saludar al ministro de Guerra. Entre el murmullo general, se oían fuertes voces que decían:

—Si tenemos galones, creo que ha llegado el momento de lucirlos.

—¿Para qué somos soldados? Para pelear, aparte de otras cosas. Venga lo que venga, aquí estamos; ya puede empezar el baile. Las niñas, nomás, faltan. Pero ya vendrán.

Montes de algarrobos, caldenes y chañares. Troncos viejos, retorcidos, algunos ennegrecidos por el fuego. Arbustos espinosos. Medanales, zanjones resecos, llenos de huesos y pasto ralo y pobre. Salitrales, vizcacheras. Una laguna. A lo lejos serranías montuosas, las más lejanas desdibujadas tras una niebla blanquecina. Típico paisaje pampeano de Tierra Adentro, lejana y misteriosa.

En su toldo, Collipal (el Lucero), la mujer del capitanejo Nehuén, estaba enferma. Todo había empezado el día que volviendo de la laguna con agua y leña, una noche de gran tormenta y truenos, había visto un caballo blanco, ricamente enjaezado con arreos de plata, atado en un árbol al lado de su toldo. Entró y encontró un hombre durmiendo. Pensando que fuera un mensajero que traería noticias de su esposo, que había partido convocado para una invasión, le habló y, como no lograra despertarlo, lo tocó. Era duro, sólo huesos. Era el Huitranalhué. Entonces ella le ofreció un cordero para que le chupara la sangre, y él se fue.

A los pocos días el caballo de Nehuén retornó, relinchando, contento de volver a la querencia, pero solo.

Collipal enfermó. Ya había perdido dos hijos: Ananquel, la mujer, en un asalto de las tropas cristianas a la toldería, sin saber bien ella si se la habían llevado o la habían muerto. Y Huenchual, el mayor de los varones, en una epidemia de viruela que asoló la tribu y que también se llevó a su padre, el viejo Painemán.

Sus parientes le decían que no se afligiera, que seguramente su esposo había quedado en Naincó, o en Epupel, para el reparto, y que ya vendría. O que, si había sido herido, estaría curándose en lo de su pariente Linconao, en Hucal, y que pronto volvería.

Pero ella consideraba que sin un motivo poderoso, su marido no iba a dejar abandonado el mejor caballo de su tropilla. Y, a medida que pasaban los días sin que regresara, desmejoraba y enflaquecía, y en la duda de si los malos espíritus, los huecuvús, se habían apoderado de su cuerpo, sus parientes llamaron a la machi Añileo.

Añileo era muy hábil y famosa en su oficio, el que había heredado de su madre y de su abuela, por lo que era poseedora de particulares secretos.

Al llegar Añileo, la enferma se colocó a la entrada del toldo, sobre una manta con la cabeza hacia el Poniente, mientras que la machi oficiaba hincada a su lado, ayudada por una muchacha que agitaba el cultrún, una media calabaza con una pequeña piedra en su interior, cerrada con un cuero sobre el que también golpeaba con unos palillos envueltos en lana para suavizar los golpes.

La machi repetía una canción monótona, mientras golpeaba en el cultrún, al mismo tiempo que se sentaba y se paraba, colocando el instrumento verticalmente, pero sin dejar de golpear.

Después de otras ceremonias, y cantando más bajo, tomó agua de una palangana de madera, hizo un sorbo y roció el aire. Luego refregó los miembros desnudos de la enferma con unas hojas de yuyos y, en seguida, lavó las mismas partes, y le chupó con fuerza el cuello y el rostro.

Como poseída, la machi, en seguida, pasó la mano por su boca, haciendo además de tomar y arrojar algo que sólo ella veía. Después de repetir la operación de rociar con agua, se levantó y, colocando su cara al sol, la muchacha le aplicó un puñal de plano sobre la frente, golpeándola para sacarla de su arrobamiento.

Le había quitado a la enferma los huecuvús, los espíritus malignos, que se habían apoderado de ella y la marchitaban, no dejándola comer, ni dormir, ni cuidar a su hijo, el pequeño Lienán.

Cuando terminó, estaba oscureciendo. Y, va tarde, como en todos los últimos días, y a la misma hora, los perros, esos lebreles atigrados, feroces, que pululaban por la toldería, iniciaron largos, unísonos y escalofriantes aullidos, que parecían anunciar quién sabe qué terribles presagios.

El baile empezó el 4 de octubre de 1878, cuando el comandante Teodoro García salió de Puán para expedicionar contra las tolderías del cacique Cañumil, en Rumeccó Grande y Hucal. Siguió el 6 de octubre, día en que el comandante Manuel Freire expedicionó, desde Guaminí, sobre los toldos de Namuncurá en Chilihué, con las fuerzas a su mando, acompañado de 100 hombres de la División Carhué. En la misma fecha el coronel Lorenzo Wintter, ahora al frente de la frontera de Bahía Blanca, salía desde el fortín "Nueva Roma" para Salinas Grandes, y el río Colorado, sorprendiendo y apresando a Marcelino Catriel en Chasicó. El comandante Antonio Dónovan, que lo acompañaba, prosiguió por el Sud de ese río hasta la proximidad del río Negro, regresando luego por el fortín "Mercedes".

El 2 de noviembre, desde el campamento de Trenque Lauquen, el coronel Conrado Villegas, volvió a expedicionar sobre las tolderías de Pincén, internándose en los montes y apoderándose, sorpresivamente,

de este cacique que había tratado de huir con un hijo de corta edad. "Cuando se llevó a Pincén a la Guardia de Prevención, donde se encontraban, las mujeres de la chusma se sacaron los collares y pulseras del brazo y pierna, destrenzándose el cabello, como prueba del sentimiento de dolor y duelo de que estaban poseídas", decía el parte dirigido al ministro de Guerra.

El 8 de noviembre, desde Villa de Mercedes, en San Luis, el nuevo jefe de esta frontera, comandante Rudecindo Roca, hermano del ministro, después de hacer tomar prisioneras a las comisiones que iban a ese punto en busca de los racionamientos que les señalaban los tratados de paz existentes, lo cual, al resistirse una de éstas, ocasionó en ellas más de 50 muertos, expidió sobre las tribus ranquelinas.

Por su parte, el 10 de noviembre, desde el fuerte "Wita-loó" o "Italó", salió el coronel Leopoldo Nelson hasta Trenel; y el 25, al frente de las divisiones de Puán, Carhué y Guaminí, partía, a su vez, el coronel Nicolás Levalle con el objeto de atacar nuevamente los toldos de Namuncurá, que se decía estaba preparando una invasión con 2000 indios. En la expedición participaban los comandantes Teodoro García, que prosiguió hasta la Sierra de Lihué Calel, y Daniel Cerri, que trató de continuar hasta el río Colorado, así como el mayor Benito Herrero, que lo hizo hasta Pichi Mahuía.

Una nueva expedición despachó el coronel Villegas el 27 de noviembre hasta Toay, al mando del mayor Germán Sosa, que logró capturar al famoso capitanejo Nahuel Payún; y el 11 de diciembre, el coronel Eduardo Racedo, jefe de la frontera Sud de Córdoba, avanzó otra vez contra los caciques Epugner y Baigorrita, en Leubucó y Poitahué, acompañado del Escuadrón Ranqueles, dando lugar a que efectivos de éste capturasen al cacique Epugner, sorpresivamente, mientras se preparaba para hacer unos sembrados con miembros de su familia.

A su vez el comandante Rufino Ortega, por orden del jefe de la Frontera de Mendoza, coronel Napoleón Urriburu, saliendo del fuerte "General San Martín" ("El Alamito"), el 2 de enero de 1879, incurrió hacia el Sud de esa provincia, lamentándose de que por error de los baqueanos los indios no pudieran ser sorprendidos. Por último, el 18 de enero, el mayor Benito Herrero hizo una expedición hasta el corazón de las regiones ocupadas antes por Pincén y los ranqueles, regresando a Carhué nueve días más tarde.

Los resultados en todos los casos, con muy pocas bajas para las tropas cristianas, fueron tremendos, catastróficos para los araucanos. Tomados en la amplísima dispersión a que los obligaba la vida en las regiones montuosas y áridas del Desierto, en donde se habían refugiado, les era imposible contrarrestar la acción de las fuerzas armadas de Remington, que hacían entre ellos verdaderas hecatombes. Centenares de indios fueron sacrificados, miles de personas de sus familias hechas prisioneras,

todos sus efectos y ganados tomados o perdidos. A esto vino a agregarse una mortífera epidemia de viruela que hizo estragos en las tolderías.

"Puedo asegurar a V. S. que los ranqueles han desaparecido de sus guaridas", comunicaba en sus partes el coronel Eduardo Racedo desde Río Cuarto. "Los indios verdaderos moradores tradicionales del Desierto —anunciaba, a su vez, desde Villa de Mercedes el teniente coronel Rudecindo Roca— han ya casi desaparecido por completo." Desde Puán, el teniente coronel Teodoro García, informaba: "Las tribus, en completa dispersión, se internan cada día más hacia el Colorado y la Cordillera. Espantosa miseria en general y sin elementos de movilidad los indios". "Puedo asegurar a V. S., sin temor de equivocarme —escribía, por su parte el coronel Nicolás Levalle, desde Carhué— que la inmensa zona comprendida entre Guaminí, Carhué, Puán y Bahía Blanca en sus frentes hasta el Colorado, se halla hoy libre de tolderías y dominada por las armas nacionales, sin que existan más que algunos fugitivos aislados y desligados de todo vínculo. . . que irán más o menos tarde a presentarse en nuestras líneas para no perecer de hambre." Desde Guaminí, el comandante Marcelino Freire, decía: "Las indias disminuyen notablemente, la viruela les ha hecho y hace estragos, se han encontrado toldos llenos de muertos, reina, por otra parte, una espantosa miseria a tal punto que hay familias que no tienen otro alimento que una yerba conocida por lengua de vaca y cueros de potro". También, desde Guaminí, el teniente coronel Enrique Godoy hacía saber: "Las tribus puede decirse, en verdad, que no existen. Namuncurá, completamente vencido y desprestigiado entre sus hordas, ha ido a buscar amparo y refugio, acompañado solamente de su familia, en tribus lejanas; de Epumer y de Pincén sólo queda el recuerdo en el ejército; Baigorrita con 80 guerreros merodea de un punto a otro buscando su salvación en la constante fuga que efectúa. Sólo quedan, pues, en los antiguos dominios de los salvajes, grupos de indios hambrientos, sin elementos de movilidad y sin otra mantención que legumbres y frutos salvajes. En tales condiciones no resistirán el invierno próximo, siempre que sufran la constante acción de nuestras fuerzas en sus propias guaridas".

Por fin, el 11 de enero de 1879, el presidente Nicolás Avellaneda daba la siguiente "Orden del día: "Estais llevando a cabo con vuestro esfuerzo una grande obra de civilización a la que se asignaban todavía largos plazos. La pericia y la abnegación militar se adelantan al tiempo. Cada una de vuestras jornadas marca una conquista para la humanidad y para las armas argentinas. El país os reconoce esta doble gloria. Después de muchos años, la guerra contra el indio sale del terreno de las hazañas oscuras, y hay a vuestras espaldas todo un pueblo que vitorea a los vencedores.

"No se perderá la ruta que habéis trazado sobre el Desierto desconocido. Por los rastros de las expediciones, se encaminará en breve el

trabajo a recoger el fruto de vuestras victorias, abriendo nuevas fuentes de riqueza nacional al amparo de vuestras armas. Nunca habrá sido más fecunda la misión del ejército argentino.

”¡Soldados del Ejército Expedicionario! El Gobierno está satisfecho de vuestra conducta, y pronto quedará asegurado el éxito final. Mientras tanto os envío mis felicitaciones y os anuncio que en el próximo período legislativo solicitaré del Honorable Congreso una condecoración conmemorable de este hecho que se llamará en la historia: La conquista de la Pampa hasta los Andes”.



31. La conquista de 15.000 leguas

(Campamento de Carhué - 1879)

“Y EFECTIVAMENTE: UN DÍA vieron las indiadas avanzar a pie a los cristianos, armados de un fusil que disparaba y disparaba incesantemente. ¡No más combates a caballo, no más choques de lanzas y rebolear de bolas! Una lluvia de proyectiles detuvo en su carrera a la horda montada y pataleante, apagando sus aullidos. Se acabaron los malos: las tolderías fueron pasto de las llamas y las tribus deshechas para siempre, repartidas y disgregadas en los territorios más lejanos. La mujer blanca pudo vivir tranquila en su casa de campo, sin miedo a verse convertida en manceba de un indio sucio y borracho. No se repitió más la vergüenza de que algunas damas de excelente educación y honrosa cuna, fueran a acabar su triste vida en un campamento de salvajes, embrutecidas por el dolor y la afrenta, como bestias de carga y procreadoras de mestizos. Los fortines se transformaron en poblaciones. Tras el soldado avanzó el colono tomando posesión del Desierto, que ahora lo era en realidad, sin un jinete salvaje, sin una toldería. El arado rasgó el suelo y los cereales extendieron su oleaje de oro sobre la antigua tierra maldita. Así fue vencido y muerto el demonio del salvajismo que robaba a la civilización un dominio de veinte mil leguas. “Todo esto ocurrió en la Argentina, antes y después del fusil Remington.”



V. BLASCO IBÁÑEZ: *La Argentina y sus grandezas*

“EL PODER MILITAR DE LOS BÁRBAROS ESTÁ MORALMENTE DESTRUIDO, porque el Remington les ha enseñado que un batallón de la República puede pasear la Pampa entera dejando el campo sembrado de cadáveres de los que osaren acometerlo.

“Todo esto parecerá problemático a los que están habituados a ver 6.000 veteranos equipados y armados a la última moda del siglo, atrincherados y a la defensiva ante 3.000 chuzas; pero en su lugar hemos de demostrar la solidez de nuestros cálculos y la realidad de las conjeturas que acariciamos sobre el porvenir de la frontera del Río Negro y sobre la eficacia del fusil Remington sobre los indios, eficacia que permitirá a

un batallón de línea poner en derrota al ejército salvaje más poderoso... Ellos no aventurarán una batalla en que el Remington los diezmaria; y por otra parte, ¿qué pueden hacer 3.000 chuzas contra 6.000 bocas de fuego, manejadas por un ejército regular? La sumisión: he ahí la solución del problema respecto a los indios guerreros de la Pampa."

E. S. ZEBALLOS: *La conquista de 15.000 leguas*

"MÁS LEJOS SE EXTENDÍAN LAS BRUMAS FAVOROSAS DE UNA DE LAS REGIONES MÁS SALVAJES DEL PLANETA... allí los terrenos fértiles no eran jamás extensos aunque en los lechos de los viejos ríos fueran largos como ellos, con una amplitud reducida, a veces insignificante. Quince mil indios, que poblaban esta comarca, vivieron esparramados en un área de miles de leguas, desde uno hasta ocho días de camino unas familias de las otras, cuando los vínculos sociales, las necesidades de la guerra y aún su misma organización política los incitaba a reunirse permanentemente. Una congregación de indios era cuestión de muchos días y de muchos caballos cansados por los chasquis, que recorrían travesías y desiertos intermedios para llevar la citación a todas las tolderías... La dispersión de la familia araucana sobre estos desiertos era inmensa y solamente después de recorrer sus tolderías, aún a pie, como hemos tenido la fortuna de hacerlo, se concibe una vida social más aislada y desvalida."

E. S. ZEBALLOS: *Viaje al país de los araucanos*



El 16 de abril de 1879, desde la estación del Ferrocarril Sud y en un tren extraordinario, partía de Buenos Aires el ministro de Guerra, general Julio Argentino Roca para tomar el mando de la Primera División del Ejército Expedicionario que había de emprender la etapa decisiva del traslado de la frontera de la Pampa hasta las márgenes del río Negro, etapa que significaba el paso más importante para la conquista del Desierto. Mucho público se había dado cita para despedir al S. E., hallándose la estación profusamente embanderada.

Entre la concurrencia se destacaban militares en uniforme de gala, así como numerosos civiles vinculados a las esferas políticas, sociales o administrativas, que deseaban saludar al ministro para testimoniarle su adhesión y desearle el más completo éxito. Entre todas las voces, se oían las del mismo ministro que decía: "Para estos pícaros, el pan en una mano y el garrote en la otra". También la de Estanislao S. Zeballos, que expresaba: "Los salvajes de la Pampa deben ser tratados con implacable rigor, porque esos bandidos incorregibles mueren en su ley y solamente se doblan al hierro".

A las 7 de la mañana en punto, el tren extraordinario del Ferrocarril del Sud, en medio de nutridos aplausos y vítores al señor ministro y su comitiva, y a los acordes de una banda militar que tocaba la marcha de "Curuzú", se ponía en movimiento. El tren era extenso, porque el séquito que acompañaba al alto funcionario estaba formado por gran número de jefes, oficiales, sacerdotes, corresponsales de los diarios, sirvientes, etc. Iba a gran velocidad, anunciando su paso con frecuentes pitadas de la locomotora y, antes de tres horas, cruzaba sin detenerse por Monte, sede de la antigua Guardia desde la cual, alrededor de cincuenta años antes, en 1833, había partido la expedición al Desierto encabezada por el brigadier Juan Manuel de Rosas.

A las 2 y 45 de la tarde ya el tren pasaba por Las Flores y, a las cinco y media, llegaba a Azul, entre grandes demostraciones de rego-

cijo de parte de las autoridades y de la población, siendo recibido solemnemente por los jefes militares, en la estación, que también se hallaba embanderada. Antes de bajar, la empresa del Ferrocarril del Sud obsequió al ministro con un lunch de despedida en un salón del tren suntuosamente preparado al efecto, donde los invitados fueron atendidos por mozos de saco y guante blanco, dirigidos por un solícito "maitre" francés, sirviéndose algunas viandas y una copa de champagne.

Luego, al descender la comitiva, los miembros de la Corporación Municipal, el Juez de Paz, así como el Comandante Militar del partido, pronunciaron alocuciones, haciendo resaltar los beneficios que se esperaban de aquella campaña. En seguida, el ministro y sus acompañantes pasaron al Hotel de la Amistad, donde se les había preparado alojamiento. Y por la noche, se realizó un gran baile en agasajo de los viajeros en casa del Juez de Paz, donde las niñas azuleñas tuvieron oportunidad de lucir su donaire y su belleza hasta altas horas de la noche.

Así transcurrió el primer día de la expedición al Desierto preparada y conducida por el ministro de Guerra, general Julio A. Roca.

Dos días más tarde, el 18 de abril a las 12 del medio día, S. E. volvió a ponerse en marcha en dirección a Carhué, dividiendo su contingente en dos cuerpos: uno bajo su dirección, compuesto del Estado Mayor y el cuadro de jefes y oficiales que lo acompañaba, y otro constituido por el convoy que constaba de quince carros y 50 arrias de mulas, conducidas por 80 arrieros sanjuaninos, contratados al efecto. S. E. marchaba en un carruaje especialmente construido, y a su lado y a retaguardia, al trote y al galope, junto con los jefes del Estado Mayor venían las autoridades y un nutrido grupo de vecinos de Azul que quisieron testimoniarle su apoyo acompañándolo cierta distancia.

A una legua de Azul, la comitiva hizo alto, despidiéndose los acompañantes, mientras aquella proseguía rumbo hacia el Potrero de Nieves, dejando a la izquierda la cadena de las Sierras Bayas y continuando sin detenerse más que para cambiar los caballos del carruaje del ministro, llegando a Olavarría a las 5 y 15 de la tarde. Aquí también se hizo al viajero un caluroso recibimiento, lanzándose docenas de cohetes voladores y varias gruesas de los de la India.

En Olavarría pernoctó el general Roca, no sin antes escuchar los discursos de varios vecinos y autoridades, concluidos los cuales, dos organitos tocaron música en la puerta de su alojamiento.

A las 7 y media de la mañana siguiente, en carruaje S. E., y siempre al trote y al galope los jefes y oficiales, la comitiva volvió a ponerse en movimiento, avanzando hacia la Sierra Dos Hermanas. Al medio día alcanzaron el fortín "Arroyo Corto", convertido en estación telegráfica, donde se mudaron los caballos, para llegar a las 5 de la tarde al

fuerte "General Lavalle" (Sanquileó), siendo aquí el ministro recibido por su jefe, el comandante Supiciche, quién lo obsequió con un abundante asado con cuero, terminado el cual, allí pernoctaron.

A las 7 del día 20, la comitiva volvió a partir, llegando antes de medio día al fortín "Salado", sobre el arroyo de este nombre, donde almorzaron, siguiendo hacia el fortín "Sauce Corto", y, a dos leguas, a la laguna La Totorá, finalizando la jornada en el fortín "Rivadavia", guardado apenas por 2 soldados sin ni siquiera un rancho en qué cobijarse, donde la comitiva durmió al raso, excepto el ministro que lo hizo en su carruaje.

Otra etapa se inició el día 21 a las 6 y 30 de la mañana, pasando a las 8 por el Pescado, para acampar a las 9 en la Laguna de Los Patos, mudando otra vez caballos. Luego vadearon el arroyo Mayoleufú, a medida que se acercaban a Carhué, el terreno se hacía accidentado, por lo que, después de transponer una colina, entraron en un valle profundo y ancho y, luego, en otro, donde, a dos leguas y media del Campamento, esperaban a S. E. el jefe del mismo, coronel Nicolás Lavalle, acompañado de su Estado Mayor. En este punto, el ministro dejó su carruaje y montó en un soberbio tordillo, y en él prosiguió la marcha, encabezando la comitiva.

A las 2 y 30 de la tarde, el general Roca y su séquito hicieron su solemne entrada en Carhué, las tropas de cuya guarnición lo esperaban formadas con uniforme de parada. En seguida todas las bandas de los regimientos tocaron al unísono el Himno Nacional, que fué escuchado de pie, mientras los oficiales presentaban armas.

El señor ministro se instaló en la Comandancia Militar y, frente a este alojamiento desfilaron, luego, todas las tropas. Por la noche, la banda del regimiento 5º de Caballería concurrió a tocar retreta delante de la Comandancia, ejecutando una marcha especialmente compuesta en honor del ministro por el Maestro Director, titulada "Río Negro", seguida de la Sinfonía de "Hernani", la Sinfonía de "Nabucodonosor" y el Dúo de "La Traviata".

Tres años después de su ocupación, Carhué, el antiguo "baluarte de la barbarie", había cambiado notablemente. Además del campamento militar, el pueblo vecino contaba con más de veinte casas de material y gran número de ranchos. Había también quintas arboladas, hermosos jardines y más de cien cuadras alfalfadas.

Gran parte de esos adelantos se debían a la acción del jefe del Campamento, coronel Nicolás Lavalle, militar de origen italiano y capacidad reconocida. Hombre particularmente pulcro en su cuidado personal, se decía de él que nadie tenía tantas lociones para su cabello ni

cepillos y cepillitos para su barba, y pasaba tantas horas por día usándolos.

Su última expedición, realizada sobre los toldos de Namuncurá, en Salinas Grandes, había sido concluyente, obligando a este cacique a huir al Chadi-leuvú y el país de las manzanas (Neuquén) en busca del amparo y ayuda de su tío Reuque-Curá. Namuncurá y Baigorrita eran los últimos caciques importantes de la Pampa que aún seguían en pie. Los otros habían sido tomados, como Epugner y Pincén, o se había presentado, como Juan José y Marcelino Catriel.

Respecto a los Catriel, ahí en la Comandancia, se guardaba una copia de la carta que el comandante Antonio Donovan, jefe entonces del fuerte "Argentino", donde se presentaron esos caciques, escribiera al coronel Julio Campos, en Entre Ríos, con fecha 10 de diciembre de 1878: "Mi querido coronel y amigo: Por la carta que le dirigí Juan José Catriel estará Vd. impuesto de lo mal que se ha procedido con éste y sus indios. Vd. se ruborizaría si leyese el sumario que yo he instruido a Catriel y que Wintter ha elevado reservadamente al general Roca. Las declaraciones de Juan José y Marcelino Catriel honran altamente a Vd. así como denigran a otros y según Wintter todo lo que declaran estos caciques es la verdad y justifica el alzamiento de ellos. Y, después de esto, siguen revelaciones tremendas, y por eso yo no quise seguir la sumaria".

Ocho días permaneció el señor ministro en Carhué ultimando los detalles de su expedición. Mientras tanto, el 22 hubo un baile para la tropa en el cuartel del regimiento 5º de Caballería. El 24 el comisario pagador efectuó la liquidación de sus sueldos a los soldados, por lo que muy numerosos ebrios se hicieron notar ese día, no obstante los arrestos y amonestaciones. Tampoco la banda estuvo en condiciones de ejecutar.

El 26, el señor ministro dió una "Orden del día" en la que expresó: "¡Soldados del Ejército Expedicionario al Río Negro! Al despedirme del señor presidente de la República para venir a ponerme al frente de vosotros, me recomendó saludaros en su nombre y deciros que está satisfecho de vuestra conducta. Con asombro de todos nuestros conciudadanos, en poco tiempo habéis hecho desaparecer las numerosas tribus de la Pampa que se creían invencibles con el pavor que infundía el Desierto y que era como un legado fatal que aún tenían que transmitirse a las generaciones argentinas por espacio de siglos.

"Cuando la ola humana invada estos desolados campos que ayer eran el escenario de correrías destructoras y sanguinarias, para convertirlos en emporios de riqueza y en pueblos florecientes en que millones de hombres puedan vivir ricos y felices, recién entonces se estimará en su verdadero valor el mérito de vuestros esfuerzos. Extinguiendo estos

nidos de piratas terrestres y tomando posesión real de la vasta región que los abriga habéis abierto y dilatado los horizontes de la Patria hacia las comarcas del Sur, trazando, por así decirlo, con vuestras bayonetas, un radio inmenso para su desenvolvimiento y grandeza futura.

"Alejados de los centros de población, careciendo muchas veces de lo indispensable para la vida, soportando con paciente abnegación el rigor de las estaciones y expedicionando sin consultar otra cosa que el rumbo del enemigo, nada ha podido quebrantar vuestro espíritu ni alterar la disciplina. No tengo necesidad de enumerar la serie de hechos brillantes que habéis llevado a cabo, conducidos por vuestros jefes cuyos nombres han recorrido ya, de boca en boca, la República entera, y que figurarán en la posteridad al lado de Lavalle, Brandsen, Olavarría, Lamadrid, Pringles, Necochea y otros valientes de la epopeya de la Independencia.

"Aún quedan restos de las tribus de Namuncurá, Baigorrita, Pincén y otros caciques que pronto caerán en poder de las divisiones encargadas de hacer la batida general en el circuito de la Pampa, mientras otros toman posesión del río Negro. Dentro de tres meses quedará todo concluido. Pero la República no termina en el río Negro: mas allá acampan numerosos enjambres de salvajes que son una amenaza para el porvenir y que es necesario someter a las leyes y usos de la nación, refundiéndolos en las poblaciones cristianas que se han de levantar al amparo de vuestra salvaguardia.

"Formado en el ejército y salido de sus filas, conozco sus virtudes, su fuerza en las fatigas y su valor en los campos de batalla. Me veo con placer entre vosotros y consideraré siempre como el timbre más glorioso de mi vida haber sido vuestro general en jefe en esta gran cruzada inspirada por el mas puro patriotismo, contra la barbarie".

Por fin el 29 de abril, a las 8 de la mañana, las fuerzas del Ejército Expedicionario salieron de Carhué en camino hacia Puán. Desde allí uniendo sus efectivos a los de esta guarnición, proseguirán hasta el río Colorado y, luego, al río Negro para plantar la enseña nacional en la nueva línea de la frontera.

El 1º de mayo de 1879, es decir, dos días después que lo hiciera la 1ª División, al mando directo del señor ministro de Guerra, partía de Carhué la 2ª División del Ejército Expedicionario al río Negro, a las órdenes del jefe del Campamento, coronel Nicolás Levalle. Iba compuesta la Plana Mayor, con un personal de cinco jefes, siete oficiales y seis hombres de tropa; del regimiento 6º de Caballería de Línea, al mando del comandante Clodomiro Villar, con dos jefes, catorce oficiales y doscientos hombres de tropa; al que acompañaban noventa y dos fami-

lias de suboficiales y tropa; del batallón 5º de Infantería de Línea, a las órdenes del comandante Máximo Bedoya, con un jefe, quince oficiales y ciento veinticinco hombres de tropa, así como sesenta familias; y del "Escuadrón Auxiliares del Desierto", al mando del cacique amigo Tripaillo, formado por sesenta y siete hombres y veintidos familias. Conducía, además seis carros, cuatrocientos treinta y seis mulas y ochocientos sesenta y cinco caballos.

A las 10 de la mañana se puso en marcha la División rumbo a la Oeste, entre los campos quebrados que rodeaban el lago Epecuén, acampando sobre el arroyo Pichi-Pul. Las instrucciones que el coronel Levalle llevaba del ministro de Guerra decían: 1º) Romperá la marcha con las tropas de su mando el día 2 de mayo por el camino que se dirige a Traru-Lauquén; 2º) Llevará siempre su columna a un paso moderado que le asegure la conservación de las caballadas y le permita hacer un estudio muy prolijo de todo el campo que recorra, batiéndolo en la mayor extensión posible, con partidas bien dotadas que, en todo el trayecto de su marcha, debe mantener en sus dos flancos; 3º) En todos los puntos de su tránsito que juzgue convenientes, debe dejar pequeñas partidas para servir y garantizar sus comunicaciones hasta Carhué, disponiendo que queden en buenos fortines que hará construir con los elementos de que disponga; 4º) Cuando llegue a Traru-Lauquén, o su cercanía, base de sus operaciones, despachará partidas que busquen comunicación con las demás Divisiones; 5º) Extenderá sus exploraciones hasta Lihué-Calele y río Chadí-Leuvú".

Dos días mas tarde, prosiguió la División su ruta, tomando por el famoso 'Camino de los Chilenos', en dirección a Salinas Grandes, marchando en medio de las grandes y profundas huellas que habían dejado allí las tropas de animales arreadas de las estancias de la provincia de Buenos Aires por los indios, en su tránsito de siglos hasta la cordillera y Chile. Mientras avanzaba, volaban sobre ella, entre graznidos, innumerables buitres, chimangos y caranchos que pululaban sobre aquel camino en demanda de los animales que, rendidos de fatiga o de sed, siempre quedaban en el trayecto.

A las 2 de la tarde del día 3 volvió a acampar, en el costado izquierdo de las Tres Lagunas, desde donde desprendió una comisión de dos oficiales y veinticinco hombres de tropa para que marchara a la vanguardia y realizara descubiertas al frente y a los flancos. Luego prosiguió su avance, siempre por el "Camino de los Chilenos", deteniéndose más adelante tres días para levantar un fortín, con el propósito de dejar asegurada su línea de comunicaciones con las bases.

Al seguir su marcha entró luego en las Salinas Grandes, acampando el día 9 en el paraje llamado Atréucú, demorando en seguida tres días en la construcción de un nuevo fortín, donde dejó un oficial y trece soldados. Allí los indios habían tenido invernadas para sus caballos, es-

tando el punto cubierto de abundantes pastos, como ser cebadilla, trébol, cola de zorro y alfilerillo, habiendo manantiales de agua dulce, así como jagüeles, encontrándose los campos rodeados de inmensos médanos de arena descubierta.

El 13 despachó otra comisión, prosiguiendo luego su marcha para acampar al día siguiente junto a una laguna de agua dulce, una legua adelante de la cual empezaba una espesa faja de monte que se prolongaba al Oeste, cerrando un valle cuyo otro costado eran grandes médanos.

Marchando siempre en forma moderada y dejando en su trayecto fortines para asegurar sus comunicaciones con la retaguardia, el día 18 entró en la zona de Chilihué, antiguo paradero del famoso cacique Cal-fucurá y luego del hijo de éste, Namuncurá, el cual, como todos los lugares del trayecto, encontraron abandonado por los indios.

El 19 acampó junto a la laguna de Quetrén-Huitrú, y, después de construir otro fortín, y de hallar en el camino, escondido en la arena de los médanos, el archivo que Namuncurá había tratado de ocultar allí, abandonándolo en su huida, volvió a ponerse en marcha, el día 24, llegando, por fin, a la laguna Traru-Lauquén, (Laguna del Carancho), donde estableció su campamento y pudo festejar, al día siguiente, el 25 de mayo de 1879 en pleno corazón del Desierto.

Y, desde Traru-Lauquén, el coronel Nicolás Levalle fué recibiendo los partes de las distintas comisiones despachadas en el trayecto, o desde ese mismo punto, a batir las zonas cercanas o a ponerse en contacto con las fuerzas de las otras Divisiones, las que marcharon a las órdenes del comandante Clodomiro Villar y capitanes Pablo Belisle, Florencio Monteagudo, Manuel Sosa, Blas Lavalle y Benito Herrero.

"Después de haber marchado por la rastrillada once leguas sin un trago de agua para los caballos y menos para nosotros —decía uno de esos partes— guiados por el desertor del regimiento 1º de Caballería de línea, Salomé Borges, la encontramos como a 20 cuadras del lugar donde acampamos anoche. En Pueltré-Toró, a seis leguas de aquí, hallamos vestigios recientes de haber estado de paso unos diez indios como con 100 animales yeguarizos de arreo y que tomaban los rastros en dirección a la sierra de Lihué-Calele, llegando a Mehucá a las 4 de la tarde, hice alzar agua a la gente para efectuar la travesía en la noche... marchando por campos sumamente guadalosos y montuosos, pero felizmente la noche era de luna y podía salvar éstos a derecha e izquierda, y luego seguir rumbo, marchando un hombre tras otro, para que los de atrás encontrasen la huella, y en esta disposición marché toda la noche y a las 9 de la mañana del día 5 tenía a mi frente al Chadí-Leuvú y a unas seis leguas a mi izquierda la sierra de Pichi-Mahuída".

"Por sendas angostas donde quedaba casi obstruido el camino por infinidad de árboles como ser chañar, piquillín, jume, algarobillo, brea, jarilla, con terreno guadaloso y sin pasto, teniendo que dar a beber a los

animales el agua salobre del lago Urre-Lauquén, después de haber seguido la marcha como una hora, entre salitrales donde el caballo quedaba casi pegado —decía otro parte— me aproximé y distinguí toldos de los que huían despavoridos indios con familias; les hice hacer unos disparos a fin de que dejaran el arreo que intentaban llevar. La persecución la efectuó la fuerza hasta la distancia de seis leguas, durante tres horas, regresando con treinta personas de chusma, incluso una cautiva presentada, diez y siete grandes y trece chicos”.

”Después de dos horas me puse en el camino y a las once en punto hice el primer alto, después de tres horas de marcha entre monte completamente espeso y sobre un terreno guadaloso —comunicaba un tercer parte— Media hora después proseguí la marcha y no habrían andado una legua cuando se aproximó a mí el cacique Tripailao, que marchaba a la vanguardia, y me avisó que por el mismo camino, en dirección opuesta a la que yo llevaba, se distinguían unos jinetes. En el acto le ordené que con los lanceros fuese a reconocer, haciendo salir también al teniente Alemán con ocho tiradores. Los jinetes se aproximaron hasta una distancia de una cuadra, dándose a conocer que eran indios y advirtiéndolo ellos, al mismo tiempo, la fuerza del gobierno, emprendieron la fuga. Fueron perseguidos cinco leguas, aproximadamente, sin apartarse del camino, dejando en el trayecto cinco de chusma, todos los aperos y provisiones de carne y zapallos de que iban provistos. Imposible darles alcance a los chinos de lanza, los cuales eran siete, por ir muy bien montados. Pasé la noche con bastante trabajo, pues los caballos, desesperados de sed, no paraban en la ronda”

Y así continuaban los partes hasta sumar un número considerable.

Finalmente, desde Traru-Lauquén, con fecha 15 de agosto de 1879, el propio jefe de la División, resumiendo el resultado de su campaña, comunicaba al Señor Inspector y Comandante General de Armas: “En tres meses durante cuyo lapso de tiempo puede decirse que lo ha pasado a caballo la mayor parte de las fuerzas de la División de mi mando, las partidas de ella han batido el Desierto en todas direcciones en un trayecto de mil y tantas leguas. Pocos indios se han tomado, Sr. Inspector, debido a los resultados brillantes de las expediciones anteriores, que desmoralizaron por completo a los salvajes, obligándolos con la persecución a refugiarse en los parajes mas lejanos de la Pampa, cortándose así, la facilidad que, cuatro años ha, tenían para invadir a nuestra campaña, víctima tantas veces de sus bárbaras invasiones. Puedo asegurar a V. S. que la parte del Desierto que ha tocado batir a la segunda División Expedicionaria al Río Negro, no abraja un solo indio; los pocos que vagaban en el último estado de miseria han sido tomados, y otros perseguidos hasta echarlos sobre el río Negro, donde han caído en poder de las fuerzas que allí se encuentran”. Nicolás Levalle.

32. La conquista de 15.000 leguas

(Villa de Mercedes - 1879)

“TOMADO PRISIONERO, EL CACIQUE Nauculeo, por las fuerzas del coronel Levalle, pidió a este que le aflojaran las ataduras, que lo lesionaban. Prometió, al mismo tiempo, llevarlo a un lugar donde dijo que hallaría un capitanejo con muchos guerreros. Aunque parecía una estratagema, se le concedió, agudizándose la vigilancia. Al llegar a la laguna de los Caranchos inició la fuga, pero cayó muerto a balazos. Nauculeo era un indio alto, imponente. Vestía siempre de gaucho, y su arrogancia no cedía ante nadie. Cuando hablaba con el coronel Levalle lo hacía de igual a igual, y no de prisionero a vencedor.”



La Prensa, 24 de Enero de 1879

*“Dicen que vienen los huincas
tupidos como montaña.
Dicen que viene, que viene
tropa bien armada.
Quieren arrear con lo nuestro
y llevarse a las hermanas
Dicen que viene, que viene
tropa bien montada
Cada jinete se trae
la muerte alzada en el anca”*

H. DIEBE: *Canciones de los indios pampas*

“HERMANO, CUANDO LOS CRISTIANOS HAN PODIDO, NOS HAN MUERTO.
Y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán.”

Cacique MARIANO ROSAS

L. V. MANSILLA: *Una excursión a los indios ranqueles*



El 24 de julio de 1878, se había firmado en Buenos Aires el "Tratado de paz acordado por el Exmo. Gobierno Nacional a las tribus indígenas que encabezaban los Caciques Epumer Rosas y Manuel Baignorrita", el que hoy se conserva en la División Historia del Estado Mayor General del Ejército. (Documento 1.346). En él se decía:

"S. E. el Señor Ministro de la Guerra, General Dn. Julio A. Roca, bajo la inteligencia de que los expresados Caciques y tribus reconocen y acatan como miembros y habitantes de la República Argentina, la Soberanía Nacional y Autoridad de su Gobierno, ha convenido en lo siguiente:

"Artículo 1º — Queda convenido que habrá siempre paz y amistad entre los pueblos cristianos de la República Argentina y las tribus Ranquelinas que por este convenio prometen fiel obediencia al Gobierno y fidelidad a la Nación de que hacen parte y el Gobierno por su parte les concede protección paternal.

"Artículo 2º — El Gobierno Nacional en consideración a lo arriba expresado y mientras los Caciques contratantes cumplan y hagan cumplir fielmente lo aquí estipulado, asigna al Cacique Epumer Rosas cien cincuenta pesos bolivianos por mes.

Por el artículo 3º se asignaba igual suma al cacique Manuel Baignorrita, además de otras sumas menores para los parientes y capitanejos de dichos caciques, así como para un escribiente, un trompa y un lenguaraz cada uno.

También se comprometía el Gobierno Nacional a entregarles cada tres meses, para los miembros de sus tribus, 2.000 yeguas, 700 libras de yerba, 500 libras de azúcar blanca, 500 libras de tabaco en rama, 500 cuadernillos de papel, 2.000 libras de harina, 200 libras de jabón y dos pipas de aguardiente.

El tratado, en total, comprendía 15 artículos en los que se detallaban los compromisos que contraían tanto los caciques, como el Gobier-

no Nacional. Uno de ellos especificaba: "Este tratado durará permanentemente mientras ambas partes le presten cumplimiento y los Cacicques y tribus que enteren cuatro años de haberle dado estricto cumplimiento en todas sus partes, se harán acreedores a un aumento proporcional de sueldos y raciones".

El tratado fué firmado, con toda solemnidad, por los caciques Cayupán y Huenchugner, que habían viajado especialmente a Buenos Aires en representación de Epumer (Epugner) y Baigorrita, y por el coronel Manuel J. Olascoaga, "Comisionado por S. E. el Sr. Ministro de Guerra y Marina", siendo testigo el padre Marcos Donati, y, a su vez, fué ratificado el 30 de julio de 1878 por el presidente Nicolás Avellaneda y el ministro Julio A. Roca.

Pero, cuando a los tres meses, que especificaba el tratado, los caciques firmantes enviaron comisiones a Villa de Mercedes en busca de los sueldos y raciones acordadas, los miembros de las mismas fueron apresados y, los que se resistieron, reducidos a tiros de Remington. Primero fué la comisión de Baigorrita y luego, la de Epugner.

Respecto de esta última, desde la Villa de Mercedes, el jefe de la frontera de San Luis, comandante Rudecindo Roca, con fecha 27 de octubre de 1878, escribía a su hermano el ministro de Guerra, general Julio A. Roca: "Ayer llegó la comisión de Epumer: eran cien lanzas; salí dos leguas de aquí a recibirlos, y al intimarles prisión, resistieron, dando una carga sobre las fuerzas que había colocado a su retaguardia, llevándoselas por delante y huyendo en seguida al Desierto. La persecución fué rápida y fuerte. Una hora después todo había concluido: cincuenta indios quedaron muertos en el campo, cuarenta y cinco en nuestro poder y cinco escaparon. Si agregamos a este número de muertos y prisioneros los 150 indios de lanza que tenemos tomados ya, tendremos que Baigorrita y Epumer han perdido, en ocho días, la tercera parte de sus hombres de pelea, mas cuarenta de chusma, trescientos caballos y cincuenta mulas, que se encuentran en mi poder. Señor ministro: la operación ha sido difícil, pero feliz; no parece sino que la hermosa estrella de V. E. acompaña a sus jefes subalternos en la ejecución de sus difíciles planes. A nombre de esta División a mis órdenes, felicito a V. E."

Y, al día siguiente, en comunicado al Inspector y Comandante General de Armas, el mismo jefe ampliaba su informe: "Así que llegaron donde estaba, ordené al capitanejo que encabezaba la comisión que se rindiera él y toda su gente, a cuya intimación respondieron acometiéndonos a mano armada a cuantos nos encontrábamos presentes, por lo que me ví obligado a emplear la fuerza para contenerlos, lo que logré hasta cierto punto. Pero como la mayor parte se hubiera puesto en fuga en dirección a sus toldos, desprendí algunas partidas para capturarlos, las cuales, como los indios no quisieron detenerse ni entregarse, hicie-

ron uso de sus respectivas armas, dejando tendidos en el trayecto andado 50 muertos".

En seguida, tanto las fuerzas de la frontera de San Luis, como las de la frontera Sud de Córdoba, expedicionaron contra las tolderías en Poitahué y Leubucó, de los caciques ranqueles con los que se había firmado la paz permanente. "Escribí al cacique Epumer y a Baigorrita — comunicaba el comandante Roca al ministro que meses antes, durante su desempeño como Jefe de las Fronteras Sud del Interior, había manifestado al Dr. Alsina escrupulos en romper la paz, por cuanto los indios cumplían fielmente los tratados— haciéndoles creer que mi ida allí, era con el objeto de arreglar y firmar un nuevo tratado de paz". Al respecto, el propio ministro de Guerra, un mes mas tarde, el 26 de noviembre de 1878, informaba al comandante Marcelino Freire, jefe de la guarnición de Guaminí: "Comunico a usted que el comandante Rudecindo Roca regresa de su expedición a las tolderías de Baigorrita, en Poitahué, habiendo tomado algunos prisioneros que, con los presentados, ascienden a 78 individuos de lanza y 230 de chusma. Avisa aquel jefe que los indios están muy prevenidos y que se va haciendo muy difícil darles caza. El comandante Roca se ha internado en esta expedición mas de ochenta leguas de Villa Mercedes — Julio A. Roca"

Y aún otro mes y días más tarde, el coronel Eduardo Racado, jefe de la frontera Sud de Córdoba, comunicaba desde Leubucó, donde asimismo, había expedicionado sobre los ranqueles: "El cacique Epumer Rosas, prisionero con 300 almas, entre chusma e indios de lanza. Los mayores Anaya y Álvarez llegaron con sus fuerzas a los comienzos de la travesía, en persecución de Baigorrita, quién había sido oficiosamente avisado de mi venida. Puedo asegurar a V. E. que los indios han abandonado por completo sus antiguas guaridas, retirándose casi todos al Chadí-Leuvú, de donde difícilmente vendrán porque están a pié, como he quedado yo tras de ellos. Las fuerzas expedicionarias llegaron más allá de Nahuel Mapú. A consecuencia del aviso dado a Baigorrita, hallábase dispuestos para el combate, lo que me dió por resultado perder 8 soldados y 5 heridos, sufriendo los indios, como es consiguiente, las consecuencias de su temeridad. Por los prisioneros sé que los indios están dispuestos a irse a los Pehuenches — Coronel Racado".

Y, desde fuerte "Sarmiento", al Inspector General de Armas, le agregaba: "Los indios, agrupados en los parajes 'Curu-mahuída' y 'Sanu-mahuída', que se hallan en la travesía, esperaban mi regreso para volver. Di descanso a la caballada y organicé una partida de 200 hombres, la cual despaché al mando del mayor Anaya. A los dos y medio días de marcha forzada, llegué a los puntos indicados, y los indios, puestos en fuga, fueron perseguidos hasta un tercio de la travesía, tomándoles 83 prisioneros entre indios de lanza y chusma. Por los prisioneros, sé que no volverán más. Según ellos, los indios estaban dispuestos, si

se los perseguía nuevamente, a incorporarse a los chilenos. Los campos de la travesía son inhabitables, el pasto es amargo y escasísimo: cada vara se encuentra una mata. En tres días estaré en Mercedes y pasaré a Río IV^o a recibir caballos. Con 60 mulas más, mi División estará pronta para la gran expedición — Coronel Racedo”.

Ante esos acontecimientos, el gobernador de la provincia de Córdoba, Antonio del Viso, con fecha 7 de enero de 1879, se dirigía al ministro de Guerra: “La noticia dada por el telégrafo a V. E. sobre la rendición y captura del cacique Epumer Rosas, con todo el resto de su tribu, despierta en esta provincia el mayor interés, y un ardiente voto de felicitaciones irá de todas partes a V. E. El desenlace del grande y pavoroso problema de la frontera toca así a su término. El bien será para la Nación entera y la gloria de tan grande suceso para V. E. y los dignos jefes que, como el coronel Racedo, han sabido realizar las expediciones militares más fecundas para las conveniencias económicas del país”.

La “gran expedición” dio comienzo tres meses más tarde, coincidiendo la partida de la Primera y Segunda División, salidas desde Carhué, con la marcha de la Tercera, al mando del coronel Eduardo Racedo, la cual, el 9 de abril de 1879 se ponía en movimiento desde el fuerte “Sarmiento Nuevo”, con todas las fuerzas de la Frontera de Córdoba, compuestas de 1.256 hombres de tropa, con 13 jefes y 83 oficiales. La tropa incluía 90 indios del Escuadrón Ranqueles, e igual número de la gente de Cayupán y Simón, que también se habían sometido.

Asimismo, en igual fecha, salían desde Villa de Mercedes las fuerzas de la Frontera de San Luis, al mando del comandante Rudecindo Roca, las que debían incorporarse a las de Racedo en Médano Colorado. Para acordar los detalles de la campaña, ambos jefes se habían reunido en la Villa de Mercedes, a donde el coronel Racedo había viajado por el ferrocarril Andino, pocos días antes de la partida.

El diario de marcha de la 3^a División, está lleno de dramáticos episodios, comenzando por la tentativa de sublevación del regimiento 4^o de Caballería, ante la perspectiva de la campaña que iba a emprenderse. Sofocado el intento, la División partió sin nuevos inconvenientes, aunque también sin poder evitar una pronunciada desertión en las primeras etapas, en que se fué intermando Tierra Adentro por la laguna La Alegre, rodeada de altos médanos y exuberante vegetación, y luego el Monte de la Vieja, formado por tupidos chañarales.

El 15 de abril llegó al punto conocido como Mula Colorada, cruzando montes de caldenes y asediada por los mosquitos. En el trayecto, continuó la desertión, pero se persiguió a los desertores, que llegaron a

resistirse y a matar a quienes los perseguían, por lo que, en cuanto eran tomados, se los fusilaba. El 19 de abril llegaron al Cuero, laguna rodeada de hermosísimos campos de porotillo y trebol, donde comenzaban los montes cerrados que se extendían al Sud hasta el Chadi-Leuvú (Salado).

El 24 alcanzaron la laguna de Médano Colorado, donde acampó Racedo bajo un calor sofocante, esperando a las fuerzas de Villa de Mercedes, que ya debían haber llegado al lugar. Se levantó allí un fortín, como ya se había hecho y se haría en los lugares más a propósito del trayecto, con el fin de mantener la comunicación con las bases de Villa de Mercedes y “Sarmiento Nuevo”.

El 28, no habiendo llegado aún el comandante Rudecindo Roca, con las fuerzas de San Luis, las tropas de Racedo se pusieron nuevamente en marcha, llegando a la famosa laguna La Verde, que tenía al E. y al S. un especísimo monte, refugio de millares de loros. Desde allí se despacharon comisiones en exploración del terreno.

El 30, por fin, lo alcanzó el comandante Roca, y reunidas todas las fuerzas, el coronel Racedo formó con ella dos Brigadas, poniendo una al mando de Roca y otra al del comandante Benito Meana, quién en seguida fué destacado hasta Poitahué, antigua sede de Baigorrita, donde debía acampar toda la División.

Ésta aún permaneció en La Verde hasta el 5 de mayo, siguiendo luego a Aillancó, con tiempo muy caluroso, donde instaló otro fortín, dejado a cargo de 1 sargento, 1 cabo, 9 soldados y 5 indios. El 8 nuevamente se puso en marcha y llegó a Trapal, levantando aún un nuevo reducto fortificado, que quedó provisto, además, de los hombres, de 30 caballos y 25 mulas.

El 10 de mayo arribó Racedo a Levú Carreta, donde reencontró al comandante Meana, quién venía con indios prisioneros. Habiendo gran seca en Poitahué, la División decidió instalarse en Pitra Lauquén (Laguna del Flamenco). Entre los indios prisioneros tomados por el comandante Meana, venía uno atacado de viruela.

El 13, el coronel Racedo despachó al comandante Rudecindo Roca con 200 hombres en persecución de Baigorrita, y el 15, se instaló definitivamente en Pitra Lauquén, junto a una isleta de monte, donde permaneció durante el resto de su campaña, despachando desde allí comisiones en persecución y captura de los indios dispersos por los montes, las que continuamente regresaban trayendo entre 10 y 80 de ellos, al mismo tiempo que dando cuenta de los muertos que en cada captura se habían hecho. Con los indios prisioneros se estableció un “depósito” al lado de la laguna.

El 22 de mayo comenzó a desarrollarse una epidemia de viruela en el “depósito” de prisioneros, por lo que el coronel Racedo ordenó

instalar a 15 cuadras del campamento un "ramadón" que denominó Lazareto para aislar los enfermos. El 23 de mayo, en el diario de marcha, se dice: "El desarrollo de la viruela sigue diariamente tomando mayores proporciones. Dos soldados del Batallón 10º de línea y seis indios prisioneros, pasaron este día al Lazareto, atacados de esta horrible enfermedad. El capellán dio principio de bautizar los indígenas de menor edad, a fin de evitar muriesen sin este signo de redención cristiana".

El 25 se celebró el día patrio en Pitra-Lauquén, y el jefe de la División anotó: "¿Quién no hubiese creído y clasificado de loco al que, ahora diez años, hubiera tenido el atrevimiento de asegurar que una década mas tarde, se solemnizaría el sexagésimo noveno aniversario de nuestra independencia, en Pitra-Lauquén, asiento de las tribus ranquelinas?". El tiempo es extremadamente frío, las heladas se suceden. Al amanecer un blanco sudario cubre los campos. En el lazareto murió una china atacada de viruela".

El 27 de mayo escribía: "Un recluta perteneciente al batallón 10º de Infantería murió víctima de la viruela". El 28: "Durante la noche anterior, la viruela hizo dos nuevas víctimas entre los indios prisioneros". El 29: "El tiempo está frío y un viento violentísimo amenaza destrozarse las tiendas de campaña". El 27 había llegado el mayor Alzogaray con 52 prisioneros y el 1º de junio lo hizo el mayor Sócrates Anaya con 85. Un soldado este día se disparó un tiro en la muñeca. "Todo el día estuvo nublado y garuando y el frío es intenso y glacial".

El 2 de junio: "El tiempo seguía horriblemente frío".

El 7: "En el lazareto murió un indio de viruela y otros empeoraron. De los prisioneros uno perdió la razón; hubo necesidad de atarlo, porque estaba loco furioso. ¡Tal vez este infeliz, con sentimientos más exquisitos que los otros, pensando en sus hijos, en su esposa, perdida toda esperanza! Del batallón 3º de línea murió un soldado de consunción. Las heladas continúan con más y más fuerza, impidiendo con esto el engorde de las caballadas. Los indios prisioneros están en completo estado de desnudez. Inspiran verdadera compasión los más pequeños que, agrupados alrededor de los fogones, huyendo del frío, se queman las carnes, ostentando en seguida grandes y profundas llagas, que la falta de abrigo hace de muy difícil curación".

Y, desde el 10 de junio, va anotando: "Dos indios murieron de viruela en el lazareto". "El soldado que se disparó un tiro de carabina falleció hoy víctima del tétano". "Un joven Porcel, que al ponerse en marcha la expedición, se presentó voluntario, como cadete, se volvió loco y furioso. Ya son dos los que en Pitra-Lauquén pierden la razón". "Se ha suicidado un recluta del regimiento 9º de Caballería. Diósele sepultura". "Hoy murió de tisis un cabo de mi escolta". "Un desertor del regimiento 4º se resistió y fue muerto". "Murió un soldado del batallón 10º por efecto de una fuerte pulmonía".

El 24 de junio, anotaba: "Un infeliz cautivo, de nacionalidad chilena, ya de edad avanzada, falleció hoy en el depósito". "El llanto de los indios pequeños que hay en el depósito de prisioneros, es desolador. La completa desnudez en que se hallan les hace sentir con horrible intensidad el rigor de la estación". "Entre nuestros soldados hubo tres defunciones de pulmonía fulminante". "Continúa el viento cada vez más frío y fuerte".

En el mes de julio, el número de muertos, no baja de dos cada jornada. Pero, desde el 5 sube: "La mortalidad en la División alcanza cifras alarmantes, llegando algunos días, como éste, a cuatro defunciones, pertenecientes, en su mayor parte, a nuestros desgraciados prisioneros". El 8 anota: "Falleció hoy una de las cautivas llamada Luisa". En los días siguientes el número de defunciones alcanza a 7. Entre el 20 y el 29, anota: "Los casos de enfermedad ocurridos fueron 39, ascendiendo las defunciones a 27, cifra enorme".

Luego, en agosto, el diario de la expedición, expresa: "La salud en el campamento empeora cada día". "Así, pues, resolví que el sargento mayor Álvarez, se pusiera en camino para Villa Mercedes, conduciendo los cautivos y los prisioneros que aún quedan, en número de 47 los primeros, y 170 los últimos. En estos días han ocurrido 16 defunciones. Las grandes heladas que caen por la noche nos hacen pasar fríos espantosos". Luego empezó a nevar. "Desde la salida del convoy de prisioneros continúa nevando. Las defunciones ocurridas alcanzaron a 18".

Mientras tanto la persecución de los indios proseguía implacable. Las comisiones se desplazaban como partidas volantes por todos los rumbos, tras de los araucanos para capturarlos. El grito de "¡Huinca cona!" ("¡Soldado cristiano!") resonaba por todos los montes. Aunque, a menudo, sólo hallaban tolderías abandonadas, objetos perdidos, monturas deshechas, cadáveres de indios enfermos de viruela que habían sido abandonados tal como sus deudos los dejaban: con provisiones y agua para algunos días, pero huyendo de ellos con terror, así fueran sus padres o hijos.

A veces el cuadro cambiaba: una india vieja muerta pocos días atrás, a la que los buitres habían sacado los ojos; algunas mujeres hambrientas que se presentaban con chicos desnudos; un indio anciano que había quedado tratando de cazar con sus perros, pero éstos extenuados de hambre, no cobraron ni un quirquincho, por lo que, para comer, tuvo que irlos matando. Las tropas cristianas estaban atentas a cualquier rastro, o a la vista de algún indio vigía en lo alto de los médanos, siguiéndolos luego, implacables, aunque los perseguidos, para evitar ser alcanzados, se abrieran en dispersión, dejando así numerosas rastilladas. Una vez en una persecución, los soldados se metieron en un pantano donde debieron desmontar y llevar su caballo de la rienda, con el

barro hasta la rodilla y el agua hasta el muslo, desde las 9 de la mañana hasta las 5 de la tarde, sin parar ni comer.

641 prisioneros, de los cuales 153 fallecieron de viruela y otras enfermedades, fué el resultado. En cuanto a los muertos en los asaltos a las tolderías, nunca pudo saberse a ciencia cierta su número, que quedó librado a la discreción de los soldados, portando su Remington, lejos de la vigilancia de los oficiales y que, en cualquier gesto, creían ver un acto de resistencia.

La destrucción de la familia araucana ranquel fué total. Los hombres que no morían, debían huir o eran eliminados por la epidemia de viruela; las mujeres y los niños, si no caían víctimas de esta enfermedad o del hambre en los montes, eran distribuídos. "El comandante Roca me pidió un indiecito de los que él trajo y estaban en depósito, para su servicio —anota Racedo— que me apresuré a hacerlo entregar". "Los oficiales me han solicitado indiecitos los que se les han entregado". En cuanto a los adultos llevados a Villa de Mercedes, murieron de viruela en tal cantidad, que sus cadáveres fueron conducidos en carros y, para enterrarlos, se derrumbaban sobre ellos las barrancas del río.

Apenas el jefe que mandaba la patrulla cristiana ordenó hacer alto a un costado de la rastrellada, junto a un montecito de jarilla y jume, el cautivo, que marchaba con ellos, atrás, se acercó y, señalando hacia el Sud donde, sobre un lejano horizonte brumoso, se alcanzaban a divisar unas manchas blanquecinas, le dijo:

—¿Ve esos humos, mayor?

Y, sin esperar una respuesta, mientras todos miraban hacia el lugar señalado, prosiguió:

—Es Baigorrita que avisa a sus indios dispersos que ya ha pasado el Colorado.

Hacia casi dos meses que las fuerzas cristianas andaban detrás del último cacique ranquel. El 13 de mayo el coronel Racedo, desde su campamento de Pitral Lauquén, dió orden al comandante Rudecindo Roca que con 200 hombres, saliera "con el objeto de ver si aprehendía a Baigorrita y su tribu". El comandante Roca se dirigió por las travesías hasta el Chadi-Leuvú (Salado), sin poder vadearlo por estar muy crecido. Días después, logró apresarse algunos indios, por los que se enteró que Baigorrita iba huyendo "mal montado".

Pronto, continuando su marcha, encontró un indio medio oculto entre las pajas y por él pudo informarse de que Baigorrita había vadado el Chadi-Leuvú, días antes, lo mismo que el Atuel, dejando algunas familias que se habían rezagado y andaban dispersas por los montes, por

lo cual el comandante Roca desprendió algunas "partidas ligeras" para tomarlas y reconocer aquellos ríos, así como las posiciones que ocupaba Baigorrita.

El 26 el jefe cristiano comunicó que había logrado vadear al Chadi-Leuvú y que esperaba alcanzar al cacique ranquel, que sólo le llevaba 12 leguas.

Pero no era así, sin embargo, ya que un nuevo indio tomado prisionero declaró que Baigorrita debía encontrarse 16 leguas más adelante, por la laguna de Cochi-có, junto con su hermano Lucho.

Ante esta nueva información, Roca resolvió dirigirse tan rápidamente como le fuera posible hacia ese punto, con el fin de sorprender al cacique y su tribu, cumpliendo con el propósito para el que había sido destacado. En esa marcha logró detener a otro araucano, que iba de chasque del capitanejo Cumilán, quién el día antes había cruzado el Salado por el paso de Meucó, con sus familias y haciendas, y dijo que Baigorrita había prometido esperar a Cumilán en Cochi-có, a donde éste ahora se dirigía.

En vista de este nuevo informe, que confirmaba el anterior, el comandante Roca preparó sus fuerzas para caer de sorpresa sobre Cochi-có, avanzando toda la noche entre médanos guadalosos y lomadas cubiertas de montes espesísimos, avanzando al alba sobre las tolderías allí levantadas. Pero, en vez de Baigorrita, halló a los capitanejos Fortuna y Colunao, que fueron apresados, así como sus familias.

Por ellos, el jefe cristiano se enteró que el cacique ranquel se encontraba sólo a cuatro leguas, por lo que, llevando a los capitanejos prisioneros, se lanzó por el camino de Puelén, siguiendo unos rastros frescos que lo engañaron, pues se vió demorado entre grandes lomadas cubiertas de cantos rodados, que hicieron sufrir a su caballada, demorándolo cinco horas.

Por fin, llegando a Ranquel-có, donde acampaba Baigorrita, y no en Puelén, como se creía, alcanzó a apresarse varias familias y alguna hacienda, de la poca que le quedaba. Pero, Baigorrita, había logrado huir horas antes, ya que un chasque suyo escapó de Cochi-có al llegar allí los cristianos y, tomando un camino mas corto, que conocía, pudo alertarlo a tiempo, dándole la oportunidad de salvar su vida.

Como no iba a mucha distancia, se destacaron partidas en su persecución, las que regresaron, finalmente, luego de cuatro leguas, sin alcanzarlo, después de rematar sus caballos. Entre las familias y cautivos tomados se encontraba la francesa María Carrière, que servía de secretaria del cacique. Ésta, lo mismo que los capitanejos, aseguraron que Baigorrita se estaba preparando en Ranquel-có para invadir la próxima primavera a Mendoza y San Luis, con su hermano Lucho, después de invemar sus caballadas.

Tales eran los informes que trajo el comandante Rudecindo Roca cuando, a mediados de junio, luego de un mes de haber partido, regresó al campamento de Pital Lauquén buscando reponer a sus montados y dar algún descanso a sus hombres.

Pero como Baigorrita era una presa demasiado importante, el 20 de junio el coronel Racedo volvió a despachar en su persecución al sargento mayor Juan Álvarez, junto con dos oficiales y 50 hombres de tropa.

El 25 las fuerzas del mayor Álvarez ya habían alcanzado el Chadi-Leuvú, vadeándolo por el paso Avellaneda, para seguir luego por su margen derecha hasta cruzar, también, el Atuel. Luego atravesó los pantanos casi intransitables que se extendían hasta el arroyo Trapal Leuvú. Más adelante, durante varios días, cruzaron entre montes espesos, hasta que alcanzaron a divisar a cuatro araucanos en lo alto de un médano, a los que persiguieron, apresurando la marcha todo lo posible detrás de sus rastros, ya que, se sospechaba fueran vigías de Baigorrita y, habiendo sido descubiertos, debían alcanzar el campamento del cacique antes de que éste fuera nuevamente advertido de la presencia de tropas cristianas y otra vez huyera.

Cuando anocheció, era tal la obscuridad, que de tanto en tanto debían detenerse y bajar del caballo para hallar el rastro. Además, llovía a cántaros. Pero se continuó la marcha con la esperanza de poder llegar a los toldos de Baigorrita al amanecer.

A la una de la noche arribaron a los pozos de "La Liebre", a dos leguas al Sur de Cochi-có, mientras la lluvia continuaba cayendo con igual fuerza. La obscuridad era tanta, que los hombres apenas alcanzaban a distinguirse unos a otros, al mismo tiempo que se había levantado un viento fuertísimo, que casi los arrastraba.

De los pozos de "La Liebre" partían dos caminos: uno hacia Ranquel-có, al Oeste, y otro hacia el arroyo Lacha, al Sud. El viento seguía tan fuerte y la lluvia caía en tal forma, que ni debajo de los ponchos podían encender fósforos con el fin de hallar el camino, por lo cual el mayor Álvarez, resolvió hacer alto, echar pie a tierra y, con las mulas de la rienda, parados los hombres en medio de un salitral que les cubría los pies, esperar el día para orientarse.

Al amanecer del día 29, habiendo encontrado los rastros, éstos les hicieron ver que Baigorrita se había dirigido a Lacha, por lo que siguieron el camino a lo largo de la sierra de Luan-có hasta el arroyo Selgado y, atravesando un gran bañado pantanoso, llegaron a la sierra de Lacha donde tomaron algunos indios, entre los cuales había varios enfermos de viruela, que en seguida libertaron, enterándose por ellos que a media noche, Baigorrita con los restos de su tribu, se había puesto en apresurada fuga. Haciéndose conducir a donde el cacique ranquelino

había estado acampado hasta pocas horas antes, hallaron allí los restos de sus fogones.

Entonces el mayor Álvarez dividió sus fuerzas en cuatro partidas, que marcharon detrás de otros tantos rastros, siguiendo él por el principal. A poco alcanzó una india, así como un cautivo y una cautiva, que Baigorrita había dejado abandonados en su huida y, por ellos, se enteró que el cacique había tomado el camino del Colorado.

En esa dirección marchó el mayor hasta la mitad de la tarde en que, junto a un montecito de jarilla y jume, ordenó hacer alto. Y, al darse cuenta de que Baigorrita había cruzado el Colorado, dispuso el regreso. "Los deseos que tenía de continuar la persecución, eran vehementes —dijo en su informe al coronel Racedo— pero varios y muy fundados fueron los motivos que me detuvieron. El cacique Baigorrita con la chusma que lo seguía, me aventajaba en 18 a 20 horas de marcha. Además, mi caballada llevaba ya 30 de caminar forzada y consecutivamente, y sin haber comido ni bebido en todo ese tiempo. Mi marcha al río Colorado, en mi concepto, no tenía más objeto ya, que cerciorarme de una manera positiva de que el cacique ranquelino, con los restos de su tribu, lo había vadeado y continuaba su precipitada fuga por el camino que conduce a la morada de los Pehuenches. Yo hubiese deseado aprehender al cacique Baigorrita y ofrecérselo a V. S. como un trofeo de mi campaña, pero todas las esperanzas para lograrlo se estrellaron con la fatalidad del destino"

Mientras tanto, el coronel Racedo había recibido del ministro de Guerra el siguiente despacho: "Con verdadera satisfacción he leído su nota del 19 del pasado en que me da cuenta de haberse posesionado de los campos que se extienden de las fronteras de Córdoba y San Luis hasta el río Salado, limpiándolos de cuanto indio contenían. Lo felicito por ese cumplido resultado de las cualidades militares de que las fuerzas a su mando tienen dadas tantas pruebas y le trasmito con satisfacción, para que reciban de ellos la merecida parte, los telegramas que S. E. el Sr. Presidente de la República y el Sr. Ministro interino de la Guerra han dirigido a las tropas que han acabado con las invasiones indias. Siga haciendo policía de los insignificantes grupos que quedan. Oportunamente le remitiré nuevas órdenes — Julio A. Roca"

A lo que el jefe de la 3ª División Expedicionaria contestó en seguida, lamentándose de no haber podido capturar a Baigorrita. "Le agradezco profundamente los bellos conceptos con que me favorece. Debemos, como V. E., estar satisfechos de haber cumplido nuestra misión. Su nota, lo mismo que la copia de los telegramas que me manda el Señor Presidente y Ministro de la Guerra interino, se han dado en el Orden General de la fecha. Agradezco en nombre de la 3ª División de mi mando el testimonio honorífico que él importa, felicitándolo, a la

vez, por la realización de la gran obra que V. E. ha terminado y en la cual tanto el Señor Presidente como V. E. y el Ministro de la Guerra interino, nos ofrecen un lugar en el catálogo de los obreros que han contribuido a ella. Crea que siento no haber podido ofrecer a V. E. como trofeo de guerra al cacique de Poitahué, así como lo hice con el de Lebu-có" — Coronel Racedo"



33. La conquista de 15.000 leguas

(Carmen de Patagones - 1879)

“EL PUEBLO DE NUESTRA Señora del Carmen de Patagones, era, verdaderamente, el último pueblo del mundo... Todavía podía detentar, en 1880, anales nada vulgares y una fisonomía propia... Por lo demás, esta situación aislada, los peligros siempre inminentes, las frecuentes sorpresas de sus inseguros amigos de la Pampa, habían formado varones que no se trastornaban fácilmente en los casos apurados.”



A. EBELOT: *La Pampa*

“CHOIQUE MAHUIDA ERA EL PUNTO DE RESIDENCIA DE AGNEER Y QUERENAL, hasta poco antes de llegar las fuerzas expedicionarias al Río Negro, a las márgenes del Colorado. Desde que las fuerzas de la Nación comenzaron a aterrorizar a los salvajes con sus triunfos brillante y numerosos, Agneer y Querenal se situaron allí para impedir el paso de sus colegas que, despavoridos, huían a buscar un asilo seguro en las márgenes del Neuquén o en las fronteras de Chile. Agneer y Querenal alegaban a sus colegas que no debían huir a Chile, y si morir en la Pampa argentina que les pertenecía; y más de una vez, los fugitivos que se negaron a sus pretensiones, encontraron en las márgenes del Colorado y en el filo de los cuchillos o la moharra de las lanzas de Agneer y Querenal, la muerte y la tumba.

“Agneer y Querenal han muerto con una lanza en una mano y un puñal en la otra, defendiendo con el fuego de una pasión salvaje, el Desierto que creían dominar eternamente.”

(Parte de la 2ª División expedicionaria al Río Negro, al mando del coronel Nicolás Levalle.)

Coronel M. J. OLASCOAGA: *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*

“ESCRIBO SOBRE LA RAZA MÁS FUERTE DE AMÉRICA, REDUCIDA POR EL blanco recién a los tres siglos y medio de empezada la conquista del Nuevo Mundo, y para la cual nadie entre nosotros, ante su inmensa

desgracia, ha tenido una palabra de conmiseración. Indios, bárbaros, salvajes les llaman despectivamente nuestros cronistas; y algunos se dedican a enumerar los sangrientos episodios de sus malones, la crueldad de sus reacciones en la lucha a muerte que sostuvieron con variable fortuna contra las poblaciones cristianas... La historia de esa lucha la hemos escrito los blancos, desde nuestro solo punto de vista y enaltecendo nuestras acciones. No queda constancia de la otra referencia, de la del criterio indígena sobre el mismo asunto. Pero, bien puede formularla la razón serena del estudioso, oyendo a los viejos araucanos relatar, trémulo el labio, la odisea de las tribus en el desbande definitivo, los horribles sufrimientos de la huida a pie por el Desierto, dejando a la vera de las sendas sus mujeres y sus hijos muertos por la sed, el hambre, el frío y la fatiga. Nadie podía detenerse a auxiliar a los agonizantes: la persecución del vencedor era tenaz y no daba cuartel. Los ancianos que formaban la escolta de esas caravanas dolientes, rugían de impotencia ante la desgracia irreparable, perdida ya toda esperanza en el poder de los lanceros de la tribu, sus hijos y sus nietos, muertos unos en el entrevero de la sorpresa, dispersos otros en la inmensidad de la Pampa, cerrada a los cuatro rumbos por el círculo de hierro de nuestros batallones. La mayor parte de esos grupos de madres fueron alcanzados por las partidas de descubierta. Sobre el mismo terreno de la captura se procedía a su distribución... Y las madres indias, madres al fin, veían partir a sus hijos a destinos ignorados, y luego morían de tristeza en los campamentos, destrozada el alma, maldiciendo al "huinca" que desparramaba a los cuatro vientos a los seres queridos, lo único que les quedaba después de la destrucción total de sus familias... Se acusa de crueles y sanguinarios a los indios. ¿Lo fueron menos con ellos los cristianos?... Léanse las partes de nuestros jefes y oficiales, sin distinción, escritos a raíz de los sucesos en que fueron actores, tal vez aún con las manos tintas en la sangre del combate, y se explicarán las reacciones violentas del salvaje, para quién, después de todo, los nuestros les resultaban salteadores de sus hogares, invasores extranjeros."

F. SAN MARTÍN: *Neuquén*



Después de haber varado el barco en que venía, a principios de 1870, en la terrible barra que cerraba la boca del río Negro, un viajero de treinta años de origen inglés, nacido en la Pampa, descendió a la costa en un bote, entre la aglomeración de interminables médanos, y exclamó: "¡La Patagonia estaba allí, por fin! ¡Cuán a menudo la había visto en mi imaginación! ¡Cuántas veces había deseado ardientemente visitar este Desierto solitario, no hollado por el hombre, para descansar allá lejos en su paz primitiva y desolada, apartado de la civilización! ¡Allí estaba, completamente abierto ante mis ojos, el Desierto intacto que despierta tan extraños sentimientos en nosotros!"

Y, luego de seguir su marcha, cerca de treinta kilómetros, hasta el fuerte y pueblo de Carmen de Patagones, aquel recién llegado, que era el futuro escritor William H. Hudson, había de agregar: "Encontré un mundo suficientemente amplio para mis gustos y afinidades en la pequeña comunidad de hombres y mujeres de Río Negro".

Por la misma época, otro viajero inglés arribaba a Carmen de Patagones marchando desde el Estrecho de Magallanes, después de haber finalizado, en un año, la primera travesía de toda la Patagonia, desconocida e inexplorada, hecha por un hombre civilizado. Era el capitán George Ch. Musters. "Una colina un poco empinada se eleva hasta la meseta que, al Norte, es decir, detrás de la población, baja otra vez, por medio de una grada al nivel de la planicie —había de escribir mas tarde, haciendo la descripción del lugar— Su cresta está coronada por el fuerte, y la población que se extiende cuesta arriba, ha sido construida con sujeción al modelo establecido, aunque para el forastero no es muy perceptible la regularidad de sus calles y manzanas a causa de la formación del terreno. Después del fuerte, los edificios más importantes son la casa del comandante, presuntuosa construcción de ladrillo colorado, y la vieja iglesia de Nuestra Señora del Carmen, situados ambos un poco más abajo del filo de la colina y, puede decirse, al abrigo de

las alas del fuerte... Como éste corona la barranca, tiene un aspecto imponente cuando se le ve de lejos... pero sus muros se encuentran en miserable estado y toda la construcción arruinada”.

Y, después de calcular en menos de 2.000 el número de sus habitantes, agregaba: “Los descendientes de los primitivos pobladores... estrechamente unidos por los matrimonios entre ellos, forman, puede decirse, una sola familia, cada uno de cuyos miembros casi es un Crespo o un Real. Aunque celosamente excluyentes hasta ahora en lo que se refiere a la mezcla de su “sangre azul” por alianza con los extranjeros, exceptuados tal vez los ingleses, los hombres se hacen notar por su bondad y cortesía hospitalarias, mientras que las damas rivalizarían con las de cualquier parte de la vieja España o de las provincias argentinas en modales graciosos o en belleza. Constituía un rasgo prominente de su carácter el hecho de que, tanto los hombres como las mujeres demostraban tener a la religión un respeto mucho mas puntilloso que el que he podido observar en otros países católicos. Todo el mundo se imponía el deber de asistir a la misa, cuando quiera que se celebrase. Yo estaba entre los invitados cuando don Benito Crespo dió una comida a varios en celebración de su hija, el que coincidía con la novena en honor de Santa Rosa, y cuando la campana se hizo oír llamando a vísperas, todos se levantaron de la mesa y salieron apresuradamente para la iglesia”.

Apenas un año y meses más tarde, un tercer viajero llegaba al lejano fuerte de Carmen de Patagones. Procedía de Buenos Aires, y, al acercarse el barco en que arribaba a aquellas costas desoladas, extendía su vista sobre el paisaje hostil y primitivo. Era el comandante Liborio Bernal, que venía designado Jefe Militar del punto. Quince años habían transcurrido desde que ingresara al Cuerpo de Cazadores de Buenos Aires, ciudad de su nacimiento, iniciando una carrera que lo llevaría, luego, por buena parte de la República. Había luchado contra las montoneras de El Chacho, en La Rioja, a las órdenes del general Arredondo; contra los indios araucanos en la frontera Sud de Mendoza; contra el caudillo Ricardo López Jordán, en Entre Ríos. También había participado en la guerra contra el Paraguay, siendo gravemente herido y dado por muerto en la batalla de Tuyutí.

Ahora, ese año 1872, de treinta y un años, llegaba a aquel lugar tan lejano y aislado, preguntándose, seguramente, qué le depararía el destino en el “último pueblo del mundo”, donde debía permanecer siete años.

Cruzada la barra, al llegar frente al pueblo, allí había dos o tres veleros, entre ellos la goleta alemana “Margarita”, que estaba de “arribada forzosa” y el lugre “Luisito”, de Luis Piedrabuena. A un costado del desembarcadero se extendía el Bañado, cerrado hacia el Este por el cerro de la Caballada, donde tuvo lugar el encuentro con las fuerzas

de invasión brasileñas, el año 1827. Del otro lado, se levantaba la Capitanía del Puerto, mas tarde sede de la Escuadrilla Naval del Río Negro.

El fuerte debía impresionarlo desfavorablemente, ya que su estado era tan ruinoso, que, poco antes, a consecuencia de las salvas de una cañonera americana que visitó el lugar, se habían derrumbado parte de los muros que aún quedaban en pie. La guarnición incluía el regimiento 9º de Caballería de línea, el Batallón 4º de Infantería de línea, 1 compañía de Dragones, 1 compañía de Cazadores y los indios de Linares. La Comandancia Militar de Patagones comprendía, además, el fortín “Conciliación”, a corta distancia del Carmen, en el camino a Bahía Blanca, y luego, sobre este mismo camino, los fortines “Primeros Pozos”, “Segundos Pozos” y “Mercedes”, éste último sobre el río Colorado. Río Negro arriba, a quince leguas, se levantaba la “Guardia Mitre”.

Por su especial situación, Carmen de Patagones era el centro de un activísimo contacto con los indios, que venían a comerciar y a buscar sus raciones, tanto del Sud como de la cordillera. Allí llegaba el cacique tehuelche Casimiro, desde el Estrecho de Magallanes; indios de Inacayal, residente en el lago Nahuel Huapí; Meli-curá, de los araucanos Pichuncos de Purrán; delegados de Reuque-Curá, hermano del difunto Calfucurá, establecido sobre la cordillera; de Sayhueque, cacique del país de las Manzanas (Neuquén); de Queupu, que residía en el alto Río Negro, etc. También debían contarse los miembros de la tribu del cacique amigo Miguel Linares, pertenecientes a las antiguas tribu de Chicoleo, que residían en la vecindad del Carmen.

También había gran número de negros, procedentes de los allí arribados con motivo de la guerra con el Brasil, y eran tantos que formaban un barrio en las afueras de Patagones, llamado el Barrio del Candombe. Cuando realizaban sus fiestas en ellas tenía un papel preponderante el viejo sargento Felipe La Patria, que por largos años había servido en el fuerte.

Apenas unos meses después de su arribo, el comandante Liborio Bernal, atendiendo órdenes superiores, debió despachar al sargento mayor Mariano Bejarano, río Negro arriba, con el fin de controlar cómo se cumplía el racionamiento que recibían los indios que integraban las tribus de Sayhueque y Reuque-Curá. El mayor Bejarano partió del Carmen, en junio de 1872, acompañado de Miguel Linares, una figura popular en el Carmen, donde tenía estancia y marca para su hacienda. Montaba con cojinillo de hilo tejido por los indios, sobrepuesto de mota negro, sobrecincha bordada con iniciales, y buen chapapeo. En el pretal, cubriendo el pecho del caballo, llevaba un gran corazón de plata. Bejarano y Linares, acompañados por cinco hombres, partieron para su larga excursión, que duró más de tres meses, siguiendo a caballo por la

costa del río Negro, y llegando hasta donde nunca había alcanzado antes un cristiano salido del Carmen.

También el comandante de marina Martín Guerrico intentó remontar el río, ese mismo año 1872, en el vaporcito "Río Negro", aunque, a causa de la bajante, no pudo alcanzar con él la isla Choele Choele, a donde llegó, sin embargo, marchando por tierra, arrastrando un bote, mientras desde Patagones se le enviaba carbón de Cardiff, en varias carretas, con el fin de proveerlo de combustible para el regreso.

En el copiator de cartas del fuerte, podía seguirse toda la variadísima actividad de la Comandancia, a través de notas y comunicados remitidos al Inspector General del Ejército, al ministro de Guerra y a otras autoridades nacionales y provinciales. En ellas se avisaba, entre otras cien cosas, que al regimiento de Caballería y al batallón de Infantería, de guarnición en Patagones, se les adeudaban 15 meses; que en parecidas condiciones se encontraba la tripulación del vapor "Río Negro", a la cual se le debían los sueldos de 2 años, por lo que se hacía difícil encontrar marineros para integrarla. También se comunicaban los tratados firmados con los distintos caciques araucanos de la cordillera como Yancamil; así como se remitía el detalle de las raciones adquiridas para Reuque-Curá, para Sayhueque, y para los presidiarios que residían en el Carmen, etcétera.

Se avisaba, asimismo, que se habían entregado 100 vacas al cacique Nancuqueo por el rescate de un cautivo chileno, en tanto que por una cautiva de Azul se habían abonado \$ 2.000; se pedían 250 caballos al Juez de Paz para encarar la sublevación de los indios de Bahía Blanca; se anunciaba a Buenos Aires que Namuncurá iba a invadir, o se ponía sobre aviso al Jefe de Bahía Blanca de algún otro malón que se preparaba.

También en ese copiator de cartas se hallaban informes de la llegada de los naufragos de la fragata "Mary E. Parker", encallada en la península Valdéz; de que se despachaban a Buenos Aires otros 25 naufragos de la goleta "María Luisa"; de que en la boca del río Colorado se habían encontrado dos embarcaciones abandonadas y se presumía que pudieran pertenecer al "pretendido Aurelio Primero, que se decía Rey de la Araucanía y de la Patagonia", quien el año 1874 había pasado por el Carmen; de que se traían del Chubut para remitirlos a Buenos Aires 14 sublevados del establecimiento chileno de Punta Arenas, entre ellos una mujer con un niño, los que habían venido caminando por la costa del mar, en una marcha penosísima, quedando todavía otros 60 en Puerto Deseado.

También las comunicaciones se referían a los preparativos y al viaje del explorador Francisco P. Moreno, que por entonces, se encontraba en el fuerte del Carmen de Patagones con el propósito de remontar el río Negro y ser el primer cristiano que arribara desde allí hasta Chile.

Las notas demostraban que el comandante Bernal había puesto el mayor empeño en facilitar ese viaje, proveyendo al viajero de todo lo necesario, incluso de un asistente, que se distinguía por usar un amplio tirador de carpincho, estrellado de monedas de plata brasileñas, sobre un pantalón de cuero de puma con el pelo hacia afuera, y era famoso en el Carmen porque una vez había salvado, enlazándole las muñecas desde la costa, a uno que se ahogaba en el río y, en su desesperación, al hundirse, levantó las manos sobre la superficie del agua.

Antes de partir, Francisco P. Moreno había tenido oportunidad de escribir varias cartas a su padre, el año 1875, dándole cuenta de sus preparativos e informándole, al mismo tiempo, de los últimos acontecimientos: "Bernal se casa el 23 del corriente con una nieta de Benito Crespo", decía en una de ellas. "En cuanto entregue ésta al correo voy a volverme para el casamiento de Bernal", anunciaba en otra. "El 25, después de haber asistido al casamiento de Bernal, salí para Bahía San Blas", confirmaba más tarde. Por fin, el 5 de diciembre de 1875, volvía a escribir "en camino a Chile", desde la "Primera angostura del río Negro": "A las dos de la tarde monté a caballo, con el asistente Guerra, a quien dejaré en Valdivia, el que iba armado de una carabina de siete tiros que me regaló Bernal, y acompañado de este nos pusimos en marcha costeano la orilla del río... Bernal me acompañó algunas leguas".

El camino se hizo por El Dique, Potrero Grande, Monte Bagual, San Javier, Laguna Grande, San Andrés, China Muerta, Zanjón de Oyuela, Rincón de Roche, Punta del Agua, Paso Falso, El Álamo. A las 4 de la tarde, pasaron por la casa que habitaba el Dr. Eduardo Zeller, suizo, sumamente instruido, que vivía allí aislado en medio de la naturaleza salvaje. Después, residían los Flajer, segundones de un lord y duque inglés, que habían gastado como 20.000 libras sin recoger un centavo. Luego Enrique Grandville también noble británico, quien, como los otros, tenía en su chacra una biblioteca con 400 a 500 volúmenes, junto con buenas armas para defenderse de los indios. Más adelante cruzaron frente a una casa destruida por el fuego, con un corral abandonado, un arado perdido entre el pasto y carcomido por las llamas y el agua, guardando el secreto sombrío de un drama del Desierto. Había sido el hogar de dos ingleses, criadores de ovejas, uno recién casado, los que en una sola noche se vieron arruinados. El hermano soltero quedó lanceado, el perro degollado y el matrimonio tuvo que refugiarse dentro del río, con el agua hasta el cuello, soportando el frío y la corriente para ponerse a resguardo de las lanzas de los indios, y esquivando sus cascos, hasta la madrugada mientras el resplandor del incendio iluminaba sus caras angustiadas.

Iban entre los hermosos sauces colorados que bordeaban el río, espantando patos, ánades y palomas, y alborotando los loros y los teros. Las avutardas, que llegaban en abril y se iban en setiembre, ya habían

desaparecido. El explorador Moreno y su asistente, marchaban en buenos pingos, llevando adelante la tropilla de remuda, y el comandante Bernal en un espléndido picazo overo, de uniforme militar, con un buen revólver, las tapajuntas de cuya pistola eran de cuero de tigre. Así hasta que éste se despidió, dejando a aquéllos seguir su rumbo.

En diversas ocasiones el comandante Bernal hubo de enfrentar invasiones araucanas. En 1873 también, había tenido oportunidad de dirigirse a Calfucurá, poco antes del fallecimiento de éste, previéndole sobre cualquier tentativa de invadir por la zona del Carmen de Patagones. Y en 1874 realizó una expedición río Negro arriba, con el fin de entrevistarse con el cacique Reuque-curá, hermano de aquél y verdadero monarca del Desierto; lo hizo acompañado de una pequeña comitiva y, al llegar al lugar de la cita, en Choel-Choel, se vio rodeado en forma imprevista y aparentemente hostil, por las fuerzas del mencionado cacique, ante lo cual guardó una adecuada compostura, tratando, sin embargo, de tomar providencias para defenderse. Pero todo quedó aclarado al manifestar Reuque-curá que sólo había buscado apreciar si el jefe cristiano era valiente. "¡Ese comandante Bernal, toro!", había terminado por decir el cacique.

En 1876, sobre el río Colorado, firmó tratados con los araucanos picunches.

En enero de 1878, por comunicaciones recibidas del comandante de Bahía Blanca, coronel Donovan, Liborio Bernal se impuso de que se esperara para marzo una fuerte invasión del cacique Catriel al fortín "Mercedes" y a Patagones. Pero habiéndose trasladado especialmente a ese punto con fuerzas, desde el Carmen, el comandante del fuerte del Río Negro solo tuvo oportunidad de recibir allí a 658 integrantes de la tribu de aquel cacique, que venían con intención de llegar a acuerdos pacíficos y, en tal estado de miseria, que debió socorrerlos.

El 16 de noviembre de 1878, despedida por el comandante Bernal, partió de Carmen de Patagones, rumbo a Santa Cruz, a las órdenes del capitán de navío Luis Py, la escuadra nacional destinada a tomar posesión del mencionado territorio en nombre de la República Argentina. Y, días más tarde, el 12 de diciembre del mismo año, como parte de la campaña general contra los indios, dispuesta entonces por el ministro Julio A. Roca, el propio Bernal se ponía en marcha para la Boca Mala, a 50 kilómetros de Chichinal, arriba de la isla de Choel-Choel. El día que debía partir se detuvo un instante ante la cuna de su primera hija, que allí había nacido seis meses antes y, en sus mejillas, depositó un beso.

En esa expedición lo acompañaban cincuenta soldados de Caballería, 125 integrantes de la tribu de Linares y 50 de la de Catriel, con intenciones de llegar hasta las tolderías del cacique Queupú, no habien-

do logrado alcanzarlo por haber huido este cacique, ante la aproximación de los cristianos, dirigiéndose hacia la cordillera.

Y muy poco después, en los primeros meses del año siguiente, fueron llegando a Carmen de Patagones los informes de la expedición iniciada por el ministro de Guerra, general Julio A. Roca, con intención de trasladar la frontera del Desierto hasta el río Negro. El ministro había partido de Carhué, a mediados de abril, con la 1ª División a sus inmediatas órdenes. También lo había hecho la 2ª División, salida asimismo de Carhué, al mando del coronel Nicolás Levalle; la 3ª, desde Villa de Mercedes y fuerte "Sarmiento Nuevo", al frente de la cual venía el coronel Eduardo Racedo. La 4ª, desde el Sud de Mendoza tenía el propósito de llegar hasta el Neuquén. La expedición del señor ministro, junto con esta última, por las zonas que abarcarían, interesaban, particularmente, a Carmen de Patagones.

La 4ª División había salido del fuerte de "San Rafael", en la frontera de Mendoza, pasando luego por el fuerte "General San Martín" —que una vez fue tomado por los indios—, más conocido con el nombre de "El Alamito", para distinguirlo de otro del mismo nombre que existió un tiempo en la Frontera Sud de la provincia de Buenos Aires. Desde allí se puso en marcha, a su vez, el 21 de abril de 1879, a las órdenes del comandante Napoleón Uriburu. Esta División estaba compuesta, además del Estado Mayor, por el regimiento 7 de Caballería de línea, el batallón de Infantería de línea de "Nueva Creación", dos compañías de Guardias Nacionales, una sección de Artillería de montaña, caballdas de reserva, etcétera, e iba acompañada por un cuerpo de "choiqueros" mendocinos. Las instrucciones que había recibido su jefe del ministro de Guerra, decían: "La 4ª División emprenderá su marcha... en la inteligencia de que va a establecerse permanentemente en la margen Norte del Neuquén. Para esto previamente debe limpiar de indios toda la parte comprendida entre los ríos Barrancas y Neuquén, a fin de dejar perfectamente segura su retaguardia, donde no debe quedar un solo".

En su trayecto cruzaron la serranía de Loncoche, divisando el cerro Nevado. Luego avistaron el cerro Payén y más tarde, a distancia, al Oeste, cubiertos de hielo, los contrafuertes más avanzados de la cordillera de los Andes. Por fin, a los nueve días, llegaron al río Barrancas, afluente del Colorado.

El día 5 de mayo, después de pasar el Curre-Leuvú, a una legua de su confluencia con el Neuquén, una partida al mando del mayor Saturnino Torres asaltó las tolderías del cacique ranquelino Payeirán, que huía. Los indios se batieron vigorosamente, quedando muertos 14 de ellos y el cacique Payeirán. Se tomaron, además, 84 prisioneros. Luego,

la División, se puso en contacto con la tribu de Purrán, cacique de los araucanos picunches, que podía poner en pie de guerra como 900 lanzas. Finalmente, en la confluencia del Curre-Leuvú y el Neuquén, comenzó a levantar, sobre un cerrito, una fortificación permanente, a la que pusieron por nombre fuerte "4ª División".

El 12 de mayo se reunió un Consejo de Guerra, y, a pesar de las órdenes del ministro, resolvió proseguir más al Sud, dejando 250 hombres en el fuerte que se acababa de construir. En el camino, fueron hallando rastros de los indios que abandonaban las tolderías al aproximarse el ejército cristiano. El diario de marcha habla continuamente de "huellas frescas de indios, las cuales manifiestan, lo mismo que el estado de varios toldos, que aquéllos se han retirado hace pocos días". "Los toldos abandonados por los indios —también decía— están llenos de trigo, y el comandante de la partida los ha quemado, a fin de destruir todo elemento que pueda ser útil a estos salvajes."

Después de alcanzar las invernadas de Purrán, siguieron adelante, tratando de cerrar todos los caminos a los araucanos que huían de la Pampa. Por los mismos días empezó la epidemia de viruela a asolar el campamento, por lo cual los prisioneros afectados por la enfermedad se los liberaba, dejándolos librados a su suerte. Al mismo tiempo, por la intensidad de las nevadas, algunos puestos debieron ser abandonados. "El viento constante que del Oeste reina en estos lugares —decían los partes— arreció hasta convertirse en huracán, arrancando y destruyendo las pocas carpas que se tienen. El frío es extraordinario. El termómetro marca hasta 12 grados bajo cero. La viruela se desarrolla con fuerza entre los indios. Ya hemos tomado más de 500 prisioneros."

El 26 de junio, "después de un día y una noche de marcha forzada —dice otro parte— el mayor Illescas dio alcance a unos indios que habían pasado por su izquierda y se dirigían al Neuquén, más arriba de la confluencia del Agrío. Murieron 9 de lanza, y se tomaron 6 de ellos prisioneros y 53 de chusma, entre los que se cuentan algunos cautivos de las provincias de Buenos Aires y Córdoba. Los indios, en su desesperada derrota, se lanzaron de un peñasco a pico, en donde quedaron completamente hechos pedazos cuatro y varios caballos. Venían mandados por un tal Luciano, que murió en el combate; son de la tribu de Namuncurá; escaparon pocos, entre mujeres y hombres. Los caballos quedaron casi inutilizados por el terreno, que es escabroso y tan quebrado, que difícilmente se puede andar".

El 29 de junio a las 8 de la noche "llegaron 8 soldados de Infantería que se encontraban de escucha en el paso de la Balsa para observar a los indios del Sud y dicen que a las 7 a. m. fueron atacados por más de 60 picunches que, en pelos y completamente desnudos, habían pasado el río, llevándose uno de los soldados del 'Nueva Creación', que quedara en el bajo".

En los primeros días de julio, según otras partes, "después de haber marchado en dirección a Auca-Mahuída casi todo el día, se supo por prisioneros hechos por el mayor Illescas, que un grupo de indios con algunos animales de arreo, debían caer Neuquén abajo procedentes de la Pampa. Marchamos toda la noche en su busca y a la diana dimos con ellos en el valle del río... Después de cargarlos sobre sus fogones, de día ya, se replegaron y formaron en las barrancas, en número de 90 de lanza, todos bien armados. El desorden en que se puso la chusma y considerando que ésta se nos escaparía, nos obligó a juntarla, dejando que los indios se reunieran y así pudimos tomar cientos y tantas mujeres y criaturas, con una gran caballada, vacas y ovejas".

"Entre los prisioneros hechos en la primera carga había quedado un viejo, y con este mandamos decir al cacique Marillán, que mandaba los indios, y que con ellos formados nos esperaba a una cuadra de distancia, que entregase las armas, bajo la formal garantía de sus vidas. Contestó a esta intimidación que dudaba de nuestra palabra, y que más antes quería pelear, a lo que replicamos que descendería al bajo, pero sin hacerles un tiro aún, pues suponíamos que quisiera entrar en tratados. Un grito unánime de guerra fue su segunda contestación, y sin separarme mucho de la chusma prisionera y animales tomados, esperamos, pie a tierra, haciendo un fuego nutrido, la carga que rápidamente nos traía a pie y a caballo, dirigida por el expresado Marillán. Sin embargo de ser muy violenta y excelentes los caballos que montaban, antes de llegar hasta chocar, cayeron 16 indios; pero los restantes nos rodearon por todas partes, trabándose un combate reñido a arma blanca. Muchos indios arrojaban al suelo las lanzas y luchaban brazo a brazo por arrancar a nuestros soldados las carabinas o los fusiles; otros sacaban cuchillos y así duró la pelea hasta desalojarlos y ponerlos en fuga, dejando ellos 16 muertos en el sitio, 5 prisioneros de lanza y 106 de chusma. Los indios llevaban muchos heridos, pues dejaron en el camino un reguero de sangre."

Mientras tanto, la 1ª División, al mando directo del Sr. ministro de Guerra, que había salido de Carhué en dirección a Puán, pasaba por varios fortines abandonados y, ya a la distancia, alcanzaba a distinguir la sierra de Curumalán. A la derecha, es decir, al Oeste, iba orillando la zanja hecha construir poco antes por el Dr. Alsina, la que ya estaba bastante borrada.

Luego pasaron por los fortines "Lomas Valentinas" y "Morales" y, en seguida, por los "Comandante Martínez", "Segovia", "Catalano", "Mayor Díaz", "Ayudante Escudero", "Alferez Reyes" y "Regimiento 1º", abandonados estos últimos, arribando a las 2 y 30 al Campamento

de Puán, donde se reprodujo la ceremonia de Carhué: las tropas con sus uniformes de parada presentaron armas a S. E., a quién, los jefes del Campamento, habían ido a esperar una legua antes.

Pero, ya al día siguiente, el ministro de Guerra siguió su camino, llevando como Jefe de Estado Mayor al coronel Conrado Villegas. El grueso de las fuerzas, se puso en movimiento siguiendo las contorsiones de las sierras de Curumalán Grande, Curumalán Chico y Abra del Chaco, espantando tropillas de gamas y venados, para pasar por la laguna de Los Chilenos y los arroyos San Salvador y Chasicó, acercándose luego al fuerte "Argentino", sobre el arroyo Sauce Chico, donde lo esperaban el coronel Lorenzo Wintter y los jefes y oficiales de la frontera de Bahía Blanca.

Por último, al día siguiente, las tropas allí acantonadas desfilaron ante S. E. y, enseguida, unidas a las del Campamento Puán, que llegaron al mando del comandante Teodoro García, toda la División inició su marcha, la tropa montando en mulas y cada soldado llevando dos caballos de reserva. Se dirigieron en dirección al fortín "Nueva Roma", de donde saldrían para Salinas Chicas.

Desde Salinas Chicas, la marcha, hecha en varias etapas, fue penosa, por el terreno guadaloso y sumamente pesado. Los caballos se enterraban en la arena. El camino resultaba peor para el carruaje en que iba S. E., cuyas ruedas se hundían hasta los ejes. También lo era para el convoy, compuesto de los carros tirados por mulas y manejados por los arrieros sanjuaninos.

El 10 de mayo llegaron al río Colorado, amplio de 200 metros, que corría sobre un lecho de arcilla rojiza, al que debía su nombre. Allí toda la División acampó mientras el fotógrafo Pozzo tomaba instantáneas, siendo atravesado, luego, el río por lo que se llamó Paso Alsina. El hecho dio lugar a un interesante espectáculo. Los carros del convoy fueron cruzados en botes especialmente acondicionados, entre los gritos de los hombres y el relincho de los animales. Desde el Paso Alsina el señor ministro despachó comunicaciones al Presidente de la República, informándolo de su feliz arribo a ese punto y de la prosecución de su marcha. En seguida toda la División, precedida del Estado Mayor, continuó tomando río Colorado arriba, por la rastrillada ancha y muy transitada que habían dejado los arreos de los indios que invadían a Patagones. En el trayecto, más de una vez la División se detuvo para que el fotógrafo Pozzo pudiera volver a desempeñar su tarea. También tomó fotografías especiales del S. E. junto con su Estado Mayor.

El propósito de la División era remontar el río Colorado alrededor de 60 leguas y, luego, desde allí, cruzar el Desierto en otras 12 leguas, para llegar al río Negro, frente a la isla Choele-Choel, el 25 de mayo.

A este respecto, el general Roca había pasado una comunicación especial al comandante Ignacio Fotheringham, que estaba encargado de hallar la rastrillada, en la que le decía: "Es necesario encontrar el camino. Debemos llegar el 25 de mayo a Choele-Choel aún cuando tengamos que pasar por el aro del diablo". Sin embargo, para hallar ese camino, debían arribar antes a Pichi-Mahuída, adonde parecían no llegar nunca. Iban marchando a lo largo, siempre del valle del Colorado, que allí prácticamente no existía y el río corría en medio de un ligero hundi-miento en la desolada planicie, cubierta de matorrales espinosos.

Por fin, comenzaron a ver a la distancia la sierra de Pichi-Mahuída. Luego Choele-Mahuída. Y, desde allí, a la altura de Muellelén, tomaron para el Sud, llegando al atardecer del 24 de mayo a avistar el río Negro, que corría como una larga faja verde en medio de la desolación del Desierto, árido, pedregoso y cubierto de montes espinosos y achaparrados. En esta forma pudieron recibir el sol del 25 en medio de salvas, dianas y vítores. Las bandas militares dejaron oír sus sones jubilosos y la bandera nacional flameó en lo alto de un viejo sauce seco que le sirvió de mástil. El diario de marcha de la expedición dice: "Choele-Choel, 25 de mayo de 1879. La diana a las 6 a. m. precedió al solemne saludo militar rendido al sol naciente de ese día que marca la más gloriosa efemérides de los argentinos. Las salvas y las melodías agitando hoy el espacio en la orilla del río Negro han sido más que una conmemoración, la continuidad o repercusión de los himnos del gran día de 1810. Este día de Choele-Choel es digno día siguiente de aquél, porque al inaugurar el dominio de la civilización aquí donde la barbarie ha reinado tres siglos, es lo que verdaderamente puede llamarse 'continuación de la tarea principiada el 25 de mayo de 1810'. Fuimos entonces libres e independientes; damos ahora el paso más trascendental de nuestra soberanía adquirida".

Desde Choele-Choel, el general Roca prosiguió su marcha río Negro arriba, con intención de llegar hasta las tolderías de Queupu. Pero el cacique, como en otras oportunidades, al noticiarse de la vecindad de los cristianos, había abandonado sus toldos, poniéndose en camino hacia la cordillera, por lo que el ejército expedicionario del señor ministro, así como sus acompañantes, se desesperaban de no encontrar ningún indio. Para peor, tampoco los caciques Reuque-Curá y Purrán, que habían sido especialmente citados para tener un parlamento con el general Roca, se hicieron presentes.

Desde río Negro arriba, en la confluencia del Limay y el Neuquén, S. E. regresó a Choele-Choel, habiéndose puesto en contacto por medio de chasques y comunicados, con las Divisiones del coronel Levalle, del coronel Racedo y del teniente coronel Uriburu.

En Choele-Choel el ministro de Guerra se enteró pacientemente de los partes despachados por todas las Divisiones, incluso de la 5ª, que había partido de Trenque-Lauquen el 2 de mayo al mando del coronel Hilario Lagos y del comandante Enrique Godoy, salido éste, a su vez, de Guaminí, para expedicionar ambos sobre Toay, Malal y Naincó. Tomaron cerca de 1.000 prisioneros, y el coronel Lagos avisaba: "Opino que en un radio de treinta leguas, no queda sino algún desgraciado indio condenado a morir de hambre si no se presenta".

Lo que interesó particularmente al señor ministro, fue la suerte del cacique Baigorrita que, perseguido por fuerzas de la 3ª División, había cruzado el río Colorado, cayendo bajo la acción de las partidas de la 4ª, al mando del comandante Napoleón Uriburu. Al respecto, los partes de esta División, decían que, el 19 de mayo, al acercarse al río Agrio, se habían avistado en la margen izquierda grupos de indios que venían emigrados de la Pampa y pertenecían a la tribu de Baigorrita. El mayor Illescas, despachado en su persecución, dio orden de atacarlos, cruzando el río, haciéndoles seis muertos y tomando 7 prisioneros con 54 miembros de sus familias. Según éstos declararon, Baigorrita venía atrás, "en completa fuga", por lo que pronto "se esperaba darle caza". Otro parte informaba que se había despachado al mayor Torres con 100 hombres para situarse en los caminos que venían de la Pampa a cruzar el Neuquén, "pues, como único punto expedito si se les dejara, Baigorrita y otros indios con trozos de gente, se aventurarían, no obstante nuestra proximidad, a pasar por él".

Por fin, el 14 de junio, el mayor Torres, en el camino del Hacha, inmediato a Auca-Mahuída, tomó 27 indios prisioneros, con 80 de familias, 40 caballos "en muy mal estado", y 300 ovejas. Venían al mando del capitanejo Neculqueo, quien expresó, según los partes que "encontrándose en Cochi-có, con Baigorrita, marchando todos a lo de Purrán, fueron atacados por fuerzas de la 3ª División, y siguieron en fuga al río Colorado, habiendo dejado la mayor parte de sus lanzas y chusma, así como los ganados, en poder de las fuerzas que los asaltaron". Baigorrita se había separado de ellos para dirigirse al Colorado abajo y tomar las costas del Payén, por lo que Neculqueo siguió su camino hasta caer bajo la acción de las fuerzas cristianas, no obstante que el cacique le había mandado decir que regresara, pues en las costas del Neuquén habían sido batidas las primeras fuerzas que despachó adelante.

Los últimos informes comunicaban que hasta el momento se ignoraba la actual posición de Baigorrita, no obstante que el cacique le había mandado decir que regresara, pues en las costas del Neuquén habían sido batidas las primeras fuerzas que despachó adelante.

Los últimos informes comunicaban que hasta el momento se ignoraba la actual posición de Baigorrita, no obstante que el cacique le había mandado decir que regresara, pues en las costas del Neuquén habían sido batidas las primeras fuerzas que despachó adelante.

Informado, así, de los pormenores de la marcha de todas las Divisiones, el general Roca, en un despacho al ministro de Guerra interino, le anunciaba:

"Realizada la ocupación de la Línea Militar del Río Negro y Neu-

quén, y terminadas felizmente las operaciones combinadas para afianzarla, con la batida general del gran territorio que ella encierra, me es satisfactorio avisar a V. E. que toda la parte del Desierto en que los indios ladrones se guarecían para invadir nuestras poblaciones queda ya completa y definitivamente dominada por nuestras armas, desde las fronteras de Mendoza y Santa Fe, hasta el Río Negro, y desde los Andes hasta Buenos Aires, pudiendo desde ya habilitarse el uso franco de la industria y de las poblaciones civilizadas que vendrán a relevar a nuestras fuerzas militares del simple aunque indispensable servicio de policía que hoy les queda.

"Las divisiones del Ejército, organizadas para esta campaña, cumpliendo activa y discretamente con las instrucciones que habían recibido, han penetrado al Sud por los valles de la Cordillera hasta Neuquén, y por los campos de preferente estación y guardia de los ranqueles, hasta Poitahué; hacia el Oeste, desde Trenque-Lauquén, Guaminí, Carhué, Fuerte Argentino y Puán hasta Toay, Naincó, Traru-Lauquén, Lihué-Calel y toda la ribera del Colorado, hasta su parte más alta.

"Los indios, pues, se han visto asediados, confundidos y oprimidos en todas partes y en todas direcciones. No ha quedado un solo lugar del Desierto donde pueda crearse una nueva asechanza contra la seguridad de los pueblos que tocan con sus pertenencias en la Pampa, ni de las personas e intereses que vengan en lo futuro a radicarse en estas vírgenes y generosas tierras, que por sus cualidades naturales de producción y de clima revelan hoy claramente la razón de ser del arraigo secular, la vida y fortaleza relativas de sus habitantes bárbaros. Los pocos grupos de indios que quedaban en el territorio así dominado, han caído en poder de nuestras fuerzas o se han apresurado a presentarse, según lo notará V. E. en los partes; otros han huido abandonando sus familias a la muerte en las travesías. Julio A. Roca."

Desde Choele-Choel, el general Roca emprendió el regreso con el propósito de llegar a Carmen de Patagones cuanto antes. Hizo la primera parte del trayecto siguiendo el camino de la costa del río Negro. Pero a 35 leguas de su punto de partida, en Colonia Conesa, recientemente establecida con miembros de la tribu de Catriel, que se habían sometido, lo alcanzó el vaporcito "Triunfo", al mando del comandante Martín Guerrico, el cual, debido a la bajante, no había podido llegar a Choele-Choel. Traía una nota para el ministro, firmada por los principales vecinos de Patagones, en la que le decían: "El pueblo de Carmen de Patagones ha sabido con gran regocijo la llegada de V. E. a las márgenes del río Negro con los bravos que lo acompañan. Y lleno de halagüeñas esperanzas en su porvenir, no puede pasar en silencio este hecho

grandioso para la Nación Argentina, y se permite dirigirse a V. E. felicitando al gran ciudadano y patriota General Don Julio A. Roca y en su persona al Gobierno de la Nación y a los bravos que lo acompañan. A V. E., Señor Ministro, le ha tocado la suerte de haber llevado a cabo la obra iniciada por el malogrado Dr. Alsina, y el pueblo de Carmen de Patagones no duda que la Nación y el Gobierno recompensarán como deben vuestra constancia y desvelo. Estos son los votos, Excmo. Señor de este humilde vecindario que hoy lo saluda lleno de gratitud'.

Embarcado en el "Triunfo" el señor ministro hizo la última etapa de su viaje, pasando por "Guardia Mitre", para llegar a Carmen de Patagones, el 30 de junio de 1879, después de recorrer por agua las 70 leguas desde Conesa.

La llegada del ministro de Guerra a Carmen de Patagones, adquirió contornos únicos en la historia de la remota y aislada población. Desde lejos el "Triunfo", se anunció con largas pitadas, mientras el pueblo entero lo esperaba embanderado y engalanado con tres arcos de triunfo que cruzaban la calle "del bajo", en los que podían leerse: "¡Salud al ilustre Roca!", "¡Honor al Ejército Expedicionario, a su digno jefe y al Presidente de la República!", "¡La gratitud de las señoras de Patagones al digno e ilustre general Roca!". Desde las azoteas de las casas edificadas en anfiteatro, trepando la barranca, también se veían grandes carteles diciendo: "¡Bienvenido!", así como saludos directamente escritos en las paredes.

También los barcos surtos frente al pueblo aparecían embanderados. Allí estaba la corbeta "Uruguay", que servía de escuela para los cadetes navales y tenía su apostadero permanente en Patagones, el acorazado "Los Andes", la cañonera "Paraná", y la corbeta "Cabo de Hornos", al mando del comandante Luis Piedrabuena, el famoso pionero de los mares australes, que se había incorporado a la escuadra nacional, siendo su segundo el capitán Martín Rivadavia. En el muelle esperaban al viajero el coronel Alvaro Barros, nombrado desde fines del año anterior Gobernador de la Patagonia, el comandante Liborio Bernal, jefe de la guarnición militar de Patagones, jefes y oficiales navales y militares, el Juez de Paz, Domingo Pita, y otras autoridades locales.

Al dar vuelta el vaporcito al último recodo, y aparecer gallardo, navegando por el medio del río, haciendo flamear a su popa la enseña patria, comenzaron a dispararse cohetes y bombas de estruendo, y a repicar la campana de la capilla, al mismo tiempo que los cañones del fuerte y de los barcos hacían oír sus salvas, en medio del delirio de los habitantes del Carmen, que se hallaban presentes en la ribera, en las calles, en los balcones, en los techos, en las azoteas. Y desde todos los lugares en que se habían encaramado, agitaban pañuelos y sombreros, viviendo al general Roca y al Ejército Expedicionario.

Al atracar el "Triunfo", y antes de que terminara de hacerlo, muchos lograron subir a bordo para saludar a los viajeros, siempre en medio

del estruendo de las salvas y disparos, mientras la gente se abrazaba por la calle y muchos viejos lloraban. ¡Desde río Negro arriba, de donde por un siglo habían llegado al Carmen los terribles malones, arribaba hoy S. E., el ministro de Guerra, como un símbolo inequívoco de que todo aquello había terminado!

Luego de desembarcar, pronunciáronse discursos, que contestó el ministro, y en seguida los viajeros avanzaron a pie por la calle "del bajo", que, desde ese momento, pasó a denominarse calle Roca, mientras a su paso las damas arrojaban flores, y los pobladores aplaudían dando muestras de su inefable regocijo. Finalmente, como un síntoma de la nueva época que se abría, una comisión de damas se apersonó al señor ministro para solicitarle una parcela del solar que ocupaba el fuerte, ahora innecesario, con el fin de construir allí un templo, a lo que S. E. accedió solícito.

Tres días debía permanecer el ministro en Carmen de Patagones, días en que continuaron los agasajos, según informaba a su diario el corresponsal del diario *La Pampa*, el que agregaba: "El día 3 se dio un baile en casa del Comandante Bernal, al que asistieron el General Roca y los Jefes y Oficiales del Estado Mayor".

Por fin, el 4 de julio, S. E. se embarcó para Buenos Aires en la cañonera "Paraná", que, junto con el acorazado "Los Andes", partió llevando toda la comitiva. A bordo, la feliz terminación de la expedición fue celebrada con numerosos brindis.

Por fin, el 8 de julio, la cañonera "Paraná" llegó a Buenos Aires, siendo esperada por el Presidente Avellaneda, los ministros y muy numeroso público, arribando justo a tiempo para la celebración del 9 de Julio.

Y, pocos días más tarde, el ministro de Guerra recibía dos últimos comunicados. El primero, del jefe de la 4ª División, comandante Napoleón Uruburu, fechado el 18 de julio, decía: "Oficial — El 12 de corriente se recibió parte de los destacamentos del Norte del Neuquén, de sentirse indios que venían de la Pampa. Los mayores Illescas y Taboada, reunidos durante la noche, los atacaron como a diez leguas de este campo, al Norte. Los indios venían mandados por Baigorrita e hicieron una enérgica resistencia, pero murieron 30 de ellos y, teniendo ya prisioneros nuestras fuerzas a ciento y tantos de chusma, huyeron los demás. Baigorrita tuvo que mudar caballo en la persecución, pues el mayor Taboada, que lo conocía, se lo mató de un tiro. El comandante Aguilar, encontrando una partida de más de 100 indios, 30 de ellos guerreros, los persiguió... Mientras las chusma seguía huyendo, los indios le trajeron una carga vigorosa, de la que resultaron muertos ocho, y herido de un tiro de bala el comandante Aguilar y el teniente Walrond con una lanzada y un golpe de bolas en la cara. El resultado de esto ha sido 20 prisioneros de lanza, entre los que se encuentran el suegro y yerno de Baigorrita, así como las mujeres, hijos e hijas del cacique, llegando al

número de 233 todos los apresados, con algunos caballos y diez vacas. Baigorrita ha tomado hacia arriba del Neuquén; me parece que caerá por el Paso de los Indios, que cubre el teniente Brizuela, o el paso del Agrio, en donde está la fuerza del mayor Torres”.

Y el segundo, fechado el 19 de agosto, era del gobernador de la provincia de Mendoza, Elías Villanueva, que se apresuraba a telegrafiar urgente: “Oficial — Chasque llegado a ésta hoy, en diez días, desde la costa del río Agrio, comunica lo siguiente: Cayó Baigorrita en poder de las fuerzas después de reñido combate. Huyó con diez indios y el mayor Torres, que lo perseguía, lo mató porque no quiso rendirse”.



34. El chon chon

(Fuerte General Roca - 1880)

“**L**OS ARAUCANOS POBLADORES de los valles cordilleranos de una y otra vertiente de la montaña, no se diferencian esencialmente entre sí, al extremo que uno de los problemas etnográficos planteados acerca de ellos consiste en saber cuál ha sido, de ambas regiones (Argentina y chilena), la que constituye su lugar de habitación más primitivo, vale decir, su centro de dispersión geográfico... Los araucanos chilenos fueron los primeros conocidos por los hombres blancos, pero



ello no significa que este derrotero de la ruta de la Conquista tenga que coincidir, por fuerza, con el sitio de la primera ocupación aborigen.”

F. MÁRQUEZ MIRANDA: *Los toquis*

“ESTABLECIDA LA DIVISIÓN EN EL PUNTO INDICADO, DEBE SU JEFE dirigirse al cacique Purrán y demás caciques importantes de la parte Sur del río Negro haciéndoles saber: que la guerra no continuará con ellos si se someten y acatan la autoridad del Presidente de la República. Los invitará a objeto de celebrar un “Parlamento de amistad”, que se efectuará en Choel-Choel o Chichinales, para firmar la paz con el gobierno de la República. Tratará de averiguar con precisión el número de indios que existan a su frente, del Neuquén al Sur, así como los pasos de los ríos y cordilleras que se encuentran en el sector que opera esa división. No debe ejecutarse ningún acto de hostilidad con estos indios, sin ser de algún modo provocado.”

Instrucciones del Comandante de la IV División, coronel N. URIBURU

“A LOS TRESCIENTOS AÑOS, LOS ARAUCANOS CONTINÚAN EN ARMAS CON virilidad asombrosa, diezmados, cubiertos sus campos de innumerables cadáveres, cautivas por millares sus familias, incendiados mil veces sus aduares y abrumados por todos los recursos que el arte de la guerra ha desplegado, prodigiosamente, en los tiempos modernos, a los cuales oponen sus pechos indomables, las lanzas primitivas y las piedras mismas de los Andes.”

E. S. ZEBALLOS: *Viaje al país de los araucanos* (1881)



¡Fiscomenocó, sobre el alto río Negro, en pleno corazón de las tierras del indio! Allí había tenido sus toldos el cacique Queupu y debió abandonarlos ya en el año 1878, al llegar hasta ellos el comandante Liborio Bernal. Luego, también había de hacerlo al año siguiente, a la llegada del ministro de Guerra, general Julio A. Roca.

El lugar era salvaje y misterioso, casi en la mitad de camino entre Choele-Choel y la confluencia del Limay con el Neuquén, a 3 leguas de aquella isla y a 123 de Carmen de Patagones.

Dos meses y semanas después del paso del ministro de Guerra, llegó al lugar el coronel Lorenzo Wintter, al mando de los regimientos 5º y 7º de Caballería, con la orden de levantar en él un fuerte y una población, que debería llamarse "General Roca".

Mientras tanto la suerte del ejército expedicionario que, al ausentarse el ministro de Guerra quedó en Choele-Choel al mando del coronel Conrado Villegas, fue bien dramática, y estuvo a punto de ser trágica. Establecido en la isla en un punto donde, con toda ceremonia, se fundó el pueblo Avellaneda, en honor del presidente de la República, de inmediato a mediados de julio, las aguas del río comenzaron a subir en forma alarmante, por lo que se debieron tomar todas las indispensables medidas de defensa, concentrando las fuerzas en las mayores alturas.

Pero la impetuosa corriente del caudaloso río Negro, contra todas las previsiones, continuó subiendo, por lo que las tropas quedaron, así, aisladas en medio de aquella enorme masa de agua, que todo lo invadía, con intención, al parecer, de no detenerse nunca. En forma apresurada, para frenarlo, se levantaron muros de contención. Pero no resultó ello una forma de defensa, pues el agua afluía, desde abajo, y todo lo humedecía, aún donde no había llegado. Lleno de angustia, en medio del sombrío mutismo de los jefes, el ejército fue achicando el espacio que ocupaba, viendo cómo los caballos se empantanaban y la avalancha, arrastrando grandes raigones, se llevaba el ganado de abastecimiento, lo

que ponía al ejército ante el doble peligro de morir de hambre, si es que lograba verse libre de morir ahogado.

El frío, cruelísimo, empeoraba la situación, y se llegó al momento en que, si el río crecía media vara más, quedarían directamente entre las aguas, las que era imposible vadear desde allí, por su extensión e impetuosidad.

Pero, cuando ya había muchos que daban todo por perdido, el río, inesperadamente, cesó de crecer, y aun comenzó a bajar. La bajante se acentuó en seguida, y, por fin, al poco tiempo, pudieron abandonar la isla de Choele-Choel y el llamado pueblo "Avellaneda", libres milagrosamente del mayor de los desastres. Parecían tener razón los indios que dijeron que el río Negro los había "desconocido".

Análoga suerte hubo de correr el coronel Wintter con sus tropas, aunque se salvó de ella, también, a tiempo, pudiendo seguir, luego, hasta Fiscoenocó. Y allí estaba ahora, a principios de agosto de 1879, levantando el fuerte y el pueblo "General Roca", tarea para la cual había sido enviado.

El sargento Wernez, del regimiento 5º de Caballería, con una cuerda de 25 metros, fue señalando y delineando la plaza, las calles y los cuarteles, manzana por manzana, dividiendo éstas en cuatro solares de 50 x 50, mientras los soldados iban desmontando el lugar de los chañares, alpatacos y piquillines que lo cubrían. Al mismo tiempo, otros soldados, levantaban los ranchos en que había de instalarse el jefe de la División, el Detall, los jefes y oficiales, así como la tropa y las familias de ésta que habían acompañado a los regimientos. También se establecieron dos casas de comercio, se señaló un lugar para la capilla y, más lejos, otro para el cementerio.

Y así, durante algunos meses, todos los ejercicios militares fueron abandonados, mientras los hombres se ocupaban de construir el fuerte y el pueblo, amasando el barro, trayendo maderas de sauce a nado desde las islas y recogiendo la paja para los techos. Las "milicias" de las familias de los hombres de tropa, que habían acompañado a la División a caballo, llevando todo a cuestras, ollas, pavas, baldes, mantas y otros enseres, como verdaderos bazares ambulantes, según lo hacían siempre, colaboraban con los hombres en lo que podían. Todas las noches un sargento y cuatro soldados quedaban de rondín para recorrer las calles. Las provisiones debían traerse en carretas, siguiendo las rastrilladas de los indios a lo largo del valle del río Negro, en un largo viaje de ida y vuelta de alrededor de un mes, desde Carmen de Patagones.

Mientras tanto, en los últimos meses de ese año 1879 y el siguiente; 1880, la ofensiva contra los indios había seguido en todos los sectores con el mismo vigor del comienzo. Casi todos los caciques de la Pampa habían sido hechos prisioneros, y, caído Baigorrita, ahora sólo quedaba

Namucurá, huido desde Salinas Grandes, y refugiado en el Neuquén, sobre la cordillera.

Respecto del traslado de la frontera al río Negro, el señor ministro, en su Memoria anual, informaba: "La nueva línea ha quedado señalada teniendo como cuartel general la isla de Choele-Choel y sobre los ríos Negro y Neuquén, hallándose establecidas las tropas que deben guardarla permanentemente en puntos estratégicos y parajes adecuados, para mejor comodidad del soldado y conservación de la caballada. Las demás divisiones que operan sobre el centro de la Pampa, ocupando después de su marcha combinada Poitagué, Toay, Naincó, Trabolauquén y Lihué-Calele, han vuelto ya en su mayor parte a sus acantonamientos anteriores, después de haber hecho la policía completa de la Pampa, tomando todos los indios dispersos de las tribus deshechas, y dejando absolutamente asegurado el territorio. Ha desaparecido de las poblaciones de la campaña de Buenos Aires, para no volver jamás, el peligro que amenazaba constantemente la vida y la propiedad de sus habitantes".

E informaba que el resultado de las operaciones militares de las últimas campañas, había sido: 5 caciques soberanos presos y 1 muerto; 1271 indios de lanza prisioneros y 1313 muertos; 10.539 indios de chusma prisioneros y 480 cautivos rescatados. "Lo que da por resultado —decía— la cantidad de 14.172 indios suprimidos de la Pampa, sin incluir en esta cifra el número considerable de indios muertos en las persecuciones y a consecuencia del hambre y las enfermedades en el seno mismo del Desierto."

Completando esta acción, en enero de 1880 había sido hecho prisionero el cacique Purrán, de los Picunches, y muy castigada su tribu por medio de la campaña realizada por el mayor Manuel Ruybal, destacado por el comandante Rufino Ortega.

Ahora sólo quedaban los indios de la zona situada entre el Neuquén, el Limay y la cordillera, donde residían Reuque-Curá, Sayhueque, que había sido designado por el ministro Roca gobernador de las Manzanas, Nancucho, Yancamil y algunos otros como Queupu, "El Porteño", etc.

Para enfrentarlos se habían construido, sobre la nueva línea del río Negro y Neuquén, los fuertes: "4ª División", "1ª División" (en la unión de ambos ríos), "General Roca", "Choele-Choel", y numerosos fortines.

Ahora, más de un año después de haber sido fundado, el fuerte y pueblo "General Roca" podía presentar sus calles llenas de barro, pero anchas, corriendo a corta distancia de los grandes sauces colorados que bordeaban el majestuoso río Negro, y mostrando sus casas embanderadas por sus moradores, los domingos y días feriados, como una distracción a su larga siesta de pueblo perdido en el Desierto, siesta que sólo se veía alterada por los diarios toques de diana y de silencio del cuartel.

Aquella noche de agosto de 1880, mientras en la puerta de una de las cuadras, un recluta cantaba:

*"¡Pobres indios! Sus bosques y el collado
Donde el sol adoraban, son ya ajenos;
Su suelo entero ha sido conquistado
Y nada, nada, se les ha dejado:
¡Que les queden sus tumbas a lo menos!"*

un soldado antes de poner la carne en la olla, hacía una cruz en el aire "para evitar que el diablo echara pelos en la comida", rodeado de algunos oficiales. El alférez Guillermo Pechmann, que estaba de paso por el fuerte "General Roca", luego de arrojar un trozo de grasa al fogón para avivar el fuego, provocando una llamarada, continuó su relato:

"Marchamos, pues, nosotros, el día 22 de enero, temprano, y seguimos los rastros frescos que indicaron los baqueanos. Nuestro astuto e incansable jefe no paró durante el día sino algunos momentos para dar descanso a la caballada; al ponerse el sol, acampamos en un vallecito muy pastoso, se aseguraron los caballos a las estacas, se dispuso el servicio de vigilancia, y se hicieron muy pocos hoyos para hacer fuego, con el fin de evitar ser vistos. Pasamos la noche en la mayor quietud y sin ninguna novedad.

"Al amanecer del día 23, nos movimos sobre el mismo rastro que seguíamos, marchando al aire de trote. Serían las 8.30 a.m., cuando encontramos vestigios más frescos, unos fogones aún con fuego, platos de madera y otros indicios que hacían suponer que los indios iban cerca; hicimos una corta parada y luego continuamos. Más adelante encontramos nuevos rastros que cruzaban el camino, y luego seguían la misma dirección que llevábamos. Se veían huellas de hacienda vacuna, de cabra y de mucho yeguarizo. Esto despertó mayor interés en nuestro jefe, quien marchaba a la cabeza de la comisión, en una mula gateada andadora, lo que hacía que la tropa no cesara de trotar, pero era indispensable dar más descanso, pues algunas mulas empezaban a aflojar y la tropa no había comido más que sus fiambres, que traían asados. Se acampó antes de ponerse el sol, y después de reconocida la inmediación, se estableció el servicio de seguridad. Largamos los animales a la costa de un arroyo y en buen pasto, hasta después de puesto el sol, a cuya hora los atamos a la estaca; yo hice la primer centinela, y confieso que estaba muy rendido. Felizmente éramos muchos números y no me volvió a tocar ese servicio por esa noche.

"Con la misma precaución de la noche anterior, se hizo fuego y comió la tropa los últimos restos de carne que guardaban, pues el jefe no quiso que se carneara una yegua, porque era tarde, o por razones que él sólo conocía. . .

"Cuando todo estaba ya en silencio, se sintieron ladridos de perro, muy distantes, lo que hacía suponer que ya estábamos próximos, y que al siguiente día, los alcanzaríamos, o por lo menos, al arreo.

"El día 24, al aclarar, nos pusimos en marcha, trepando algunas montañas y cruzando varios arroyos. Después de cortas paradas, para descanso de los animales, se dispuso acampar y carnear una yegua; aún no se había distribuido toda la carne, cuando un soldado Ferreyra del piquete de infantería, que estaba de centinela, dio aviso de que se veían varios jinetes en el campo. Inmediatamente montaron un sargento y algunos soldados en persecución; eran unos pocos indios que tiraron sus lanzas y huyeron. Dos de ellos, que montaban mulas, las dejaron ensilladas huyendo a pie, a ocultarse en la montaña. Luego de esta novedad, nos pusimos en marcha habiendo apenas churrasqueado; a una legua de distancia encontramos unas cabras, la rastreada era ya muy grande y fresca. Hicimos alto detrás de un monte. El mayor Ruybal dispuso que el alférez Ferreyra, con 10 hombres, hiciera una descubierta por la izquierda del camino que llevábamos; debía recorrer más o menos una legua e incorporarse por nuestro frente. En tanto el alférez marchó, sacamos los frenos a las cabalgaduras. El mayor montó en su caballo y se apartó por la izquierda, deseando descubrir el campo. Al alférez Boer se le ocurrió hacer lo mismo por la derecha del camino, y yo lo acompañé. Habíamos despuntado una lista de montes, cuando vimos, a través de un río, en un campo muy bajo y llano, grandes grupos de indios, a una distancia de 25 cuadras más o menos a nuestro frente; inmediatamente regresamos a dar aviso al mayor Ruybal, pero no lo encontramos.

"El alférez hizo montar la tropa en las reservas y nos dirigimos en dirección a los grupos que acabábamos de ver, y se mandó en busca del mayor.

"Habríamos galopado 8 cuadras, cuando tuvimos que detenernos ante unos profundos barrancos. Desplegamos en guerrilla, o mejor dicho, formamos todos en una fila, y allí permanecimos un momento mirando los parlamentos que habían formado los indios. De unos y otros grupos se cruzaban jinetes a gran carrera, haciendo molinetes con sus lanzas, muchos montados en caballos overos con las colas atadas. Hasta entonces ignorábamos que el río que veíamos era el caudaloso Bío Bío. En la margen opuesta, se veían cultivos y ganados y en una quebrada próxima y del lado nuestro, aparecía una majada que no tuvieron tiempo de hacer pasar; después nos apoderamos de ella.

"El desconocimiento del terreno, la ausencia del jefe y de la comisión del alférez Ferreyra, que suponíamos iba a caer en manos de los indios, nos colocaba en una situación un poco difícil; en tal circunstancia, vimos de pronto un jinete que subía los barrancos, en dirección a nosotros. Hubimos de hacerle fuego, pero observamos que se afligía haciendo señas con un papel, llegó y entregó una carta al alférez Boer. Era un

chileno, llamado Domingo Cabeza, cuidador de los ganados de Purrán. Lo había hecho prisionero la comisión del capitán Castro, en Guayalí, y luego lo habían mandado con una carta para su patrón, proponiéndole arreglos pacíficos. Hablábamos con este caballero, cuando apareció nuestro jefe, el mayor Ruybal. Se le entregó la carta y se le mostró al portador de ella. En seguida conferenció con el chileno y le preguntó: '¿Quién es ése que está ahí?', refiriéndose al cacique, jefe de la indiada, que se veía en la margen opuesta. 'Es Purrán, 'ñor, yo iba a alcanzarlo para llevarle esa carta que me había dado el capitán Castro.' '¿Qué río es ése?' 'El Bío Bío, 'ñor, estamos en Chile.' 'Bueno, vaya, dígame a Purrán que yo soy el mayor Ruybal, jefe del Ejército que viene más atrás, que no vengo a pelearlo, que traigo orden del Gobierno argentino para arreglar las bases de un tratado de paz, que haga recostar su gente a su derecha que por la izquierda también vienen tropas y lo pueden pelear, y que en seguida me mande dos caciques para empezar los tratados.'

"El chileno Cabeza partió con el mensaje, en tanto el mayor y nosotros pasábamos momentos de angustia por las tropas de la izquierda, que no eran otras que el alférez Ferreyra y 10 hombres. Fue verdaderamente una imprudencia aislar esa comisión sin saber dónde nos encontrábamos. Felizmente el gran cacique creyó la inventiva e hizo recostar su indiada a la derecha; un momento después apareció el alférez Ferreyra.

"Al cabo de una hora y media, regresaba el chileno, con la siguiente respuesta: 'Dice Purrán, 'ñor, que él tampoco quiere pelear, que quiere estar en paz con el Gobierno argentino, que hará retirar su gente, pero que si quiere que le mande dos caciques, que le mande usted también dos oficiales'. Nuestro jefe se quedó admirado de la respuesta, dispuso que acampáramos a orillas de un monte cercano y mandó nuevamente al chileno a exigirle a Purrán que mandara algún cacique con quien entenderse, garantiéndole que sería bien recibido.

"Purrán accedió y mandó un capitanejo acompañado de dos paisanos que guiaban una balsa; el enviado fue recibido con cariño y agasajado por el mayor Ruybal, quien lo esperaba en la orilla del río con sus intérpretes: el sargento Valdivieso y el alférez Ferreyra, quien también poseía la lengua araucana. Después de media hora de conferencia, el mayor les regaló cuatro yeguas de las que teníamos para racionamiento, bebieron aguardiente y se fueron llevando el encargo de decir al cacique, que pasara al día siguiente temprano y que lo esperaría para conferenciar con él; llevaron las yeguas regaladas y nosotros nos apoderamos de la majada, racionándonos en grande.

"Se puso el sol, y se estableció una rigurosa vigilancia, el ganado comió bien; y pasamos la noche sin ninguna novedad.

"Al siguiente día por la mañana, se mandó excusar el cacique, diciendo que el río estaba muy crecido, y que si bajaba, pasaría a la tarde.

El hombre tuvo sus temores y tampoco pasó por la tarde, prometiendo hacerlo al siguiente por la mañana, lo que tampoco efectuó, mandándose excusar con otros caciques subalternos y algunos capitanejos. Éstos, como los anteriores, fueron bien obsequiados, no obstante el desagrado del mayor, por la inasistencia de Purrán.

"Nuestro jefe tuvo una larga conferencia con los enviados. En ella se habló acerca de los beneficios que recibirían del Gobierno, cuando todos se hubieran presentado, que se les darían tierras y útiles de agricultura, racionamiento, ganado, etcétera, que una vez sometidos a la civilización, en vida con los cristianos mejorarían considerablemente sus condiciones, y tendrían todos los derechos de los argentinos; según ellos no había ninguno malo, ni ladrón, todos eran gente buena y vivían de lo suyo; efectivamente, a estar a lo que se veía en el campo, tenían sus pequeñas cementeras, y, por referencias de algunos chilenos que comerciaban con ellos, se decía que la tribu de Purrán hacía muchos años que no entraba a dar malón.

A las 9.30 de la mañana, más o menos, los parlamentarios se preparaban para retirarse, cuando el mayor Ruybal, aparentemente disgustado, dio a los caciques, por intermedio de sus intérpretes, el siguiente mensaje: 'Digan ustedes al general Purrán que hoy hace tres días que me está engañando con la promesa de pasar a hablar conmigo. Yo tengo necesidad de regresar, y si el general no viene hoy mismo a darme un abrazo, y hacer el tratado de paz que debemos convenir, creeré que procede de mala fe, y me veré en el caso de pasar con mis tropas a pelearlo, porque así son las órdenes que tengo de mi Gobierno'.

"Los emisarios abrieron los ojos y se miraron con extrañeza; luego contestó uno: 'El general debe pasar esta tarde, porque a mí me lo ha dicho, ahora le informaremos de todo lo que usted nos dice y seguramente no va a faltar'. Se despidieron los caciques, dando todos la mano, se embarcaron en la balsa, y dos se lanzaron al agua a caballo, llevándose las últimas yeguas que nos quedaban.

"Nuestro jefe comenzó a pasearse algo contrariado, pues empezaba a perder las esperanzas de abrazar al rey del país de las manzanas; temía un fracaso y almorzó muy poco, y luego estuvo haciendo comentarios sobre la viveza y la importancia del cacique.

"Un rato después se vio movimiento en la margen opuesta, y supusimos que fuera el cacique que se hubiera resuelto a pasar. Pero, no fue así, era un enviado suyo que venía a anunciarlo para la tarde, a cuya hora dijo que el general Purrán pasaría el río para hablar con el enviado del Gobierno argentino, pero que antes le pedía que hiciera retirar toda su gente a cierta distancia y que quedara él solo con sus lenguaraces para recibirlo y hablar. El mayor le prometió, de una manera expresiva, que así lo haría, y despachó al enviado.

"Un momento después, nuestro jefe, personalmente, se dirigió a la tropa, y con la satisfacción consiguiente, manifestó que el cacique Purrán pasaría a las 3 de la tarde. Dispuso que se llevaran unos atados de leña debajo de unos manzanos próximo al río, un poco de carne para asar, pavas, mates, yerba, azúcar, y un poco de aguardiente que aún conservaba en un par de chifles; alrededor de un fogón se improvisaron muchos asientos.

"Sería la 1 del día cuando se dispuso que ensilláramos los caballos, luego el mayor separó diez hombres elegidos y al trompa cabo Pedro Castro, les designó un lugar oculto distante 60 metros más o menos del punto donde se celebraría la reunión. Allí debían permanecer juntos, cuerpo a tierra y el trompa adelante de éstos con la corneta lista, y la vista fija en el mayor; todos con sus carabinas cargadas. Luego agregó: 'Cuando yo me encuentre sentado en rueda con todos los indios, un momento después, me sacaré el sombrero con la mano izquierda, y me pasaré la derecha por la frente pretextando calor. En ese mismo instante el trompa tocará diana y al pique de la corneta cargarán con la mayor rapidez sobre los indios, matarán los que puedan y tomarán vivo al cacique Purrán, aunque sea a costa de sangre. Lo conocerán fácilmente, porque será el que esté sentado a mi derecha.

"Tales fueron las instrucciones que dio el jefe a los diez hombres elegidos y, en presencia de todos, recomendó especialmente al cabo Baigorria y al soldado Juan Flores, hombre de mucha fuerza, la lucha con el cacique, evitando en lo posible de herirlo.

"El resto de la comisión recibimos la orden de estar montados, distantes 150 metros más o menos de los primeros, y listos para cargar al toque de diana; el terreno quebrado y montuoso se prestaba para ocultarse, tanto a pie como a caballo.

"Nuestro jefe, personalmente, indicó los lugares que habían de ocupar los dos grupos, mezclando los infantes entre los de caballería.

"Tomadas todas las disposiciones, aun en los menores detalles para el mejor éxito de esa emboscada . . ., esperamos el momento, observando y vigilando la margen opuesta, para ocupar inmediatamente cada uno su puesto.

"A las 3 de la tarde, iniciaron el movimiento varios grupos de jinetes que de distintas direcciones venían a la orilla del río, ya escoltando al cacique y su comitiva, ya para presenciar el pasaje.

"El general Purrán no se hizo esperar más a la hora indicada y, terminados los preparativos de la embarcación, subió a su bordo el Rey de las manzanas, escoltado por 25 paisanos de lanza, más o menos, quedando en tierra no menos de 800 indios armados a lanza.

"Cruzaba, pues, el buen cacique el caudaloso Bío Bío tal vez para no volver. ¡Cuánto pensamiento! ¿Si volvería a mandar las tribus de

sus dominios? Sus mujeres, sus hijos, sus intereses. Seguramente debía pensar en todo esto, pero en medio de tantas reflexiones, lo alentaba la confianza que le habían inspirado las promesas y garantías ofrecidas por el enviado del Gobierno argentino.

"La gran balsa, hábilmente manejada, llegó a la orilla del lado nuestro; allí desembarcó el jefe de los Pehuenches y Picunches, dominador de los Andes, según lo llamaban por su poderío. Nuestro jefe lo recibió en brazos, acompañado del alférez Juan Ferreyra, del sargento Valdivieso y del soldado Chapaco, asistente del mayor. Se cambiaron apretones de manos con los demás caciques y capitanes, dirigiéndose en seguida al lugar preparado para el parlamento . . ., donde tomaron asiento en rueda, próximos al fogón. Empezó a circular el mate y tomó la palabra el alférez Ferreyra, traduciendo las palabras del mayor a la lengua araucana, pues Purrán hablaba y entendía sólo pocas palabras en español.

"Muchos de los paisanos no se sentaron, y permanecieron de pie, recostados en los manzanos, con miradas recelosas; era imposible que descubrieran nada, pues el trompa, que era el más próximo, estaba perfectamente cubierto y observaba al mayor, por entre el ramaje, con la corneta próxima a la boca.

"El alférez Ferreyra se concretó a hacerle cargos al cacique, por haberse hecho esperar tanto, y por excesos de su gente, cometidos en tiempos anteriores, y otras inventivas que el cacique desmentía, diciendo que hacía muchos años que su gente no hacía guerra ninguna y vivían tranquilamente, trabajando en sus campos, que si habían entrado paisanos a dar malón habrían sido de la gente de Namuncurá o de Queupu, con quienes no tenía nada que ver. Hablaron también algunos otros caciques; y a estar a lo que decía el alférez Ferreyra, se expresaban muy bien, exponiendo razones que le era difícil rebatir.

"Nuestro jefe, al verse con una presa tan importante a su lado, debió encontrarse algo nervioso, porque olvidó la señal convenida, y apenas transcurridos 15 minutos, o por una imprevisión, se sacó el sombrero. El trompa creyó ver la señal de orden e inmediatamente tocó diana, a cuyo sonido cargaron los soldados sobre el parlamento, desplegados en guerrilla. También lo hizo, sobre las costas del río, el resto de la tropa, abriendo un nutrido fuego sobre la masa de indios que estaban en la margen opuesta.

"Los parlamentarios traían todos puñal y boleadoras a la cintura, incluso Purrán, quien las esgrimió con entereza; no obstante, los desgraciados indios huían a pie perseguidos por los soldados que, al alcanzarlos, les daban muerte. Algunos se lanzaron al agua ahogándose y otros fueron sacrificados allí mismo. La india del otro lado no se hizo esperar; desmoralizados y sin comando, tomaron los campos en desorden, levantando inmensas polvaredas y dando alaridos que repercutían en las sierras.

"Mientras tanto, el desventurado Purrán era obligado a rendirse, después de haber hecho toda la resistencia posible con sus boleadoras, dirigiendo improprios al mayor y a los soldados. Un hermano suyo tuvo igual actitud, protestando con toda energía, después de tirar algunos boleazos de los que tocó uno al cabo Baigorria. Éste y el soldado Flores dieron en tierra con Purrán, ayudados por el soldado Ferreyra, que le amenazaba traspasarlo con la bayoneta del fusil. Asegurado de los brazos, se levantó del suelo y mirando al mayor Ruybal, le dijo: 'Bueno, no matar mi quente'. Se refería a que no se permitiera tirar más a los indios del otro lado; el mayor hizo cesar el fuego, que ya se hacía inútil, por cuanto los indios iban lejos.

"Purrán miró a todos lados buscando alguno de sus caciques, pero no encontró ningún paisano, todos y todo había concluido.

"Un momento después, apareció el sargento Saturnino González con unas mantas finas y un tirador. Las mostró al mayor, diciéndole que eran de un indio que no se había querido entregar y lo había muerto; nuestro jefe presentó las prendas al cacique preguntándole si las conocía. Purrán contestó tristemente: 'Sí, mi hermano'; '¡Caramba! —exclamó el mayor— Bueno, Purrán, tienes que perdonar, porque éstas son consecuencias de la guerra'. El cacique movió la cabeza y murmuró algunas palabras, que se podían traducir en 'No tengo más remedio'.

"El sargento lo había corrido por la costa del río y al alcanzarlo, según su propia confesión, tuvo el cuidado de no agujerear las mantas al herirlo. Se las levantó con una mano y con la otra le hundió el puñal repetidas veces. Yo vi el cadáver un momento después, acribillado de terribles heridas.

"Pudo conducirlo prisionero, pero este sargento se distinguía como sanguinario; era hombre algo viejo, pero fuerte y ágil; decía haber servido a Rosas.

"No recuerdo cómo se desamarró la balsa del lugar en que estaba. La vimos casi por el medio del río, cuando el mayor mandó al soldado Flores a traerla; éste se lanzó a nado y la condujo de nuevo a la costa. Luego dispuso el jefe que pasara una comisión al otro lado a recoger lo que hubiera y concluir con los heridos a la mayor brevedad, porque íbamos a marchar en seguida. Partió la balsa con un grupo de soldados y una hora después, regresaba conduciendo 150 lanzas y gran cantidad de prendas y tejidos. Los heridos fueron pocos, y los acabaron de matar, pero seguramente debieron haber muchos más entre los que huyeron. Hubo también muchos caballos muertos; se distribuyó el botín entre los soldados, se quebraron todas las lanzas y se arrojaron al agua; luego ordenó el mayor a la tropa que se guardara respeto y consideración al cacique.

"De todos los indios que pasaron acompañando a Purrán, sólo éste salvó su vida; los demás fueron sacrificados o se ahogaron."

Y, cuando el alférez Pechman terminó su relato, ya casi toda la leña del fogón se había consumido.

El capitanejo Nehuén yacía inmovilizado en su toldo. Tenía ambas piernas atravesadas por un balazo de Remington, recibido en un encuentro con las tropas cristianas, en el que estuvo a punto de perder la vida. El parte del jefe militar, decía: "Encontrándonos acampados en un valle, apareció a poca distancia un grupo de indios en actitud provocativa; salió a su encuentro el alférez Acosta, del regimiento 11º de Caballería de línea, con algunos soldados y baqueanos. Al aproximarse, los indios se retiraron al galope sin separarse. La comisión los corría a distancia, cuando, de pronto, aparecieron como cincuenta indios más que estaban ocultos en un bajo. Se produjo el choque y la tropa sostuvo una lucha desigual y apurada. Echaron pie a tierra y, en el cuerpo a cuerpo, unos indios esgrimían facones, otros boleadoras, lanzas y alguna arma de fuego, en tanto las rondas a la cincha de los caballos, sino eran cortadas del primer sablazo, daban en tierra con los soldados. Resultó muy herido el alférez Acosta, algunos soldados y baqueanos, y fueron muertos el cabo Aniceto Reales y dos soldados; los indios perdieron nueve hombres y huyeron varios heridos. A un capitanejo, que fue herido en las dos piernas, lo salvaron arrastrándolo prendido a la cola de un caballo y luego lo alzaron en ancas, huyendo con él".

En esta forma Nehuén había podido salvarse, milagrosamente, una vez más, como en la oportunidad en que su caballo favorito volvió solo a los toldos, cuando aún residía en Nahuel Mapu, y su mujer e hijo estaban con él.

Ahora, refugiado en los toldos del cacique Nancucho, el machi Quillapi había tomado su caso con particular empeño para tratar de curarlo pronto. Pero, esa noche sobre su toldo, frente al cual estaba clavada su lanza, sintió el aleteo y los gritos del chón-chón, que rondaba maléfico. Y aun le pareció verlo volar adentro, sobre su mismo lecho, como siempre se presentaba, en forma de una cabeza de mujer con alas.



35. El "vergel del globo"

(Fortín "1.º División" - 1882)

“CON UNA LIGEREZA Y AGILIDAD ajenas a su edad avanzada, el cacique logró tomar una de las lanzas y blandiéndola con sin igual coraje, trataba de reanimar, por medio de palabras enérgicas pronunciadas en su lengua, a los indios que, aterrorizados por la sorpresa, huían a refugiarse en la montaña. A pesar de su bravura y entusiasmo bélico, no logró comunicarse éste a sus aterrorizados indios que, en completa dispersión, no atinaban más que a buscar su salvación en la fuga. Sólo el viejo Yancamil trataba de vender cara su vida, peleando con sin igual bravura y valentía,

“Rodeado por nuestros soldados y empuñando en su mano derecha una larga y afilada lanza, adornada con el plumaje de un cóndor y la cual, cediendo al empuje que le imprimía su brazo vigoroso, giraba a uno y otro lado describiendo un círculo a su alrededor con una velocidad asombrosa. Su mirada chispeante y continente altanero en los momentos en que sostenía una lucha tan desigual, despertó la admiración de nuestros soldados que, cesando de atacarlo, le intimaron que se rindiera por repetidas veces, poseídos de ese respeto a la persona del cacique, que siempre inspiran los valientes, sea cual fuere la causa que defiendan.

“A las repetidas intimaciones de rendición que se le hicieron, sólo contestaba: ‘indio guapo no entrega lanza’. Por fin y viendo que era imposible tomarlo vivo, ordenó el mayor Ruibal se le hiciese fuego, cayendo atravesado de un balazo, y sólo largó la lanza después de exhalar su último suspiro.”

“Expedición a los Andes” (La Prensa), junio de 1881

“PERSEGUIDOS LOS INDIOS EN SUS ÚLTIMAS GUARIDAS, EN REFUGIOS QUE creyeron inaccesibles convencidos de que nuestras fuerzas no conocen obstáculos cuando es preciso llegar hasta ellos; amenazados de ver cerrados los puertos de salvación que hasta ahora tenían, por el proyecto de las fuerzas chilena, y que ellos conocen, de posesionarse de los boquetes occidentales de la Cordillera, no es aventurado suponer que tratarán de



coaligarse, para oponer a nuestros designios todo el vigor de sus elementos reunidos, resistiendo tenazmente con la desesperación de quien combate por la propia existencia. Esta suposición ha sido confirmada por la reciente invasión al fortín 1^ª División, donde tan victoriosamente fueron rechazados por la valiente división que lo defendía. Allí se presentaron unidas todas las tribus. Además, por informes que acabo de recibir del Jefe de la Comisión Científica... al que le han sido transmitidos por algunos jefes de las fuerzas chilenas, se sabe que los caciques situados en esta parte de la Cordillera han enviado emisarios y regalos a los principales caciques de las tribus araucanas, de la otra parte de la misma Cordillera, alentándolos a la resistencia y ofreciéndoles su cooperación para un levantamiento para el que los invitan." (Informe del coronel R. Ortega.)

Memoria del Departamento de Guerra y Marina (1882)

"SOBRIA Y FUERTE, COMO VERDADERA RAZA PASTORA, EN LA DEFENSA DE sus lares contra la civilización ulterior, fue siempre denodada y heroica hasta lo sublime."

CORONEL M. J. OLASCOAGA: *Topografía andina*



¡Fortín "1^ª División", levantado en la confluencia del río Limay con el Neuquén, en medio de un laberinto de brazos de agua que daban nacimiento al río Negro!

Construido en septiembre de 1879, allí donde desde junio del mismo año había dejado el ministro general Roca una guardia permanente, debido a la importancia del punto, estaba formado por una empalizada de palo a pique rodeada de una zanja, y constaba de varias construcciones de barro que albergaban a 50 hombres, al mando del capitán Juan J. Gómez, algunos oficiales y varios suboficiales. El fortín estaba en el valle, a cierta distancia del río, que allí se recostaba sobre la barranca Sud, divisiéndose lejanamente la del Norte, como una distante colina. Todo el paisaje estaba cubierto de densos montes de sauces colorados, sobre hondonadas y pajonales, los que en verano extendían la faja verde de sus copas, sobre los extensos manchones rojizos de la barranca Sud.

Un poco más arriba se iniciaba el angosto valle del río Neuquén, que corría impetuoso y turbio sobre un lecho de cantos rodados, aunque en trechos de 6, 8 y 10 cuerdas aparecieran canchas de agua mansa. Venía acompañado, desde lejos, por una sierra de aspecto terroso, que allí se cortaba repentinamente, formando un promontorio. Cerca, el río, presentaba un displayado como de 400 metros, dando paso por ese lugar, muy frecuentado por los indios.

En cambio, el Limay traía un agua limpiísima que se extendía entre las muchas islas.

Casi todos los que componían la guarnición del fortín eran veteranos de la guerra del Desierto. Aquél con la cara indeleblemente amarrada por el fuego había sido víctima de un incendio de los campos cerca de fortín "Vigilancia", en la frontera de Buenos Aires. Un día que marchaba en un piquete de 20 hombres despachados en persecución de los indios, éstos incendiaron el campo y las llamas, avivadas de golpe por una tormenta de tierra que se había levantado de improvviso, con un viento violentísimo, que provocó un furioso océano de fuego avanzando vertiginosamente, los obligó a enfrentarlo, ya que los alcanzaría por más que huyeran a todo galope. Fue un momento de terrible expectativa: en el

momento de saltar a través de las llamas, uno rodó en una vizcachera y otros cayeron para quedar allí tendidos, hombres y caballos. Los más, sin embargo, lograron cruzar la ola ígnea, saliendo con las ropas ardiendo y todos chamuscados.

Aquel otro, al que faltaban los dedos del pie, debió sobrellevar un trance penosísimo al cruzar los bañados del paraje de las Sepulturas, cerca del fuerte "Gainza": la humedad le achicó las botas, por lo que debió marchar descalzo sobre la escarcha, congelándose los dedos del pie, que debieron ser amputados. Aún otro, el sargento Asencio Almirón, que había sido clarín del tiempo de Sandes, le faltaba un brazo, que perdió por un lanzazo en un hombro. Siempre estaba manifestando su admiración por los indios: cómo se ataban matas de cortadera y se escondían detrás del pescuezo de los caballos, horas y horas, para venir a "bombear" a los fortines; cómo saltaban durante sus marchas al galope de un caballo cansado a otro de repuesto de sus tropillas, sin detenerse; cómo para que el ganado no escapara lo herían en la pezuña; y cómo para evitar, también, el escape de los baguales les cortaban las orejas a lo largo, desde la punta a la raíz, para que la sangre que caía sobre los ojos los aturdiere y debilitara, haciéndoles, a la vez, perder bríos.

Por último, varios de ellos no hacía mucho que habían llegado desde fuerte "Sarmiento", en la frontera de Córdoba, trayendo 1.200 caballos para remonta del ejército.

La vida del fortín se había desarrollado bastante tranquila, aunque numerosos episodios matizaban una guardia, que debía mantenerse atenta constantemente.

En algunas ocasiones habían tenido serias alarmas con los indios. Aunque también las alarmas hubieran sido, en otra oportunidad, de un origen distinto. Un día los conmovió un atronador estrépito producido por un tiroteo intensísimo y un resonante estallido de metralla. Llenos de pánico, todos los hombres corrieron para investigar el origen del suceso, ya que movimiento de indios no se veía. Y pronto todo se aclaró: en el fortín había muerto un hombre de la guarnición, el viejo cabo Ramón Zárate, y estaba siendo velado en uno de los ranchos, dentro de un cajón hecho con tablas y colocado en el suelo entre cuatro velas de sebo, fabricadas toscamente. En un momento que el muerto quedó solo, un perro hambriento penetró en la improvisada capilla ardiente y se apoderó de una de las velas, tratando de arrastrarla al exterior. Pero, al quemarse, la soltó junto a la entrada y, la llama se comunicó a la cortina de lona que cerraba la puerta del rancho, con lo que se incendió éste y, en un instante, el fuego se extendió al aposento contiguo, donde se guardaban las armas y las municiones, causando la explosión. Como consecuencia, el cadáver quedó carbonizado.

Pero la monotonía de la guardia constante que debía establecerse, era, a veces, matizada por las excursiones que hacían para saquear la

platería de las viejas tumbas araucanas. Siempre volvían cargados de collares, prendedores y abalorios.

La ocupación de los nuevos territorios, desde el Limay y el Neuquén hasta la cordillera de los Andes, había sido cruenta. Los indios continuaron la lucha por sus tierras, manteniéndola dentro de sus posibilidades. En el fortín "Guanacos", situado a 20 leguas del fuerte "4ª División", hacia la cordillera, habiendo salido una parte de sus hombres de descubierta, el 20 de enero de 1881, al regreso no encontró más que cadáveres y escombros carbonizados, como consecuencia de un ataque del cacique Queupu, ataque en el que murieron el alférez Boer, que había quedado a cargo del fortín, y 33 hombres que lo acompañaban, llevándose, los indios, cautivas a las mujeres de los soldados. Otros hechos semejantes vinieron a acompañarlo.

Con el fin de contrarrestar esas acciones y completar la ocupación de lo que se llamaba el Triángulo, es decir, el Sud del Neuquén, o país de las manzanas, por orden del nuevo presidente de la República, general Julio A. Roca, el jefe de la Línea del Río Negro y Neuquén, ahora general Conrado Villegas, preparó y dirigió una nueva campaña por medio de la cual el ejército nacional se proponía llegar hasta el lago Nahuel Huapí. Las tropas y el bagaje para esa campaña se embarcaron en la Boca del Riachuelo, en Buenos Aires, y llegaron a Patagones en el transporte "Villarino", al mando del comandante Federico Spurr. La expedición se proyectó por medio de tres brigadas que marcharían por tierra, así como por otra, denominada "Comisión Exploradora del Río Limay", que lo haría por agua. Todas debían encontrarse, como cita de honor, en el lago Nahuel Huapí el día 10 de abril de 1881, fecha fijada de antemano.

La primera en partir fue la "Comisión Exploradora del Río Limay", que lo hizo desde Carmen de Patagones, el 25 de febrero, en el vaporcito "Río Neuquén", cuyo capitán era el comandante de marina Erasmo Obligado. El "Río Neuquén" había sido construido especialmente en Inglaterra, para remontar el río Negro, siendo transportado hasta Carmen de Patagones en el vapor "Santa Rosa". El teniente Santiago J. Albarracín se encargó de redactar el diario del viaje, lleno de singulares alternativas.

Salidos de Patagones, encararon un trayecto que, en buena parte, debía realizarse por primera vez, desde el viaje del piloto Villarino, un siglo antes, y, en otra, también, por un vapor, no lo había sido nunca. Así fueron avanzando, impulsados por las grandes ruedas que movían al "Río Neuquén", a lo largo del ancho cauce, bordeado de centenarios sauces colorados, en medio del extenso valle que se diseñaba a la dis-

tancia, hasta las "cuchillas", paralelas y desnudas, a dos o tres leguas unas de otras, donde empezaba a ambos lados el desierto patagónico. A todo lo largo del trayecto, la corriente dejaba islas y formaba bañados, señalando generalmente su lecho con enormes raigones arrastrados por la corriente.

Pasaron frente al fortín "Invencible", construido de piedra en lo alto de una escarpada colina. Luego por la Vuelta de Herrera, después por "Guardia Pringles", antes llamada "Guardia Mitre". Enseguida entraron en la Primera Angostura, donde el río lamía las barrancas del Norte, bullentes de loros. Más adelante, cruzaron por la Segunda Angostura, para arribar, de inmediato, a "Colonia Conesa". Por todas las barrancas, además de loros, abundaban águilas y caranchos. También por las costas se veían grandes cantidades de ánades, bandurrias, avutardas, teros y palomas, así como nutrias.

De noche se aproximaban a la orilla para evitar la marcha en las tinieblas, entre los bancos y los traidores raigones. Y, de día, debían detenerse, más de una vez, para hacer y cargar leña.

El 3 de marzo arribaron a fortín "Castre", que señalaba la entrada del camino a Valcheta, a través de un temible trayecto sin agua, y entraron en seguida en la travesía del Negro Muerto, donde las costas se hacían bajas y desoladas. Por el medio del río, en alguna ocasión, veían cruzar pumas nadando. Asimismo, sobre las barrancas, se alcanzaban a divisar tropillas de guanacos. Al bajar en una costa para hacer leña, encontraron el cadáver seco de un soldado con el uniforme en harapos y amarrado a un árbol. Tenía el kepi puesto, aunque sin visera ni número del cuerpo. Cerca hallaron otro soldado en el suelo, con un agujero en el cráneo. Los restos del uniforme estaban adheridos al esqueleto y, entre ellos, se veían gran número de estampas de la virgen de Lourdes.

El 5 de marzo llegaron a Choele-Choel y entraron en el paso llamado del Carbón, donde la corriente era fuertísima, aumentando, también, el número de raigones, que se levantaban y hacían estremecer al barco.

Después de Choele-Choel, pasaron por Chimpay y, en seguida, debieron enfrentar un enorme banco que se extendía de banda a banda, dejando sólo dos pasos, donde el agua corría impetuosa y el "Río Neuquén", no obstante levantar la presión a 100 libras, no pudo vencer, quedando varado. Para sacar al barco de su encajadura, toda la tripulación debió descender con palas para cavar en la arena, labor que le demandó mucho tiempo, hasta lograr safarlo.

Luego cruzaron por Chillforó y entraron en la punta de la sierra de la travesía de Chichinal, la que parecía una imponente torre almenada de un castillo del medioevo. Siguieron avanzando, luego, al pie de altas barrancas coloradas, cortadas a pique, llenas de nidos de águilas

y enfilaron por la Cancha Hermosa, donde el viento levantaba, a veces, grandes nubes de tierra. Aquí, al acercarse a la costa, encontraron un caballo recién muerto por los indios para alimentarse, un fogón aún humeante y muchas vainas de algarrobo. Por suerte para ellos, la leña no faltaba: sauce, piquillín, chañar, molle. Más adelante hallaron rastros de gamas y jabalíes y también pudieron pescar muchas truchas.

A medida que se acercaban al fuerte "Roca", la navegación se iba haciendo más penosa por los playados y las corrientes. Las colinas se extendían desoladas y áridas, entre costas cubiertas de carrizo y cortadera, donde el viento levantaba, a veces, nubes de tierra.

Por fin, el 15 de marzo alcanzaron el fuerte "General Roca", donde, hasta entonces, ningún vapor había arribado. Y, al día siguiente, siguieron para la confluencia con el propósito de remontar el Limay y llegar al "gran lago Nahuel Huapi", para la fecha concertada: 10 de abril de 1881.

Las fuerzas que expedicionarían por tierra estaban compuestas por la 1ª Brigada, con 6 jefes, 16 oficiales y 474 hombres de tropa, las que debían salir del fuerte "4ª División", al mando del teniente coronel Rufino Ortega, aunque, en realidad, lo hizo desde Norquín, para preparar allí mejor la caballada, por ser esa zona abundante en pastos. Partió para el Nahuel Huapi el 15 de marzo.

La 2ª Brigada, con 6 jefes, 22 oficiales y 557 hombres de tropa, partió también el 15 de marzo desde el fuerte "General Roca", comandada por el coronel Lorenzo Wintter, debiendo seguir la margen del río Negro hasta el Limay, pasando por el fortín "1ª División", para proseguir desde allí una marcha paralela a este río hasta su destino.

El trayecto a cubrir por la 1ª y 2ª brigadas pasaría por tierras ocupadas por los caciques Reuque-Curá, Sayhueque, Nancuchoe y otros, teniendo estos últimos sus toldos sobre el río Calefú, donde los había visitado pocos años antes Francisco P. Moreno.

La 3ª Brigada, según la Memoria, "tenía en el plan de esta campaña la parte más difícil", ya que, partiendo de su alojamiento de Choele-Choel, debía retroceder hasta fortín "Castre" y, desde allí, internarse hacia el Sud por la travesía de Valcheta (30 leguas sin agua), siguiendo luego por el arroyo de ese nombre hasta la cordillera, a través de lugares que jamás habían sido recorridos, y cuya configuración se ignoraba. La 3ª Brigada, compuesta por 10 jefes, 36 oficiales, 9 cadetes y 525 soldados, estaba al mando del coronel Liborio Bernal, y era acompañada por el Comandante en Jefe de la Línea Militar del Río Negro y Neuquén, general Conrado Villegas, quien comandaba la campaña. Para cruzar la travesía de Valcheta, el coronel Bernal dispuso que se hiciera en grupos

de cincuenta hombres, los que partían con bagajes y animales, hasta completar la totalidad de las fuerzas de la División.

El paisaje que recorrían, principalmente la 1ª y 2ª Brigadas, dejaba deslumbrados a los mismos expedicionarios. "No puede pedirse mayor grandiosidad, mayor esplendor y magnificencia, que el desplegado por la naturaleza en este trayecto", decía uno de los diarios de marcha. "El portento de esta parte de la República pudierá ella llamar vergel del globo", expresaba otro.

Y aún otro informaba: "La perspectiva que a cada paso ofrecen los diferentes cerros, su gran elevación y caprichosas formas, unidas a la profusión de vegetación que en ellos se desarrollan, en la que se notan cipreses de más de 20 metros de elevación y otros árboles, formando un bosque impenetrable, todo esto unido a la magnífica vista que ofrece el río corriendo a una profundidad de más de 60 metros desde los cascos de los caballos, hace olvidar las dificultades de la marcha, porque ni el soldado deja de reconocer la inmensa belleza de esos parajes: abandona la rienda confiado en que el instinto de conservación del bruto le hará seguir el camino, y se pone a contemplar tan hermoso cuadro, donde parece que la naturaleza ha puesto su predilección".

"El panorama del valle, con una planicie prodigiosa, exuberante, adicionada a lo visto en las marchas anteriores, da una idea de la riqueza nacional encerrada en este territorio patagónico, cuyos vírgenes bosques y altivas montañas van a ser cruzadas por el Ejército... Continuando la marcha por el bajo, el río, en una de sus sinuosidades, vino a quedar con el curso vertical, frente a los flancos de las sierras, por cuyo motivo subimos las pendientes hasta la cúspide. De allí contemplamos por última vez algunos picos blancos de las montañas, entre los que sobresalían el volcán Villarica".

Después de recorrer sin grandes dificultades el itinerario que se fijaron, persiguiendo a las tribus de los caciques Queupu, Sayhueque, Curu-Huinca, Inacayal, etc., las cuales abandonaron sus tolderías y se recostaron, donde pudieron, hacia los boquetes de la cordillera de los Andes, las tres Brigadas, utilizando como santo y seña "Civilización adelante", fueron llegando a las márgenes del lago Nahuel Huapí en fechas sucesivas. La primera en hacerlo, fue la 3ª Brigada, el 2 de abril. En segundo término, llegó la 1ª, el 5; y, en tercer lugar, la 2ª arribada la víspera del día fijado, el 9 de abril. La única que faltó a la cita fue la Comisión Exploradora del río Limay, que debía arribar por agua. Pero, el 26 de marzo, ya navegando por aquel río, tuvo que volver por falta de calado.

Apenas llegado al lago Nahuel Huapí, el general Conrado Villegas ordenó izar la bandera nacional en las ramas de un árbol sobre un cerro que se llamó del Carmen, siendo saludada con salvas y fanfarrias. En su diario de marcha dice: "Sirviéndole de asta un roble, fue izado el pabe-

llón nacional en el cerro más elevado de las cercanías, desapareciendo de su presencia los vestigios de la barbarie en estos territorios, y brillando en el porvenir de la libertad y la civilización. Esa enseña, o si ella es aniquilada por los elementos será, al menos, su recuerdo, el faro guaiador de los venideros habitantes de esta zona compulsándolos a cultivar y dar vida al suelo virgen de la patria".

Reunidas, por fin, las tres Brigadas —la primera vez que el ejército nacional llegaba al gran lago— mientras la artillería de montaña disparaba sus cañones, el general Villegas dio una proclama en la que dijo: "Soldados de la división del río Negro y Neuquén: En nombre del Gobierno de la Nación os saludo al pie de los históricos Andes cuyos nevados picos sintieron la planta de nuestros antepasados que en nombre de la humanidad y de un derecho divino llevaron la libertad a pueblos hermanos aún sometidos a la ley del conquistador. Sois la primera División de las tres armas que viene a oír la repercusión del cañón de Maipo y Chacabuco, que en su eco llevará a los pueblos la feliz nueva de que el estandarte azul y blanco flameará en el gran lago Nahuel Huapí, como un centinela avanzado de la civilización y un guardián de los derechos de la patria.

"Señores Jefes de Brigada: os agradezco vuestra eficaz cooperación. Todos habéis sido puntuales, pues a pesar de la larga distancia y malos caminos que habéis atravesado, estáis en vuestro puesto el día designado.

"Señores Jefes, Oficiales y soldados: el país tiene la mirada fija en vosotros y os contempla con reconocimiento. Os saluda vuestro general Conrado Villegas."

Desde el lago Nahuel Huapí, contramarchando sin prisa, el general Villegas, siempre con la 3ª Brigada, al mando del coronel Liborio Bernal, llegó a la confluencia del Limay y el Neuquén, el 24 de mayo, cuando comenzaban a caer intensas nevadas, acampando las tropas sobre la margen izquierda del río Negro, próximas al fortín "1ª División". Allí, al día siguiente, se celebró la fiesta patria con gran solemnidad, oficiando una misa de campaña el cura párroco de Carmen de Patagones, monseñor José Fagnano, quien había llegado especialmente. La misa fue seguida por un desfile de las tropas y, luego, por un asado con cuero y descargas de fusilería.

En los informes de los jefes, así como en el del general Villegas, se decía: "Si de este lado de la cordillera han quedado indios, andan dispersos, huyendo sin esperanzas de unirse al núcleo de las tribus que se guarecen en la ultra-cordillera..." "Los indios, abandonando sus lares, han huido pobres, desnudos, desfallecientes, perseguidos por los mismos elementos, a refugiarse entre desfileros y montañas, donde se verán precisados a requerir bien pronto el amparo y protección de nuestras leyes..." "Sayhueque y Reuque, únicos caciques que subsistían a este

lado de los Andes, se han visto precisados a buscar su seguridad, transpasándolos con grandes pérdidas para sus haciendas. Éstos, ni ninguna otra tribu, volverán a situarse en los parajes que acaban de abandonar. . . Todos sus escondites, todo el terreno comprendido desde el Neuquén hasta algunas leguas más al Sur del Limay, ha sido explorado por esta División. Quedan, pues, conquistados para la civilización estos territorios, hasta ahora bajo el dominio del salvaje”.

En seguida, en el vapor “Río Neuquén”, que estaba allí desde días antes, después de cargar los equipajes del general en Jefe y de los oficiales que bajarían con él hasta el Carmen, ya finalizada la campaña, partieron los viajeros aguas abajo. Esta vez, como para favorecer la navegación, el río Negro había estado creciendo con fuerza, trayendo ahora un agua turbia procedente de las fuertes lluvias caídas en el alto Neuquén. La corriente de este río arrastraba grandes árboles descuajados y detritus, levantando mucha espuma. No obstante, el viaje del “Río Neuquén”, se desarrolló sin ningún percance, llegando con toda felicidad al fuerte “General Roca”, donde permaneció algunos días, para volver a partir el 10 de junio. Y debido a la fuerza de la corriente, en 24 horas llegó a Choele-Choele.

En Choele-Choele estaba anclado el “Río Negro” y, el 12 de junio, ambos levantaron vapor, partiendo temprano para pasar el 14 por “Guardia Pringles” y llegar a Carmen de Patagones al día siguiente, a las 9 y 30 de la mañana.

Al arribo del general Villegas al Carmen, el 15 de junio de 1881, se reprodujeron las escenas que ya se habían vivido en esta población con motivo de la campaña del general Roca, dos años antes. Todo el pueblo estaba embanderado, arcos triunfales se levantaban con inscripciones alegóricas, las escuelas y las sociedades extranjeras habían concurrido en corporación, mientras se disparaban los cañones del fuerte y repicaban las campanas de la capilla, en medio del estampido de cohetes y bombas de estruendo.

Allí el general Villegas encontró un telegrama del presidente de la República, general Julio A. Roca, contestando al suyo, en el que le decía: “Recibí telegrama en que comunica V. S. su regreso a los cuarteles y al campamento del Río Negro, dejando en el territorio conquistado las guardias necesarias, para asegurar su dominio y evitar que los últimos mohicanos de la Pampa rehagan sus guaridas; he seguido con vivo anhelo los incidentes de su brillante campaña. . . La ola de bárbaros que ha inundado por espacio de siglos las dilatadas y fértiles estepas de la Pampa y que nos tenía como oprimidos en estrechos límites, imponiéndonos vergonzosos y humillantes tributos, ha sido, por fin, distribuida o replegada a sus primitivos fuertes allende las montañas”.

“Éstas ramas de laurel, general, se conservarán siempre verdes en las sienas de los valientes que han sabido recogerlas en aquellos abruptos

y nevados ventisqueros de los Andes australes, y servirán de llamada permanente de atención y gratitud pública. Tales servicios a la civilización y al engrandecimiento nacional, son de aquellos que los pueblos no olvidan nunca, y así ha repercutido en todos los ámbitos del país el éxito de su campaña, que pone punto final a un triste y lúgubre capítulo de nuestra historia.”

En seguida el general Villegas prosiguió su viaje, trasladándose por mar, en el transporte “Villarino” a Buenos Aires, ahora Capital Federal de la República, desde pocos meses atrás, donde también fue recibido con entusiasmo, por su brillante campaña con la que se había doblegado definitivamente a los indomables indios araucanos, exterminándolos o expulsándolos de sus últimas guaridas para arrojarlos al otro lado de la cordillera.

Estaba oscuro y aún brillaban las estrellas en el cielo, cuando varios jinetes comenzaron a moverse y converger hacia las cercanías del Huechu-Lauquén. Eran numerosos los caballos que se movilizaban entre las sombras, en medio de aquel paisaje, del que parecían llegar misteriosos rumores, hasta el lugar de la celebración. Mujeres y niños a pie y a caballo, se agregaban a los jinetes. Y, cuando la luz ya se iba extendiendo, dibujando sobre el horizonte las cercanas lomas, el redoble de un tamboril anunció que el día se acercaba y que, con él, la ceremonia iba a iniciarse. Los jinetes, ahora, entrando en su máximo movimiento, hablaban en voz alta, e iban y venían montando su mejor caballo.

De pronto, resonó un prolongado toque de corneta, una corneta de bronce llena de abolladuras de las tomadas a los cristianos, anunciando el comienzo del “nguillatun”. Y, de inmediato, todos los miembros de aquella castigada tribu se dirigieron hacia el centro del mallín donde, con ramas de lenga, cipreces y maitenes, se había preparado una empalizada en semicírculo, dejando una entrada que se cerraba con varias cañas coligües, en las que flameaban banderas de colores, y, entre ellas, se habían colocado plantas de trigo, maíz, cebada y distintos ejemplares de la flora útil de la región. Al lado estaban algunas pequeñas vasijas de madera y, en los extremos, dos de grandes dimensiones. Frente al conjunto, también dos postes pintados de blanco formaban como una avanzada a la entrada del recinto.

Los asistentes, mostrando ponchos multicolores, ahora ya bien visibles, se fueron colocando en la parte que enfrentaba la entrada al semicírculo, a alguna distancia de los postes blancos.

De pronto, una exclamación se alzó de todas las bocas y se vio venir

a un mocetón arrastrando con un lazo una yegua salvaje, que se resistía dando grandes saltos. Uno de los concurrentes pialó, entonces, ambas manos del animal, que cayó pesadamente, haciendo esfuerzo para incorporarse.

Fue en tal circunstancia que avanzó el cacique, de figura digna, aunque de baja estatura, piernas cambadas de tanto montar a caballo y escasa barba. Y moviéndose pesadamente, como para balancearse, sacó su daga con la vista fija en el sol que empezaba a aparecer sobre las vecinas lomas, pronunciando una oración, mientras hacía en el aire signos esotéricos con su arma. En seguida, agachándose, con gran destreza y pulso firme y seguro, fue abriendo el pecho de la yegua. Y, apenas unos instantes después, mientras la sangre chorreaba del arma que esgrimía en la diestra, se irguió nuevamente, levantando con la mano izquierda y presentándolo a la concurrencia —de la que se levantó un murmullo— el corazón aún palpitante de la yegua sacrificada.

A continuación, mientras el cacique retomaba su puesto, un ayudante se acercó para recoger la sangre del animal en una de las vasijas grandes, al mismo tiempo que el corazón era colocado en la otra.

Luego fueron atados a los postes dos caballos blancos pintados de rojo en los cuartos, pecho y anca, aperados con todo lujo y conducidos, cada uno, por un muchacho cuyas mejillas estaban pintadas de blanco, quiénes, se sentaron en el suelo, junto a sus cabalgaduras.

En seguida, de a uno en fondo, diez ancianos fueron a colocarse a un costado del recinto. Diez mujeres, también, realizaron la misma maniobra, que los ancianos, volviéndose a mover hacia un costado, comenzaban a orar en voz alta. Las mujeres, a su vez, iniciaron monótonos cánticos, acompañadas de varios tamboriles.

La ceremonia se repitió más tarde, con menos protagonistas, hasta que un grito del cacique, silenció los panderos de piel de gato montés. Los hombres, entonces, corrieron a sus caballos, mientras dos jovencitos entregaban sendas banderas a los niños que cuidaban los caballos pintados, los que partieron al galope, seguidos de los jinetes, para detenerse como a mil metros, de donde regresaron en la misma forma, llevando al frente las banderas. Y, llegados al recinto cerrado, comenzaron a girar alrededor de él, dando tres vueltas, lanzando gritos y agitando ponchos con el fin de ahuyentar los espíritus del mal.

A otro grito del cacique, levantando su poncho de lunares azules, cesó la carrera y, nuevamente, el redoble de los tambores anunció que comenzaba el "loncomeu", el baile de las cabezas. Diez o doce mocetones entraron en el recinto, con las caras pintadas y las cabezas cubiertas de plumas y comenzaron a realizar toda clase de gestos y a agitarse imitando la marcha de los animales, prosiguiendo el baile hasta que sólo quedó uno de ellos, quién fue proclamado vencedor. Al mismo tiempo era saludado con aclamaciones, mientras los concurrentes, arrojaban al

aire sus ponchos, rebenques, sombreros y espuelas. Otros los sustituyeron y así continuó la celebración, que debía durar tres soles, entre orgías de aguardiente y vino carlón.

En la madrugada del próximo día fueron sacrificados un potro y un toro, tendidos en el suelo con la cabeza colocada hacia el levante. Esta vez no fue el cacique, sino un ayudante, designado por él, el encargado de abrir el pecho de cada víctima y arrancarles el corazón, que fue suspendido en una lanza, mientras la concurrencia, llena de curiosidad, fijos los ojos en la sangre que manaba de las heridas, sacaba augurios, retirándose luego, la mayoría, persuadida del éxito en sus futuras empresas, confirmados por el machi, a pesar de todas las circunstancias adversas que ahora se presentaban.

Muy pocos días después de la llegada triunfal a Buenos Aires del general Conrado Villegas, luego de haber alcanzado hasta los confines de la República, aniquilando definitivamente los últimos restos de los guerreros araucanos, la ciudad se vio conmovida por una noticia inaudita e increíble, arribada desde el lejano Sur: ¡¡¡200 indios habían aparecido en tren de malón por Puán, 500 kilómetros atrás de la nueva línea de la frontera, y aún, poco después, llegaría a anunciarse que otros 300 se dirigían para atacar a Bahía Blanca!!!

Y, el 8 de enero de 1882, una fuerte partida de araucanos coaligados, atacaron allí, al fortín "1ª División".



36. El País de los Muertos

(Alhué mapu)

(Fuerte Junín de los Andes -1884)

“DE AQUELLAS HORDAS CAPITANEADAS por el Atila indiano de la llanura: Vecingetorix vencedor: incansable campeón de la eterna lucha: Calfucurá el grande. ¿Qué queda? Sólo sus huesos blanqueando en la cuchilla o en la helada montaña donde fue su último refugio. De Contucó a San Carlos pasaron sesenta años de victorias y reveses y nunca el espíritu espléndidamente bárbaro del feroz huno argentino desmayó, sesenta años que vivió con la lanza en la mano, combatiendo



por la independencia de la tierra sagrada de sus padres... Vedlo en el recuerdo: allá en lontananza va el indio galopando, tragándose a grandes sorbos la extensión, sentado, al parecer, cómodamente, sobre una pequeña y dura montura cuya sobriedad no tiene ejemplo, revestida por única blandura por un cuero de carnero: echado el cuerpo hacia atrás, formando una curva con la espina dorsal, arrastrando la larga tacuara tomada por debajo del plumero y columpiando al aire del andar boleadoras y estribos... De ancha cara pomulosa, color de cobre rojo, de ojos negros, feroces, relucientes y larga, lacia y negra cabellera, áspera e inculta que juega al viento flameando acompasada cual si llevase la cadencia de un canto monótono, atada a la parte superior de la frente que linda con la cabeza por la vincha de robusto tejido pampa.

“Cubierto lleva el cuerpo con un chaleco de cuero de zorro u otro animal, que deja los brazos veteados, color café, desnudos, señalados con varias cicatrices, o con alguna chaqueta robada a algún cadáver de soldado; y rodeando la cintura un raído chiripá de bayeta que apenas llega a la rodilla, hasta donde suben las peludas mal sobadas botas de potro, en cuyo jarrete calza el talón y la espuela doble de palo; completa el ligero traje, el sólido poncho de tela pampa que lo escuda contra los rigores del sol y los hielos del invierno... El galope es interminable; el bien enseñado animal con la cabeza gacha sigue bebiéndose las leguas, y el sol, reflejando su luz escintillante en el sudor que le baña, le da un brillo especial que parece una estatua articulada de pulido bronce que se mueve a la distancia por un resorte misterioso que da cadencia marcada.

"La civilización predicada con la cimitarra, ha desterrado y esparcido esa raza enérgica y feroz que resistió a los Mendoza, a los Valdivia y a los Garay, y han sido necesarios trescientos años de cruda guerra sin descanso para dominarla, exterminando en parte a los araucanos de la Pampa, cuya constancia y valor no fueron nunca desmentidos, y podrán ellos decir como los galos, los españoles y los germanos de la épica romana: no hemos sido vencidos por los hombres, sino por el arte de combatir."

F. DE VERA (J. I. GARMENDIA): *Cuentos de tropa*

"EL INDIOS, CON SU ROSTRO COBRIZO, NO SABÍA ILUMINARSE CON EL resplandor de los colores subidos. No se humillaba, no denunciaba flaquezas y tampoco solicitaba piedad. Ignoraba aquellas palabras de clamor, angustias y de desesperación como desahogo de sus males... Erguidas o bajas sus cabezas, no sabían tampoco impregnarse sus ojos con lágrimas... El indio peleó y resistió sin abatirse hasta tanto fuera enteramente dominado por el poder de las armas, pues, aún vencido —unas y otras veces— era para empezar de nuevo sus correrías a fuerza de coraje y de padecimientos."

Tte. coronel E. RAMAYÓN: *Capellanes militares en los territorios argentinos*

"PORQUE, COMO LO HAN DICHO EN ESA OCASIÓN, PREFIEREN MORIR PELEANDO que vivir esclavos."

Memoria del Departamento de Guerra y Marina (1882)



¡Fuerte "Junín de los Andes" levantado al pie de la gran cordillera, donde el indio había señoreado por siglos, como el cóndor en el seno de las altas montañas! Construido junto al río Chimehuín con motivo de la campaña de 1882-83, tenía por fin, particularmente, cerrar uno de los principales pasos que conducían a Chile, junto con los fuertes "Chacabuco", sobre el lago Nahuel Huapí; "Maipú", en la vega de Chapelcú, próximo al lago Lacar; y "Paso de los Andes", en el valle de Pulmary. A estos fuertes acompañaban, además, los fortines "Capitán Crouzeilles", en Mamuil Mala; "Teniente Lezcano", sobre el lago Huechulauquén, "Subteniente Sharpless", en la desembocadura del Quemquemtreu y el Collón Curá; "Teniente Nogueira", a 15 kilómetros del Pichicunfeufú y el río Limay; y "Cabo Alarcón", sobre el Picunleufú y el mismo río Limay.

Más de 450 leguas, como 1.800 kilómetros, constituían ahora la frontera desde Carmen de Patagones y Viedma en el Río Negro, a El Alamito y San Rafael, en Mendoza, pero avanzada hasta aquel río y el Neuquén. Y, sobre ella, vigilaban a los pocos araucanos que quedaban, los campamentos y fortines: "Guardia Pringles", "Conesa", "Castre", "Negro Muerto", "Choel-Choel", "Chimpay", "Chilforó", "Chichinal", "General Roca", "1ª División", siguiendo en los construidos sobre el río Neuquén: "Coronel Vidal", "Chañar", "Tratayén", "Vanguardia", "Mangrullo", "Paso de los Indios", "IV División", a los que se agregaban: "Norquín", "Covuncó", "Codihué", "Hualcupén", "Huarenchenque", "Loncopué". Además debían contarse los reductos levantados a lo largo del río Colorado, desde el N° 1 al 5, terminando en el fortín "Mercedes", en el camino de Patagones a Bahía Blanca.

Los fortines tenían empalizadas de palo a pique y, dentro de ellas, ranchos para los oficiales y la guarnición, además de un pozo de balde, un mangrullo y uno o dos corrales para la caballada. Estaban guarnecidos por 1 ó 2 oficiales y 10 a 60 soldados.

En los fuertes de la antigua frontera de la Pampa, ahora llamada frontera del Interior, quedaban siempre guarniciones más o menos importantes, pero reducidas, en relación con su número primitivo, y constituidas por distintos regimientos y batallones de línea, distribuidos a lo largo de ella. Esta frontera interior iba desde Trenque Lauquen al río Colorado, pasando por Guaminí, Carhué, Puán y Fuerte Argentino.

Fue en relación con los indios, que habían invadido asombrosamente dicha frontera, rebalsando en enorme distancia la del río Negro y Neuquén, que el jefe de la misma, coronel Clodomiro Villar, desde su asiento en Carhué, informaba a Buenos Aires aquel año, 1881: "El 6 de junio recibí el primer aviso telegráfico que me hacían de esta línea, participándome la inusitada invasión de 200 y tantas lanzas que tuvo lugar por Puán, que en el acto se lo comuniqué a V. S. y se tomaron las medidas para contrarrestarla y evitar en parte sus perniciosos estragos. No era esperada, por cierto, una invasión de este número, y en las frecuentes recorridas practicadas al centro de la Pampa, no se habían encontrado tampoco indicios de existir sino pequeños grupos aislados de indios".

En consecuencia, ante tal acontecimiento, el señor ministro de Guerra ordenó de inmediato "una batida general por las fuerzas de la Línea en toda la zona de la Pampa central comprendida desde Trenque Lauquen al Colorado y desde la Línea hasta el Oeste de Chadi-Leuvú, en un perimetro aproximado de cinco mil leguas cuadradas".

La campaña, bajo la dirección del mismo coronel Villar, se realizó por medio de tres columnas que partieron de Guaminí, de Carhué y de Puán, al mando de los tenientes coroneles Luis Cerro, Benito Herrero y Victoriano Rodríguez, durando tres meses, extendiéndose hasta Trarauquen y Lihué Calel. Durante su transcurso, el coronel Villar no pudo impedir que una partida de indios aniquilara el fortín "Chaco" y aún, para mayor conmoción, recibir avisos de que 300 indios se aprestaban para atacar Bahía Blanca.

Entonces, para encarar este último y aún más inusitado suceso, el coronel Villar despachó con toda urgencia al comandante Benito Herrero con sus fuerzas, el 27 de agosto de 1881, con el objeto de que, marchando por el río Colorado hasta Paso Pacheco, en unión con el regimiento 1º de Caballería, que debía encontrarse allí, batiera la invasión. Pero, resultó, finalmente, que esto había sido una falsa alarma. No obstante, el comandante Victoriano Rodríguez, que se hallaba en Cuchillo-có, tuvo la desgracia de perder íntegra una patrulla de 15 hombres al mando del teniente Abelardo Daza, que sucumbió en una emboscada.

Y aún, pocos meses más tarde, el 8 de enero de 1882, fuerzas araucanas, al mando de los caciques Reuque-Curá, Namuncurá y Saihueque, cayeron sobre el fortín "1ª División", en la confluencia del Limay y el Neuquén. El fortín se hallaba al mando del capitán Juan J.

Gómez, con menos de 50 hombres, y los atacantes eran muy numerosos, al punto de que los partes hablaban de 1.000 indios. Además, y, pocos días después, el 18 de enero, los araucanos, con la intención, al parecer, de recuperar el terreno perdido, atacaron también al fortín "Estratégico", situado en la margen Sud del río Negro, frente al fuerte "General Roca", no logrando éxito.

Mientras tanto, el fortín "1ª División" pudo defenderse con el fuego graneado de los Rémington. Pero, viéndose, no obstante, sitiado, el capitán Gómez logró despachar en demanda de auxilio, hasta fuerte "General Roca", distante 12 leguas, al soldado Nicasio Bustos, que se ofreció voluntario, logrando que acudieran los regimientos 5º y 7º de Caballería, al mando del comandante Diego Lucero, que llegaron cuando los atacantes ya se habían retirado. Meses después también fue atacado el fortín "Castre".

Estas reacciones de un enemigo al que ya se consideraba aniquilado, obligaron a encarar una nueva campaña, que se esperaba que fuera la última, para someter, arrojar a la ultra cordillera y al estrecho de Magallanes, o exterminar a los indios araucanos, yendo a buscarlos hasta en sus más recónditas guaridas, en los más abruptos cajones de los Andes. Todo fue preparado, en consecuencia para operar durante el verano 1882-83, por medio de una acción que se llamó, precisamente, "Campaña de los Andes al Sur de la Patagonia".

El 30 de octubre de 1882 partía, otra vez, de Carmen de Patagones, el vapor "Río Negro", al mando siempre del comandante de marina Erasmo Obligado. Esta vez, sin dificultades, pudo remontar el río de su nombre, arribando al fortín "1ª División", que ahora se llamaba "Limay" y, adonde ya llegaba la línea telegráfica, el 19 de noviembre. A bordo del "Río Negro" viajaba el general Conrado Villegas, Jefe de la Línea Militar del Río Negro y Neuquén, quien debía comandar, nuevamente, la campaña. Allí descendió, hallando en el lugar numerosas calaveras de indios caídos en el ataque de enero anterior, y, después de remontar por tierra la costa del Neuquén, pasando por el fortín "Vidal", un reducto abandonado donde se veían muchos cruces, recuerdo de otro ataque de los indios, llegó al fortín "Tratayén", dirigiendo desde el mismo un telegrama al ministro de Guerra, doctor Benjamín Victorica, en el que le comunicaba: "Oficial — Como verá V. E. por el telegrama que dirijo al Comandante General de Armas, estamos en vísperas de dar un golpe decisivo a los últimos indios que quedan. Desearía ardientemente podersele comunicar así a V. E. Saludo a V. E. — Conrado Villegas".

Esta campaña, como la anterior al lago Nahuel Huapí, iba a realizarse por medio de tres Brigadas que, partiendo de los campamentos de

Norquín, General Roca y Choele-Choel, al mando de sus jefes, coroneles Rufino Ortega, Enrique Godoy y Nicolás H. Palacios, debían situarse dentro del territorio que les fuera designado y desde allí batir a los indios, por medio de partidas, despachadas en todas direcciones, y en particular, hacia los desfiladeros de la montaña "Los cuerpos fraccionados y subdivididos —informaba el general Villegas— operarán como grandes guerrillas en las zonas del Limay, Neuquén, Cordillera de los Andes y lago Nahuel Huapí", es decir, en lo que se llamó territorio del Cuadriltero.

En las instrucciones que el general Villegas dio a cada Brigada, ordenaba: "1º) La primera Brigada situada en Norquín, desprenderá fuertes partidas en distintos rumbos a fin de batir su frente y flanco derecho; 2º) Las partidas se compondrán de 50 a 100 hombres o de mayor número si el jefe lo creyere necesario; 3º) Las partidas de la primera Brigada batirán su frente hasta 40 leguas de distancia y hasta encontrarse con las de la segunda; 4º) La batida de las partidas debe llegar hasta el límite de la República con la vecina, en la línea de las cordilleras, sin ultrapasarlas bajo ningún pretexto...; 7º) Debiendo las fuerzas de la frontera con Chile ponerse en movimiento en enero del año próximo, con el objeto de tomar posiciones, se recomienda a los jefes u oficiales, que mandan partidas, observen el miramiento que es debido entre naciones amigas, prestando auxilio en todo aquello que les fuere requerido y poniéndose en buena armonía en las operaciones a fin de conseguir de ellas los mayores y mejores resultados...; 9º) Como las distintas partidas de la División que se desprendan, pueden encontrarse durante la noche, a fin de evitar accidentes desgraciados, se previene que las palabras de orden serán: "Barbarie Atrás"...; 11º) Las batidas de la Brigada serán constantes y no se suspenderán hasta que el Comandante en jefe de la División lo ordene".

En parecidos términos se daban instrucciones a la 2ª y 3ª Brigadas, señalándole a la 2ª como su lugar de acantonamiento la confluencia del Collón-Curá y el Quemquemtrey, debiendo batir desde el flanco de la 1ª Brigada hasta el río Caleufú, donde se encontraría con la 3ª. Ésta, por su parte, establecida en el lago Nahuel Huapí, debía recorrer toda la zona hasta la 2ª Brigada y la cordillera y al Sur de este lago.

Con referencia a las fuerzas enemigas, el general Villegas hacía notar que los caciques Reuque-Curá, Namuncurá y su hermano Alvarito Reumay, habían manifestado intenciones de someterse, lo mismo que el cacique Manquel, aunque se ignoraba si tales intenciones eran reales; también que Sayhueque, quién podía disponer de 600 lanzas, había huido hacia el Sud del lago Nahuel Huapí, a reunirse con el cacique Inacayal; y que "los más reacios de estos príncipes del Desierto" eran Queupu y Nancucho, a pesar de no aparecer como los más temibles, por no disponer de gran número de lanzas. Por último, el general en jefe recal-

caba los resultados alcanzados con motivo de la campaña de 1881 al lago Nahuel Huapí, la cual según decía, había proporcionado "la idea estratégica de las posiciones ocupadas por los vándalos, que encarna en sí las probabilidades de una conclusión final o de un sometimiento total de las tribus".

Por lo pronto el general Villegas, en telegrama al Inspector General de Armas, avisaba: "Una columna liviana y que pueda bastarse a sí misma, perfectamente montada y al mando de un jefe activo, ha marchado a las tolderías de Sayhueque, con orden de perseguirlas hasta matar el último caballo y mula, de suerte que si no se ha presentado, tendrá que caer en nuestro poder. Otra columna ligera he desprendido sobre las tolderías de Nancucho con orden de asaltarlas. Otra fuerte ha desprendido el coronel Ortega a fin de proteger al cacique Millamanque que quiere presentarse con un buen número de lanzas y chusma. Así, pues, creo que dentro de pocos días podrá comunicar a V. S. que la mayor parte de los indios que había en el territorio comprendido entre los ríos Neuquén y Limay, cordillera de los Andes y lago Nahuel Huapí, se ha presentado o han sido tomados por nuestras fuerzas".

La campaña de los Andes, de 1882-1883, hecha bajo el santo y seña de "Barbarie, atrás", fue terrible para los araucanos. Las fuerzas expedicionarias —a las que acompañaban, según la "Memoria", un "turista"— avanzaban destacando comisiones hacia todos los rumbos, las que penetraban hasta en los más recónditos escondrijos de las selvas, de los lagos y de los cajones de la cordillera, alcanzando, también, las más lejanas regiones del Sur de la Patagonia. A su paso, asaltaban las tolderías, aniquilaban las tribus y tomaban el resto prisionero. Nuevamente el grito de "¡Huinca conal!", se escuchó, ahora en los valles andinos. Los araucanos defendieron sus tierras con el ardor y la bravura de siempre, cerrando los desfiladeros de los Andes, atrincherándose en las quebradas, mudando a menudo su lugar de residencia para despistar a las tropas cristianas, desbarrancando piedras enormes por las laderas, sin evitar, no obstante, que las tropas cristianas los sorprendieran y batieran. Y en cada ataque a las tolderías, quedaban revolcándose, entre charcos de sangre y numerosos cadáveres, gran cantidad de heridos. "No matando hermanos, matando cacique", había pedido un cacique menor, antes de caer él mismo herido.

Las acciones, sin embargo, no fueron todas fáciles y dieron lugar a numerosos combates en Chimehuin, en Cumullú, en La Trinchera y, dos veces, en Pulmary.

Además, muerto Yancamil, que había sucedido a Purrán, y sometido Millamanque (Buite de oro), quién en un parlamento había ma-

nifestado que ese era el mejor camino para salir de la situación en que se encontraban, por lo cual casi fue lanceado por Reuque-Curá, Namuncurá y Queupu, que también participaban en él, junto con otros caciques del lado chileno, ello facilitó la lucha contra los últimos caudillos araucanos que resistían, ya que Millamanque fue incorporado a las fuerzas nacionales, y conocía perfectamente todos los caminos y refugios de la cordillera, pudiendo guiar hasta ellos a las tropas cristianas.

Muchos araucanos habían cruzado los Andes para buscar refugio en Chile. Otros, como Inacayal, Foyel y Sayhueque, huyeron hacia el Sud, pero aún allí habían sido perseguidos por la 3ª Brigada al mando del comandante Nicolás H. Palacios, quien llegó como 125 leguas abajo del lago Nahuel Huapí, hasta las nacientes del río Chubut, teniendo con los indios un encuentro en Apulé, donde los araucanos, unidos a los tehuelches, alcanzaron a utilizar muchas armas de fuego, canjeadas a los colonos galeses de aquel territorio. Cinco mil cueros de guanaco que destinaban con tal fin, fueron secuestrados por las tropas cristianas.

Como resultado de la campaña, los comunicados hablaban de más de 500 indios muertos y cerca de 2.000 prisioneros. Y, finalizada ésta, el general Conrado Villegas volvió a trasladarse en el "Río Negro" hasta Carmen de Patagones, donde otra vez se repitió la recepción anterior. Desde allí, se dirigió a su superioridad en Buenos Aires, con fecha 5 de mayo de 1883, informando sobre los resultados obtenidos, y agregando: "Mucho antes de esta campaña, mantenía comunicaciones con los caciques más importantes, y en todas ellas les aconsejaba su sumisión al gobierno, garantizándoles en su nombre sus vidas, sus familias e intereses; pero todo ha sido en vano, siendo necesaria la represión de las armas para convencerlos que son impotentes contra el poder de la Nación. En el territorio comprendido entre los ríos Neuquén y Limay, cordillera de los Andes y lago Nahuel Huapí, no ha quedado un solo indio. . . Al Sur del Limay queda Sayhueque, pero huyendo pobre, miserable y sin prestigio. Inacayal se someterá a la primera insinuación.

"Convencido de la índole desleal y falsa de los indios, resolví no dejar indios que no sintieran el poder de la Nación, sometiéndolos a sus leyes, o exterminándolos. Esta observación la hago, señor Inspector, porque no ha faltado quién diga que al indio se lo trata con sumo rigor y que se ha decretado su exterminio. . . Esta campaña puede registrársela como uno de los más grandes acontecimientos nacionales."

Desde Carmen de Patagones, el general Conrado Villegas y su séquito, volvieron a embarcarse en el transporte de guerra "Villarino", que también cargó 200 indios prisioneros con destino a Buenos Aires. Y, después de una navegación de menos de tres días, arribó a la capital, donde el recibimiento que se le hizo fue apoteótico.

El día en que debía arribar el "Villarino", una gran cantidad de público se había reunido, desde las primeras horas de la mañana, a esperar en el muelle de la Boca del Riachuelo, completamente embandado. Entre la multitud se destacaban los miembros de la Comisión de recepción, presidida por el doctor Aristóbulo del Valle, así como otra designada por el Instituto Geográfico Argentino, encabezada por el doctor Estanislao S. Zeballos. Ésta última, subiendo al vaporcito "Lydia", salió a esperarlo dos leguas adentro del río de la Plata. Mientras tanto, la banda del 7º de línea ejecutaba pasos dobles.

A las 10 de la mañana, el "Villarino", todo empavesado, como lo estaban los otros barcos allí en amarras, se detuvo finalmente en el canal del Riachuelo, frente al muelle. El general Villegas, de pie sobre la cubierta y rodeado de sus acompañantes, respondía con la mano al saludo de la gente, mientras la banda tocaba dianas y se disparaban bombas de estruendo.

Pronto una falúa de gala del resguardo, al unísono bogar de sus tripulantes, se acercó al transporte para recoger al general Villegas, que debía ser el primero en trepar las escaleras del muelle y unirse en un abrazo con Aristóbulo del Valle. También lo hizo con su esposa Carmen, hija del viejo coronel Nicolás Granada. Otros, en tanto, se agrupaban a su alrededor para estrecharle la mano.

Luego, todos se dirigieron en manifestación hasta la estación del ferrocarril, donde lo esperaba un tren de cuatro coches, con la locomotora cubierta de banderas argentinas. Y, un cuarto de hora más tarde, llegaban a la estación Central.

Allí todo Buenos Aires conocido, así como una verdadera multitud que obstruía el portón que daba acceso a la calle Piedad, se había reunido para esperarlo. Esa multitud era tanta, que hacía difícil acercarse a la estación, también adornada con banderas nacionales, flameando al viento del Río de la Plata.

Al llegar el tren, el gentío atronó con vivas al general Villegas, mientras también estallaban bombas de estruendo. Los balcones de las casas vecinas al Paseo de Julio y la calle Piedad estaban atestadas de gente.

Descendido Villegas y sus acompañantes, en seguida se formó otra manifestación que tomó por la calle Piedad hasta Florida, y por esta al Norte hasta el Club Militar, donde el general y su comitiva ocuparon los balcones. Desde ellos, pronto, el doctor del Valle hizo oír su voz dándole la bienvenida, a cuyas palabras contestó Villegas para agradecer y terminar diciendo: "Soldado he sido y soldado seré todo mi vida".

Luego entraron a los salones y allí, alrededor de una mesa, comenzaron los brindis, en los que volvió a hablar el doctor Del Valle, haciendo votos porque el general Villegas "encontrara en el seno de su hogar, al halago de sus felicidades, la compensación que merecía después de tan largas campañas". También habló el poeta Carlos Guido y Spano, el doctor Julián Martínez, Santiago J. Albarracín y otros. Así hasta bien entrada la tarde, en que quedó todo arreglado para completar la recepción ofreciendo, muy en breve, un gran banquete al general Conrado Villegas.

Para aumentar el júbilo, pocos días después llegó a Buenos Aires una noticia que tuvo amplia repercusión: el gran cacique Reuque-Curá, hermano de Calfucurá, se había presentado en Remucó, con 40 ó 50 hombres, últimos restos de sus fuerzas diezmadadas por la guerra y las penurias. Trasladado al fortín "Codihué" y luego al fuerte "General Roca", en los primeros días de junio, allí esperaba órdenes del gobierno nacional y del jefe de la Línea, respecto de su futuro destino.

Pero, el general Conrado Villegas ya casi nada pudo decidir, pues bien pronto debió abandonar el cargo, dejando en su lugar al general Lorenzo Wintter. Aún más, el 22 de abril de 1884, se embarcaba para Europa con el fin de hacerse atender de "graves males contraídos en servicio". Y muy pocos meses después, llegaba la noticia de su muerte, ocurrida en París, el 26 de agosto, de dilatación cardíaca, a los 44 años.

Para aquellos días de mediados de 1884, el fuerte "Junín de los Andes" tenía de guarnición al regimiento 2 de Caballería de línea y disponía de numerosas construcciones levantadas por el regimiento 5º de la misma arma, el que antes las había ocupado: una casa para la Comandancia compuesta de una pieza de material con corredor; 7 ranchos de palo a pique y paja embarrada para los oficiales y cinco para asistentes.

Además existía un rancho para Cuerpo de Guardia, una amplia cuadra para la tropa, con división, y 2 piezas para sargentos, así como para la proveeduría y la panadería. También se habían construido 2 ranchos para presos, un galpón para maestranza, un reducho de 20 varas por 29 de césped con foso y un mangrullo con asta bandera. Asimismo, completaban el fuerte varias construcciones particulares y de negocios, 20 ranchos para las familias de los soldados y cuatro corrales de palo a pique de 100 metros por 50. Todas las construcciones estaban blanqueadas con cal. La guarnición, en total, se componía de 2 jefes, 18 oficiales y 232 hombres de tropa.

Ahora, aunque las operaciones en gran escala se daban por terminadas, se mantenía la actividad del regimiento, según decía su jefe, el

comandante Roque Peitiado, "con el objeto de practicar una severa policía en todos los cajones de la Cordillera, por haberse dejado sentir algunos grupos de indios malones a inmediaciones de este Campamento, los cuales han tratado de arrebatar las caballadas y haciendas de este Fuerte".

Pocos caciques se mantenían, aún, en rebeldía. Se trataba, en realidad, de los últimos restos de las tribus araucanas, porque la situación de éstas había llegado a hacerse desesperada. Debiendo abandonar sus campos sobre las vegas pastosas, donde hacían sus sembradíos y mantenían sus ganados, para buscar refugio en el seno de los más recónditos cajones de la cordillera de los Andes, entre las tupidísimas selvas que los cubrían, habiendo, además, perdido sus caballos, parte de los cuales debieron sacrificar para su propio consumo, y sin poder renovar sus vestimentas, las tribus araucanas se encontraban en el último grado de miseria, casi desnudas y debiendo alimentarse, apenas, con tiras de cueros y piñones de araucaria.

Al sometimiento de Reuque-Curá, siguió el de otros numerosos grupos de indios que hasta entonces habían resistido, entre ellos una parte de la tribu de Millamanque, la de Melicurá y otras a las que su extrema penuria obligó a irse presentando en "General Roca" y otros fuertes y fortines de la línea.

Sobre aquellos caciques que se habían refugiado en el fondo de la Patagonia, al Sud del lago Nahuel Huapí, fue despachado el teniente coronel Lino O. de Roa, quién partió de Valcheta, río Negro abajo, el 21 de noviembre de 1883, marchando hasta Maquinchao para internarse, luego, hasta los ríos Chubut y Senguier, siguiendo por el valle del primero, desde donde anunció que los indios allí habían ido "para unirse y pelear a las tropas hasta morir". Después de recorrer toda la zona cordillerana hasta el río Santa Cruz, y habiendo evitado un encuentro con Sayhueque, el comandante de Roa regresó a Valcheta el 1º de marzo de 1884.

Poco después, con intervención del padre Milanésio, se sometía Namuncurá, el último de los caciques de la Pampa que aún quedaba en lucha, después de haber perdido casi todos los hombres de su tribu, incluso su familia. Se presentó el 24 de marzo de 1884, en el fortín "Paso de los Andes", con 9 capitanejos, 137 indios de lanza y 185 de familias. El cacique Queupu se había sometido en Chile, lo cual no le impedía atacar, de vez en cuando, en los sectores orientales de la cordillera, habiéndolo hecho hasta el fortín "Cabo Alarcón", por esa misma fecha.

Mientras tanto la situación de los indios prisioneros era terrible. Seiscientos habían sido enviados para trabajar en los ingenios de azúcar de Tucumán; otros fueron incorporados como marineros en la Armada o como soldados en el Ejército; también en la Policía de la Provincia; etc. Mientras tanto sus familias —la chusma— desfilaban como caravanas do-

lientes por las calles de Buenos Aires, que ya se había acostumbrado a verlas pasar en el último grado de agotamiento y de miseria, siendo los niños separados de sus padres y repartidos entre las familias allegadas al gobierno, para el servicio doméstico.

Ese día, 18 de agosto de 1884, un destacamento, al mando del capitán Rafael Niz, había salido del fuerte "Junín de los Andes" en persecución de los indios con motivo de un hecho que había llenado de consternación a la guarnición del mismo: en la noche anterior, los araucanos habían arrebatado 150 caballos de uno de los corrales del reducto fortificado. Eran las 2 de la madrugada de una noche horriblemente fría, en que, como era costumbre, con tales temperaturas, las guardias nocturnas debían ser relevadas cada 30 minutos, a riesgo de perecer heladas. Nada hacía preveer un ataque cuando, de pronto al salir la luna, un grupo de 15 ó 20 indios dejaron oír sus alaridos, al mismo tiempo que tocaban desafortadamente una corneta, lo cual, aumentando el tumulto, despertó a los caballos, que se levantaron sobresaltados, atropellándose y lanzándose afuera por el portón del corral de palo a pique, que previamente había sido abierto con toda habilidad y cautela por los indios.

En seguida, al alboroto provocado por los alaridos y los toques de corneta, vino a agregarse el estampido de los disparos hechos por las guardias y, luego, por todos los efectivos del regimiento, que habían sido puestos en movimiento, mientras algunos se aprestaban para salir en persecución de los atacantes, aunque se tuvo que luchar con el inconveniente de que los mejores caballos eran los arrebatados por los indios, y que éstos, para no dejar rastrellada, habían marchado por el río Chimehuín, lo que dificultaba hallar el rastro durante la noche. Sin embargo, por un indio que se pudo tomar prisionero, se supo que los asaltantes pertenecían a los últimos restos de la tribu de Ñancuqueo, y que venían mandados por un capitanejo muy bravo, llamado Nehuén.

Sólo al amanecer del día siguiente, el destacamento se pudo orientar y tomar rumbo, y, ahora, seguía marchando con la orden terminante del teniente coronel al capitán, orden que siempre se daba en tales circunstancias:

—No vuelva sin la caballada.

Después de cruzar el río Aluminé, el destacamento de 20 hombres se detuvo un rato mientras los soldados hacían fuego para calentarse y secar las pilchas, que se les habían mojado al salvar la corriente, en parte escarchada. Esta vez el cruce, por encontrarse muy bajo el río a fines del invierno, se había hecho con felicidad, mientras que meses antes, al atravesar por el mismo lugar, en noviembre de 1883, las fuerzas cristianas habían perdido cinco hombres, arrastrados por las aguas con caballo y

tudo, y aún había sido necesario auxiliar, arrojándoles lazos, a un oficial y a varios soldados que eran llevados hacia las cascadas del río, que allí corría con fuerza, dejando oír un ruido sordo e imponente, al punto de que los hombres, para entenderse, tenían que hablar casi a gritos.

Reanudada la marcha, el destacamento fue avanzando en medio de selvas gigantescas, siguiendo estrechos senderos por los cuales debían adelantarse de a uno en fondo. Pero nada hallaban que pudiera orientarlos, pues iban hundidos en el silencio profundo de la grandiosa naturaleza virgen que los rodeaba, apenas quebrado por el ruido de los cascos y el resoplar de los animales.

Así transcurrieron varias horas.

Sólo alrededor de las tres de la tarde, y guiándose, como en otras oportunidades, por un lejanísimo ladrido de perros, que les sirvió para guiarse, detrás de grandes matorrales de caña coligüe, finalmente dieron con una pequeña toldería, cerca de la cual, en un corral de palo a pique, aparecía parte de la caballada arrebatada al fuerte.

En seguida se tomaron las disposiciones pertinentes para atacar. Y, mientras la mayor parte de los soldados partía en persecución de un grupo de indios que huyó, alcanzando a varios de ellos con tiros de Remington, otros, con el capitán Niz, se lanzaban al corral para asegurar los animales. Al mismo tiempo, dos o tres se dirigían para saquear los toldos.

Cuando el cabo Cardenio Torres, que era uno de éstos, bajó del caballo y se disponía a realizar su propósito, apareció un indio de ancha vincha, armado de una lanza cuya moharra era una bayoneta cristiana. Según se supo después, era el capitanejo que mandaba a los asaltantes del fuerte "Junín de los Andes".

Se despojó rápidamente de su poncho, para facilitar sus movimientos, y un odio profundo fulguró en sus ojos cuando dijo:

—¡Trehuá huinca!

Y dirigió su lanza hacia el pecho del cristiano.

Sin tiempo para utilizar su arma de fuego, el cabo Torres desenvainó el sable, de un golpe, y lo dejó caer rapidísimo, con todas sus fuerzas, sobre la lanza próxima a atravesarlo, cercenándola un metro abajo de la moharra, que cayó al suelo. Y, cuando se aprestaba para repetir el golpe, esta vez sobre el indio, éste, haciendo girar vertiginosamente la lanza tronchada, la dejó caer, a su vez, sobre el sable del cabo, que saltó por el aire, yendo a caer a varios metros.

Pero el movimiento del indio, que llegó a contorsionarle el cuerpo, al impulso de la gruesa caña de coligüe cortada, dio tiempo al cabo Torres, repuesto de su sorpresa, para desenvainar un cuchillo de una cuarta e irse encima del indio, que apenas alcanzó a arrojar la caña y apelar, también, al suyo.

—¡Chino 'e mierda! —fue lo único que se oyó decir a aquél, mientras el indio seguía repitiendo como para sí mismo:

—¡Trehuá huinca!

Y, de inmediato, cayeron trezados, revolcándose en el suelo, perdidos de los cabellos. Un instante forcejearon entre jadeos, buscando herirse mutuamente. Hasta que el indio, vigoroso, se levantó, dejando tendido al cabo Torres, con el vientre abierto, y sosteniéndose con ambas manos la salida de los intestinos.

Todo ocurrió con tanta rapidez, que nadie había tenido tiempo de intervenir, ni tampoco ningún soldado cristiano lo había visto.

No tardaron en aparecer dos, sin embargo, y, al contemplar al cabo caído, uno de ellos desenfundó su revólver, mientras una india vieja corría con otra lanza hacia el araucano, aún jadeante, quién, a pesar de su fatiga, la tomó y, abalanzándose, logró clavarla en el cuello del soldado, antes de que alcanzara a utilizar su arma, lanzándolo, también, al suelo. Pero no pudo evitar que el otro soldado, que venía detrás, descargara entonces, con toda violencia su sable sobre un costado de su cara, haciéndolo trastabillar, completamente aturrido, mientras la lanza caía de sus manos.

Pronto se repuso, no obstante, y, cuando el segundo soldado se prestaba para repetir el golpe, el indio giró sobre sí mismo y huyó, en el mismo momento en que el herido que esgrimía el revólver, le hacía, desde el suelo, algunos disparos sin éxito. Corrió un trecho y, de un salto, montó en pelo sobre un caballo que tenía atado a estaca detrás del toldo, desapareciendo en seguida por una senda estrecha, mientras un perro iba dando lengüetazos famélicos sobre el rastro de sangre que había dejado.

Sentado junto al fogón, el viejo Quintahual parecía estar esperando que la muerte viniera a buscarlo. Tenía, cruzada por hondas arrugas, la cara, disminuida por la falta de dentadura, sobresaliendo en ella la nariz afilada y casi ganchuda. Pero una mirada viva se desprendía de sus ojos ya pequeños, que se posaban sobre el fuego que, de vez en cuando, alimentaba con nuevos troncos arrojados por sus manos temblorosas y sarmentosas. A sus costados se extendía el típico paisaje cordillerano del Sur, el hermoso paisaje que distinguía a la tierra de los araucanos: un lago de aguas azules del que sólo aparecía el extremo entre colinas; campos cubiertos de nieve donde en verano florecían el amancay y las mutisias; montes de ñires con chacay y michay, algunos de ellos secos y cubiertos de plantas epifitas; cerros con selvas en las hondonadas; bastiones de piedra emergiendo como torres imponentes, donde culminaban los

montes de araucarias, que comenzaban, allí, en la llanura. Y, a la distancia, levantando sus cumbres, aparecía la gran cordillera, a la que daba más imponencia el cono nevado del gigantesco Quetropillán, con declive más suave al Oeste, y elevándose majestuoso y solitario arriba de inmensas selvas de robles, coihues, cipreses y canelos, sobre las que destacaba su silueta, más próximo, un cerro cubierto de nieve y coronado con una enorme araucaria. El viento dejaba oír sus chiflones y, desde el lago, llegaba el grito de dolor del huala.

Quintahual era viejísimo, y de él podían escucharse los relatos hasta de las campañas más antiguas de los mapuches defendiendo sus tierras contra los cristianos, tanto de un lado como del otro de la cordillera. Llevaba una vincha sin ninguna pluma que la adornara, y tenía un collar de dientes de guanaco, que quedaba en descubierto en la escotadura del viejo poncho con dibujos araucanos que llevaba, debajo del cual se distinguía, asimismo, una bata verde de mujer, saqueada en Chile.

Toda la noche, mientras el resplandor de las llamas, al resguardo de unas rocas y al pie de un maitén, iluminaba, sus caras altivas y graves, Quintahual había permanecido junto al fogón con otros indios, que ya habían seguido su camino sin rumbo. Cerca de él se veían nueve montículos de piedras sueltas, sobre los que cada uno que llegaba arrojaba otra.

Así lo hizo también Nehuén cuando, ya en la mitad de la mañana, pasó por allí, sólo, y se acercó al fogón del viejo Quintahual. Debajo de cada uno de esos montículos yacía el cadáver de un indio muerto en un combate con las tropas de los invasores cristianos.

—Mari, Mari —dijo Quintahual.

Nehuén respondió en igual forma, casi al mismo tiempo.

Entonces, Quintahual alcanzó a decirle:

—“Nos hemos llevado reunidos toda la noche alrededor del fuego preguntándonos qué vendrían a hacer con nosotros los huincas; porque venían a cruzar nuestros libres campos, donde hasta ahora planta alguna de español había hollado. Los árboles seculares han perdido sus hojas, los esteros y los ríos han cambiado de lecho, sobre campos antes enteramente limpios, han brotado grandes e impenetrables selvas, a los buques se les han caído los cuernos de viejos y nada había pasado; pero hoy, después de tantos años, llegan los huincas a arrebatar nuestros suelos y a levantar pueblos sobre ellos, para quitarnos nuestras costumbres y turbar la soledad de nuestro modo de vivir.”

Nehuén nada dijo. Aquel invierno, para ensombrecer más el cuadro, había sido terrible. Llegó a nevar durante 12 días seguidos. Las tormentas bajaban a los cajones, cubriendo de niebla las mesetas y matando guanacos y avestruces. Parecía que habían arreciado desde la última erupción del volcán Llaima, en la que se elevó una columna de

humo a más de 6.000 metros, viéndose de noche como una gigantesca antorcha, mientras se cubría la Pampa con una capa de cenizas, arrastradas por los vientos hasta el océano Atlántico. El fenómeno había sido acompañado de un redoble de truenos subterráneos, y surgió como un remolino que se internó por el Desierto con rapidez de tromba. Fue como un relincho apocalíptico, que dejó flotando arrumazones de polvo lenticular.

Ese y otros indicios anunciaban que los indios morirían, como el cometa que apareció en febrero de 1880, y se distinguía brillante en el fondo de una garganta andina. También el mayor fulgor de algunos astros y la persistencia de ciertos vientos. Y, para completar el cuadro, ese año se había producido una invasión de ratones, que asolaron los valles.

Quintahual habló despaciosamente, y en su voz pareció resumirse una sentencia definitiva:

—Pillán ha dicho: ¡se acabará la tierra de los mapuches!

Nehuén ahora, apenas lo escuchaba. El terrible sablazo recibido en la cara, le había provocado una tremenda herida, abierta, hinchada y supurándole y, tan profunda, que le dejaba al aire hasta los huesos, desfigurándole el rostro casi lampiño y ya con la barba crecida. La infección avanzada, de la que parecía venir un olor nauseabundo, le restaba fuerzas, alejándolo de toda idea de seguir combatiendo. Es más, presentía que aquello había llegado a su fin, y seguiría el camino de todos los suyos. Collipal hacía mucho que había muerto en la huida, lo mismo que su último hijo, Lienán. De aquellos que vivían con él en Nahuel Mapu, nadie quedaba ahora para acompañarlo. Seguramente se habían ido a Alhué Mapu, el País de los Muertos, que quedaba allá arriba, entre las altas montañas.

Todo eso le confirmó Quintahual. Él mismo había visto a las ámbas subir, una tras otra, trabajosamente, a la cima del Quetropillán, hasta perderse en la altura. No había duda de que allí encontraría a Collipal, así como a Huenchual, Ananquel y Lienán, sus hijos, y a sus compañeros de Nahuel Mapu, con los que había luchado en tantas ocasiones, participando en multitud de combates.

Sí, era cosa de decidirse. Allí todos ellos lo estarían esperando y lo recibirían abrazándolo, contentos de volverlo a ver.

Pero, desde luego, no sería fácil llegar, ya que antes, seguramente, tendría que luchar con los espíritus, para lo cual necesitaría llevar la lanza. Pero, ¿por qué no había de intentarlo?

Ya era medio día cuando, portando el arma, y dejando atrás al viejo Quintahual, inició su marcha, que se hizo lenta y dificultosa, por el estado en que se hallaba. Apenas, con gran resolución, logró reunir fuerzas. ¿Alcanzaría a llegar a Alhué Mapu?

Largo tiempo demoró en trepar debajo de los grandes árboles, que cubrían la falda de la montaña y cuando, por fin, ascendió hasta el cono libre de selva, continuó su marcha hundiéndose en la nieve, mientras el fuertísimo viento lo azotaba cada vez con más violencia.

Así pudo continuar trabajosamente, y, a medida que subía, el imponente paisaje de la cordillera se le iba abriendo con el espectáculo de todas sus cumbres: el volcán Villarrica, el Antuco, el Lonquimay, el Llaima, el Domuyo. Además, se alcanzaba a divisar una inmensa extensión de la llanura hasta el río Limay, y aún más lejos.

Era raro, sin embargo, porque por más que llevaba la lanza lista, para nada aparecían los espíritus con los que iba dispuesto a librar un combate, su último combate, para llegar al País de los Muertos.

Pero, por fin, cedió en su esfuerzo, y no pudo avanzar más. De golpe, cayó de bruces sobre la nieve, sin vigor ya para volver a levantarse. La larga lanza quedó erguida, flameando al viento las plumas de águila que la adornaban. Y, muy pronto, por su mente, aún lúcida, en la que concentraba toda su atención, fueron desfilando con claridad vibrante los más lejanos y trascendentales momentos de su vida.

Había nacido en medio de la Pampa, una noche en que avanzaba por su inmensidad la expedición al Desierto de Juan Manuel de Rosas, acompañada, entre otros, por el cacique Yanquelén y su tribu, a la que pertenecía. Luego, aún menor, huyó con parte de ella para reintegrarse a las tribus rebeldes del Desierto, con las que combatió, y sus días se fueron deslizando a través de todos los grandes acontecimientos de su raza: cien invasiones en la frontera, el “travún”, San Carlos, la “invasión grande”, Sauce Corto, Puán, la huida por las travesías, así como los innumerables combates que se habían ido sucediendo, culminados con el ataque al fortín “Iª División”.

Y, junto con esos recuerdos, afluyó a su mente la visión de aquellos incendios gigantescos, que parecían arrasarse la Pampa entera; de esos arrees asombrosos de centenares y centenares de miles de cabezas de ganado, entre polvaredas inmensas, impulsados por los gritos de la indiada y el accionar de las chuzas, entre los cascos del potraje, con la crin al viento, avasallando la augusta soledad de la llanura; de los encuentros bravísimos que duraban a veces todo el día, en medio del tronar de los cañones, los disparos de la fusilería y del ¡Yá! ¡Yá! ¡Yá! de las legiones araucanas, que nadie pudo vencer en franca lucha hasta la llegada del Remington; de las terribles noches pasadas en asecho, en medio de la nieve o de fríos espantosos para burlar a las fuerzas cristianas, o caerles de sorpresa, cuando la luna derramaba su pálido reflejo como una sábana de plata sobre el paisaje sereno.

Pero, pronto, la inmovilidad sobre el manto frío de la nieve, acentuada por el fuerte viento, fue entumeciendo su cuerpo en el que, poco a poco, comenzó también a nublarse la mente, mientras el sol se ocul-

taba tras el horizonte del océano Pacífico, extendiendo la sombra de las cumbres sobre la inmensa extensión del Desierto, donde nunca más, en el correr de los siglos, se iba volver a escuchar su alarido.

Y apenas unos meses más tarde, desde la nueva sede de la Comandancia de la 2ª División del Ejército, que comprendía las fuerzas acantonadas en la Línea Militar del Río Negro, su jefe, el general Lorenzo Wintter, dirigía el siguiente mensaje al Jefe del Estado Mayor del Ejército:

"Viedma, febrero 20 de 1885.

"Me es altamente satisfactorio y cábeme el honor de manifestar al Superior Gobierno y al país por intermedio de V. S., que ha desaparecido para siempre en el Sud de la República toda limitación fronteriza contra el salvaje. El cacique Sayhueque, cacique eminentemente prestigioso por su poder entre todas las tribus que tenían su asiento entre el río Collón-Curá, afluente del Limay al Norte, y el Deseado, al Sud, acaba de efectuar su presentación voluntaria, y con él también los caciques de orden inferior, Inacayal, Huenchunecul, Coquichan, Salvutia, Prayel, Nahuel, Pichi Curuhuinca, Cumilao y otros, incluso el obstinado y rebelde Foyel, cuya tribu fue últimamente derrotada en las orillas del Genue.

"Consiguientemente puedo decir a V. S. que hoy no queda tribu alguna en los campos que no se halle reducida voluntaria o forzosamente; y si algún número de indios quedase aún, estos se hallan aislados, errantes, sin formar agrupación que merezca tenerse en consideración y extraños por completo a la obediencia de caudillo alguno, cuyo nombre y prestigio sean conocidos.

"El plan de operaciones activas contra el salvaje, iniciado en el Sud de la República, por el malogrado Ministro de la Guerra, el eminente ciudadano Dr. D. Adolfo Alsina, proseguido después con constancia e inteligencia en 1879 por el actual Presidente de la República, el Teniente General D. Julio A. Roca, hasta las márgenes de los ríos Negro y Neuquén; las operaciones ofensivas en la doble campaña 1881-1882 a la cordillera, comandadas en Jefe por el benemérito Comandante General de la 2ª División, mi antecesor, el General D. Conrado Villegas; y las últimas operaciones llevadas a cabo al interior de la Patagonia en 1883 y 84 por una columna ligera que organicé a las inmediatas órdenes del Teniente Coronel D. Lino O. de Roa, con la misión especial de explorar y reconocer todo el interior de la Patagonia, para preparar con pleno conocimiento una operación decisiva y última contra el salvaje, han sido las etapas principales de esa campaña que ha tenido por vasto teatro de sus operaciones una zona de tierras mayor de 40.000

leguas cuadradas, zona comprendida entre los paralelos 37 y 47, el Atlántico y la cordillera Andina.

"Las aspiraciones del gobierno y del país hánse realizado en menos de un decenio.

"En el Sud de la República no existen ya, dentro de su territorio, fronteras humillantes impuestas a la civilización por las chuzas del salvaje.

"Ha concluido para siempre, en esta parte, la guerra secular que contra el indio tuvo su principio en las inmediaciones de esa Capital el año 1535."



Epílogo

"ESTA RAZA, LA MÁS VIRIL DE TODA LA AMÉRICA DEL SUR."

Presidente N. AVELLANEDA

"ESTO DEMUESTRA Y ACREDITA CON CERTEZA DE LO QUE ERA CAPAZ EL indio, con su táctica y estrategia propia, suya, que hubo que imitarla para vencerlo, pues atendía batallas, combates, escaramuzas y agigantaba tales acontecimientos con esas prodigiosas hazañas, cuyo recuerdo perpetuará entre lo más sobresaliente y lo más excepcional de la historia argentina."

Tte. coronel E. RAMAYÓN: *Adolfo Alsina. Indio y civilización*

"TODO NOS REBELA QUE LA RAZA ARAUCANA ES UNA RAZA SUPERIOR DOTADA de tan nobilísimas cualidades, como de pasiones y sentimientos elevadísimos que no los han poseído muchas de las naciones civilizadas mismas que han legado un nombre a la historia. A la raza de la antigua Araucanía, vémosla, pues, figurar única en la historia del mundo en las circunstancias en que brilló y por los medios de que pudo disponer para defender su independencia, como por la entereza y altivez de espíritu de que dio pruebas en tres siglos de continuo batallar, ayudada tan sólo de una voluntad de hierro y de una fe inquebrantable."

H. LARA: *Crónica de la Araucanía*



1. "Inacayal (hecho cautivo en la guerra del Desierto y que vivía con otros indios en el Museo de La Plata), en sus accesos de sorda cólera... decía: "Yo jefe, hijo de esta tierra, cristianos ladrones... matar mis hermanos, robar mis caballos y la tierra que me vio nacer. En seguida prisionero... yo desgraciado".

2. "A menudo, a una palabra de Inacayal, todos se reunían a su alrededor. Hombres, mujeres y niños, formando un círculo estrecho, entonaban un cántico muy lúgubre. Esto duraba, a veces, una hora."

3. "Y un día (24 de setiembre de 1888), cuando el sol poniente teñía de púrpura el majestuoso propileo de aquel edificio engarzado entre sombríos eucaliptus... sostenido por dos indios, apareció Inacayal allá arriba, en la escalera monumental: se arrancó la ropa, la del invasor de su patria, desnudó su torso dorado como metal corintio, hizo un ademán al sol, otro larguísimo hacia el sur; habló palabras desconocidas y, en el crepúsculo, la sombra agobiada de ese viejo Señor de la tierra, se desvaneció como la rápida evocación de un mundo. Esa misma noche, Inacayal moría."

FIN

Indice

1. <i>Dónde se acababa el mundo</i> (Fuerte del Carmen de Patagones-1829)	9
2. <i>Dónde se acababa la tierra</i> (Guardia San Miguel del Monte-1833)	23
3. <i>El País del Diablo (Huecuvú Mapu)</i> (Fuerte Argentino, de Bahía Blanca-1836)	39
4. <i>Las piedras que arrojó la luna</i> (Fuerte de la Independencia, del Tandil-1836)	55
5. <i>El País del Diablo (Huecuvú Mapu)</i> (Fuerte Argentino, de Bahía Blanca-1837)	69
6. <i>El País de las Arenas (Cuyum Mapu)</i> (Villa San José del Morro-1847)	85
7. <i>El País de las Arenas (Cuyum Mapu)</i> (Villa San José del Morro-1847)	97
8. <i>La extrema avanzada</i> (Fuerte del Azul-1853)	111
9. <i>El argumento de la espada</i> (Fuerte del Azul-1855)	123
10. <i>Una vez más, ¡"bulla de indios"!</i> (Fuerte del Carmen de Patagones-1855)	137
11. <i>El basilisco</i> (Fuerte de la Independencia, del Tandil-1855)	151

12. <i>El Atila de la Pampa</i> (Fuerte del Azul - 1856)	163
13. <i>Junta de Guerra</i> (Fuerte del Azul - 1856)	177
14. <i>Las polvaredas de la Cañada de los Leones</i> (Fuerte de Junín - 1857)	189
15. <i>Los boquetes de la Sierra de la Tinta</i> (San Antonio, de Arruda - 1859)	201
16. <i>Del Atlántico a los Andes</i> (Guardia de la Esquina - 1862)	213
17. <i>Del Atlántico a los Andes</i> (Villa de la Concepción del Río Cuarto - 1863 - 1866)	227
18. <i>Del Atlántico a los Andes</i> (Fuerte de San Rafael - 1867)	241
19. "Unos indios asquerosos..." (Santa Rosa del Bragado - 1870)	259
20. <i>La muralla de sangre</i> (Campamento de Pillahuincó Grande - 1870)	273
21. <i>La muralla de sangre</i> (Fuerte General Lavalle, o Ancaló - 1871)	285
22. <i>El Atalaya del Desierto</i> (Villa de Mercedes - 1871)	297
23. <i>El País de los Montes (Manuel Mapu)</i> (Salinas Grandes - 1872)	311
24. <i>El Atila de la Pampa</i> (Fuerte General Paz - 1872)	327
25. <i>La invasión grande</i> (Fuerte Blanca Grande - 1875)	343
26. <i>El "baluarte de la barbarie"</i> (Bahía Blanca - 1876)	359
27. <i>Primera Línea</i> (Campamento de Carhué - 1877)	379

28. <i>La zanja de cien leguas</i> (Campamento de Trenque Lauquen - 1877)	393
29. <i>El caudillo autonomista</i> (Campamento de Puán - 1877)	407
30. <i>El argumento del Remington</i> (Campamento de Carhué - 1878)	422
31. <i>La conquista de 15.000 leguas</i> (Campamento de Carhué - 1879)	435
32. <i>La conquista de 15.000 leguas</i> (Villa de Mercedes - 1879)	445
33. <i>La conquista de 15.000 leguas</i> (Carmen de Patagones - 1879)	459
34. <i>El chon chon</i> (Fuerte General Roca - 1880)	477
35. <i>El "vergel del globo"</i> (Fortín 1ª División - 1882)	491
36. <i>El País de los Muertos (Alhué Mapu)</i> (Fuerte Junín de los Andes - 1884)	505
Epílogo	525

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 7 DE ABRIL
DE 1969
EN MACAGNO, LANDA Y CIA.,
ARAOZ 164, BUENOS AIRES



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA